



OLALLA DÍAZ PAREDES

LO
QUE
ESCONDE
LA
LOCURA

NADIE DEBERÍA TENER MIEDO DE SÍ MISMO

-Los Veladores-

LO QUE ESCONDE LA LOCURA

OLALLA DÍAZ PAREDES

Esta es una obra de ficción. Cualquier referencia a hechos históricos, o a personas o lugares verdaderos, se utiliza de manera ficticia. Otros nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación de la autora, y cualquier semejanza con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es absolutamente casual.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Título original: Lo que esconde la locura

Autor: Olalla Díaz Paredes

Depósito Legal: B 18454-2025

ISBN: 978-84-09-77212-4

I Edición

Copyright © 2025 Olalla Diaz Paredes

[Facebook.com/Olalla-Diaz-Paredes](https://www.facebook.com/Olalla-Diaz-Paredes)

<https://www.instagram.com/olalladiazparedes/>

olalladiazparedesescritora@yahoo.com

Para mi tío Celso.

*Para todos los que son «diferentes»,
y por ello son rechazados e incomprensidos.*

«Nadie debería tener miedo de sí mismo».
«Es fácil volverse loco cuando la realidad también ha perdido la razón».

Emilio

(Personaje de *Los veladores*)

*«El viejo mundo se muere. El nuevo tarda en aparecer. Y en ese claroscuro
surgen los monstruos».*

Antonio Gramsci

Índice

PRIMERA PARTE

EL VIENTO DE OTOÑO

1

SEGUNDA PARTE

¿QUIÉN QUERRÍA RECORDAR ALGO ASÍ?

2

TERCERA PARTE

¿QUIÉN ES BELUNO?

3

4

5

6

7

8

CUARTA PARTE

¡MAMÁ!

9

10

11

QUINTA PARTE

EL MENGELE ESPAÑOL

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

SEXTA PARTE

PODRÉ CON ELLO

22

PRIMERA PARTE

El viento de otoño

1

La imagen de las sábanas tendidas en la azotea, bataneadas por el viento del norte, frío, a momentos precipitado e impetuoso, se mezcla con la imagen de mi madre: con la de sus ojos brillando de forma especial, con la de su melena enredada por las ráfagas de viento, con la de su sonrisa mientras me ayuda a subir al murete, con la de su desafiante mirada al frente, con la de mi mano miedosa soltando la suya... La ventana está abierta. El viento de otoño me ha recordado ese momento. Me ha rozado la mejilla, suavemente, como una caricia de mi madre.

Cierro el libro que lleva medianoche entre mis manos, como el rosario de una beata, y que solo he soltado para ir al baño. Me juré que no miraría, pero lo hago. Las manecillas del reloj de la pared me resultan holgazanas, burlonas, cojas... El tiempo no pasa y no amanece. Es un día melancólico. Tengo muchas cosas en las que puedo pensar y la noche no me ayuda. Es silenciosa, y ningún ruido te descentra. Es oscura, y hace invisible todo lo que no eres tú. Te enfrentas a ti mismo: a tus dudas, a tus miedos, a tu dolor... No hay nada que te ayude, tan solo tú mismo.

Antes me preguntaba cómo habría sido mi vida si mi madre no hubiera muerto y mi abuela no hubiera tenido que hacerse cargo de nosotros, y terminaba culpando de mis males a la vida, por haberme dejado huérfana siendo una niña. Culpar a la vida era la mejor opción, si las demás no me consolaban. Era un recurso habitual del que echaba mano en días melancólicos como el de hoy, o si las cosas no me iban bien. Lo usé en exceso durante la juventud, ante la desolación por un desamor, y en la niñez, ante un capricho no

consentido. Hace tiempo que no recurro a ello: a culpar a la vida y a recrearme en una idea imposible, la de mi madre viva, la de un sueño que nunca será, para no enfrentarme a una realidad que me resulta difícil de soportar.

En noches como esta recurro al dibujo como única salida. Dibujar hace que no me pierda en pensamientos angustiosos que no me ayudarían en nada. Leo más de un par de horas y, tras una breve visita al baño, me acerco a la estantería y tomo el cuaderno y la caja de los lápices de colores. Sobre la mesa de la cocina, con un vaso de leche caliente, repaso sin aburrirme lo dibujado en días anteriores y sigo dibujando. Es algo que se ha vuelto un ritual. Algo que nació de mí, un instinto de supervivencia para mantener la mente lejos de la enajenación. Dicen que el arte sirve para expresar lo que tienes dentro. Para sacarlo de ti y ponerlo fuera, y que así te dé menos miedo. Observo mi último dibujo y no veo nada concreto. Solo rayas finas y gruesas, sin una dirección establecida, y un círculo que ocupa el centro de la hoja. No es muy distinto de los demás dibujos del cuaderno; solo falta la firma.

Siempre firmo marcando la primera letra. Apurando la mina que aún queda, en una ele más grande que el resto de las letras de mi nombre. Cuando era joven, no me gustaba mi nombre. Pienso que nos pasa a muchos. Lo relacionamos con el de alguien que no nos gusta: un personaje público, la vecina del cuarto, tu prima, tu madre...

«¡Lidia, no puedo más!».

La voz de mi padre, discutiendo con mi madre, retumba dentro de mí como lo hizo entonces. Esas fueron sus últimas palabras antes de meter la maquinilla de afeitar y algo de ropa en una maleta e irse. Ni siquiera vino al funeral. Mi padre hizo todo lo que pudo, hasta que no pudo más.

Se dice que las hijas estamos más apegadas a los padres y los hijos a las madres, pero en nuestro caso eso no se cumplía. Para Julián, papá era su héroe. Lo era todo. Quizá porque fue al nacer Julián cuando nuestra madre comenzó a pasarse los días metida en la cama, aislada de todos, también de él. Es por eso, por lo que yo creo, que la relación de mi padre y Julián era tan especial.

Es hora de guardar los lápices de colores en su caja. Están esparcidos sobre la mesa en forma de abanico. Van en orden, de los tonos más oscuros a los más claros. Dicen que cada color simboliza una emoción y, últimamente, los tonos oscuros son los que más utilizo, mezclados con un trazo verde: el círculo. Algún experto lo describiría como una mezcla de confusión, miedo y esperanza.

Sobre las cinco de la mañana me entra hambre. También forma parte del ritual en días como este. Picoteo cualquier cosa, cualquier resto que encuentre en la nevera me sirve. Una nevera que parece que me la he comprado esta misma mañana y que no me ha dado tiempo a llenar. Es la típica nevera de una persona que vive sola, con baldas inutilizadas y todo lo que hay en formato individual. Queda algo de la pasta de ayer y unas lonchas de pavo, pero, en una noche como la de hoy, no puedo dejar de pensar en las galletas de mi madre.

El olor a galletas recién hechas invade la cocina aunque el horno no se haya encendido. Naranja y chocolate son los olores que distingo. Una pizca de cada, no más, para que los sabores no resalten demasiado. Mi madre, en uno de sus días buenos, amasa mientras yo la miro. Separa y une la masa en un juego que no acaba nunca, en un «ni contigo ni sin ti». Sus ojos están bien, su sonrisa es de verdad: está feliz. La miro embobada. Soy una niña y para mí no hay nadie más importante que mamá. Es algo que sentimos todos, aunque la rebeldía de la juventud y una vida que empieza a ser más tuya que nunca te hagan olvidarlo. Mamá es importante.

Las ausencias de mi madre, al igual que sus galletas, dulces y amargas al mismo tiempo, solían producirse después de las fiestas navideñas. Hubo un tiempo en el que creí que los panecillos de Navidad tenían la culpa. Mi abuela entraba en nuestra habitación, con los ojos rojos y llorosos y la alegría impuesta de un payaso, anunciando que la carroza blanca había llegado y era la hora de decir adiós.

Elijo pavo y hago un bocadillo pequeño, una pulga, añadiéndole un poco de tomate al pan.

No podría vivir sin pan. Toda mi vida está relacionada con él. La panadería de mi abuela no estaba lejos de nuestra casa: a tres o cuatro calles, dependiendo del camino que tomaras. A mí me gustaba tomar el camino largo e ir por la calle principal en línea recta, girar en la esquina y pararme en el escaparate de la juguetería. ¡Más de un grito me tocó escuchar por retrasarme! Durante las ausencias de mi madre, Julián y yo nos quedábamos con la abuela. Eran días de sentarse derechos, comer sin codos en la mesa, no alzar la voz..., pero, sobre todo, de estar en la panadería.

Es posible que los mejores y peores momentos de mi vida, los felices y los dolorosos, tuvieran lugar en la trastienda de la panadería. Entre hornada y hornada de panes, mi madre convertía la harina en nieve, nos la espolvoreaba en la cara como si fuéramos cortesanos de la Francia de Luis XIV, y creábamos figuras indescifrables con la masa, que introducíamos en el horno con una solemne ceremonia y nos comíamos intentando adivinar qué forma tenían, como se hace con las nubes en el cielo. Pero también estaban los días malos en los que todo se volvía un caos. Esos días la abuela nos enviaba a nuestra habitación y, al rato, entraba con los ojos rojos y llorosos y la alegría impuesta de un payaso, anunciándonos que la carroza blanca había llegado.

El salón sigue teniendo aura de misterio. La lámpara de pie ilumina la butaca y el libro permanece en el reposabrazos, esperándome. Apago los halógenos de la cocina y me acerco a la estantería para dejar la caja de lápices y mis emociones hechas dibujo.

Las cortinas se mueven. La ventana sigue abierta. Echo un vistazo.

Las luces de la ciudad se encienden en un amanecer todavía en penumbra. El olor a café comenzará a inundar los descansillos y se oirán pasos sobre el parqué en el techo, ruido de tostadoras, de duchas, de niños madrugadores y exaltados... Aún no llueve, pero las nubes se agrupan y oscurecen. Se volverán tristes y lloronas. Un día de esos en los que uno siente que la sensibilidad le invade. ¡O lo enfurece! Se oyen los primeros cláxones. Es lunes, día laborable, y va a llover. Mal día para salir de casa.

Debería prepararme para acudir a mi cita o llegaré tarde. Estoy cansada y me da pereza arreglarme. Cierro la ventana y me entretengo observándome en el reflejo del cristal. Tengo las cejas negras y espesas. ¿Dulcifican mis ojos o los vuelven más salvajes? Depende de lo que dictamine la moda. Hace un par de años se llevaban así, como las mías, negras y espesas como el día de hoy.

El taxi se ha parado delante del portal, en doble fila, y he subido cuando las primeras gotas de lluvia comenzaban a caer. Gracias que me he acordado de coger el paraguas: ahora el limpiaparabrisas se mueve sin parar. La radio está puesta. Los tertulianos debaten sobre los recortes en la inversión en la seguridad social y en la investigación científica.

El taxista quiere entrar en conversación. Lleva gafas de cristal grueso, apoyadas en su nariz gorda y redonda y en sus abultados cachetes.

Empieza con un par de frases quejasas sobre lo mal que va el país.

—España acabará con los enfermos tirados en la calle. Todos podemos enfermar, nadie está libre de eso, incluso los políticos y los mandamases.

No le quito razón, pero no me apetece hablar. Me observa por el retrovisor, esperando una opinión que no va a escuchar.

La clínica está en la otra punta de la ciudad, unos quince minutos si no hubiera tráfico, pero los coches se embotellan en cada semáforo y algunas de las calles del centro están en obras.

Al otro lado de la ventanilla, veo a la gente resguardada bajo el toldo de una tienda, del alero de un edificio o corriendo bajo la lluvia para no llegar tarde. Los niños van al colegio. Algunos adormilados bajo el paraguas, con las madres tirando de ellos y cargando con las mochilas. Me pregunto si ser madre es tan ideal como lo pintan, y la respuesta es no. No me hago a engaños.

El día que mi madre murió, llovió. El viento de esa mañana de invierno lo presagiaba. Los primeros días, creí que el viento —por momentos precipitado e impetuoso, como aquel día de otoño en el que mi madre me agarraba de la mano para ayudarme a subir al murete— la había empujado. Pero duró poco, lo que dura una rosa en marchitarse cuando la arrancan del rosal, cuando los días pasan y se va secando poco a poco porque le falta la raíz de donde proviene. O lo que tarda en salir de la boca de una clienta, mientras paga un bollo de pan, y yo, subida a un taburete, porque a mis diez años todavía no llego a la caja registradora, la escucho decir la palabra suicidio. Mi abuela me explicó que no fue culpa de mi madre, que fue la enfermedad la que la obligó. Mi madre tampoco pudo más. Mi padre no fue el único que nos abandonó.

El taxista me sigue observando. Me mira mal porque no me apetece, porque no quiero mantener una conversación inútil para ocupar el tiempo. No tengo el día.

Lo observo sin pestañear a través del retrovisor. No estoy dispuesta a soportar su mirada de molesto.

—No se preocupe, señora, que llegaremos a tiempo —me asegura, malhumorado, y su mirada ya no se topa con la mía.

Eso es lo único que me preocupa, llegar a tiempo.

A lo lejos, ya puedo ver la azotea del edificio, pero todavía quedan por pasar tres semáforos que la ley de Murphy hará que se pongan en rojo. Mi pesimismo se hace realidad y, en el segundo semáforo en rojo, le pago al taxista y me bajo.

La puerta giratoria de la clínica es como la de los aeropuertos: es amplia, pero también lenta, retrasando más la prisa que tengo. Al entrar no hay ruido y un hilo musical, junto con las paredes y un mobiliario blanco, te dan la sensación de que acabas de entrar al mismísimo cielo. Un ángel viene hacia mí, la enfermera de pelo corto y una pequeña cicatriz sobre la ceja derecha. No recuerdo su nombre, pero las letras bordadas en la bata dicen Laura Ortiz. Me da la bienvenida maravillada con mi presencia, me indica dónde puedo dejar el paraguas y me guía hacia la consulta del doctor. Es una clínica privada. Solo le falta llevarme de la mano.

Caminamos por un pasillo en el que una de las paredes es acristalada y se puede ver el jardín interior. Sigue haciendo un día terrible. Las nubes lloran desconsoladas.

—Qué día más estupendo para quedarse en casa, ¿verdad?

—Sí —contesto, sin ganas de hablar, con la voz aún quebrada por el esprint tras bajarme del taxi.

Laura llama a la puerta. Golpea suavemente con los nudillos dos veces, con ritmo, como si fuera una contraseña establecida entre el doctor y ella, y gira el pomo tras oír un «¿Sí...?» del doctor, que no es ninguna pregunta, sino una invitación a entrar.

La estampa es la que esperaba. El doctor está sentado en su sillón blanco de piel, en la mano izquierda sostiene un bolígrafo cuya punta desliza sobre un papel, dejando líneas mal hechas que pretende que alguien entienda.

Deja el bolígrafo sobre la mesa, y levanta la cabeza mientras se sube las gafas redondas y metálicas hasta el entrecejo y pasa las manos por su mata de pelo negro, preparado para atender la siguiente tarea del día. Mi cita.

—¡Buenos días, Lidia! Siéntate, por favor. ¿Cómo te encuentras?

—De momento, bien. Un poco nerviosa y sufro algo de insomnio...

La ventana que da al jardín está abierta. Una pequeña abertura por la que el viento entra silbando bajito.

—Lidia, ¿te encuentras bien?

El doctor ha notado que ya no estoy aquí, que mis sentidos no están con él.

Reacciono.

—¡Sí, sí! —respondo apresurada—. Todo está bien.

En realidad, el recuerdo de mi madre en la azotea ha regresado, pero me concentro y lo escucho como una estudiante de colegio en su primer día de clase.

Tras varias indicaciones, la visita concluye con una receta para unas pastillas y un «nos vemos en tres meses». Lo dice con una sonrisa con la que quiere darme confianza: que todo saldrá bien. Pero, últimamente, dudo de las sonrisas. Desconfío si la franqueza se encuentra detrás de ellas. No es fácil saber si quien te sonríe lo hace de verdad o hay algo que intenta ocultarte. Pero tengo que confiar, porque mi estabilidad física y emocional depende de ello.

—Tómate las pastillas. Te sentirás mejor, Lidia. Y recuerda lo que te dije en la primera visita: poca cafeína... ¡Y nada de alcohol! —me indica como últimas directrices.

Sigue sonriendo mientras me acompaña hasta la puerta y se despide de nuevo de forma escueta, sin alargarlo más. Laura me acompañará hasta la salida de la clínica.

Un paraguas rojo ayuda a ser visible, a que la gente se aparte a tu paso como si fueras bajo palio. Es mejor así: hoy no quiero rozarme con nadie, aunque sea de una manera casual, sin intención. No he pasado una buena noche, y la visita a la clínica y un tiempo ventoso hacen que recuerde aún más a mi madre y que el día no esté siendo mejor.

La casa de Mariló está cerca de la clínica y los días que tengo cita vengo a hacerle una visita. No solemos quedar a menudo, porque hablaríamos de Julián y a las dos nos dolería. Estoy llegando a su edificio. Mariló vive en una buena zona de la ciudad. Donde sus padres le compraron un ático cuando cumplió los dieciocho. Es decir, hace unos veinte años.

Me avisa por el portero automático de que el ascensor no funciona, algo inusual en un edificio de postín. El paraguas irá goteando en cada escalón hasta llegar al ático.

Una noche sin dormir hace que ralentice la subida. Tras pararme unos minutos en cada descansillo, al fin llego. La puerta está entreabierta. El paragüero tiene la forma de un pez, y es por su boca abierta por donde introduzco el paraguas. El amplio recibidor da directo al salón. Mariló está sentada en su mesa de trabajo, cerca del ventanal, iluminada por la poca luz de un día nublado. Observo su espalda estrecha, el jersey de rayas... y lo que parece el nido de un pájaro, pero que en realidad es su melena enmarañada en lo alto de la cabeza, sujeta con un lápiz. Mariló dice que es *influencer*, que crea su propio contenido en redes sociales y que no le va nada mal. Pero ivete tú a saber! La mayoría de las veces, no hay que darle mucha credibilidad a lo que dice.

Se gira.

—Ahora mismo termino y nos tomamos un café —me dice, y sigue con lo que sea que está haciendo.

Aprovecho la espera para recuperar el aliento, para restablecer el ritmo normal de mi respiración jadeante: no los he contado, pero he subido muchos escalones. Aguardo de pie. No tardará mucho, o eso me ha dicho. Decido creer que esta vez sí que ha dicho la verdad, y no me hará esperar demasiado. Después iremos a la terraza de la cocina. Una vez más, está intentando dejar de fumar. Se ha prohibido fumar dentro de la casa, y la terraza de la cocina es ahora la zona de fumadores.

Mientras la espero, observo con detalle el salón.

Mariló siempre ha tenido el don de mezclar corrientes decorativas y que todo encaje de forma armoniosa. Como el sofá, con un estampado de flores grandes y coloridas, y una lámpara que baja del techo hasta casi tocar la mesita del salón. Es una lámpara recargada que, en un principio, no pegaría nada con el sofá ni con las cortinas de estilo náutico ni con la alfombra redonda de yute que hay debajo de la mesita de cristal, pero lo hace. Por las puertas de espejo de los armarios, algunos dirían que es la casa de una gran ególatra y no les faltaría razón. Si algo se puede decir de Mariló, es que posee un narcisismo, un quererse a sí misma, que por momentos roza la prepotencia.

Al acercarme a la estantería que ocupa toda la pared frente al sofá floreado, observo las fotografías enmarcadas y colocadas en distintos estantes. Algunas son recientes, y otras, de cuando Mariló era niña, como la de su primera comunión, la única en la que sale Julián. A mí se me ve medio escondida detrás del grupo de invitados, que sonrientes miran hacia la cámara. No tiene fotografías de Julián, por el mismo motivo por el que nosotras no solemos vernos, porque le duele.

Mariló abre uno de los cajones de su mesa de trabajo y saca un paquete de tabaco y un mechero. Se levanta y me mira autoritariamente para que la siga. Obedezco. Siempre ha sido así. Ella manda y los demás obedecemos. Es su narcisismo el que le impide ver más allá de su nariz operada.

—¿Con cafeína?

Digo que sí a pesar de la recomendación del doctor. No sé si podré vivir sin cafeína.

Me siento en uno de los sillones de mimbre de la terraza, en la zona cubierta. Sobre mí, las vigas de madera del techo de las que cuelgan *atrapasueños* que tintinean con el viento otoñal. En los laterales, una pequeña selva de plantas de distintas especies, alturas y tamaños. Y de frente, la vista panorámica de la ciudad. Me quedo embobada mirando un ficus. Ha dejado de llover, pero el agua, estancada en algún lugar de la planta, se desliza por las hojas y el

tallo para llegar a la tierra, ser absorbida por las raíces y nutrirse. Forma parte de un engranaje perfecto llamado vida. Todo lo que forma parte de la vida existe por alguna razón aunque no sepamos por qué. Nada sobra, nadie sobra. O eso es lo que quiero creer al escuchar a Mariló.

—¿Te has cambiado el color de pelo?

Cada vez que nos vemos me hace la misma pregunta.

No me he cambiado el color de pelo. Es mi color natural. Un negro tizón en un cabello lacio cortado a la altura de los hombros y con un flequillo que me crece más de lo que me gustaría y que aparto con una mano para responderle.

—No, no me he hecho nada. Y eso que tengo una peluquería justo al lado del bufete.

—¿Qué tal en el bufete? Tenías una socia, ¿no?

Gené sale a relucir en muchas de nuestras conversaciones. Gené y yo montamos juntas un bufete hace doce años. Se lo he dicho a Mariló tantas veces como ella me ha preguntado a mí si me he cambiado el color de pelo.

—Sí. ¡Gené! Hace doce años que montamos el bufete juntas. Te hablé de ella... alguna vez.

He intentado ser irónica, pero no sé si he empleado el tono de voz adecuado.

Mariló quiere poner cara de «no me suena que me hayas hablado de ella», pero, debido al bótox, las facciones no le responden a sus intenciones y parece que acaba de chupar una rodaja de limón. Luego, su cara se suaviza y, titubeando, dice que sí, que es posible que le hubiera hablado de Gené. El titubeo termina con una sonrisa y un «¡Gené! ¡Por supuesto!», como si fueran íntimas. Ha pasado de una negación rotunda a una afirmación contundente. Admiro esa manera que tiene de estar en el mundo, la de la actriz protagonista que cambia el guion a su antojo. Suelo admirar las cualidades de las que carezco.

—¿Cómo está tu abuela?

Al final, no le he hablado del trabajo, no le he dicho que últimamente llevo menos casos. Aunque no importa. Intentar hablar con Mariló sobre cualquier cosa que no sea ella misma es inútil. Le aburre, por eso cambia continuamente de tema. No merece la pena. Es tiempo perdido. Saliva gastada a lo tonto.

Antes de responderle, remuevo el azúcar haciendo sonar la cucharilla en el borde de la taza como si estuviera haciendo sonar un cuenco tibetano que me relaja.

—Sigue igual. Cada vez más mayor, pero sigue dando guerra. Flora la quiere y la cuida muy bien. —Noto que ya he perdido su atención y cambio de tema—. No hay mucho más que decir. Dime tú, ¿cómo están tus padres?

El *flash* de la cámara de fotos del móvil de Mariló se dispara varias veces apuntando a su taza de café humeante. Al lado de la taza, ha colocado un montoncito de servilletas de papel de color morado y la cucharilla sobre ellas. Todo está limpio, intacto, armonioso...: de foto. Mientras, yo ya he tomado varios sorbos de café esperando a que me conteste.

Por fin, Mariló deja el móvil en la mesa. Cerca, como un asmático que deja a mano el inhalador por si le falta el aire. Bebe un sorbo de café y enciende un cigarrillo.

Se ha olvidado por completo de mi pregunta.

—Tus padres, ¿bien? —repito.

—¡Ah, sí! ¡Bien, bien! Ya los conoces. Siempre de aquí para allá...

Es cierto, los conozco bien. Mariló y sus padres vivían en la calle principal, dos portales antes de la juguetería de la esquina. Recuerdo a su padre, vestido con un mono azul y una gorra de propaganda, haciendo chapuzas de albañil. Y a su madre, con un peine en la mano, harta de hacer cardados en la peluquería de Pili, o cargando sacos de harina, haciendo horas extras en la panadería de mi abuela cuando hacía falta personal. Todo esto, antes de que su padre se convirtiera en un conocido constructor y su madre en una esposa, habitual organizadora de campañas benéficas.

—... y se han comprado un golden terrier. Y mira que mi madre no es mucho de perros. Siempre dice que los perros deben vivir fuera de casa. Tu madre decía lo mismo y yo... —Al nombrar a mi madre, se da cuenta de que mi expresión cambia, que me pone triste. Aspira una buena calada, me acaricia el hombro y continúa hablando: —Era una enfermedad difícil de llevar, y más en aquella época. ¡Las cosas han cambiado mucho! Bueno... No tanto. ¡Ya sabes cómo es la gente! Se necesita invertir en la investigación y en erradicar, de una vez por todas, el estigma social. Para que las personas enfermas puedan vivir y llevar una vida digna.

Es cierto eso de que las personas somos como las cebollas, llenas de capas. Porque Mariló es eso, una cebolla. Bajo esa superficialidad, que sin error le adjudicas nada más conocerla, existe otra Mariló llena de reflexiones argumentadas con inteligencia.

—Tienes mucha razón —le digo y me quedo callada. No digo nada más porque prefiero no seguir hablando de mi madre. Si no, acabaré contándole lo de mis visitas a la clínica y creo que es demasiado pronto. Lo mejor es que me vaya. Miro el reloj para disimular—. Tendría que estar en el bufete. Me ha encantado verte, pero tengo que irme. —Tampoco es que le mienta, tengo mucho trabajo pendiente.

Me acompaña hasta la puerta. La frialdad de la bienvenida se convierte en una calurosa despedida en la que Mariló me abraza con tanta fuerza que me arruga el traje.

—No te pregunté qué tal con tu cliente —me dice.

Mariló cree que cuando vengo a verla es porque tengo un cliente cerca de su casa al que visito. Le miento para no tener que contarle lo de la clínica. Así que, una vez más, le vuelvo a mentir.

—Seguiré asesorándolo. Nos vemos en un par de meses.

El edificio en el que se encuentra el bufete está catalogado como edificio histórico. Las ventanas estilo Chicago ocupan casi toda la fachada, dejando poco espacio al ladrillo visto. Las paredes, las columnas de acero y hormigón, los pilares... forman parte de la historia y al mismo tiempo del presente. Lo mismo ocurre con los genes de una familia. Los antepasados ya no están, son historia, pero sus genes, lo bueno y lo malo, perduran a través de los descendientes.

Tras saludar a Silvino, el portero, subo por la escalera.

Mi ánimo se refleja en los escalones de mármol con la forma de una mancha negra, una sombra que camina de forma automática. Necesito despejarme. Aún me quedan muchas cosas por hacer, hoy y el resto de mi vida.

Cuando entro en el bufete, Sarita atiende una llamada mientras juega con un bolígrafo entre los rizos. Al verme, deja de jugar para, con un gesto con la mano, indicarme que espere antes de entrar en mi despacho. Espero a que finalice la llamada observando el ramo de lirios que le ha enviado su novia. El que, pondría una mano en el fuego, ha colocado rápidamente en el jarrón de cristal. Viven su amor con la inconsciencia que les da la edad, la de que el primer amor será el definitivo. Quizá sea así, quizás acaben sus días una junto a la otra.

Sarita se despide de su interlocutor y cuelga mordisqueando la tapa del bolígrafo a pesar de que, tanto Gené como yo, le hayamos dicho en repetidas ocasiones que no lo haga. Luego se inclina sobre la mesa para susurrarme algo al oído, como si lo que me fuera a decir fuera pecado.

—Gené quiere hablar contigo.

Gené necesita una explicación de mi ausencia de esta mañana. Era una reunión con un cliente importante, en la que debería haber estado presente, y tendrá razón en todo lo que me diga. No tengo excusa. O sí, pero aún no quiero decirle nada sobre mis visitas a la clínica. Y menos hoy, en este momento no podría soportar un

enjuicio que hiciese tambalear aún más mi estado anímico. Intento llevar lo mejor posible este día tan tedioso para mí.

—Tengo cosas que hacer, ahora no puedo. Dile que pasaré por su despacho antes de irme. ¿Están preparados los informes para la vista del caso Lombao?

Sin susurrar, recuperando su tono de voz normal, la voz fina de una becaria que finalizó las prácticas y se quedó en el bufete, contesta a mi pregunta:

—En media hora estarán listos.

—¿Cómo fue la reunión?

Sarita ladea la cabeza y la boca al mismo tiempo, dando a entender que podía haber ido mejor. No es una mueca alarmista, pero sí preocupante.

Me dirijo a mi despacho dejando a Sarita pensativa. Cavilando, seguramente, que cómo es que no voy a hablar con Gené sabiendo que las cosas no van bien en el bufete, que no debo tirar más de la cuerda.

No puedo decir que Gené y yo seamos íntimas amigas. O incluso, amigas a secas. Puede que, además de creer que es demasiado pronto, ese sea el motivo por el cual no sabe por qué le pedí llevar menos casos y he faltado esta mañana a la reunión con Lombao. En realidad, solo somos unas socias bien avenidas. Cuando nos conocimos en la facultad, supimos que, seguramente, no llegaríamos a ser amigas, pero sí buenas aliadas. Ambas descubrimos que nuestras aspiraciones y expectativas de la vida eran altas, incluso diría utópicas. En mi caso, lo justificaba pensando que, si la vida me había enseñado su peor lado hasta ese momento, el resto de mi existencia me mostraría su mejor perfil. Justicia divina. ¡Qué equivocada estaba!

El puesto de recepción está situado frente a la puerta de la entrada al bufete, al lado del aseo. A la derecha, al final del pasillo, se encuentra el despacho de Gené. Y a la izquierda, también al final del pasillo, el mío. Es un despacho amplio. Al abrir la puerta, se ven dos sillas delante de mi mesa y, detrás de ella, mi sillón y la ventana

Chicago con los estores subidos, dejando a la vista el día lluvioso. A la derecha hay una zona alfombrada, con un sofá biplaza de color gris perla y un pequeño *office* con cafetera y bebidas. La orquídea que habita en la repisa de la ventana me está pidiendo a gritos un poco de agua que la vuelva a poner en pie. Lo mismo pido yo, un poco de cafeína que me mantenga despierta después de una noche de insomnio que empieza a pasarme factura. Coloco la cápsula en la cafetera y observo el líquido marrón chorrear en la taza. Solo con el olor ya me despierta. Es el último de hoy y no es por la recomendación del doctor. No voy a dejar el café, ni siquiera voy a intentarlo. Es porque si no, esta noche volverá a ser igual que la de ayer y, esta vez, la culpa la tendrá la cafeína.

El día sigue triste.

Con la taza de café calentándome las manos, me acerco a la ventana y contemplo cómo las gotas de lluvia se deslizan por el cristal. No siguen un camino trazado. Simplemente se dejan ir, simplemente continúan. Así deberíamos vivir: sin pensar mucho, dejándonos ir y adaptándonos a los cambios. Fluir sin más, como las gotas de lluvia en el cristal. Pero no es fácil manejar los pensamientos, y ellos son los que crean «tu realidad». Una realidad casi siempre distorsionada, muy diferente de la verdadera realidad. En estos momentos de mi vida, «mi realidad» me asusta.

Dejo la taza en el único hueco libre que encuentro sobre la mesa y me quedo de pie.

Debería empezar a revisar el caso Lombao, pero, por más que busco en las carpetas que ocupan toda la mesa, no la encuentro. Reviso otra vez el montón arrinconado en una esquina y mi torpeza, fruto del cansancio, hace que golpee con el codo la única fotografía que tengo en el despacho y se quede boca arriba llamando mi atención.

Es una fotografía realizada delante de la panadería. En ella salimos mi abuela, Julián y yo. Yo tendría doce años y Julián siete. Mi padre se había ido y la enfermedad de mi madre ya la había llevado al suicidio.

No tengo fuerzas para seguir buscando y llamo a Sarita por el interfono.

—Sarita, no encuentro el informe del caso de Lombao. ¿Puedes traermé una copia?

Suelto el botón del interfono, sin esperar a que me conteste, y me dejo caer en el sillón.

Estoy cómoda, demasiado cómoda. Tanto que podría quedarme dormida. Agarro la taza intentando mantener los ojos abiertos, que se han quedado fijos observando la fotografía, y bebo un sorbo de café que me quema la punta de la lengua.

El color verde del marco de la fotografía es igual que el de las letras del cartel: «Panadería Nona». Nona es el nombre de mi abuela. Es así como la llaman, aunque en verdad se llama Ramona. Ha sido, y es, una luchadora. Siempre luchando contra el mismo adversario: un destino cruel. Porque eso es lo que nos pasa a algunas personas, que nos toca luchar contra un destino ya escrito. Cruel e invencible.

Esta tarde pasará a verla si aún sigo despierta.

Agito la cabeza varias veces y me pongo de nuevo en pie.

Sarita está tardando demasiado en traermé el informe de Lombao. Es mejor que vaya yo misma a buscarlo.

Salgo del despacho y recorro los pocos metros que me separan de su mesa. A lo largo del corto pasillo, colgados en las paredes, hay varios cuadros corporativos del bufete en los que salgo yo. Puede que sea porque en todos llevo el pelo recogido como lo solía llevar mi madre, pero me parezco a ella. Me parezco físicamente: cejas negras y espesas, pelo lacio, complexión delgada... y una nariz normal, aunque a mí siempre me ha parecido demasiado fina en la punta. Y aunque en un cuadro no se puede apreciar, en la forma de ser también me parezco. Soy igual de tímida y, podría decir, igual de cobarde.

Sarita no está en su mesa. Oigo voces en el despacho de Gené. Sé que no es de buena educación escuchar detrás de una puerta, pero oigo mi nombre y la curiosidad me puede.

—¡No se lo digas a Lidia, de acuerdo!...

A pesar de que no veo a Sarita, la imagino delante de la mesa de Gené, con la mirada puesta en los botines y las manos entrelazadas delante de su falda gris jaspeada. Asintiendo con la cabeza, porque su voz fina, cuando está nerviosa, se siente intimidada y no quiere salir.

Mi reacción es la esperada. Como la cobarde que soy, huyo antes de que ellas noten mi presencia. Camino apurada por el pasillo sin llegar a correr. Al entrar en mi despacho, no dejo la puerta abierta como de costumbre, sino que la cierro a conciencia, con el temor irracional de que ellas puedan escuchar mis pensamientos.

Me siento alterada. Deambulo por el despacho.

¿Qué es lo que Sarita no puede decirme? ¿Tendrá que ver con el caso Lombao? ¿Es por eso por lo que no encuentro el informe?

Intento descubrir qué será lo que Gené me está ocultando. Es pura adivinación, porque no tengo ni idea. Con la mirada puesta en los cordones de los mocasines, sacudidos por el movimiento de mis pies, que sin sosiego caminan de un lado al otro del despacho, me repito que no puede ser, que Gené no me oculta nada. Creo que no podría soportarlo. Y menos en estos momentos. Una decepción más de la vida sería esa ola que te acaba derribando en el oleaje. La que te arrastra hacia el fondo del mar y no consigues salir a la superficie, porque estás tan cansado de luchar que no puedes con su embiste. Si Gené me traicionara, sería esa ola. La gran ola que me derribaría.

Ahora la lluvia golpea con fuerza en el cristal. Me acerco a la ventana. Observo la calle y veo cómo un aire enérgico mueve los árboles que habitan entre el cemento de las aceras, adaptados a un espacio antinatural para ellos. Veo las gotas de lluvia fluyendo por el cristal, acomodándose al camino. Tengo que recordarme que hoy no tengo un buen día, y mi mente no está clara. Estoy imaginándome cosas que no tienen por qué ser reales. No somos íntimas amigas, pero Gené nunca me ha fallado.

Respiro profundamente. Lo mejor que puedo hacer ahora es fluir.

Me centro en el trabajo y busco el informe del caso Lombao. Una por una, reviso las carpetas que rebosan la mesa, y las voy colocando sobre las sillas y el sofá. Voy por la mitad, cuando Sarita llama a la puerta y de su boca sale un hilo de voz que se va apagando en cada palabra.

—Gené quiere hablar contigo..., ahora.

—¿Es por el caso Lombao?

Sarita se encoge de hombros y, como el que esconde algo, baja la mirada cuando paso a su lado, directa al despacho de Gené.

La puerta está abierta y entro sin llamar. El despacho de Gené es igual que el mío, pero en tonos azulados, de estilo marinero, porque Gené es una apasionada del mar. Está tumbada en el sofá con los ojos cerrados. El cabello rubio, lacio y largo cae como una cortina desde uno de los reposabrazos y, en el otro, los pies calzados descansan elevados.

—¿Has comido?

Me ha oído entrar, pero no se ha movido. Ni siquiera ha abierto los ojos.

Contesto que no.

—¡Te invito! —me dice.

Gené se levanta de un impulso y agarra el bolso como en una coreografía ensayada, sin fallos de tropezones imprevistos ni roces que ensucien el movimiento. Así es ella, Eugenia De Somosierra Müller, educada en la exquisitez y la elegancia. Gené es su apodo de niña, que ha mantenido con los años para diferenciarse de su madre y de su abuela. Ninguna de sus hijas se llama así. Desconozco si por iniciativa propia o de su marido. Una saga de Eugénias que se termina con ella, teniendo en cuenta que su única hermana, Sonsoles, ha decidido dedicar su vida a la ayuda humanitaria y no tener hijos. Creo que en estos momentos está en Perú.

El bufete está en el entresuelo. Bajamos andando. Gené va delante.

—¡Sigue lloviendo!

La escucho y me preparo para abrir mi llamativo paraguas rojo que me cuelga del brazo.

El restaurante está a un par de calles del bufete. Demasiado cerca para que dé tiempo a entablar una conversación. Y menos un día de lluvia, en el que estás pendiente de un suelo resbaladizo y de llegar lo antes posible a tu destino para resguardarte.

Venancio, el dueño del restaurante, no ha hecho reformas, por lo menos, desde los años 90. Una fotografía de un Venancio más joven, de pie en medio del restaurante, rodeado por algunos de los jugadores de la selección española de fútbol del 92, cuelga de la pared detrás de la barra. Todo sigue igual.

La mayoría de las mesas están ocupadas por colegas de la profesión: en esta zona de la ciudad hay varios bufetes. Ocupamos una mesa libre antes de que alguien nos la quite. Venancio viene enseguida a atendernos. Somos clientas habituales y se esmera para que lo sigamos siendo. Conoce muy bien el negocio de la restauración, por eso el restaurante lleva tantos años abierto. Venancio es regordete, le falta pelo en la coronilla y tiene un curioso bigote casi imberbe cerca de las comisuras de la boca. También tiene arrugas prematuras y durezas en las manos, consecuencias de una vida llena de esfuerzos. Es, como se suele decir, un hombre hecho a sí mismo. Venancio sabe lo que es la vida, sus luces y sus sombras. Dudo que Gené haya conocido las sombras de la vida. Sus manos lucen finas, casi nuevas. Me fijo en ellas mientras sujeta la carta.

—La pasta y el solomillo, Venancio.

Gené pide platos de la carta y yo el menú. Aunque invita ella, no quiero abusar. Siempre pido el menú del día y hoy hago lo mismo.

Normalmente hablamos de trabajo, pero estamos empezando con el segundo plato y solo hemos mantenido un intercambio de frases banales sobre el clima y lo buena que está la comida. La situación que estoy viviendo no es la habitual. La noto rara. Puede que sí me esté ocultando algo. Intento sacarme esa idea de la cabeza. Fluir y no adelantar nada.

El trozo de solomillo se queda a medio cortar. Gené apoya el cuchillo y el tenedor en el borde del plato, delicadamente, como es ella, y me mira.

—Lidia, me gustaría preguntarte algo... Quería saber si estás bien, si últimamente has tenido algún problema.

No me lo esperaba.

—Estoy bien —contesto, tajante.

Gené espera en silencio a que yo diga algo más. No tengo intención de hacerlo.

—No tienes por qué contármelo, Lidia, pero está claro que te pasa algo y... está afectando al bufete. Hace unos meses me dijiste que necesitabas trabajar menos, llevar menos casos durante una temporada, y no puse ningún problema. Pero, lo que no puede ser, Lidia, es que no atiendas como se merece a nuestro mejor cliente. Como, por ejemplo, no haber venido a la reunión de esta mañana.

Sé que Gené nunca da un paso sin saber qué vendrá después, así que pregunto.

—¿Qué propones?

No puedo dejar de mirar cómo le da vueltas a su anillo de casada. Lo nota, desliza un mechón de pelo detrás de la oreja y bebe un poco de vino. Está nerviosa.

—A Sonsoles —confiesa.

—¿Qué Sonsoles? —Tardo medio segundo en darme cuenta de que está hablando de su hermana—. ¿No estaba en Perú?

—Algo así —responde.

—¿Cómo que algo así? ¿Estaba o no estaba?

—Sí, pero ha vuelto. Y he pensado que podía trabajar en el bufete y llevar algún caso.

—¿Como el caso Lombao?

Era eso lo que me ocultaba, sustituirme por Sonsoles. Echarme del bufete y cambiar el nombre de Abogadas De Somosierra y Olano por Hermanas De Somosierra Müller. Pero no tengo fuerzas para enfrentarme a ella. Hoy no solo me falta valor, también energía.

Se queda callada, y yo me levanto dejando sobre la mesa lo que cuesta un menú.

—Otro día lo hablamos. Ahora tengo que ir a ver a mi abuela.

Volver al barrio, siempre aflora mis recuerdos. El vello se me eriza y necesito tragar saliva porque la boca se me queda seca. El taxista me ha dejado en la esquina de la calle principal. En el escaparate del local ya no hay juguetes, sino el logotipo de una casa de apuestas que cubre gran parte del cristal. Un recreativo cerca de niños y adolescentes, porque el colegio y el instituto, a los que íbamos mi hermano y yo, están a un par de calles. Observo la calle hasta el horizonte, y me veo a mí siendo niña, caminando y sujetando la mano de Julián, y la boca se me seca aún más.

Tras caminar un par de minutos, ya veo la fachada de la panadería. Si hace un momento me veía a mí y a mi hermano siendo niños, ahora puedo ver a mi abuela sentada en el primer peldaño del par de escalones que llevan al portón de la panadería, y a mi madre, sentada en el otro peldaño, llorando porque mi padre se ha ido.

Creo que fue ahí, en ese momento, al ver llorar a mi madre, cuando comencé a odiarme, cuando dejé de quererme. Pensé que todo era culpa mía: que había sido una hija fallida, una hija que exigía atención a pesar de la situación que se vivía en casa. Que no me había portado bien y por eso mi padre se había ido. Que había querido ser lo que era, una niña... Es una sensación muy común en niños cuyos padres o madres los han abandonado. Nunca podré agradecerle a Nona todo lo que ha hecho por mí y por mi hermano, aunque sea nuestra abuela y fuera lo normal, lo que se esperaba de ella. De mi padre también se esperaba lo mismo, que estuviera ahí, que ejerciera de padre, y en cambio se fue.

Nona vive en un edificio antiguo de cinco plantas. Hace un par de años que pusieron el ascensor, pero mi abuela vive encima de la panadería, en el principal, y a pesar de que estoy cansada, muy cansada, decido subir andando. Oigo la voz de Flora nada más pisar el primer escalón. Como acostumbra, estará hablando sola. Así que entiendo aún menos la necesidad de gritar de esa manera.

—¡Flora!

—¡Estoy en la cocina!

La casa de Nona es tan vieja como ella. Todo es viejo: los muebles, el suelo, lo que la decora... El salón es amplio. Un mueble grande oculta una de las paredes, y un sofá biplaza y una butaca ocupan el centro del salón dándole la espalda al ventanal. La mesa y las sillas del comedor nunca se usan. Arrinconadas en una esquina, parecen castigadas. Recuerdo el hule que cubre la mesa y el botijo de barro que la decora desde que era pequeña.

Nona está sentada en su butaca. Me mira asustada. Me acerco a ella y la tranquilizo.

—Soy yo, abuela. Soy Lidia.

Le sonrío, mientras le tomo las manos y las cubro con las mías. Y, poco a poco, se va tranquilizando. Poco a poco me va reconociendo.

—¡Lidia!

—Sí, abuela. Soy yo.

Flora sale de la cocina y viene directa hacia mí con los brazos abiertos, para, como ella dice, darme un achuchón. Siempre me estruja entre sus carnes morenas y yo no soy capaz de negarme. Me dejo, aunque no sea tan cariñosa como ella.

Flora es de tomarse muchas confianzas. Me sacude el culo con un trapo de cocina, al mismo tiempo que me pregunta si ya he encontrado marido.

—Mi niña, ¿ya encontró marido o voy a tener que buscárselo yo?

La positividad de Flora es admirable. Ha nadado a contracorriente toda la vida y, a pesar de ello, no deja de sonreír: de no ver un final en una puerta cerrada, sino la posibilidad de encontrar otro camino.

No se queda atrapada en la negatividad. Ella no fue como mi padre, ella no abandonó a sus hijos; pero, aun así, la necesidad la mantiene lejos de ellos. Cuando Flora llegó a España, se integró rápidamente en la colonia de emigrantes colombianos de la ciudad, porque, en la vida, además de las necesidades materiales imprescindibles para poder vivir, existen otras necesidades inherentes al ser humano, como la de pertenecer a una familia, la de formar parte de un todo que te protege y te quiere incondicionalmente. Cuando esa necesidad no se cumple, es la soledad la que se vuelve inherente a ti. Flora lo sabe bien. Por eso, cada vez que vengo a ver a Nona, tiene preparado un catálogo de hombres en la galería de fotos de su móvil, casi todos colombianos como ella, para mí.

—Mi tesoro, ustedes las españolas no saben la compañía y todo lo que podría darles un hombre colombiano. ¡Usted ya me entiende! —exclama picarona—. ¡Son divinos! Hágame caso y este sábado véngase conmigo a bailar.

Me niego todas las veces, pero ella persiste como un mosquito nocturno.

Flora regresa a la cocina quejándose de que nunca le hago caso y de que se le ha cortado la mayonesa porque la batidora está vieja. La dejo irse. Prefiero quedarme a solas con Nona, ya que Flora no para de hablar. Dentro de la cocina, y con la puerta cerrada, puedo escuchar desde el salón cómo se sigue quejando.

Sigo teniendo la boca seca. Agarro la jarra que está sobre la mesita para servirme un vaso de agua que bebo ansiosa, haciendo ruido al tragar. Mi abuela me mira, no ha dejado de hacerlo desde que llegué. Sus ojos añiles brillan cuando lo hace. Me siento en el sofá, al lado de su butaca, lo más cerca posible de ella, y la vuelvo a tomar de las manos. Sigue siendo preciosa.

—¿Estás bien, Nona?

Una sonrisa ilumina su cara, y echa un vistazo a todo el salón, como si me mostrara la riqueza que la rodea: sus cosas, su espacio... Su mundo.

—Abuela, ¿de qué quieres que hablemos hoy?

Siempre intento que hablemos de su vida. Eso le ayuda a recordar. Es decir, hablamos de la panadería, de mi madre, de mi padre, de mi hermano, de tía Elvira, de Mariló, de mí... Uno de sus recuerdos favoritos es el de Julián y el mío sentados en dos taburetes cerca del horno de la panadería en los días fríos de invierno, con un bocadillo entre las manos de pan recién hecho y la vista puesta en el pequeño televisor que colgaba de lo alto de una esquina de la pared, sin perder detalle de los dibujos animados.

—Nona, ¿qué es lo primero que recuerdas?

Hoy parece que no está habladora, pero levanta una mano y señala una fotografía de mi madre y un cuenco que ahora se utiliza de macetero.

Los pies de mi madre sumergidos en el cuenco de falsa porcelana china, con agua y sal, ni fría ni caliente, es el primer recuerdo que viene a la mente de Nona. Una mente que gotea y va perdiendo su contenido lentamente. Nadie sabe a dónde van esas gotas, a dónde irán esos recuerdos que se quedan sin dueño, quién será mi abuela cuando ya no recuerde nada. Porque no hay nada más propio de uno que sus recuerdos, sus pensamientos, sus creencias, lo que siente su corazón. Todas esas cosas intangibles que son unipersonales y que en nada se parecen a las de los demás son las que hacen que uno sea el que es y no otro. Porque esas cosas intangibles tienen matices, tus matices, y no se pueden reproducir en otra persona con la misma exactitud.

El recuerdo de mi madre, con los pies metidos en el falso cuenco chino, está lleno de mis matices: como mi manía al detalle, a pararme en los olores y, sobre todo, a la música con la que envuelvo las escenas de mi vida, cada momento que se ha quedado grabado en mi memoria. Recuerdo a mi madre sentada en la silla con asiento de paja, con el vestido remangado en el regazo, el pelo mal recogido en la nuca, los ojos bien cerrados y la frente hacia el techo. Siempre pensando, y nadie sabiendo en qué. La música es de violines, melancólica. Y huele a lavanda.

—Y Julián, ¿no ha venido?

Siempre espero que no me haga esa pregunta. Que la olvide, como todo lo demás. Pero no, el recuerdo de Julián parece ser imborrable para ella.

—Julián no está, Nona. Julián murió.

—¿Julián murió? ¿Tu madre lo sabe?

La abrazo con ternura mientras le acaricio el pelo y la besuqueo.

—Todo está bien, abuela. Eso pasó hace muchos años. Todo está bien.

Mi hermano murió cuando tenía dieciocho años. Así, de repente, sin que ni Nona ni yo lo esperáramos. Murió joven, sin que la madurez dejara su huella en él, sin que descubriera que no se había comido el mundo, pero, aun así, podía decir que era feliz. O puede que no.

—¡Es la hora de la merienda, señora Nona!

En una bandeja cubierta por un mantel individual, Flora le trae a Nona un vaso de leche, unas galletas y una pieza de fruta. La deja sobre la mesa auxiliar que yo, al verla venir con la bandeja, he colocado previamente delante de mi abuela.

—¿Está usted cómoda, mi ángel?

Flora la trata con mucho amor. He tenido mucha suerte al encontrarla. Fue Gené quien me habló de ella. Flora cuidaba de una de las clientas del bufete, hasta que la mujer falleció hace cinco años. Desde entonces, Flora cuida de Nona.

—¿Quiere un poquito de queso?

Mi abuela merienda con la ayuda de Flora, mientras yo, sin que pueda evitarlo, me acurruco en el sofá. Estoy cansada y tengo mucho sueño. Cierro los ojos con la intención de que solo sea unos segundos, quizá minutos.

Flora sigue hablando. La escucho aunque tenga los ojos cerrados.

—Esta semana ha comido muy bien y ha salido todos los días a pasear, ¿verdad, señora Nona? Excepto hoy, porque llueve y...

Los taxis suelen retrasarse los días de lluvia, y el cuerpo me pide que lo meta en la cama, que lo ponga ya a descansar. ¡No puedo más!

—Debería llamar al taxi, Flora. Hoy no será fácil localizar uno libre.

—¿Ya se va? ¡Pues sí que ha estado tiempo!

Hoy no tengo la paciencia que suelo tener. Debe ser por el cansancio. La miro con los ojos bien abiertos, dándole a entender que es una impertinencia que me llame la atención, que se está tomando demasiadas confianzas. Pero no hace efecto.

—¡No me abra los ojos, que no le voy a echar gotas!

—¡Flora!

—Perdóneme, mi niña. Solo digo lo que pienso.

De eso no tengo ni la menor duda, y tampoco de que no se deja nada dentro. Pero es una buena mujer, y quiere y cuida muy bien de Nona.

Se lo dejo pasar, como viene siendo habitual.

—Mañana me pasaré otro rato. Ahora tengo que irme. Son las siete y mañana madrugo.

Me levanto. El cuerpo me pesa y me cuesta pensar.

Pido un taxi mediante una aplicación. He tenido suerte. Llegará en cinco minutos.

Me preparo para despedirme de mi abuela. Se pondrá triste unos minutos y después se le olvidará que me he ido, que he estado aquí o que existo. Le doy un beso en la mejilla y le acaricio la cara. Ella sonríe con los ojos tristes, como si fuera consciente de la realidad, pero, de pronto, su mirada cambia e intenta ponerse en pie.

—Eloy estará a punto de llegar. Voy a hacer unos huevos fritos. Vendrá con hambre —farfulla.

—No se preocupe, señora Nona. Terminamos de merendar y hacemos los huevos.

Flora interviene y mi abuela se queda tranquila.

Eloy es mi padre. Mi abuela guarda un buen recuerdo de él aunque hubiera abandonado a su hija y a sus nietos. Nunca lo he entendido. O puede que sí. Ella sabe, mejor que nadie, que no era fácil convivir con la enfermedad de mi madre. Mi abuela siempre estuvo ahí. En el tema de mi padre soy ambigua. Unos días lo perdono y otros lo hago culpable de todo, o de casi todo.

Es la hora de irme. Flora me dice adiós sin que pueda evitar su achuchón. Si soy sincera, ya estoy acostumbrada y lo echaría de menos si no me lo diera.

Mientras bajo la escalera, solo pienso en llegar a casa y meterme en la cama.

El taxi me espera. Entro y me acomodo en el asiento.

No he calculado el tiempo, pero el viaje se me ha hecho corto. Tal vez, porque la mitad del trayecto lo he hecho somnolienta. Y sigo así cuando me despido del taxista, entro en el portal, subo en el ascensor, busco las llaves dentro del bolso, abro la puerta y me quito los mocasines sin agacharme, pinzando el talón con la punta del pie.

Ha sido un día de otoño bastante intenso y tengo la intención de irme directa a la cama, pero, antes de que se me olvide, me dirijo a la cocina y apunto en el calendario la próxima visita con el doctor en tres meses. El calendario, sujeto con un imán a la puerta de la nevera, me lo regaló el frutero del barrio. La imagen de cada mes del año es una fruta de temporada. Es didáctico, además de útil...

El sonido del teléfono móvil me salva. Suelo divagar cuando estoy cansada, perdiendo el tiempo en pensamientos infructuosos.

Es un número desconocido.

—¿Diga?

Espero unos segundos, pero nadie contesta.

Escucho la suave respiración de un hombre.

Se ha equivocado al llamar. Esperaba escuchar otra voz y se ha quedado paralizado.

—¿Diga? ¿Me oye? —insisto.

Sé que me está escuchando. Yo sigo escuchando su respiración.

—¿Quién es?

Nadie responde y cuelgan.

SEGUNDA PARTE

¿Quién querría recordar algo así?

2

Faltan pocos días para que sea Nochebuena, y los termómetros marcan temperaturas propias de la primavera. La gente, con gafas de sol y en tirantes o manga corta, llena las terrazas. Disfrutan de un desayuno al aire libre, bajo lucecitas y bolas de Navidad. Parecen felices. Yo camino cabizbaja, mirando de reojo con envidia sana.

A través de los cristales de la puerta giratoria, puedo ver el enorme árbol artificial de Navidad ocupando el centro del gran recibidor de la clínica, y a Laura esperándome con un gorro de Papá Noel, ladeado, sujeto al pelo corto con unas horquillas. Han pasado tres meses desde mi última visita, y las cosas no han mejorado. Son muchas más las noches en las que los pensamientos y las preocupaciones no me dejan dormir. Las hojas blancas que quedaban en el cuaderno están llenas de líneas negras y de círculos verdes que cada vez se van haciendo más pequeños.

—¡Feliz Navidad, Lidia! ¿Cómo te encuentras? El doctor nos está esperando.

—¡Hola, Laura!

Me abstengo de felicitarla. Estas fechas son demasiado dolorosas para mí, porque son para celebrar en familia y yo solo tengo a Nona. Pero, sobre todo, porque mi madre decidió suicidarse en una fecha tan señalada como el día de Navidad.

Los estores tapan las vistas al jardín interior y el pasillo se ha convertido en un largo túnel. Laura golpea la puerta con los nudillos, de esa forma tan particular que parece una contraseña, y entramos. El doctor aleja la vista de la pantalla del ordenador, me mira y me da la bienvenida.

—¡Hola, Lidia! ¿Cómo te encuentras? Siéntate. —Empuja las gafas hasta el entrecejo y vuelve a poner la vista en la pantalla—. Todo transcurre con normalidad. Hasta el momento no hay de qué preocuparse.

«Hasta el momento» no es algo que me deje tranquila.

Me explica cuáles serán los siguientes pasos.

—Hoy empezaremos con las inyecciones. Laura te pondrá la primera ahora mismo —me dice, señalando la camilla.

Me levanto, dejando el bolso y el maletín sobre la silla, y doy cuatro pasos hasta llegar a Laura, que me espera con la inyección preparada. Me tumbo sobre la camilla y con una mano sujeto la camisa y con la otra me bajo la cintura del pantalón, dejando un trozo de abdomen al aire.

El doctor sigue hablando.

—¿Qué tal con las pastillas? ¿Han ido bien?

—Sí —miento.

Digo que sí, aunque la verdad es que he dejado de tomarlas. Los efectos secundarios me provocaban un dolor estomacal que me obligaba a acudir al baño continuamente. Si se lo digo, me dará otro tipo de pastillas con los mismos efectos o peores, quizá sarpullidos o la caída del pelo. ¡Vete tú a saber! Así que miento y digo que sí. Saldré de la consulta con una receta de pastillas que no utilizaré.

Noto un pinchazo rápido y un dolor efímero.

—Pues esto es todo, Lidia. Sobre todo, estate tranquila. Dentro de otros tres meses nos volveremos a ver. Cuídate.

Laura me ayuda a incorporarme mientras el doctor sale de la consulta. Acomodo la camisa dentro del pantalón y recojo mis cosas de la silla.

—¡Adelante, Lidia! —me dice Laura, cediéndome el paso al salir de la consulta.

Laura me acompaña a recepción, para que me den fecha para la próxima cita, y después hasta la puerta giratoria. Me da conversación preguntándome si cenaré con toda la familia en

Nochebuena. Es demasiado largo de contar, y quizá demasiado íntimo. Decido mentirle, decirle que sí, que nos reuniremos todos alrededor de una mesa adornada para la ocasión, con regalos bajo el árbol y toda la parafernalia. Ella me cuenta que esa noche cenará en la casa de los padres de su novio, que es médico y se llama Salva, de Salvador. ¡El nombre le viene al pelo! Laura no es tan joven como Sarita, pero me recuerda a ella. Es juvenil, jovial..., aunque siempre guardando las formas que requiere trabajar en una clínica privada. A lo mejor es porque está enamorada. Cuando nos enamoramos, nos comportamos como adolescentes.

Dejando a medias el relato de Laura sobre un percance que ha tenido con el coche de su futura suegra, me despido al llegar a la puerta giratoria, excusándome con que tengo mucha prisa. Hoy me toca visitar a Mariló.

Mariló me ha enviado un mensaje para que le compre un paquete de tabaco. Seguro que ha hecho lo de siempre. Ayer por la noche, en un arrebató, decidió que dejaba de fumar y tiró todo el tabaco por la taza del inodoro, y hoy, al levantarse, el mono le ha podido. Camino pensando en mi vida y buscando un estanco que esté abierto. Son las nueve de la mañana y las decoraciones luminosas de Navidad que los decoran siguen apagadas.

Es inevitable que no piense en mi madre en estas fechas, y menos hoy que he acudido a la clínica. Recuerdo que cuando era pequeña, en esta época del año, era normal que la nieve me llegara a los tobillos. En alguno de los días malos de mi madre, en esos en los que me llevaba a la azotea y me daba la mano para que subiera con ella al murete diciendo que los ángeles nos estaban esperando, el murete estaba nevado y resbaladizo. Fueron muchas las veces que pisé firme con mis pequeños pies para no caerme al vacío. Una inestabilidad que se implantó dentro de mí para toda la vida.

—Lo siento, no he visto ningún estanco abierto —le informo a Mariló por el portero automático para que, mientras subo en el ascensor que ya han arreglado, se vaya haciendo a la idea de que no

va a fumar, que tranquilice ese mal carácter que le sale cuando tiene el mono.

El paragüero de pez no está en el recibidor. Ha sido sustituido por otro de mimbre y hierro.

—¿Qué le ha pasado al paragüero de pez? —pregunto, alzando la voz para que me oiga.

No sé por qué, pero me gustaba. Era tan diferente de lo que se espera de un paragüero, que había algo en eso que me atraía.

—¡Se ha roto! —grita Mariló desde el salón.

La observo desde el amplio recibidor. Está de pie al lado del sofá floreado, con una fotografía en una mano y un cigarrillo en la otra.

—¿Cómo es que tienes tabaco? —pregunto.

—Hola, ¿eh? ¡Primero se saluda! Lo he pedido por internet. No tardan ni diez minutos en traértelo. Se me olvidó avisarte.

No me sorprende que Mariló no haya pensado en mí, en que yo estaría buscando un estanco, y que solo pensara en ella misma y en sus ganas de fumar. Diría que esa es la gran epidemia de este siglo: la falta de empatía real hacia los demás. En el caso de Mariló, el motivo de su falta de empatía también se debe a la educación de una madre con muchas aspiraciones de grandeza. Estoy molesta porque no me ha avisado de que tenía tabaco, pero la conozco desde hace tantos años que sé que de nada me va a servir reprochárselo. Sería inútil. Aun así, le suelto una pullita para que la haga sentirse un poco mal, aunque no sea por mí.

—¿Y qué haces fumando dentro de casa? A partir de ahora volverás a fumar dentro, y toda la casa volverá a oler a humo.

Mariló me mira molesta.

Nunca he sabido soltar una pullita con elegancia. Decirlo de una forma en la que el otro no puede enfadarse aunque sepa que tu comentario ha sido malintencionado. Nunca he tenido habilidad para eso.

En un ambiente tenso, Mariló observa la fotografía mientras me ignora. No quiero disculparme ni quedarme quieta esperando a que

deje de hacerme el vacío. Es el mismo juego de siempre. Las dos nos resistimos a rebajarnos ante la otra, hasta que cedo. Pero, antes de transigir, me recreo en esta victoria que será fugaz. Nos comportamos como niñas, lo sé, pero no puedo evitarlo. Decido imitarla y también la ignoro.

Me acerco a la estantería y lo primero que veo es la fotografía de la comunión. Esa en la que salgo escondida —siempre he sido tímida—, detrás del resto de los invitados. Conozco a la mayoría y, a los otros, o no los conozco o no los recuerdo; han pasado casi treinta años. Julián está pletórico al lado de Mariló, que luce su vestido de comunión, con el que parece una pequeña novia. El destino quiso que lo que parecía ser un presagio nunca se cumpliera, y Mariló y mi hermano nunca llegaron a casarse.

Pensar en Julián y Mariló me ablanda. Voy a ceder. No es ninguna sorpresa, pero aun así me da un poco de rabia.

—¿Me vas a invitar a un café... o me bajo al bar de la esquina?

—¡Sí, claro! ¡Pero vamos a la terraza, no sea que después toda la casa huela a café!

Ella sí que tiene habilidad para las pullitas, como si supiera lo que le iba a decir.

Sonrío en son de paz.

Mariló sigue con la fotografía entre las manos, fijándose al detalle.

—¿Qué estás mirando? —le pregunto.

—Es una fotografía de mis padres cuando eran jóvenes. ¿Tú crees que me parezco a mi madre?

Me entrega la fotografía y se dirige hacia la terraza de la cocina. Yo la sigo con un ojo puesto en la fotografía y otro en el camino. No quiero tropezar con nada: una gran parte del pasillo está ocupada por esculturas y objetos raros que Mariló ha adquirido en sus viajes.

En la fotografía, sus padres tendrían unos treinta y siete años, los mismos que tiene ahora Mariló. Está hecha en el piso situado al lado de la juguetería. Los padres de Mariló se fueron del barrio, creo

recordar, un año después de la muerte de mi madre, a finales de verano. Quizá fuera otoño. La verdad es que no lo recuerdo bien. Lo que sí recuerdo es a mi hermano llorando durante meses sin que nadie pudiera consolarlo. Fue un amor que nació siendo unos niños, por eso a Mariló le costó tanto superar la muerte de Julián. Sin duda, Julián fue el amor de su vida.

—Tienes las mismas cejas y la misma frente que tu padre, pero...

Mariló, al escuchar el «pero», se queda con la cápsula de café a medio colocar en la máquina y me mira.

Apoyo los codos en la isla de la cocina. Con una mano aparto el flequillo de los ojos y con la otra acerco la fotografía para fijarme bien en la madre de Mariló.

—Tus ojos son como los de tu padre. Puede que la zona de la boca sea más como la de tu madre. Tienes los dos hoyuelos cuando sonríes.

En realidad, el bótox ha hecho que sus hoyuelos hayan desaparecido, pero me guío por la Mariló niña de la fotografía de la comunión.

Salimos a la terraza.

Mariló pone dos tazas de café encima de la mesa. Le devuelvo la fotografía y me siento en el mismo sitio de siempre.

—¿Por qué quieres saber si te pareces a tu madre?

—No sé. Ayer me dijeron que me parecía a ella y yo, la verdad, no me veo el parecido.

Si por Mariló fuera, no se parecería en nada a su madre. Su relación nunca ha sido buena. Agri, de Agripina, que así se llama, es ese tipo de madre que dirigiría tu vida si pudiera, excusándose con que todo lo que hace, lo hace por tu bien. Porque te conoce; porque es tu madre, te ha parido y sabe lo que es mejor para ti. Agri siempre ha sido una mujer con grandes aspiraciones, y no solo para ella, sino también para su hija. Para Agri, su hija le pertenece, es una más de sus valiosas posesiones. A veces me compadezco de Mariló, pero otras, la mayoría, la envidio porque su madre sigue viva.

—Y yo, Mariló, ¿a quién me parezco?

—Lidia, itú eres igual que tu madre! Bueno..., menos en el color de los ojos. En ese color miel, a veces dorado, que tanto envidio. En los ojos eres igual que tu padre. Sé que no te gusta que te lo digan, pero es así.

He entrado en un juego de parecidos, sin pensar en las consecuencias. Lo que le pasa a Mariló con su madre es lo que me pasa a mí con mi padre, que me gustaría no parecerme en nada a él. Pero tiene razón, es así y no puedo hacer nada.

—No has vuelto a saber nada de él, ¿no? —me pregunta.

—¡No sé ni si sigue vivo!

Al igual que Mariló, sé que tengo los ojos como mi progenitor, por las fotografías y los comentarios de los mayores. En realidad, el recuerdo de cómo era mi padre se ha difuminado en mi memoria, como una calcomanía que con el paso del tiempo va perdiendo su color, los bordes, su forma.

Bebo un sorbo de café mientras intento evocar la imagen definida de la cara de mi padre. Sin duda, era Julián el que se le parecía y es recordando a mi hermano como logro recordarlo. El pelo duro y alborotado, el mentón pronunciado, las orejas pequeñas... Se parecían mucho. Se sentaban igual, caminaban igual y se rascaban la cabeza compulsivamente cuando estaban nerviosos. Era igual que mi padre. De mi madre lo único que heredó fue la enfermedad.

Mariló ya está con los ojos clavados en la pantalla del móvil, aislada de lo que ocurre a su alrededor. Tomo el último sorbo de café y me dispongo a irme.

—Bueno, me marchó. Tengo que ir al juzgado y creo que, como no me dé prisa, llegaré tarde.

—¿Ya? Ha sido una visita corta, Lidia. No hemos podido hablar de nada.

—Otro día —le digo.

—Te acompaño.

Mariló me sigue, absorta en el teléfono móvil. Al pasar por la puerta de su habitación, veo una maleta sobre la cama.

—¿Pasáis la Nochebuena en la casa de Mallorca?

Mariló levanta la vista de la pantalla.

—Ya sabes cómo le gusta a mi madre esa casa y, con estas temperaturas propias del verano, no conseguimos convencerla de quedarnos. ¡Imagínate, con el polvorón en una mano y la crema solar en la otra!

Nos reímos.

—Saluda a tus padres de mi parte y disfrutad en Mallorca —le digo.

—Y tú dale muchos besos a Flora. Dale un beso grande a Nona. Pasado el fin de año volveremos a la península. Nos vemos el año que viene.

—Se lo daré. Nos vemos el año que viene.

La despedida es cálida, como siempre. Un abrazo que nos tiene unidas durante varios segundos.

El juzgado está en el centro de la ciudad, a unos quince minutos andando desde la casa de Mariló. Aunque tengo prisa, voy justita de tiempo, decido ir dando un paseo, caminando a buen ritmo y sin pararme en nada. Sonsoles me espera. Llevamos un par de meses trabajando en algunos de mis casos, para que los conozca y pueda

delegarlos en ella. Al final, he cedido a las exigencias de Gené. Su alegato de que últimamente yo no estaba muy centrada en el trabajo dictó sentencia. Respecto al caso Lombao, ahí me mantuve firme. Me quedé con el caso y solo cedí en que Sonsoles me acompañara.

Sonsoles es más sociable que Gené. Probablemente, los viajes humanitarios la hayan hecho más humana al estar en contacto con personas humildes. Me llevo bien con ella, aunque me molesta su manía de morderse los nudillos y que, casi siempre, está embobada. A veces no sé si me está escuchando o en su mundo. Y no se trata del embobamiento de una jovencita, como en el caso de Sarita. Sonsoles tiene dos años menos que yo y que Gené, así que tiene ya cuarenta o está a punto de tenerlos. A veces olvido que pronto cumpliré cuarenta y tres años.

El tiempo corre, al igual que voy a tener que hacer yo. Miro el reloj. Voy a llegar tarde.

Valoro si lo mejor será parar a un taxi, pero lo descarto al momento. Entre que para, me subo, se encuentra algún semáforo en rojo y pago, habré llegado andando. Apuro aún más el paso, voy a trote, tan apurada que, casi en las puertas del juzgado, choco con una señora y mi maletín cae al suelo.

Siempre me ha sorprendido el poder de la mente, cómo juega con tus inseguridades y complejos. Ha sido un simple tropiezo que podría pasarle a cualquiera, pero mi mente me dice que soy una torpe, una estúpida, y que no hago nada bien. La falta de seguridad en uno mismo te vuelve tenue. Nadie te ve, y nadie te ayuda. En la sociedad que hemos creado, nadie se fija en algo que no brilla.

Más nerviosa de lo que requiere la ocasión, le pido disculpas a la señora, varias veces, y me agacho para recoger el maletín y un bolígrafo que ha salido volando. Miro el suelo, a mi alrededor, por si ha caído algo más durante el leve impacto, y es en ese momento cuando lo veo. Se da la vuelta y huye con disimulo entre la gente.

Es el mismo hombre que he visto al entrar en la clínica y también cerca del portal de Mariló cuando salía del edificio. La misma camiseta, misma gorra, mismas gafas de sol... Es decir, el mismo hombre. Pensé que era una simple coincidencia, pero está claro que no lo fue. Me pregunto por qué alguien me seguiría, y no encuentro ningún motivo ni sospechoso. Entonces recuerdo la llamada que recibí hace tres meses, la del hombre que respiraba al otro lado del auricular sin decir nada. Me pregunto si tendrá relación. Mi cabeza está llena de preguntas sin respuesta y estoy asustada.

Sonsoles me ha visto. Me espera a las puertas del juzgado, sentada en un banco, mordiéndose los nudillos. Se levanta y viene hacia mí, colocando el cuello de la camisa y recogiendo la melena rubia en una coleta baja. Físicamente, ella y Gené se parecen. Sonsoles es más bajita. Debe medir un metro sesenta y ocho, como yo.

—Llegamos tarde. No sé si nos dejarán entrar en sala —me dice.

—Sí, lo sé.

—¿Estás bien?

Tengo el pulso acelerado, y siento miedo y dudas. Imagino que mi cara refleja todo ese batiburrillo de emociones, a pesar de que intento fingir que no me pasa nada.

—Sí, estoy bien. ¿El señor Lombao ya está dentro?

—Me ha dicho que él y su guardaespaldas iban entrando para pasar el detector de metales —me dice, mientras saco el termo del maletín y bebo un buen trago de agua—. ¿Seguro que estás bien, Lidia? —insiste.

—Sí, sí. Estoy bien —le respondo, aunque no es cierto.

Mientras pasaba el control de seguridad, he seguido dándole vueltas y he relacionado lo que me acaba de suceder con alguien en concreto. Voy a preguntárselo directamente, y espero que sea sincero conmigo.

—¡Buenos días, Lidia!

—¡Buenos días, señor Lombao! ¿Podría hablar un momento con usted antes de la vista?

—¿Hay algún problema?

—No lo sé, por eso quiero hablar con usted.

Nos alejamos de Sonsoles y del guardaespaldas unos pasos y hablamos bajito. Lo único que oirán serán murmullos.

—Dime, Lidia. ¿Qué es lo que pasa?

—Lo que pasa, señor Lombao, es que un hombre me ha seguido toda la mañana y... Me preguntaba si tiene algo que ver con usted, que sea alguno de sus enemigos.

Describir la mirada del señor Lombao no es fácil. Es seductora y, al mismo tiempo, es arisca. Queriendo seducir, pero solo hasta un punto que marca con un gesto serio, nada agresivo, sin hacerte sentir incómoda. Energías ambiguas fusionadas de forma magistral. Opino que eso es tener seguridad en uno mismo y, sin duda, de eso el señor Lombao va sobrado. Me voy haciendo cada vez más pequeña, más tenue.

—No tiene nada que ver conmigo, Lidia.

—¿Cómo está tan seguro?

—Ellos no tienen nada que ver. Mis enemigos no tendrían por qué estar interesados en ti.

Me ha hecho sentir como una niñata que cree que el mundo gira a su alrededor o como alguien sin nada que ofrecer. Como él ha dicho, sin interés. Pero le creo cuando dice que no tiene nada que ver. Puede que me haya precipitado. El caso que el bufete lleva del señor Lombao es un caso de divorcio. Es decir, nada peligroso, aunque de él digan que es un mafioso y se le atribuyan varios delitos y muchos más enemigos.

—¿Estás segura de que alguien te estaba siguiendo? —me pregunta, mientras permanezco con la mirada en el suelo, pensativa y avergonzada.

La misma camiseta, la misma gorra, las mismas gafas de sol... Era el mismo hombre, aunque ahora me siento confusa. ¿Y si solo fue una coincidencia? ¿Y si solo se trata de alguien que, fortuitamente, me he encontrado varias veces en un mismo día? Pero, entonces, ¿por qué huyó cuando lo vi? ¿Eso también ha sido una coincidencia?

—Lidia, ¿te encuentras bien?

Noto la mano del señor Lombao en el hombro y, al levantar la vista, sus ojos están demasiado cerca de los míos.

—Sebastián, ¡no!

El cuerpo me dice que sí, pero la razón me dice que no. Aparto su mano de mi hombro.

—Lidia, podríamos...

—Usted es mi cliente, señor Lombao, y yo solo soy su abogada. Esa es nuestra relación.

Regreso al lado de Sonsoles, y del guardaespaldas, convencida de que aquel hombre no me estaba siguiendo. Esta noche ha sido otra noche de insomnio, de esas que me dejan agotada, y habrá sido una impresión equivocada. Respecto a Sebastián, no puedo negar que me gusta. Pero sería tonta si creyera que sería la única. En este momento de mi vida, más que nunca, debo estar alerta. Tengo la autoestima por los suelos y eso me convierte en un blanco fácil para personas como Sebastián: manipuladoras y egoístas. Su guardaespaldas me mira cómplice, o eso me parece. Siento que me está animando a no caer en los brazos de su jefe.

—¡Vamos!, no debemos hacer esperar a la jueza.

Ese ¡vamos! se lo he dicho a ellos, pero también a mí. Necesito volver a centrarme.

El pasillo del juzgado me parece más largo que de costumbre. Las baldosas son como el tablero de un ajedrez, y yo soy un peón con un único movimiento posible: avanzar hacia delante, aunque lo que me gustaría sería dar media vuelta e irme a mi casa.

Lorena Pozos sale del despacho de la jueza Calzado, cuando nosotros nos disponemos a entrar. Detrás de ella sale su clienta, la todavía esposa del señor Lombao, Marina Monterreal de Cruces. La mirada entre nuestros clientes es fulminante. Marina clava los ojos en los de Sebastián, como lanzas afiladas con las puntas envenenadas de odio como dirían en una de esas telenovelas que ve Flora.

—La vista se ha aplazado al próximo lunes. La jueza Calzado ha tenido una urgencia y no ha venido —me informa Pozos.

—¿El próximo lunes? ¿El día antes de Nochebuena? ¿A qué hora? —pregunto atropelladamente. No es un buen día para una vista. Lo normal hubiera sido posponerla hasta pasar las navidades.

—A la misma hora. A las doce y media. Esperemos que no vuelva a aplazarse. Ya sabes que la jueza Calzado sufre muchas urgencias últimamente.

La jueza Calzado está a punto de jubilarse, y en los últimos meses ya está poniendo en práctica eso de no trabajar. Entre bajas, días propios y demás, es raro verla por el juzgado.

Sonríó por el comentario de Pozos. Nos llevamos bien. Es de mi edad, buena abogada y no juega sucio.

—Nos vemos, Olano.

—Nos vemos, Pozos.

Vemos a Pozos y a su clienta alejarse. Marina Monterreal de Cruces se gira a medio camino y nos mira levantando altiva la frente y el mentón, como si con ese gesto dijera la última palabra. Se parece a Gené: alta, rubia, delgada, rica, pija...

Las seguimos, manteniendo la distancia. Sebastián camina a mi lado. Quiere hablarme, pero no le doy opción. Disimuladamente le corto en cada intento, diciéndole a Sonsoles que se apure.

—¡Vamos, Sonsoles!

Otro ivamos! que también me digo a mí misma, para ayudarme a seguir huyendo de la tentación que es para mí Sebastián. ¡No debo llamarlo Sebastián! ¡Solo es un cliente! ¡Señor Lombao, es así como debo llamarlo!

Una vez fuera del juzgado, sigo sin sentirme a salvo.

Sonsoles se aleja de nosotros para llamar a un taxi. Los segundos que está empleando en la llamada me parecen minutos. El señor Lombao no deja de mirarme. Me siento insegura. El guardaespaldas parece estar atento a cada gesto, a cada detalle, pendiente de si caeré o seré fuerte, porque creo que, al igual que yo, lo ve venir.

—Lidia, ¿te gustaría cenar conmigo esta noche?

Tardo en responder y noto en el guardaespaldas una intranquilidad contenida. Puede que sea una buena persona, que no solo se preocupa de sí mismo, también de quienes lo rodean. Sentir que le importo aunque no seamos amigos, a pesar de que no nos conozcamos, me da el impulso para enfrentarme al señor Lombao.

—Creí que había sido clara, señor Lombao.

He sido firme. Mi voz ha sonado gélida. Pero ha sido algo momentáneo. De nuevo, ante su mirada indagadora, la inseguridad vuelve.

—Quizás otro día —me dice, seguro de que será así.

—El taxi llegará en un minuto —le oímos decir a Sonsoles.

Sonsoles regresa y la privacidad se acaba. La conversación no puede continuar. Me siento aliviada. Adiós a otro día en el que he conseguido escapar del señor Lombao.

—Nos pondremos en contacto con usted antes de la próxima vista —le digo, estirando la mano.

Me da la mano, al mismo tiempo que me sonrío pícaramente.

Me he despedido de Sonsoles, que regresaba al bufete, y voy a ver a Nona. El taxi que hemos compartido me ha dejado donde siempre, en la esquina de la calle principal. Es la hora de salida del instituto, y muchos de los adolescentes están entrando en la sala de juegos. Prefiero no pensar en ello. Pensar en lo difícil que debe ser criar a un hijo, intentar salvarlo de todos los peligros que acechan en la vida.

Estoy llegando al portal, y mi cuerpo ya espera el achuchón de Flora nada más cruzar la puerta. Me espera también su insistente pregunta, la de si he encontrado marido. Si yo le contara, sabría que mi vida amorosa no tiene nada que envidiar a sus telenovelas favoritas.

Me he preguntado muchas veces por qué no puedo evitar sentirme atraída por el señor Lombao. Por una persona que la evidencia y el instinto, ese que me gustaría acallar y dejarme llevar, me dicen que con él no sería feliz. No se trata solo de una atracción física, sino también de compartir una vida de momentos idílicos que he elaborado en mi mente y que puede que sean poco realistas.

Como me esperaba, la voz de Flora ya se oye por el hueco de la escalera. Pero no es solo su voz la que se escucha. Tía Elvira ha venido a ver a Nona. Me espera remover recuerdos que no me apetecen, que duelen.

Al abrir la puerta, veo a tía Elvira colocando el almohadón que Nona tiene en su espalda y a Flora corrigiéndola. Diciéndole que, si lo coloca así, Nona estará incómoda. La pelea entre ambas por cómo deben hacerse las cosas es constante. Tía Elvira no quiere perder el poder que, según ella, le da el ser hermana de Nona, y Flora necesita que le deje hacer su trabajo, que no le desbarajuste lo que está de su mano.

A ciertas edades debe ser difícil delegar, porque el motivo suele ser la falta de eficacia, oxidada por el paso del tiempo. Te crees un trasto viejo, y peleas. Te resistes a tu nuevo papel, a un rol que no es el mismo. Luchas por mantenerte en el que crees que sigue siendo tu lugar. Es difícil envejecer, pero, aun así, todos queremos llegar a viejos.

—¡Lidia! No la oímos entrar.

Flora deja hacer a tía Elvira y viene hacia mí para darme el achuchón.

—¿Cómo está, mi niña?

Rápidamente, tía Elvira toma el relevo.

—¡Hola, cariño! ¡Cada día estás más flaca!

Tía Elvira me aparta el flequillo para verme la cara en su totalidad y besuquearme. Mientras, Flora aprovecha y recoloca el almohadón a su manera. Tía Elvira lleva un vestido amarillo de lentejuelas, que resalta más que el árbol lleno de bolas y luces parpadeantes, colocado en la esquina del salón. Desde la muerte de mi madre no adornábamos la casa en Navidad, pero desde que está Flora, la tradición ha vuelto.

Nona me mira con dulzura.

—¡Lidia! —exclama.

No me ha reconocido.

Cuando Nona empezó a perder la memoria, a trabucar las cosas, me costaba distinguir cuándo me reconocía o me estaba confundiendo con mi madre. Ahora sí lo sé. La diferencia está en la mirada. No sabría explicarlo. Solo sé que es una mirada distinta, una mirada de madre, de protección absoluta e incondicional.

—¡Hola, abuela! ¡Soy Lidia, tu nieta!

Ahora su cara es la de una persona confusa.

Flora interviene.

—¡Señora Nona, es Lidia, su nieta!

Nona agita la cabeza compulsivamente y repite la palabra no, asustada.

—Perdóneme, Lidia. Pero mejor váyase un ratito a la cocina, hasta que se le pase.

—¡Claro, Flora!

No me gusta ver a Nona así. Agradezco que Flora se encargue.

—Y usted, señora Elvira, si pudiera acompañarla, sería lo mejor.

Por un momento pienso que la cosa va a estallar, que tía Elvira se va a poner hecha un basilisco con Flora, alegando que: ¡qué mal le puede hacer ella a su propia hermana! Pero no, no dice nada. Todo lo que piensa lo refleja su cara, pero en silencio.

Ya en la cocina, preparo un café doble mientras tía Elvira abre y cierra cajones y puertas, quejándose de un desorden que solo existe en su cabeza, porque todo en la cocina está limpio y en su sitio. La cocina, al contrario del salón, no es grande, y tía Elvira choca continuamente conmigo mientras ella revisa y yo preparo el café. Me siento en la mesa. Es pequeña y está pegada a la pared. Por fin, tía Elvira para y se sienta frente a mí. Echo el azúcar en el café, temiendo que me diga que algo de lo que estoy haciendo, lo estoy haciendo mal. Pero está callada, algo inusual en ella.

—Tía Elvira, ¿estás bien?

Lo noto, ha llegado el momento de remover recuerdos que no apetecen. Se ha puesto así porque Nona me ha confundido con mi madre y por las fechas que son. La entiendo, porque a mí me ha pasado lo mismo, aunque no haya dicho nada.

—¿Es por mi madre?

—¡Pues claro, hija! Viene la fecha y...

Rompe a llorar desconsolada.

—Eso ha pasado hace mucho tiempo, tía Elvira. ¡Hay que seguir hacia delante! —le digo, mientras le agarro la mano—. Hoy estás muy guapa, ¿te vas de fiesta con Fermín?

Habitualmente, decirle lo guapa que está y hablarle de fiestas suele ser suficiente para atraer su atención, pero hoy no.

—¡Malditos nuestros genes enfermos! ¡Maldita enfermedad! —se lamenta, sin dejar de llorar.

Según me contó mi propia tía, los primeros síntomas de mi madre fueron las voces. Oía voces que le decían cosas que la asustaban. Después vino la desconfianza en las miradas de la gente. Luego, que alguien la perseguía, que querían matarla. Y, al final, se acabó

suicidando. Es posible que una de esas voces se lo ordenara. O fue porque no pudo más y decidió acabar con todo.

Lo de mi hermano fue distinto. Si Julián tuvo síntomas, nosotras nunca lo supimos. Julián estaba bien y, en días, todo cambió y se quitó la vida. Pasaba las vacaciones con Mariló y sus padres en la casa de Mallorca. Sin decírselo a nadie, regresó a casa y, unos días después, lo encontraron muerto. El resultado de la esquizofrenia, en los dos casos, en el de mi madre y en el de mi hermano, fue el mismo. El resultado habitual de las enfermedades mentales: el suicidio.

Flora nos interrumpe. Nona ya está tranquila. Volvemos al salón.

A tía Elvira se le ha pasado el momento melancólico y vuelve a ser la misma, a estar vigilante de lo que hace Flora, preparada para rectificarla. En cambio, yo me he quedado con ese regusto amargo que se te queda al rememorar recuerdos dolorosos de tu vida, a gente que querías y ya no está. Tengo ganas de entrar en la habitación de Julián y llorarlo, oler sus cosas, tumbarme en su cama... Porque todo está como lo dejó. Nona lo quiso así, y así se hizo.

Necesitaría irme, alejarme de lo que pueda evocarme a mi madre y a Julián, pero sé que Flora me llamará la atención por el poco tiempo que he estado con Nona.

Podría decirse que ha terminado siendo un día aún más duro para mí. Mi confusión con el hombre que creí que me seguía, el encuentro con el señor Lombao..., y ahora esto, recuerdos. Me acerco al ventanal y sigue haciendo un día soleado y maravilloso, propio del cambio climático. Pero, para mí, el día se ha nublado. Lo único que quiero es llegar a mi casa y olvidarme de todo. Debería acostarme un rato en cuanto llegue. Me vendría bien. Aunque, si duermo una siesta, es posible que por la noche no consiga dormir. Me da miedo con lo que pueda soñar. Cuando remuevo el pasado, suelo soñar con mi madre, con Julián y con la imagen difuminada de mi padre. Hoy es uno de esos días en los que pienso que mi padre

es el culpable de casi todo, y me pregunto dónde estará y qué será de él. Si seguirá vivo.

—¿Quiere comer algo, mi niña? —me dice Flora—. En el microondas tiene usted unas arepas con huevo. Solo las tiene que calentar.

La verdad es que llegaría a casa y no tendría que prepararme nada, ni siquiera meter los cubiertos en el lavavajillas.

Voy a la cocina y regreso al salón con un plato con arepas calientes en una bandeja. Me siento en el sofá y me pongo a comer, mientras oigo a tía Elvira decir que el cambio climático no existe, que es un invento. Flora se lleva las manos a la cabeza y yo no pienso meterme en esta discusión. Apuro el último trozo de arepa y, arriesgándome a que Flora me lo recrimine, le digo que tengo que irme, que se me ha hecho tarde. Está tan ocupada discutiendo con tía Elvira, que no me lo echa en cara. Me despido prometiéndole que llegaré puntual, para cenar con Nona en Nochebuena. Flora cenará con su familia de emigrantes colombianos y tía Elvira en su residencia de mayores.

Bajo la escalera con el recuerdo de Julián, de mi madre, de mi padre... Y, al salir a la calle, al cerrar la puerta del portal, también intento cerrarles la puerta a esos recuerdos y no llevarlos conmigo, aunque sepa que es imposible.

Dentro del taxi, de camino a casa, sigo rememorando. Preguntándome si ser madre es vocacional o forma parte de una educación patriarcal, en la que el único papel que representan las mujeres en esta vida es el de madre y esposa. Me pregunto si mi madre quiso ser madre, o se vio empujada a serlo de forma inconsciente. Nunca lo sabré.

Por fin he llegado a casa, a mi refugio. Abro la puerta y suelto un suspiro. Lo primero que hago es ir a la cocina y, como suelo hacer tras una visita a la clínica, anoto en el calendario la próxima cita. En el mes que estamos, diciembre, la imagen del calendario es un fruto seco, la castaña.

Hace calor a pesar de que el día se ha nublado para mí. Aprovecho y abro la nevera para tomar un trago de agua fresca. Llevo la botella conmigo al salón y me tiro sobre la butaca como quien se tira de espaldas a una piscina. Estoy cómoda. Cierro los ojos y lo disfruto.

¡Maldita sea!

Inoportuno, el móvil suena dentro de mi bolso, que he dejado a los pies del sillón. Me recompongo, busco el móvil y veo en la pantalla quién me llama. Es un número oculto. No debería responder, pero como siempre, la curiosidad me puede. Un día me llevaré un disgusto.

—¿Diga?

Al principio no oigo nada. Pero, de repente, ahí está, la respiración de un hombre al otro lado del auricular.

—¿Diga? ¿Quién es? ¿Qué es lo que quieres?

La respiración es pausada y profunda.

—No sé quién eres, pero si vuelves a llamarme o seguirme por la calle, llamaré a la policía.

El dedo me tiembla al deslizarlo por la pantalla del móvil y cortar la llamada.

Suena el timbre de la puerta.

Vienen a mi mente todas las películas que he visto de terror o crímenes sangrientos. Esas que siempre crees que son solo ficción, que tú nunca vivirás algo así.

Vuelven a timbrar.

Aún permanezco sentada. Mis piernas no responden a órdenes confusas. Dudo qué hacer. Pero... ¡Necesito saber quién es!

Me levanto. Camino por el pasillo con paso vacilante y los ojos puestos en la puerta. Tengo miedo. La mirilla ya está delante de mí. Me acerco y lo veo. Un hombre joven, alejado de la puerta, apoyado en la pared con las manos en los bolsillos de la sudadera, espera a que le abran. No lo conozco.

Con la cadena puesta, abro la puerta.

—¿Quién eres? ¿Qué es lo que quieres?

Se saca las manos de los bolsillos y se pone recto. Se queda donde está, lejos.

—No me conoces, Lidia, pero...

Está nervioso, no le salen las palabras. No parece peligroso, no hay nada en él que me intimide.

—Pero ¿qué? —pregunto, impaciente por volver a cerrar la puerta.

—Conocía a tu hermano...

No me lo esperaba, si es que me esperaba algo.

—No sé ni cómo decírtelo, pero necesito hacerlo. Llevo mucho tiempo queriendo sacarme este peso tan grande de encima. Sé que debería haberlo dicho antes, sobre todo cuando supe que tu hermano había muerto. Pero... Yo era un crío, no sabía qué hacer, tenía mucho miedo y... Pero tú deberías saberlo.

Las palabras han salido disparadas de su boca y se han parado en seco.

Espero. Lo veo muy nervioso.

—Tu hermano no se suicidó. A Julián lo mataron.

Doy un paso atrás. Una reacción instintiva a unas palabras que me trastocan la vida, que asustan.

—¿Por qué crees que alguien lo mató?

—Porque días antes de su muerte, estuve con él y me lo dijo, me dijo que alguien quería matarlo.

Ahora todo empieza a encajar.

—La paranoia persecutoria puede formar parte de la enfermedad. ¿No sé si sabes que Julián tenía esquizofrenia? —le pregunto.

—¡Sí, sí, sí...! —contesta negando con la cabeza—. Sé que dijeron que el motivo de su muerte había sido el suicidio, que había sido por un brote de esquizofrenia no diagnosticada. Pero Julián no estaba enfermo. Era verdad lo que me dijo.

—¿Y por qué estás tan seguro? —cuestiono, incrédula.

—La noche que me dijo que querían matarlo, habíamos salido de fiesta y, cuando regresábamos a casa, alguien intentó echarnos de la carretera. El coche de Julián se quedó colgando de un puente. Salimos vivos de milagro.

No soy capaz de procesar la posibilidad de que a Julián lo mataran, lo asesinaran, y lo primero que hago es negarlo.

—¡Eso no es verdad!

No me rebate. Adelanta un pie con la intención de irse.

—¿Y quién crees que lo mató? —le pregunto.

Sus pies vuelven a juntarse.

—No lo sé. De verdad que no lo sé. Aunque creo que él sí sabía quién quería matarlo y por qué, pero no me lo dijo. Lo único que te puedo decir es que estaba obsesionado con un tal Beluno. No dejaba de repetir ese nombre y que querían matarlo. Eso es todo lo que sé.

—¿Beluno? —repito en voz alta por si me suena de algo.

Cierro la puerta para sacar la cadena y, cuando vuelvo a abrir, el hombre joven ya no está. Lo escucho bajar la escalera a toda prisa. Me quedo donde estoy, sin poder reaccionar.

TERCERA PARTE

¿Quién es Beluno?

3

Oigo pasos sobre el parqué en el techo, ruido de tostadoras, duchas... Un nuevo día comienza, dando luz a una noche que se me ha hecho larga. La mesa de la cocina está cubierta de pósits. En ellos he anotado las pistas que se me han ocurrido, las que creo que pueden ayudarme a descubrir por qué y quién mató a Julián. La mayoría son paja, pistas que ya sé que me llevarán a un callejón sin salida, pero aun así las he anotado.

No sé por qué, pero he creído todo lo que me ha dicho el hombre joven. Ni intimidaba ni transmitía desconfianza. A pesar de eso, debería valorar si tiene sentido, antes de acudir a la policía, contarles lo que me ha pasado y que me tomen por una desquiciada. Por mi oficio, sé cómo funciona. La policía no abrirá una investigación, porque un hombre joven, del cual no sé ni su nombre ni lo había visto nunca, tras escuchar su respiración un par de veces a través del auricular del teléfono móvil y seguirme en la calle, llamó a mi puerta y me dijo lo que me dijo: que a Julián lo habían asesinado. Es decir, ningún hilo del que tirar, ningún motivo para abrir una investigación. Sé que era el mismo hombre que me siguió, porque al hablar, subía y bajaba la cremallera de la sudadera debido a los nervios y llevaba la misma camiseta.

Me sirvo otro café y rodeo con un círculo la palabra instituto, escrita en uno de los pósits. Debería empezar a arreglarme para salir de casa. No necesitaré chaqueta. El día comienza soleado y caluroso.

En cada comercio suena una canción distinta. Camino por la calle como si hiciera zapeo en una *playlist* de canciones navideñas, torturándome. Las navidades son fechas en las que no puedo evitar recordar lo que intento olvidar cada día: el suicidio de mi madre.

Ese día de Navidad, mi madre había estado encerrada en su dormitorio toda la mañana. Nona nos había enviado a nuestra habitación y oíamos golpes, gritos, sonidos estremecedores que salían de la garganta de mi madre como si fuera un animal salvaje. A la hora de comer, la casa volvía a estar en calma. Parecía que había sido una tormenta, que ya había escampado. Mi madre comía con el resto de la familia, como si nada hubiera sucedido esa mañana. A Julián y a mí nos sonreía y hacía bromas, pero todo en ella era raro, irreconocible, como si mi madre no fuera mi madre. Estaba extraña, aún más extraña de lo habitual. Esa fue la última vez que la vimos con vida, porque esa tarde ocurrió lo que ocurrió. Y lo que ocurrió es el momento que permanece en mi mente y que estos días navideños hacen que rememore con toda nitidez.

La sangre empapa el cabello de mi madre y dibuja su silueta indefinida sobre la acera. Tiene los ojos abiertos. Las pupilas, estáticas, miran más allá del infinito, a la nada. Los brazos están alzados a ambos lados de la cabeza en un acto de entrega, de rendición a la muerte. El sonido de la sirena de la ambulancia, de la carroza blanca que esta vez no la traerá de vuelta, se mezcla con villancicos de Navidad. Y Agri, la madre de Mariló, agarra mi mano. ¿Quién querría recordar algo así?

Solo queda seguir adelante.

El instituto, mi viejo barrio, no está lejos de mi casa y hace un buen día, por eso he decidido ir andando, pero empiezo a arrepentirme. No solo por los villancicos, que son un martirio, sino porque estoy cansada. No he dormido nada, pensando una y otra vez en lo mismo. Es curioso, pero incluso con lo cansada que estoy, la mente sigue activa, dándole vueltas a las tres mismas preguntas como un acertijo. ¿Por qué y quién podría haber matado a Julián? ¿Quién es Beluno? Y... ¿lo que estoy viviendo es real? Es normal que tenga dudas ante algo tan rocambolesco. Aún no tengo respuestas, pero lo que sí sé es que ni Nona ni yo vimos el cuerpo sin vida de Julián.

Estoy delante de la sala de juegos, a pocos metros de la casa de Nona. He pensado que, antes de ir al instituto, podría pasarme e inspeccionar la habitación de mi hermano. Puede que encuentre algo que me ayude. Una nueva pista del acertijo o directamente la solución.

Antes de entrar en el edificio, me fijo en la fachada de la panadería. Me coloco las manos como una visera para ojear a través del cristal del escaparate, pero el polvo lo cubre con un manto espeso que no permite ni entrar la luz. El letrero de cerrado cuelga al otro lado del cristal de la puerta, esperando que un día alguien le dé la vuelta. Todo es posible, hasta lo más inimaginable e inverosímil, como que a Julián lo hubieran asesinado.

En un primer momento, me extraña no oír a Flora mientras subo la escalera, pero me doy cuenta de que lo más probable es que esté paseando con Nona. Suelo venir por las tardes, no a estas horas tan tempranas, cuando suelen ir a dar el paseo. Al entrar en casa, lo corroboro. No hay nadie, y el bastón de Nona no está detrás de la puerta, en su sitio.

No pierdo el tiempo y voy directa a la habitación de Julián.

Traspassar la puerta de la habitación de mi hermano es traspassar una puerta en el tiempo que te lleva a los años 90, los años de su infancia. No le interesaban las cosas nuevas. Decía que no tenían alma. En realidad, lo que creo que le pasaba era que a las cosas nuevas aún no les tenía cariño. Las paredes están cubiertas de pósteres, entre ellos uno de la despampanante Cindy Crawford, y por réplicas de cuadros famosos pintados por él, como *El beso* de Klimt o *Los niños en la playa* de Joaquín Sorolla, su pintor favorito. El edredón tiene estampada la imagen de Michael Jackson, y las baldas de la estantería están llenas de libros, cintas de casete, películas en VHS y esculturas de barro hechas por él.

El verano que murió, Julián había terminado la secundaria, aprobado la selectividad y, en otoño, entraría en la Facultad de Bellas Artes. Siendo un bebé, ya le gustaba pintarrajear las paredes, realizar formas complejas con la masa del pan, hacer construcciones con todo lo que atrapaba con sus manos... En definitiva, crear. A veces pienso que, en la forma que tengo de evadirme, dibujando, nos parecemos. Porque no nos pareciéramos mucho. Yo, igual que mamá, y él, igual que papá. Julián solo se parecía a nuestra madre en la enfermedad, y yo solo me parezco a nuestro padre en el color de los ojos.

Desconozco si mi padre se enteró de que Julián había muerto. Nona me dijo que, a pesar de mi negativa, había intentado localizarlo igualmente, pero no lo había conseguido. Tengo que confesar que hubo momentos en los que creí, o quise creer, que el hombre que me había seguido era mi padre. Se podría decir que lo deseaba, aunque no quiera reconocerlo, aunque nunca lo diría en voz alta.

Sobre el escritorio está el ordenador IBM. Dudo que funcione. Igualmente lo intento. Recuerdo que se hacía eterno hasta verlo encendido del todo. Mientras espero, reviso cajones y lo que encuentro en ellos. En el primer cajón está su teléfono móvil: un Nokia, de los cuales se decía que duraban mucho. Por eso, cuando le doy al botón de encendido, lo hago con toda la esperanza de que funcione. Pero no ocurre nada, no tiene batería. Rebusco en el cajón y encuentro el cargador. Tardará mucho en cargarse, así que lo dejo sobre la cama, para meterlo en el bolso y cargarlo en casa. Sigo buscando. Miro en el armario, en los cajones de la mesita de noche, hasta debajo del colchón..., en el que me acabo desplomando, agotada.

«Usa tu imaginación, hermanita».

Puedo oírlo como si de verdad estuviera aquí. Miro hacia la ventana y veo a Julián de pie. Me habla mientras se atusa el pelo del codo. Es lo que me decía siempre: «Usa tu imaginación, hermanita». Escucho su voz, hasta que el ruido de las llaves en la puerta principal la interrumpe.

—¿Es usted, mi tesoro? —grita Flora, al notar que la puerta no estaba cerrada con llave.

—¡Sí! ¡Estoy en la habitación de Julián! ¡Salgo ahora!

—¡Salga cuando quiera! ¡La señora Nona y yo estaremos en la cocina!

Tumbada sobre la cama, intento recordar si Julián me habló alguna vez de Beluno, pero los párpados se me cierran sin que pueda hacer nada. Me estoy quedando dormida.

—¡No me diga que ha venido a dormir!

La oigo y abro los ojos. La cara de Flora está a un palmo de la mía, como si comprobara que respiro, que sigo viva.

Me incorporo hasta quedarme sentada en la cama, con el culo sobre la cara de Michael Jackson, y me froto los ojos ocultos bajo el flequillo para ayudarme a despertar del todo.

—Me he quedado dormida. ¿Mucho tiempo?

Como si fuera una figura más hecha por mi hermano, Flora está de pie, con los brazos en jarra, en medio de la habitación.

—Veinte minuticos o así. Lo que ha tardado el bizcocho en hacerse en el horno. ¿Qué hace aquí a estas horas?

—He venido a por unas cosas —respondo, aún adormilada.

—¿Se queda a desayunar?

—No puedo. Tengo que irme.

—¡Usted siempre con prisas!

Flora sale de la habitación y me pongo en pie.

El ordenador sigue con el mismo ruido estridente. No creo que funcione y decido apagarlo. Antes de salir de la habitación, meto el Nokia y el cargador en el bolso.

El olor a bizcocho recién hecho me altera el epitelio olfativo al traspasar la puerta, y en el recorrido por el pasillo y el salón hacia la cocina, el olor aumenta y empiezo a salivar.

—Siéntese ahí, mi niña.

Flora ha puesto en la mesa un plato para mí.

Nona me mira.

—¡Hola, Nona! ¿Cómo estás?

—Lidia...

No sé si ha reconocido mi voz, mi cara o la textura de mi mano rozando su mejilla.

—Sí, abuela. Soy yo.

Me siento en la silla, a su lado.

—¿Así le va bien?

Flora me ha puesto en el plato un trozo de bizcocho para tres.

—¡Eso es demasiado, Flora!

—¡Cómaselo! Tiene razón su tía en que cada día está más flaca.

No rechisto y me pongo a comer. Nona se ríe. Creo que le ha hecho gracia que Flora me trate como a una niña.

—Últimamente no habla mucho —le comento a Flora.

Flora mira a Nona con ternura.

—La enfermedad sigue su curso, mi tesoro. Cada día que pasa está más en otra parte. —Flora se lleva un trozo de bizcocho a la boca. —Y no solo es eso, mi niña. Su cuerpo está cada vez más deteriorado.

Observo a Nona.

Los años van apagando la luz de sus ojos, como se apaga la luz del sol en un atardecer de verano, tras haber brillado intensamente. Y le han dibujado en la piel líneas profundas, que se extienden por la cara como raíces de un árbol viejo. Cuando Nona muera, me quedaré sola. Recordar será mi única compañía, por eso me da tanto miedo olvidar. Y quizá por eso, por temor a sentirme sola, desde niña envuelvo los recuerdos con matices como los olores, la música..., que me ayudan a mantenerlos vivos. No sé qué es lo que me produce más terror: morirme o sentirme sola.

Al final, me he comido todo el trozo de bizcocho. Flora está feliz por ello, le encanta cocinar y su fuerte es la repostería.

—En Nochebuena le dejaré buñuelitos y un arroz con leche. Acuérdese de llegar a tiempo.

—¡Que sí, Flora! ¡Te lo prometo!

Miro el reloj de la cocina. Se me está haciendo tarde. La primera pista me lleva al instituto y, como no me dé prisa, no encontraré a nadie. Hoy es el último día de clase, antes de las vacaciones de Navidad.

Me despido de Nona y de Flora. Una vez más, le prometo a Flora que llegaré a tiempo en Nochebuena.

Si las cosas fueran fáciles, no les daríamos valor. Es lo que siempre me repito, para que me ayude a seguir hacia adelante a pesar de los contras de la vida. Pero esto, el que Julián fuera asesinado, es un contra al que pensé que nunca tendría que hacerle frente, algo totalmente inesperado. El hecho de que ni Nona ni yo viéramos el cadáver de Julián me hace más difícil que lo pueda dejar correr. Creer que no es cierto y que la única verdad es que se suicidó tras un brote de esquizofrenia no diagnosticado, y punto. Por eso estoy aquí, frente al instituto, un lugar al que me hubiera gustado no tener que volver jamás.

De pie tras la valla metálica, los recuerdos se me acumulan. No parece un centro escolar, sino una cárcel. El típico edificio de instituto de ciudad, rodeado por otros edificios, y con un patio de recreo con suelo de hormigón, que también se usa como cancha de baloncesto. Ser una persona tímida y cobarde, como yo, no ayuda en una cárcel. Tampoco en un instituto.

Al cruzar la valla, las manos me empiezan a sudar como lo hacían entonces. Nunca fui un Saucedo o una Teresita «la gorda», pero sí que vivía con el temor de que algo —cualquier nimiedad, como solía ser— lo cambiara todo y yo pasara a ser uno de ellos: un Saucedo o una Teresita «la gorda». Puede que ser víctima de unos abusos sea casi lo mismo que vivir con el temor a serlo. Al fin y al cabo, también te conviertes en una víctima.

Atravieso la cancha vacía y empujo la puerta de acero pesado y cristal rugoso de la entrada. El silencio invade el edificio y huele a lo de siempre, a una mezcla de olores fuertes de productos de limpieza. Igualmente, respiro hondo, arriesgándome a que el olor repulsivo se quede en la nariz y en la garganta durante el resto del día. Necesito coger aire, aunque sea tóxico.

—¡Lidia Olano! ¿Eres tú?

Ha salido de detrás de una puerta, repentinamente. Tiene el mismo peinado cardado, las mismas gafas doradas de metal, y diría que lleva el mismo chaleco gris de lana. Todo eso ha hecho que dudara si era una visión o realmente era ella, doña Sara, la profesora de matemáticas. Pasado el susto, creo que he tenido suerte. Si me recuerda a mí, recordará a mi hermano.

—¡Doña Sara! Sí, soy yo.

Doña Sara sigue siendo tan risueña como siempre.

—¿Qué te trae por aquí, Olano?

Parece mentira, pero no he pensado en lo que iba a decir. En la excusa para justificar mi presencia aquí, sin revelar el motivo real. Y le digo lo primero que se me ocurre.

—Dentro de unos meses se cumplirán veinte años de la muerte de mi hermano y quería hacer un memorial. Me gustaría invitar a los alumnos y profesores del instituto que más lo apreciaban.

—¡Sí, claro! Tenía muchos amigos. Julián era un joven muy querido.

El memorial me ha sorprendido más a mí que a doña Sara.

—Lo sé, por eso quería invitarlos. Pero, al no tener sus nombres ni teléfonos, no sé cómo hacerlo. Por eso estoy aquí. ¿Cree que podría ayudarme?

—Sígueme.

Camino detrás de una sonriente doña Sara mientras confirmo que todo está igual. Desde el color de las paredes, un ocre rojo tostado, hasta el negro de la barandilla de hierro de la escalera. El banco de madera, al lado de la puerta de dirección, sigue en el mismo lugar. En él se solía ver sentado a mi hermano, esperando para recibir una reprimenda.

Mi hermano tampoco tuvo una adolescencia fácil. Estaba enfadado con la vida, porque lo había decepcionado. Lo sé, porque yo sentía lo mismo. Mi reacción ante esa decepción fue la introspección: vivir en mi mundo, pocos amigos... Pero Julián la expulsó hacia afuera y la convirtió en ira. Perdido, disparaba a discreción sin un objetivo claro a quien culpar. En el fondo se culpaba a sí mismo. Que su nacimiento coincidiera con el comienzo de la esquizofrenia de nuestra madre era el motivo. Fueron dos hechos que Julián relacionó como si fueran uno solo.

—Tu hermano era un chico rebelde, pero con un gran corazón. Todo el mundo le quería —me dice doña Sara, como si me leyera la mente.

—Tenía muchos amigos, pero no recuerdo sus nombres, solo el de Jaime Cuevas —le digo.

—Jaime y Julián eran uña y carne, inseparables. Después estaban... Santiago Tamido, Luisa Peral, Zulema Trías...

Entramos en la sala de profesores. La han modernizado. Han cambiado las mesas y las sillas y han puesto una máquina de café.

Sigo el bamboleo de las anchas caderas de doña Sara, embutidas en una falda de tubo.

—¿Y entre los profesores? ¿Con quién se llevaba mejor?

—Sin duda, con Bruno Vélez. Es el profesor de arte. Él entró en el instituto el último año que Julián cursó aquí. Ese año Julián cambió radicalmente. Se volvió otro. Un joven alegre, responsable...

La interrumpo.

—¿Puedo hablar con él?

—Vélez se ha marchado hace media hora en dirección al aeropuerto. Él y su familia se van a pasar las navidades a Nueva York. ¡Quién pudiera! ¿Has desayunado? ¿Quieres una magdalena, un café...?

Acabo de desayunar, pero no he dormido en toda la noche y otro café me vendría bien.

—Un café, gracias. ¿Sabe cuándo regresará el profesor de arte?

He sido brusca al preguntar, impaciente, desesperada por saber, y doña Sara me mira desconcertada.

Intento salvar la situación.

—Si fue importante para Julián, me gustaría que estuviera presente en el memorial.

—¡Claro! ¿Cuándo es el memorial?

Piensa, piensa... Doña Sara coloca las dos cápsulas en la cafetera, y yo pienso en una respuesta.

—Aún no hay fecha. Primero quería confirmar que la mayoría quisiera asistir. Por eso mi pregunta sobre el regreso del profesor de arte, Bruno...

Me acuerdo perfectamente del apellido, pero no está de más que lo confirme.

Doña Sara me da una taza de café humeante, al mismo tiempo que acaba mi frase.

—¡Vélez! El día ocho de enero tiene que estar dando su primera clase del año.

La vuelvo a seguir, esta vez en dirección a una de las mesas nuevas. Nada más sentarnos, doña Sara me agarra la mano y la acaricia como lo haría con un gato. Hace unos segundos, sus manos sujetaban la taza de café y noto el calor.

—¿Cómo te ha ido la vida, Lidia? El año que murió tu hermano, te habías licenciado en derecho, ¿no?

Odio esa mirada. ¡Pobrecita la niña huérfana! ¡Pobrecita que su hermano y su madre se suicidaron! Esa es la mirada que he recibido siempre. No de empatía, sino de pena.

Disimuladamente, suelto la mano de entre las suyas.

—Sí. Monté un bufete hace unos doce años con una compañera de la facultad.

Debí omitir el tiempo que hace que montamos el bufete. Ahora me preguntará qué fue lo que hice durante ese tiempo, dónde estuve esos siete años tras la muerte de Julián. No quiero hablar de eso. Evito la pregunta levantándome impulsivamente.

—Tengo que irme. Llego tarde al trabajo. —Saco una tarjeta del bolso—. Aquí tiene mi correo electrónico. Si pudiera enviarme una lista y cómo contactar con ellos, se lo agradecería mucho. Y, por supuesto, usted está invitada al memorial. Le informaré del lugar y la fecha cuando esté confirmado.

Me despido de doña Sara y, más que salir del edificio, huyo. Al cruzar la valla metálica, siento que estoy en libertad condicional. Lo que viví en el instituto, en esa edad tan significativa, determinó en gran medida la persona que soy hoy. Sigo condicionada por ello, en alerta, intentando no destacar. Pasando desapercibida para no ser el blanco de algún abusón o abusona. Y sigo sintiendo sobre mí el aura de niña huérfana, esa sensación de dar pena.

Hay una persona que nunca mostró pena alguna por mí, y esa fue Gené. Pienso en ella mientras levanto la mano para parar un taxi que me lleve al bufete.

En pleno diciembre, en plenas navidades, el taxista tiene puesto el aire acondicionado. Hace calor, pero me parece excesivo. Tardará unos diez minutos en llegar al bufete, así que no digo nada y aguanto con la piel de gallina.

Ignoro si es debido a esa frialdad emocional que parecen tener los de su clase, pero Gené nunca ha mostrado pena por mí y, podría decir, que empatía tampoco. Gené es como un robot, al que nunca verás llorar ni demostrar emoción alguna. Incluso cuando se enfada, mantiene las emociones a raya. Una cara impasible y palabras que salen de su boca, que solo muestran enfado en el contenido, pero no en el tono. Con los años he conseguido interpretar algún patrón, como el de llevar un mechón de pelo detrás de la oreja cuando está nerviosa. Es difícil descifrarla.

Me froto los brazos para entrar en calor. Tengo frío debido al aire acondicionado, pero al menos el taxista va callado y yo pensando en lo mío.

Es posible que piense en Gené para evitar pensar en el instituto y en que Julián fuera asesinado. Necesito olvidarme durante un rato, por lo menos hasta que llegue a casa esta tarde y cargue el Nokia. Confío en encontrar algo relevante que me ayude a saber la verdad, sea cual sea. El correo electrónico de doña Sara, imagino que tardaré unos días en recibirlo. Puede que tras pasar las navidades.

Los marcos de las ventanas Chicago están decorados con luces navideñas que no dejan de parpadear. En la entrada del edificio, un árbol con una gran estrella en la cima y un portal de Belén a tamaño natural te dan la bienvenida.

—¡Feliz Navidad, señora Olano!

Al pobre Silvino le han colocado un gorro de Papá Noel y un jersey con el dibujo de dos renos. El pobre señor se ve ridículo.

Le contesto alzando la cabeza brevemente y subo por la escalera. Mantengo la cabeza en alto, sin mirar el mármol de los escalones — hoy más relucientes que nunca—, para no ver mi reflejo. Decidí que hasta que llegara a casa me olvidaría de todo y eso es lo que haré. Me centraré en el trabajo.

Sarita sonrío al verme cruzar la puerta. Es una sonrisa pícara, que esconde algo. Al llegar a su mesa, me fijo en el ramo de flores que su novia le envía cada semana. En esta ocasión, le ha enviado una flor de Navidad, la planta típica de estas fechas. Es todo un detalle. En un primer momento, creo que es por eso por lo que me sonrío así, pícara.

Sarita, de pie al lado de su silla, emocionada y sin dejar de sonreír, da dos pequeños saltitos.

—¡Pierce Brosnan está aquí! —exclama, exaltada como una fan.

Sarita opina que el señor Lombao se parece a Pierce Brosnan. Es el actor favorito de su madre, y la saga *007*, las películas favoritas de su padre. Así que no resulta extraño que sus padres se hubieran conocido en el cine viendo *Goldeneye*.

Intento controlar los nervios.

Tengo que entrar en el despacho de Gené. Me están esperando. Pero...

—¡Vuelvo ahora!

Dejo el maletín y el bolso sobre la mesa de Sarita y entro en el aseo.

Las manos, cóncavas debajo del grifo, se llenan de agua que salpico sobre la cara para refrescarme. Me miro en el espejo. El flequillo, mojado, me roza el labio superior. Giro el tubo del secador de manos, para que el aire me impacte en la cara y desaparezca la humedad en el pelo. Y también los nervios. Estoy acelerada. Me siento débil para resistirme a caer en las provocaciones del señor Lombao.

Hace dos años, llegué al bufete una mañana y Gené estaba emocionadísima. Le habían filtrado que una de las parejas más glamurosas y mediáticas de la ciudad se iba a divorciar. Un cliente famoso, según Gené, era lo que necesitábamos para aumentar los ingresos. Por aquel entonces, no tenía ni idea de quién era el señor Lombao ni su esposa Marina Monterreal de Cruces. Una vida introspectiva como la mía hacía, y hace, que sea una ignorante de los cotilleos urbanos.

Gené me puso rápidamente al día. El señor Lombao era un hombre rico, con negocios turbios con personajes turbios. Gené empezó por lo peor y terminó con lo interesante: la comisión que ganaríamos cada una por llevar el caso de divorcio. Vi peligro en relacionarme a mí y al bufete con un personaje tan turbio, con negocios turbios, pero no vi el verdadero peligro, sentirme atraída por él, por quien no debía, y acepté la propuesta de Gené de que el bufete llevara el caso.

El flequillo está seco. Respiro hondo antes de girar el pomo de la puerta.

Sarita sonríe aún más, si es posible, cuando recojo el bolso y el maletín de su mesa y entro en el despacho de Gené.

Es cierto, el señor Lombao se parece a Pierce Brosnan. Est  elegantemente vestido y sentado en el sofá biplaza azul marino. Sus ojos se clavan en los míos de una forma sensual, seductora. Una señal de que no debo seguir con el caso.

Gené está sentada al lado de Sebastián, y Sonsoles est  alejada de ellos, de pie al lado de la mesa del despacho, mordiéndose los nudillos con disimulo. Si en el momento en el que Gené me propuso que Sonsoles entrara en el bufete me molest , e incluso pens  que me iba a traicionar dándole el caso Lombao, ahora es lo que deseo que haga.

Es Gené la primera en dirigirse a mí.

— Buenos días, Lidia! Siéntate.

Carraspeo antes de hablar.

— Buenos días a todos! Antes me gustaría hablar un momento contigo, Gené.

Teme lo que le voy a decir, y no quiere oírlo. S  que no ve a Sonsoles preparada para encargarse del caso, y a ella tampoco. Es lo que tiene aprobar a base de influencias, que terminas la carrera sabiendo lo justo. No ha tenido que pasarse las noches sin dormir ni ha perdido su juventud enterrada en libros. Aun así, Gené es la socia mayoritaria del bufete por una cuest n de invers n de capital. Ella es la poseedora del setenta por ciento de la empresa. Su capital le da poder sobre mí. No es una injusticia divina, sino del mundo que hemos creado, en el que el dinero vale más que el conocimiento.

—Por supuesto, pero, si no te importa, Lidia, hablamos tras la reunión. El señor Lombao ha venido para preparar la vista del lunes. Gracias a las ausencias de la jueza Calzado, podemos volver a revisarla.

Los tres me miran. Esperan a que me sienta para seguir con la reunión, pero yo aún no he decidido si voy a quedarme. Me mantengo callada, pero firme. Esperando que Gené se eche atrás en su negativa de hablar conmigo, ahora.

—Discúlpeme un momento, señor Lombao.

Gené apoya la mano en la pierna de Sebastián al levantarse. Tampoco puede resistirse a sus encantos.

Salimos del despacho.

Aún no me creo que me haya mantenido inflexible ante Gené. Estoy en un momento de mi vida en el que no me siento una persona segura de sí misma ni una persona capaz de poner límites. Fue el ver que, si no cortaba del todo con el señor Lombao, al final caería. Fue el miedo.

Ahora tengo a Gené delante de mí, en mi despacho. Sarita nos ha visto pasar por delante de su mesa sin comprender nada. Sin entender cómo dejábamos a su Pierce Brosnan a solas con Sonsoles, con alguien que no está preparada y que hoy tiene uno de esos días en los que está en su mundo. Se lo he notado nada más verla.

—Vas a tener que darme una mejor excusa que el que necesitas tiempo para ti por un problema personal del cual no puedes hablarme. ¿Qué pasa, Lidia?

No puedo decirle la verdad. Contarle que, en estos momentos de mi vida, me veo sin fuerzas para lidiar con el señor Lombao, que temo caer en los brazos de un mujeriego que se ha encaprichado de mí. Creo que Sebastián se ha obcecado conmigo porque no me parezco a sus conquistas habituales, o porque, hasta ahora, me he resistido a sus muchos encantos y no está acostumbrado a que eso ocurra. No sé por lo que es, pero siento que soy la presa en el punto de mira de un cazador experto.

—No es una excusa. Ya te comenté hace meses que necesitaba trabajar menos.

Gené insiste.

—Deja el resto de los casos y lleva solo el del señor Lombao. ¡Lidia, si no llevas el caso, podríamos perderlo!

—No insistas, Gené. No puedo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa, Lidia? ¿Estás bien?

—Ya te he dicho que es un asunto personal. Ayudaré a Sonsoles en todo lo que pueda.

—Y perderemos el caso. ¿Pero qué te pasa? ¿Es que te has vuelto loca? —me dice sin alzar la voz, sin gritar, con la templanza que la caracteriza.

« Loca » .

Tal como lo dice, se arrepiente.

—Perdóname, Lidia, yo no quería decir eso. Lo siento.

Sé que no está conforme con que no siga con el caso y con los motivos que le he dado, pero eso no justifica que no mida sus palabras. Sabe que, para mí, que me llamen loca es más que una forma de hablar.

—¡Lo siento, Lidia! Yo no quería... Sabes que este caso es importante para el bufete y que estoy preocupada. ¡Venga!, volvamos a mi despacho. Tras la reunión, hablaré con Lombao y le diré que tú ya no llevarás su caso.

Gené se dirige hacia la puerta esperando que yo la siga, pero no lo hago.

—No voy a entrar a la reunión. Es desde ahora mismo que no llevo el caso —le digo.

—¿Ha pasado algo con el señor Lombao?

Nunca he tomado a Gené por tonta, así que no me sorprende que haya llegado a la conclusión de que mi problema es con el señor Lombao. No le resultará extraño. Ella misma podría sentirse atraída por Sebastián, a pesar de lo mucho que adora a su querido Maximiliano, marido y padre de sus hijas.

Me quedo callada. Si hablo, puede que sea peor. No sé qué decir.

—No sé lo que te está pasando, Lidia, pero no te veo bien —me dice, y se dirige a la puerta.

La veo salir del despacho y me desinflo como un globo. Ya no podía soportar más la presión. No sé si es que mi cuerpo se resiente por no haber descansado en toda la noche o ha sido al soltar los nervios acumulados por la situación vivida, pero las piernas me flaquean y necesito sentarme. Camino dolorida, como si me fuera a la cama después de haberme quedado dormida en el sofá en una mala postura. Me siento en el sillón. Necesitaría un café bien cargado, pero, en este momento, la cafetera está demasiado lejos para mí. Y no quiero llamar a Sarita. Me interrogaría sobre el señor Lombao, sobre su Pierce Brosnan particular.

Cierro los ojos pensando en que es cierto eso de que el señor Lombao se parece a Pierce Brosnan, cuando era más joven, cuando interpretaba el personaje de 007... Me estoy quedando dormida y, antes de que eso ocurra, aviso a Sarita por el interfono para que llame a un taxi. No tengo ánimos para hacerlo yo.

Cuando me avisa de que el taxista espera delante del portal del edificio, haciendo un esfuerzo, me levanto del sillón, salgo del despacho, recorro el pasillo y me despido de Sarita alzando simplemente una mano, antes de cerrar la puerta del bufete y llamar al ascensor. Estoy deseando llegar a casa.

Uno se siente protegido en su casa, entre sus cosas, cosas que le sustentan. Esas cosas definen que es tu casa, y no la de otro: tus libros, tu butaca, tu lámpara, tu mantita del sofá... Respiro aliviada cuando cruzo el umbral de la puerta y veo mis cosas.

Hay días en los que me hubiera gustado no haber tenido que salir de mi fuerte, y hoy es uno de ellos. He realizado un breve viaje al pasado que no me ha salido gratis, emocionalmente hablando. Primero, la habitación de Julián; después, la época del instituto y, por último, el regreso a un pasado reciente, el señor Lombao.

Saco el Nokia del bolso, lo pongo a cargar en el enchufe que está cerca de la estantería y me dirijo a la cocina. Aprovecho el recorrido, y lanzo el bolso y el maletín sobre el sofá.

En la nevera hay cervezas y una botella de vino. Me apetece emborracharme hasta quedarme noqueada. Así podría olvidarme de todo por unas horas y descansar. Pero la recomendación del doctor, de que no bebiera alcohol, más que una recomendación, fue una exigencia. Me tendré que conformar con un refresco con cafeína. No quiero quedarme dormida antes de saber lo que hay en el teléfono móvil de mi hermano. Puede que descubra quién es su asesino.

Los pósts siguen sobre la mesa, simétricos, como una obra de arte contemporánea y conceptual cuyo título podría ser: ¿Quién es el asesino? ¿Quién es Beluno? Lo primero que hice antes de llenar la mesa de pósts fue escribir Beluno en los buscadores de internet y redes sociales, pero no encontré nada.

Durante toda la mañana, he estado pendiente de si el hombre joven me seguía. De si me espiaba escondido entre la gente, detrás de una columna... ¡Pero no!

Caliento en el microondas un plato precocinado de macarrones a la boloñesa y regreso al salón. Abro la ventana para ventilar, para eliminar la toxicidad del aire contaminado por una noche de ansiedad buscando pistas.

No le hablaré a nadie de la posibilidad de que a Julián lo asesinaran. No se lo diré a Mariló, por lo menos de momento. Si al final nada de esto es verdad, si al final la verdad es que Julián se suicidó, le haría revivirlo todo sin necesidad. Contárselo a mi abuela sería inútil. En el caso de tía Elvira, pasaría lo mismo que con Mariló: le haría revivir algo tan doloroso, y puede que para nada. ¡Y a mi padre...! Puede que esté muerto y, si está vivo, no sabría cómo localizarlo. Tampoco sé si sabe que su hijo está muerto y si le importaría lo que pudiera haberle pasado. Siendo sincera, esto último sí lo sé. Es imposible que a mi padre no le importara Julián. El amor devoto entre mi padre y Julián era mutuo. Los dos se

adoraban. Mi hermano siempre lo defendió, al igual que Nona, aunque nos hubiera abandonado.

La palabra abandono —dejar solo algo o a alguien alejándose o dejando de cuidarlo— ha sido una constante en mi vida. Mi padre me abandonó, mi madre me abandonó, Julián me abandonó... y yo, durante una etapa de mi vida, también me abandoné.

El Nokia ha cargado, al menos lo suficiente para que se encienda y pueda echarle un vistazo. Me lo llevo a la cocina. Hago espacio en la mesa, amontonando pósits en una esquina, y dejo sobre ella el Nokia y los macarrones que he calentado.

Ha llegado el momento. Va un poco lento, pero parece que funciona y... ¡No me lo puedo creer! ¡He olvidado que me pediría una contraseña! Podría probar con las mismas posibilidades de acertar que el que juega a la lotería, una entre cien mil. Es probable que Julián la hubiera anotado en alguna parte: en alguna de sus libretas de dibujo, en el borde de un libro... Tengo que volver a casa de Nona. ¡O no! Tengo otra opción más segura. Otra alternativa que he barajado desde que el suicidio de Julián se ha convertido en un posible asesinato. Ahora no puedo pensar si sería buena idea. Estoy muy cansada. Lo que necesito ahora es comer y dormir. Mañana será otro día.

4

«¡Es un error!», me repito desde que estoy despierta. Pero después me convengo de que, si las cosas están claras desde el principio, no tiene por qué haber malentendidos. Es una buena opción, la mejor. No solo para que me ayude con la contraseña del Nokia, también para descubrir qué le pasó en realidad a Julián. Él tiene los contactos, acceso a la información que se necesita para encontrar pistas y seguirlas, pero, probablemente, sea un desacierto volver a ponerme en contacto con él. Un gran error. Tengo que pensarlo un poco más.

He desayunado y desde entonces estoy en el salón, sentada en el sillón. Tras revisar todo el correo electrónico en el que, como me imaginaba, no había ningún mensaje de doña Sara en la bandeja de entrada, he decidido continuar con la siguiente pista. Pero, para ello, necesito llamar a Flora.

Ayer olvidé que el Nokia me pediría una contraseña, olvidé mirar la agenda telefónica de Nona... ¡Se me olvidaron tantas cosas! En la agenda de Nona está anotado el número de teléfono de la casa de los padres de Jaime Cuevas, el mejor amigo de Julián.

A estas horas, tan pronto, Flora estará paseando a Nona.

—¡Buenos días, Flora! Necesito que me hagas un favor...

—Estoy dando el paseo con su abuela, mi niña.

—Sí, me lo suponía. Dale un beso de mi parte. No te preocupes, cuando lleguéis a casa...

—¡Si quiere nos vamos ya para la casa!

—¡Que no! ¡Que no tengo prisa! Pasead tranquilas y cuando lleguéis a casa me llamas...

—Está segura, mi tesoro. Mire que a mí no me cuesta nada...

No deja de interrumpirme.

—¡Cuando lleguéis a casa, Flora! ¡Adiós! ¡Besos! —me despido antes de colgar y dejarla con la palabra en la boca.

Flora es como una madre. Siempre preocupada, hasta el punto de hacerse pesada. Me pregunto si todas las madres son así. Si ser madre te convierte automáticamente en una obsesionada del control o, mejor dicho, en una obsesa del miedo a que a tu hijo le pueda pasar algo, que necesite algo, que no sea lo suficientemente feliz. Me estresa solo pensarlo. No es una buena señal.

Mientras espero la llamada de Flora, pienso en cómo murió Julián y en por qué ni Nona ni yo vimos el cuerpo. Mi hermano fue encontrado una semana después de su muerte, bajo unas ramas podridas a orillas del río. El cuerpo se encontraba en tal estado de descomposición que fue irreconocible. Hicieron falta pruebas de ADN para confirmar su identidad. La conclusión fue que se había suicidado tirándose desde un acantilado y, al ver el expediente médico de la familia, sentenciaron que había sido debido a un brote de esquizofrenia. Ahora cabe la posibilidad de que no se hubiera tirado por propia voluntad o debido a una enfermedad, sino que alguien lo habría empujado o tirado desde lo alto del acantilado tras haberlo matado. ¿Quizá Beluno?

Cuanto más pienso en todo lo que estoy viviendo, más dudas me produce. Es surrealista que, después de casi veinte años, un hombre joven me siga por la calle y aparezca de repente en la puerta de mi casa para decirme que Julián no se ha suicidado, que lo han asesinado.

El móvil vibra sobre el reposabrazos del sillón.

Es Flora.

—¡Hola, Flora! ¿Ya estáis en casa?

—Sí, mi tesoro. Y su abuela ya está sentada en su butaca. ¿Qué es lo que quería?

—¿Sabes la libretita que tiene Nona al lado del teléfono fijo?

—¿La de tela marrón?

—¡Sí! Busca...

—¡Espérese tantito a que la alcance!

—Creo que está en el primer cajón —le indico.

—Ya la tengo. ¡Dígame, mi niña!

—Jaimito Cuevas.

Flora va leyendo uno a uno todos los nombres de la agenda que comienzan por jota.

—...Javier Peña, Jacinto «de la Carmen», Jara «mercería», Jaimito C «amigo del niño» ...

—¡Ese, Flora! Espera, que no tengo dónde apuntar.

Me levanto del sillón y voy hacia la estantería. Abro la caja de los lápices de colores y agarro uno. Para apuntar, utilizo el sobre del último recibo de la luz. Está encima de la mesa auxiliar y no guardado en la carpeta de los recibos, como debería ser. No es lo habitual. Los acontecimientos me tienen fuera de la rutina. Todo lo que me rodea debe estar ordenado, en su lugar, en contraposición a mi interior caótico. Es el resultado de la necesidad de una estabilidad, aunque solo sea exterior.

Le repito el número para confirmar que me lo ha dado bien. Y sí, está correcto.

—¡Gracias, Flora!

—¿Vendrá a tiempo en Nochebuena, mi niña?

—¡Que sí, Flora! ¡Te lo prometo!

—Mire que si llega tarde yo no puedo...

—¡Que sí, que llegaré a tiempo en Nochebuena! Adiós. Besos.

No suelo llegar tarde. Flora lo sabe, pero está inquieta. El día de Nochebuena cenará con su familia de emigrantes colombianos y es un día en el que recuerda y echa más de menos a sus hijos, a su familia de Colombia. Está emocionalmente inestable en estos días. Al igual que yo, necesita orden. Asegurarse de que todo estará en su lugar, incluida yo, el día de Nochebuena, en casa de Nona, a la hora acordada.

Marco en la pantalla del móvil los números escritos en el sobre. Es el número del teléfono fijo de la casa de los padres de Jaime. Espero que sigan teniendo teléfono fijo y el mismo número. Recuerdo que su padre se llama Jaime, como él, pero ¿su madre?... Carmen, Clara... ¡Claudia!

—¿Diga?

—¡Sí! ¡Hola! ¿Es usted Claudia, la madre de Jaime Cuevas?

—Sí, soy yo. ¿Quién es? —contesta, con la voz aguda que ha tenido siempre.

—Claudia, no sé si se acuerda de mí... Soy Lidia Olano, la hermana de Julián Olano, el amigo de Jaime.

—¡Claro, guapa! ¿Cómo estás? Me alegro de oírte.

—Bien, bien. Gracias. ¡Sí! ¡Bueno! Quería hablar con Jaime y...

—Jaime ya no vive aquí, cielo. Se ha casado y tiene un niño que es un tesoro.

—¡Ah! Entiendo.

—Pero mañana vendrán a comer. ¡Ven a casa y podrás hablar con él!

—¡Sí, me encantaría!

—Pues mañana nos vemos, guapa.

—¡Estupendo! ¡Muchas gracias, Claudia! ¡Hasta mañana!

Con el sobre en una mano y el móvil en la otra, me dejo caer sobre la butaca. No sé qué estoy haciendo. ¿Qué le voy a decir a Jaime? ¡Va a pensar que me he vuelto loca!

Vuelvo a plantearme la posibilidad de ponerme en contacto con él a pesar de que al final resulte ser un gran error. Él tiene los contactos, todo lo que necesito para descubrir quién es Beluno y si Julián se suicidó o fue asesinado. Y, por supuesto, si mañana me acompañara a ver a Jaime, todo lo que yo dijera tendría más credibilidad.

Lo más probable es que sea una equivocación, pero busco su contacto en la agenda del teléfono móvil.

No me atrevo a llamarlo y le envío un mensaje.

«¡Hola! ¿Cómo estás? Si puedes, me gustaría invitarte a cenar esta noche. Es por un tema importante de trabajo. ¿A las siete?».

Enviado. Espero que haber especificado que es por un tema de trabajo aclare cualquier confusión que se pueda crear sobre el motivo de mi invitación.

Recibido. Espero unos segundos antes de salirme de la aplicación para ver si lo lee, pero no. Estará ocupado. Me imagino que dirá que sí, o eso espero.

Son las tres de la tarde. Hoy, las agujas del reloj me parecen veloces. O puede que sea yo. Me noto un poco ansiosa.

Nunca he sido buena cocinera. No tengo mano para la sal ni para el azúcar ni las especias, tampoco para las porciones. Siempre me quedo corta o me paso. No encuentro el término medio. Por eso, si hago una sopa, puede que el caldo esté bueno, pero los fideos crudos. O todo esté bien, pero muy salado. No acierto nunca. Excepto con la pizza. Creo que es la mejor opción y, aun así, espero que no se queme o se quede cruda. Me sale bien, siempre y cuando esté atenta al horno.

Me arreglo para ir al supermercado: una ducha y ponerme el chándal.

Mientras el agua cae sobre mí, arrastrando la suciedad y las células muertas del cuerpo, deseo que mis miedos e inseguridades también sean arrastrados, que resbalen por la piel hasta desaparecer por el sumidero. Me quedo quieta para que sea más fácil, para que nada los frene. Respiro hondo y suelto lentamente el aire de los pulmones. Lo hago un par de veces antes de salir de la ducha.

Envuelta en una toalla frente al espejo empañado, apenas veo mi reflejo. Parezco un fantasma. Seco el pelo fino y lacio con la toalla y lo peino con los dedos. El pantalón del chándal me queda grande desde la última vez que me lo puse. Me está flojo en la cintura, señal de que he adelgazado en los últimos meses.

Ya estoy lista para salir a la calle.

Sigo pensando que parezco un fantasma. Las aceras están llenas de turistas y de gente haciendo las típicas compras navideñas, creando grupos que no caminan en fila india y forman barreras que impiden el paso. Van a sus cosas, sin preocuparse de que necesites que te abran camino. Como si no pudieran verte, como si fueras un fantasma. Me armo de paciencia y, a paso de tortuga, avanzo.

En el supermercado, veo que a la hora de pagar tendré que hacer cola un buen rato. Carros llenos de comida hacen, esta vez sí, fila india al lado de los primeros lineales hasta llegar a las cajas. Tomo de las estanterías y los frigoríficos lo que necesito y me uno a la fila. En mi caso, con una cesta: un carrito era excesivo para las pocas cosas que llevo. Y, como acostumbro, observo a los demás clientes de la cola preguntándome cómo habrá sido su infancia, si han sido felices. Y los comparo con la gente que conozco. Es una costumbre que tengo desde que era niña. Por ejemplo, la pelirroja que está tres personas por delante de mí se parece a Agri, a la madre de Mariló. No hablo del físico, hablo de la arrogancia: de la barbilla y la mirada alzada. Actúa como si estuviera aquí por casualidad, como si no fuera una asidua a los supermercados de barrio o, mejor dicho, como si ni siquiera hiciera la compra porque tiene una empleada de hogar que la hace por ella. Detrás de ella, un hombre mayor busca en el monedero el importe exacto. Se parece a Silvino, el portero, una persona amable en exceso: fácil de manipular, un mandado. Y, delante de mí, tengo a una madre que consuela a su hija ante su negativa de comprarle una bolsa de golosinas. No encuentro afinidad con nadie que conozca. Puede que yo me pareciera a ella si fuera madre. Quizá mi madre hubiera sido como ella si no estuviera enferma y no se hubiera suicidado. Esto último nunca lo sabré.

Me toca.

Pongo los productos en la cinta, pago y salgo del supermercado cargada con una pequeña bolsa.

La frutería está a dos portales del supermercado. El frutero me felicita la Navidad y me entrega el regalo anual de buena clientela. Se nota que está orgulloso de sus calendarios. En su cara redonda y naturalmente colorada, una sonrisa de oreja a oreja y unos ojos centelleantes lo delatan. Este año las imágenes no son de frutas, sino de verduras y hortalizas. Y, como suele pasar en los calendarios, vienen todos los meses del año, más los tres primeros meses del siguiente año. Es posible que se deba a que empezamos a ser conscientes de que el año ha terminado, varios meses después de que haya comenzado. Nuestro cerebro no puede adaptarse tan rápido a un cambio tan brusco. No puede asimilar el acostarse en un año y levantarse en otro. Eso necesita un proceso de adaptación. Los cambios bruscos necesitan ser procesados, algunos durante años.

No le felicito la Navidad, pero sí que le doy las gracias por el calendario. Compro la fruta y me voy a casa. Mientras subo en el ascensor, aprovecho para mirar el móvil. Todavía no me ha contestado al mensaje. Espero que no se esté haciendo el interesante. Esa etapa ya pasó.

Hacía tiempo que la nevera no estaba tan llena, y eso que solo he comprado la masa para la pizza, burrata, verduras, jamón york, jamón serrano y el vino.

Cambio el calendario viejo por el nuevo. Un año más que se termina, y que ha sido igual o peor que el anterior. Al cambiar el calendario, anoto nuevamente la cita en la clínica para principios de marzo. Creo que debería contarle al doctor lo que me está ocurriendo respecto a Julián, pero tengo miedo de que me recete más pastillas o que me diga que no puedo seguir con el tratamiento.

El móvil vibra avisándome de que me ha llegado un mensaje. Me acerco a la mesa. Es él. Acepta la invitación. Viene. Me pongo más ansiosa de lo que estaba desde que le he enviado el mensaje. Debería arreglarme. No me voy a cambiar el chándal, no vaya a pensar lo que no es. Además, mi fondo de armario se compone de trajes, camisas y camisetas, y de un vestido largo de terciopelo negro con cuello vuelto y manga larga, que tía Elvira se empeñó en comprarme y que solo me pondría durante una procesión de Semana Santa, acompañado de un capirote y un colgante al cuello con forma de cruz.

Me arreglo el pelo y recojo el flequillo a un lado, dejando los ojos bien visibles. Me pongo un poco de rímel y colorete, pero no muy cargada, bien.

Las pizzas están en el horno. Van a ser las siete y solía ser puntual. No creo que eso haya cambiado en tres años.

Suena el timbre.

Intentando mantener la calma, camino por el pasillo y abro la puerta.

—¡Hola, Li!

Solo él me llama Li.

—¡Hola, Lucas!

Nos abrazamos brevemente y nos dirigimos a la cocina.

Parece que el tiempo no hubiese pasado. Los dos en la cocina, yo miro la pizza en el horno y él sirve dos copas de vino. No debería beber, pero no digo nada. No creo que una copa afecte al tratamiento. Caen unas gotas de vino en el suelo. No hace falta que le diga dónde está el cubo de la fregona. Él ya lo sabe.

—¿Cómo está Nona? —me pregunta mientras escurre la fregona.

Lo observo con disimulo. Está más musculado, y con el cabello corto y algunas canas más, aparenta más maduro.

—Bueno... Ahora me confunde con mi madre o directamente no me reconoce, y a veces se asusta de mí. Resulta bastante duro.

Apoya la fregona en la pared y hace el intento de acercarse para darme un abrazo, pero yo me giro y disimulo mirando el horno. No ha sido tan violento como puede parecer. Los dos disimulamos bien.

—¿Y Flora? ¿Sigue siendo mi fan?

Flora siempre se ponía de su lado. Lucas y yo bromeábamos con que Flora estaba enamorada de él. Solo eran bromas. Flora le tiene mucho cariño. Lo quiere casi tanto como a mí. Lo achuchaba entre sus carnes morenas y Lucas también la achuchaba a ella. Los dos son muy cariñosos.

—He tenido mucha suerte con Flora. Sabes que quiere a Nona como si fuera su madre. La quiere, y la cuida mejor de lo que yo lo haría. Y aunque siempre está discutiendo con tía Elvira, sabe llevarla.

—¿Tía Elvira sigue teniendo el mismo novio?

Soltamos una carcajada. Tía Elvira, a sus setenta y cinco años, es una jovenzuela en lo que se refiere al amor. Es una novia eterna, que no busca compromiso firme alguno y se enamora de cada anciano que convive con ella en la residencia. Es una enamoradiza rompecorazones.

—¡Claro que no! Ahora está con un tal Fermín. Pero... ¡Dime tú! Tus padres, tu hermana, tu cuñado... ¿Cómo están? Seguro que tu sobrino ya es todo un hombrecito.

—Mis padres están bien. ¡Más viejos, como todos! Mi hermana sigue de dependienta en la misma tienda, mi cuñado sigue con su empresa de fontanería, y mi sobrino, ¡ese!, se ha convertido en un preadolescente que no deja de pensar en chicas y videojuegos. Está en una etapa complicada, ¡para él y para sus padres! —se ríe. Tiene una risa muy masculina. Fuerte y seca, al igual que su voz.

Nos repartimos las tareas. Cada uno lleva a la mesa del comedor una de las dos pizzas y su copa de vino. Con los colores vivos de las verduras, el jamón ibérico y el tomate, las pizzas parecen dos centros de mesa. Nos sentamos frente a frente, aunque no enfrentados. Lucas está amable y alegre. Es su carácter cuando está a gusto.

Empezamos a comer y, entre mordisco y mordisco, conversamos.

—¿Qué tal en la comisaría?

—¡Estás hablando con un inspector de policía, nena! —presume haciéndose el chulito, algo que no es. Se lo merece. Una cicatriz provocada por un corte profundo de arma blanca en el operativo de una redada, que comienza en el hombro derecho, cruza el cuello y termina en el lóbulo de su oreja, da fe de ello.

—¡Ya eres inspector! ¡Enhorabuena!

Acerco la copa para que brindemos. Lucas me mantiene la mirada. La esquivo y sigo hablando:

—¿Estás llevando algún caso interesante?

—Sí, pero no puedo hablar de ello. Solo diré que se trata de un famoso empresario, un corrupto y un asesino. Obviamente, no es él quien aprieta el gatillo; para eso ya tiene a otros. Estamos a punto de pillarlo, de encontrar algo que lo lleve a prisión para el resto de su vida. Aunque... —Niega con la cabeza—. Hemos estado más veces en esta situación, a punto de pillarlo, y al final siempre consigue librarse.

Me pregunto si estará hablando del señor Lombao.

—¿Quieres más vino? —le digo, con la botella de vino en la mano.

—Sí. Un poco más.

Estoy tan nerviosa que, sin darme cuenta, también relleno mi copa. No debo beber más.

Seguimos hablando y el vino me va relajando. Rememoramos viajes y anécdotas desternillantes de cuando estábamos juntos.

—... cuando te subiste al arrastre y te quedaste sentada en el suelo con los esquís y no podías... —recuerda Lucas, sin que podamos parar de reír.

Estamos incómodos en las sillas y nos cambiamos al sofá. Su forma de sentarse, de medio lado y mirándome fijamente, me indica que ya quiere saber por qué está aquí, el motivo por el cual lo he invitado a cenar después de tres años de no saber nada el uno del otro.

—Necesito que me ayudes con algo.

—¿Algo? —me dice, levantando las cejas de forma simpática, dándome a entender que estoy hablando con él, en quien puedo confiar y no andarme por las ramas.

—¡Está bien! Te lo voy a decir todo de corrido y después tú me dices, ¿vale?

De nuevo, Lucas levanta las cejas por las vueltas que le sigo dando. Ni se imagina lo que le voy a decir. Cree que será algo cotidiano del trabajo, del día a día. Un problema importante, sí, si no, no lo hubiera invitado a cenar. Pero no lo que le voy a decir.

No encuentro comodidad sentada en el sofá y me pongo de pie frente a él, que me mira y yo no sé por dónde empezar. Si en algún momento pensó que mi invitación era para pedirle una oportunidad, el miedo que me da decirle lo que le tengo que decir se lo ha quitado de la cabeza. Su mirada empieza a ser de preocupación.

—¡Li! ¿Qué pasa?

—Es sobre mi hermano —susurro.

—¿Sobre Julián?

Asiento y rompo a llorar.

Lucas se quiere poner de pie para consolarme, pero, con una mano abierta delante de él, le indico que permanezca sentado y le pido que me dé unos segundos para reponerme.

—¡Claro, tranquila!

Hablar con Lucas siempre ha sido fácil. Él no es el motivo por el cual le estoy dando tantas vueltas. Es por mí. Lucas será la primera persona a quien se lo cuente y se hará real. Ya no podré convencerme de que ha sido solo mi imaginación y continuar con mi vida como si nada hubiera pasado.

—A principios de octubre recibí una llamada de un número desconocido. Cuando contesté, solo escuché la respiración de un hombre. Pregunté quién era, pero no respondió, solo escuchaba su respiración.

Lucas tiene la cara desencajada. Nada de lo que le estoy diciendo es lo que esperaba oír. Nada parecido a lo que está escuchando.

—Hace tres días, de camino al juzgado, me di cuenta de que un hombre joven me seguía y, el mismo día, al llegar a casa, recibí la misma llamada: la de un hombre que respiraba al otro lado del auricular sin decir nada. Cuando colgué, llamaron al timbre. Tenía miedo, pero, tras mirar por la mirilla, abrí la puerta sin quitar la cadena, con cuidado. Era el hombre joven que me había seguido aquella mañana. Me dijo que conocía a Julián y que... —trago saliva
— Julián no se había suicidado..., que alguien lo había matado.

Me detengo, dejando que respire lo que acabo de decir, como si mis palabras fueran vino recién descorchado. Pero Lucas se muestra impaciente.

—¿Y?

—Me dijo que Julián le había dicho que alguien quería matarlo...

Lucas me interrumpe.

—Debido a la esquizofrenia.

¿Afirma o pregunta? Su tono no es claro, pero sé a qué se refiere. Que Julián le dijera a ese hombre que alguien intentaba matarlo no significa nada, no significa que fuese real.

—El hombre joven me dijo que otro coche los había intentado sacar de la carretera la noche que Julián le confesó que alguien intentaba matarlo. También me dijo que Julián estaba obsesionado con encontrar a un hombre llamado Beluno.

—¿Beluno? No me suena de nada. Pero, Li... ¡Piénsalo!, te dijo que Julián estaba obsesionado con encontrarlo. La palabra obsesión, en este caso, dice mucho.

Tiene razón. La palabra obsesión dice mucho cuando estamos hablando de un posible esquizofrénico.

—¿Qué puedo hacer por ti?

Ese es Lucas, siempre dispuesto para ayudarme. Soy yo la que me cuestiono. No está pasando en mi mejor momento. El tratamiento de la clínica me tiene insegura, preocupada, esperanzada. Un caos de emociones que me hace estar alterada y confusa. Lo que reflejan mis dibujos: las líneas negras sin dirección clara y el círculo verde. Pero me lo callo, no le puedo decir a Lucas que estoy acudiendo a la clínica, y menos, el motivo por el que acudo.

—Tengo el móvil de mi hermano, un viejo Nokia, pero no la contraseña. Me imagino que la tendría anotada en algún sitio. Revisé su habitación para encontrar alguna pista, pero no caí en que el Nokia me pediría una contraseña y no la busqué. He pensado que podrías ayudarme con eso... Y también a descubrir quién es Beluno.

Me conoce demasiado bien. Me sonrío y sus cejas vuelven a arquearse.

—¿Y algo más?

—Me gustaría que mañana me acompañaras a visitar al que era el mejor amigo de mi hermano, Jaime Cuevas. Puede que recuerde algo que nos ayude. He hablado con su madre. Todos los domingos va a comer a la casa de sus padres, con su mujer y su hijo.

—Claro. Iré contigo. Pero...

El tono de su voz ha bajado. Creo saber lo que me va a decir antes de que lo haga.

—No, Lucas. Esto no significa nada. Solo estoy recurriendo a ti como amiga.

—No es eso, Li. Yo tampoco quiero volver. Las cosas ya están bien como están. Iba a decirte que te acompaño, pero tendría que ser sobre las dos, más o menos. Mañana tengo salida a la montaña con el grupo de escalada, y no volveré hasta la una o una y media.

He ido de lista, y me he llevado una sorpresa que me tiene avergonzada. No soy capaz de mirarlo a la cara. El miedo a que creyera que mi invitación era para volver a intentar lo nuestro ha sido lo que ha activado mis alarmas sin necesidad. Siento mucho calor en la cara. Seguro que estoy colorada como un tomate bien maduro.

—Debería irme. ¿Nos vemos mañana?

Levanto la vista, poco a poco. Cuando me topo con su mirada, siento como si mi cara se prendiera en llamas.

—Sí, sí... ¡Claro! —le digo.

—De acuerdo. Sobre las dos estaré aquí.

Lo acompaño a la puerta. Nos despedimos y regreso a sentarme en el sofá.

Como temía, ha sido un error. No ha sido una buena idea llamar a Lucas. Me siento extraña tras haber visto que él ha pasado página, tras escucharlo decir que las cosas entre nosotros ya están bien como están. Y, además, es posible que haya fastidiado el buen rollo, esa forma de tratarnos como amigos, cuando le aclaré que la invitación a la cena no significaba nada. Porque, al despedirnos, me ha abrazado un instante, tan breve, que me parece que ese momento no haya existido.

5

Me gustan las mañanas de los domingos, porque el silencio habita en el edificio. No es un día laborable ni escolar. No se escuchan pasos sobre el parqué en el techo, ruido de tostadoras, de niños madrugadores y exaltados... Las mañanas de los domingos son de relajación. Empiezan a desperezarse cuando las agujas de los relojes se unen formando una vertical que apunta al cielo. Por ahora, el silencio reside en el edificio. Me da paz.

Es lo mejor para mí en este momento. Esta paz me permite escuchar mi respiración y también mis pensamientos. Ahora veo las cosas más claras de lo que las vi anoche, cuando Lucas se fue. No entendía por qué me había molestado tanto saber que Lucas había pasado página, pero creo que ya lo sé. Hay dos razones: la primera, y la que tengo más clara, es que, inconscientemente, pensé que Lucas siempre estaría ahí para mí; y la segunda, igual de inconsciente, y que aún está en cuarentena porque no estoy segura, es que siga sintiendo algo por él, que siga enamorada. Aún faltan un par de horas para que venga a buscarme, pero estoy lista. Espero a que el tiempo pase sentada en la butaca, escuchándome. Aprovechando el silencio antes de que las agujas se coloquen en vertical y suenen los despertadores.

Cierro los ojos y pongo imágenes a la oscuridad. Mis recuerdos pasan ante mí como diapositivas proyectadas en un fondo negro. Las diapositivas cambian con tal rapidez que todas las imágenes se vuelven un todo: mi vida. Mi madre enferma, yendo y viniendo en la carroza; mi padre diciendo adiós, mi madre muerta sobre la acera y Agri agarrando mi mano, mi infancia y la de Julián junto a Nona, la

panadería, la llamada de la policía diciendo que mi hermano había sido encontrado muerto, mis siete años huyendo de todo, mi encuentro y vida con Lucas, el bufete, el señor Lombao, el hombre joven delante de mi puerta...

Respiro hondo y van más lentas.

Unas pocas diapositivas, las de mis años huyendo del dolor tras la muerte de Julián, antes de conocer a Lucas y montar el bufete con Gené, son las que ahora se proyectan. Son mis años oscuros, los años en los que me abandoné. Esa época por la que evité que doña Sara me preguntara. Son años de distorsionar una realidad difícil de sobrellevar, de una profunda confusión y tristeza.

Oigo los primeros ruidos: pasos en el parque. Abro los ojos y miro el reloj. Son las doce.

Tengo la boca seca. Apoyo las manos en los reposabrazos y, de un impulso, me pongo de pie. Las piernas van solas hacia la nevera. La imagen del mes de enero del calendario es la alcachofa. Una vez leí que proviene de Egipto, y que los griegos y los romanos creían que tenía poderes afrodisíacos. Lo que un ser necesita durante su existencia en la tierra está en la naturaleza. Es la proveedora, incluso de la viagra.

El agua fresca humedece mi garganta. Creo que tengo tanta sed porque estoy un poco resacosa. Desde que estoy acudiendo a la clínica, desde hace seis meses, no había vuelto a beber. Y, además, no bebí un par de sorbos, sino dos copas de vino bien llenas.

El sonido de una llamada perdida me desestabiliza un poco. Es Lucas. Antes de salir, meto el Nokia de Julián en el bolso.

Deseando que al llegar al portal me encuentre más tranquila, cierro la puerta y pulso el botón del ascensor.

Lo veo esperándome dentro del coche, en el mismo lugar de siempre, en el vado de un garaje del que nunca sale ni entra nadie, y desearía que nada entre nosotros hubiera cambiado. Pero ya es tarde, ha dejado claro que ha pasado página. Ahora es a mí a quien le toca aceptarlo.

—¡Buenos días, Li!

—¡Buenos días!

—¿Cuál es la dirección?

Parece que tiene prisa. Antes de ponerme el cinturón, le enseño la calle en el callejero del móvil.

—¡La conozco! —me dice, y nos ponemos en marcha.

Me detengo en cada detalle que veo distinto, en el Škoda granate que compró cuando todavía estábamos juntos. Ahora, del retrovisor cuelga un ambientador con forma de bola verde, y en la palanca de cambios no están las gomas de pelo que solía tener para hacerse una coleta. Su melena ya no está y las gomas tampoco.

No estoy suficientemente tranquila para ser yo quien entable conversación. Respiro profundamente, haciendo el menor ruido posible para que Lucas no lo note. La radio retransmite un partido de la Liga inglesa de fútbol. Lucas tiene la vista puesta en la carretera y el oído en la radio, o eso parece.

Tomo valor y le hablo:

—Te he traído el teléfono móvil de Julián. Ayer se me olvidó dártelo.

—Perfecto, déjalo en la guantera.

He atraído su atención durante unos segundos y de nuevo siento que me ignora. No es muy propio de él. No me atrevo a preguntarle si está bien, si le ha pasado algo, pero debería hacerlo. Está claro que se encuentra distante. No es el mismo de ayer. Solo a la hora de la despedida. En aquel abrazo tan breve que me pareció no haberlo vivido.

Una llamada interrumpe mi intención de preguntarle qué le pasa.

Lo escucho hablar. Su tono es suave, cariñoso, y sonrío en cada frase.

—¡Hola!... Están en la mesa de la cocina... Sí... Tendríamos que estar en el aeropuerto a las seis... Ya lo había pensado... Sí... Yo también...

Cuando cuelga, la sonrisa permanece en su cara, hasta que cae en la cuenta de que voy sentada en el asiento del copiloto. ¿Se había olvidado de mí?

—Lucas, ¿estás bien?

Sabe a qué me refiero. No es ese tipo de persona que niega que algo está sucediendo cuando es evidente que sí. Tampoco es de mentir. Así que lo que espero es que me diga la verdad.

—Li, ¿te importa si lo hablamos en otro momento? Ya hemos llegado. Es esta calle.

No contaba con esto, con un aplazamiento, pero es lo más sensato. Como él ha dicho, ya hemos llegado.

Los padres de Jaime Cuevas viven en una casa adosada con un pequeño patio delantero. Su madre abre la puerta y regresa rápidamente a la cocina, tras decirnos que nos sentemos en el salón, que Jaime, con su mujer y su hijo, estarán a punto de llegar. No me ha dado tiempo ni de presentarle a Lucas.

Nunca había estado en la casa de los padres de Jaime. Es tal y como me imaginaba. Una casa de una familia de clase trabajadora, con muebles de los años noventa, en cuyos estantes las fotografías familiares y figuritas de porcelana no dejan huecos libres. El televisor y el sofá son más modernos.

El padre de Jaime está sentado delante del televisor, absorto en una película del oeste que lo tiene entretenido, cuando irrumpimos en el salón.

Disimula y se presenta con amabilidad.

—Hola, soy Jaime Cuevas... ¡Padre!

Se nota que es una aclaración que hace siempre, como un chascarrillo. Tanto Lucas como yo lo hemos entendido así, y sonreímos.

Lucas se presenta, y yo le recuerdo quién soy.

—¡Claro que me acuerdo de ti, Lidia! Tu hermano y mi hijo eran muy amigos. Jaime lo pasó muy mal. Incluso se culpó a sí mismo. No entendía cómo Julián no le había dicho nada de lo que le estaba pasando, y hubiera preferido...

Se calla antes de pronunciar la palabra «suicidarse», como si me pudiera ofender, como si tuviera que sentirme avergonzada porque mi hermano se suicidó y también mi madre. Y lo de «preferido», lo ha dicho su ignorancia. Nadie prefiere quitarse la vida, pero es la única salida que encuentran a su situación. Me gustaría explicárselo, darle un largo discurso en el que le dejara clara mi opinión respecto al tabú sobre el suicidio, de la influencia que en ello tiene la religión, de la incomodidad que crea en una sociedad sostenida por una vida anesthesiada de felicidad artificial. De una sociedad que censura las emociones negativas que crean malestar y hacen tambalear esa artificiosa vida feliz. Porque, en la sociedad que hemos creado, hay que ser feliz a toda costa, y no serlo es una vergüenza, una tara dentro de esta sociedad idealizada. En realidad, es la sociedad la que está enferma.

Jaime ha llegado, lo que hace que se detenga la verborrea de mi discurso interno.

Se oye el ruido de la verja y luego el sonido que producen los besos de Claudia en los mofletes de su nieto y que acompaña con una pregunta repetitiva: «¿Quién es el caramelito de la abuela? ¿Quién? ¿Quién?».

Jaime y su familia entran en el salón.

—¡Hola, Lidia!

—¡Hola, Jaime!

Hace tiempo que no nos vemos. En estos casi veinte años, tras la muerte de Julián, hemos coincidido un par de veces y de casualidad, una en la calle y otra en el juzgado. Delante de mí, tengo a un hombre joven con sobrepeso, que conserva el pelo y ha dejado crecer una barba que disimula la mandíbula saliente que yo le recuerdo.

Nos abrazamos. Al hacerlo, tengo la sensación de estar abrazando un trozo de Julián, porque Jaime y Julián eran como hermanos. Olisqueo su hombro como si fuera el de Julián.

—¡La comida ya está lista! ¡Todos a la mesa! —grita la madre de Julián, con su voz aguda.

Claudia irrumpe en el salón, igual que hicimos Lucas y yo cuando Jaime «padre» disfrutaba de la película del oeste. Claudia ha roto este momento tan especial para mí.

Jaime me presenta a su mujer Beatriz y a su hijo Mario. Yo les presento a Lucas.

Ni Lucas ni yo nos habíamos dado cuenta, pero en la mesa hay dos platos de más.

—¡Vamos! ¡Sentaos!

No contábamos con quedarnos a comer, pero acabamos aceptando ante la insistencia de Claudia, que se expresa con todo el cuerpo, agitando los brazos y poniendo mil gestos en la cara. Acapara la conversación durante la comida y explica, uno a uno, los pasos de la receta de canelones, haciendo hincapié, varias veces, en los pasos más importantes para que la receta salga perfecta. A momentos resulta soporífera.

Es la hora del café.

Jaime le ordena a su hijo que se vaya a jugar al patio; su padre se sienta nuevamente frente al televisor, y su madre y su mujer entran en la cocina, para limpiar lo que hemos manchado entre todos. En esta familia, los roles predeterminados del patriarcado siguen vigentes.

—Pues tú dirás, Lidia. ¿En qué te puedo ayudar?

Ha llegado el momento, y no soy capaz de decirle a qué he venido. Me preocupa que me tome por loca. Lucas se da cuenta de lo que me pasa, me conoce bien, y es él quien habla:

—Estamos investigando la posibilidad de que Julián no se suicidara.

—¿Qué quieres decir?

Jaime pregunta, pero creo que su intuición ya lo sabe.

—Puede que fuera asesinado —le aclara Lucas, sin paños calientes.

Necesita digerir la noticia. Se levanta y deambula por el salón.

—¿Estás bien, hijo?

Jaime «hijo» dice que sí, y su padre se queda tranquilo y de nuevo hipnotizado por el televisor.

Lucas y yo permanecemos sentados.

—Jaime, tranquilo.

Mi voz lo hace reaccionar y se sienta.

—¿Cómo puede ser eso? —me dice.

Es mi turno.

Le explico a Jaime cómo un hombre joven, es decir, rozando los treinta y cinco, más o menos de su edad, al que describo con detalle, me dijo que a Julián lo habían asesinado. Cuando termino, la cara de Jaime es de duda.

—Pero... ¿Quién es ese hombre? ¿Y por qué deberíamos creerle?

Lo sabía. Piensa que es una locura.

Lucas interviene.

—No lo creemos. Solo estamos investigando. ¿Recuerdas a alguien con esa descripción? Pelo liso, nariz normal, ojos achinados, corpulento...

—No que yo me acuerde. Julián tenía muchos amigos que no conocía.

Lucas me ha rescatado: le ha aclarado las dudas y ahora nada de esto parece una locura, sino algo lógico. Se nota que es policía. Sabe lo que debe decir y cómo hacerlo, lo que debe preguntar.

—¿Hay algo que recuerdes que pueda ayudar? No sé... alguna cosa que te dijera. Algo que pienses que pueda tener algo que ver...

Jaime adopta una postura pensativa antes de contestarle a Lucas. Parece buscar en el fondo de su memoria. Al final, enfadado consigo mismo, niega bruscamente con la cabeza. La búsqueda ha sido fallida.

—He ido al instituto y doña Sara me ha dicho que Julián tenía una buena relación con el profesor de arte.

—¡Doña Sara! ¿Sigue dando clases? Tendría que estar ya jubilada, ¿no? ¿Cuántos años tiene?

—Supongo que sí. No lo sé... Pero dime, ¿qué tipo de relación tenía el profesor de arte con Julián? ¿Eran solo alumno y profesor? ¿Eran amigos?

—Una mezcla de las dos cosas. Pero ese tipo de relación, Vélez también la tenía con otros alumnos. Bruno Vélez era uno de esos jóvenes profesores de los noventa que querían modernizar la educación. Intentaba relacionarse con los alumnos de otra manera. ¡No sé! Intentaba acercarse a nosotros, que no lo viéramos como una autoridad severa, sino como alguien con el que podías hablar y que estaba allí para ayudarnos.

Lucas le hace la gran pregunta:

—¿Sabes quién es Beluno?

Jaime vuelve a profundizar en sus recuerdos con el mismo resultado de antes.

—No. No me suena de nada.

No hay más preguntas que podamos hacer. Un gesto de Lucas me indica que deberíamos irnos.

Nos despedimos de todos en el patio. En mi caso, con la promesa de hacerles otra visita. Jaime me dice que lo llame para lo que necesite. Me reconforta oír eso. No nos ha sido de mucha ayuda, pero me alegro de verlo a pesar de que me haya transportado a la infancia. Últimamente, siento que estoy viviendo más en el pasado que en el presente.

Desde el patio, puedo ver el Škoda de Lucas a través de las rejas de la verja. Ha aparcado demasiado cerca. Me hubiera gustado caminar un poco. Los canelones estaban tan buenos que he comido varias raciones.

Entro en el coche, me siento y estiro las piernas todo lo que puedo.

—¿Y ahora qué? —le pregunto a Lucas.

—Ahora le daré el Nokia de tu hermano a un colega del departamento informático, y extraerá toda la información que contenga el móvil. Por otro lado, seguiré buscando quién es Beluno y revisaré de nuevo el expediente del caso de tu hermano.

Vuelve a estar distante. Ha puesto la intermitente para incorporarse a la calzada y me ha contestado evitando mirarme.

—¿Y el profesor? —insisto.

El semáforo se pone en rojo y nos quedamos parados. Una oportunidad en la que podría mirarme mientras me habla, pero no lo hace.

—¿Qué pasa con el profesor? Jaime ha dejado claro que no es un sospechoso.

—Igualmente, deberíamos interrogarlo.

—¿Interrogarlo? ¡No está acusado de nada! Querrás decir..., pedirle amablemente, por favor, si podemos hacerle unas preguntas.

—Me da igual cómo lo digas, pero tenemos que ir a verlo —le contesto, un poco molesta.

Me dice que sí, asintiendo con la cabeza, impersonal.

Tengo que ponerle fin al aplazamiento. Apenas queda tiempo, estamos llegando a mi casa.

—¿Qué te pasa, Lucas?

Permanece callado durante los pocos metros que quedan hasta llegar a nuestro vado. Aparca, apaga el motor del coche y pone las cuatro intermitentes. Las luces de emergencia, como una señal.

—Mira, Li. Lo que pasa es que... Ayer yo... Yo... Li, no me hizo bien volver a verte. Se me removieron muchas cosas, muchos sentimientos y... ¡No quiero pasar por lo mismo! ¡Quiero que las cosas estén claras entre nosotros!

—Sí, claro. Entiendo —le digo.

Por supuesto que lo entiendo. A mí me ha pasado lo mismo, aunque no se lo diga. Creo que decírselo podría empeorar las cosas y que Lucas decidiera alejarse de mí para protegerse.

Me mira a la cara por primera vez, desde que he subido al coche este mediodía.

—Me alegro de que lo hayamos aclarado. Estaré fuera de la ciudad unos días. Si tengo alguna novedad, te llamo.

No debo preguntarle ni a dónde va ni con quién, aunque me muera de ganas.

Nos despedimos y Lucas vuelve a ser el de siempre, amable y cariñoso. El abrazo es más largo que el de la despedida de ayer. Este abrazo lo estoy sintiendo.

6

Como prometí, he llegado a tiempo. Media hora antes de lo acordado, cuando sé que Flora empieza a ponerse nerviosa. Subo la escalera arrastrando la pequeña maleta, que golpea en cada peldaño como campanadas de Fin de Año, aunque hoy sea Nochebuena. Me he pasado la tarde durmiendo, y aun así, sigo cansada. Ha sido una noche larga, en vela, sentada en la mesa de la cocina con un vaso de leche caliente. Dibujando, intentando relajar la mente. Me ayudo apoyándome en el pasamanos. La voz de Flora no se oye por el hueco de la escalera. El estar lejos de los suyos un día como el de hoy la tiene triste, acallada por sus emociones.

Tras abrir la puerta, no veo a Nona sentada en su butaca como es lo habitual. Flora tampoco está en la cocina, y decido mirar en la habitación de Nona.

—¿Mejor así, señora Nona?

Flora la está acomodando en la cama. Se da cuenta de mi presencia y me mira con cara de preocupación.

—La señora no se encuentra bien. Lo mejor es que me quede.

—¡De eso nada, Flora! Yo estaré con ella. No tienes de qué preocuparte.

Quiere rebatirme, pero rápidamente me pongo el dedo índice en los labios, indicándole que no diga ni una sola palabra más, que no hay discusión posible. Dudo que se quede satisfecha. Seguro que insistirá.

Nona está en la cama, con la mirada en el techo y los brazos extendidos a lo largo del cuerpo, sobre la colcha.

Me acerco para darle un beso en la frente.

—Abuela, ¿cómo estás?

Su piel está fundida en los huesos y es tan fina que parece transparente. Los ojos son cristalinos y el aliento es débil. Se consume. Es el curso natural de la vida, pero... ¡qué difícil es asumirlo!

—Ha comido muy poco. Y llevamos dos días sin dar el paseo, ¿verdad, señora Nona?

Flora le habla y Nona sonríe, pero a saber si es porque reconoce a Flora o la confunde con su madre, con mi bisabuela. Ultimamente, Nona nombra mucho a mi bisabuela. Dice su nombre: mamá, y la llama varias veces como lo haría cuando era niña, con voz infantil y una actitud cándida.

La dejamos descansar. Salimos de la habitación y nos vamos a la cocina.

Flora tiene sobre la mesa una fuente con buñuelos tapada con papel de aluminio, y en la nevera otra fuente con arroz con leche. Levanto el papel con cuidado y cojo un buñuelo. Mientras, Flora me explica que solo tengo que calentar la sopa de pescado y luego sacar el rollo de ternera del horno. No antes de que me lo vaya a comer, para que se mantenga caliente.

—Flora, ¿tú crees que Nona, aunque, seguramente, ni se acuerde de que ha tenido una hija, está así, alicaída, porque mañana es el aniversario de la muerte de mamá?

No sé si me ha entendido, porque tengo la boca llena de buñuelo.

—No lo sé, mi tesoro. Es posible, pero su abuela tiene ochenta y ocho años. Quizá solo sea eso, que se va poco a poco. ¿Quiere que me quede, mi niña? Yo me quedo de buen gusto, ya lo sabe.

—¡Que no, Flora! ¡Que no! ¡Que no te preocupes! ¡Que no pasará nada, que estoy yo!

Si no supiera que el motivo por el que Flora insiste en quedarse es porque quiere a Nona como si fuera su madre, pensaría que lo hace porque cree que no sé cuidar de mi abuela. Y seguro que no lo haré tan bien como ella, pero lo haré.

Mi teléfono móvil suena en el bolsillo de la chaqueta. Miro la pantalla. Respiro hondo.

—Dime, Lucas.

—Hola, Li. Ya tenemos la contraseña del Nokia, pero... ¿Podrías revisar de nuevo la habitación de Julián en busca de una agenda telefónica o algo similar?

—Ningún problema. Estoy en casa de Nona y me quedaré a dormir.

—Ok. Si la encuentras, me llamas. Dale un beso a Nona, otro a Flora y otro para ti.

—De acuerdo... Igualmente... Se lo daré... Adiós.

Me he puesto nerviosa en la despedida. No sé si Lucas ya había colgado o le he colgado yo.

Flora me mira con los ojos exageradamente abiertos. Estaba esperando que la llamada finalizara para interrogarme. No tengo escapatoria.

—¿Lucas? ¿Que han vuelto?

—Te manda un beso y no. No, Flora, no hemos vuelto. Solo me ayuda con un caso del bufete.

—¡Ya, ya...! «Al que le van a dar, le guardan, y si está frío, se lo calientan».

—¡Qué dices, Flora! Lo mío con Lucas se terminó hace tres años.

—¡Que sí, mi tesoro! ¡Que yo no digo nada!

—¡Pues eso, Flora! ¡No digas nada!

Se lo digo un poco enfadada, pero no con ella, sino conmigo misma. En el fondo hay una parte de mí, a la que le gustaría que eso pasara. Evito hacerlo, pensar en una posibilidad entre Lucas y yo, pero a veces... Estoy muy confusa.

—¡Ya la escuché! Yo no digo nada, nada de nada... ¿Va a dormir en su cuarto o con la señora?

—No lo sé. De momento, la maleta la dejo donde está, en el salón.

Me siento mal por haberle hablado así a Flora.

—Lo siento, Flora.

Se acerca y me achucha.

—Quédese tranquila, mi niña —me dice, emocionada—. Hoy es un día sensible.

Tras unos segundos achuchándome, me suelta y continúa como si nada.

—Y acuérdesse de no sacar el rollo de ternera del horno antes de que se lo vaya a comer, porque se enfriará.

—Sí, Flora.

—Y si su abuela se pone peor, me avisa. ¿Me oyó? ¡Me avisa!

—¡Que sí, Flora!

—¡Lo mejor es que me quede!

—¡Que no, Flora! ¡Vete y diviértete!

Me achucha de nuevo, más fuerte de lo habitual. Hoy tiene las emociones a flor de piel. Las lágrimas se deslizan por su cara cuando la acompaño hasta la puerta. Disimula presumiendo del vestido nuevo que le mantiene las carnes en su sitio, apretujadas.

—¡Los voy a dejar a todos con la cara en el suelo!

—¡Estás guapísima, Flora!

—Si su abuela se pone peor, me avisa. ¿Me oyó? ¡Me avisa!

—¡Que sí, Flora! ¡Que sí!

Cierro la puerta. Solo se oye silencio. Apago la lámpara del techo y las luces del árbol de Navidad parpadean con una tenue iluminación.

Hoy será una noche larga, de esas en las que mi mente se aturulla con imágenes y pensamientos masculados. Todas las Nochebuenas lo son. Es el preludio de una fecha fatídica en mi existencia, el día que mi madre se fue de mi vida, el día que decidió suicidarse y dejarme. Dejarnos.

Antes de entrar en la habitación de mi hermano, voy a ver a Nona. Apoyada en la puerta, la observo tumbada en la cama. Sigue igual que estaba, ausente, como si el techo absorbiera toda su atención.

La habitación de Julián está al fondo del pasillo, al lado del cuarto de baño. La puerta tiene un cartel que te prohíbe el paso. Una señal de tráfico, que Julián pintó sobre una plancha fina de latón.

Abro la puerta y regreso a los noventa.

Comienzo la búsqueda. De nuevo reviso cajones, estanterías..., todos los lugares en los que creo que Julián podría haber guardado una agenda telefónica. Busco y busco, y no encuentro nada. Solo recuerdos que se van acumulando. Sigo buscando. Noto que cada vez estoy más nerviosa. Los recuerdos hacen mella y empiezo a sentirme ansiosa. Extasiada, me rindo y paro de buscar, pero la ansiedad sigue conmigo. Intento recuperar la calma. Siento un dolor en el pecho. Necesito aire. No puedo respirar.

Camino por el pasillo, iluminado por la tenue luz de la estrella del árbol de Navidad y por sus luces, como si fuera un Rey Mago que sigue la estela. Avanzando a tientas, apoyándome en las paredes y respirando, tratando de encontrar calma dentro de mí.

¿Cómo sería mi vida si mi madre y Julián no hubieran muerto? ¿Cómo sería mi vida si mi padre no nos hubiera abandonado? ¿Cómo sería mi vida si no hubiera forzado a Lucas a dejarme? ¿Cómo sería mi vida si estuviera con el señor Lombao? ¿Cómo sería mi vida si no tuviera tanto dolor vivido? ¿Cómo sería mi vida si continuó acudiendo a la clínica? Mi madre muerta en la acera y la mano de

Agri agarrando la mía... La maleta de mi padre... La sonrisa de Julián... Lucas y yo riéndonos... El hombre joven en mi puerta... Laura, el doctor, la clínica...

Intento frenar los pensamientos oprimiendo la cabeza con las dos manos y enroscándome sobre mí misma, hasta quedar arrodillada en el parqué. Oigo la voz de mi madre: «Respira, pequeña».

7

Los rayos de luz se cuelan entre los huecos de una persiana mal bajada, apuntándome a los ojos y obligándome a abrirlas. Me siento más cansada que cuando me acosté. Me acurruco bajo las sábanas y me quedo en la cama un rato más. Ha sido una semana difícil. Muchas noches sin dormir, atrapada en pensamientos recurrentes que, como todos los demás, se han convertido en dibujos abstractos en un cuaderno nuevo, al que ya le he pintarrajeado muchas de las hojas. No he estado bien.

No le he contado a Flora, ni a nadie, lo que pasó el día de Nochebuena. No le dije que, tras darme un ataque de ansiedad, que me dejó tirada sobre el parqué, logré calmarme. Solo le conté una parte, lo que pasó después. Que cené, le di de cenar a Nona y dormí abrazada a ella.

Esta noche es la noche de Fin de Año. Flora cuidará de Nona y yo me quedaré en casa. No tengo un plan especial. Quedarme en casa intentando no pensar en nada es mi único plan.

Desde el día de Nochebuena, desde el ataque de ansiedad, he tenido un horario descontrolado. Hoy, por ejemplo, he dormido toda la tarde, y faltan menos de tres horas para que sean las doce. Me da miedo enfrentarme a esta noche en la que se hace balance de cómo te ha ido el año, o, como en mi caso, alargando el periodo de tiempo hasta convertirlo en un balance de toda una vida. El resultado es que nada está donde debería estar. Nada es como debería ser. Todo es caótico. No encuentro la solución, algo que me ayude a salir del estado de confusión y tristeza en el que me encuentro. No estoy bien.

Más que nunca, oigo pisadas sobre el parqué en el techo, ruidos repentinos, bullicio... Los vecinos han invitado a sus familiares a cenar y acaban de llegar.

Miro la hora en el despertador. Son las nueve y media. Veinte minutitos más y me levanto. Doy media vuelta y vuelvo a acurrucarme.

Mi vida parece el juego de la oca y está claro que he vuelto a la casilla de salida. Me siento como cuando era una niña, escondida bajo las sábanas cuando las cosas en casa se volvían un caos. Solo que ahora estoy sola y ya no puedo abrazar a Julián para calmarlo.

En el piso de arriba el bullicio va a más. Debería levantarme, salir ya de la cama, pero el cuerpo me pesa, me cuesta moverme. Lentamente, consigo sacar un pie y, poco a poco, el resto del cuerpo. Me quedo sentada en el borde de la cama, tomando valor, como lo haría un soldado antes de salir al campo de batalla.

Con actitud desanimada, me dirijo al salón. El bullicio que antes era un rumor molesto, ahora se ha convertido en un gran alboroto y... No lo pienso mucho. Me pongo las botas, la gabardina encima del pijama y huyo de mi propia casa. Bajo la escalera a toda velocidad, sin pensar en nada más que en escapar del ruido. Salgo del portal y los sonidos de la ciudad me resultan un sosiego.

—Li, ¿dónde estabas?

Lucas está delante de mi portal. Ya es medianoche. El reloj de la plaza da las doce y se oyen, en varios puntos de la ciudad, las explosiones de los fuegos artificiales centelleando en el cielo.

No puedo decirle dónde he estado, porque no lo sé. No me acuerdo de lo que hice después de bajar la escalera a toda velocidad, abrir la puerta del portal y salir a la calle. Caminé, pero...

—¿Estás bien, Li?

Estoy aturdida.

—No, no sé... Tú... ¿Qué haces aquí?

—Flora me ha llamado para saber si estabas conmigo. No consigue localizarte. Nona está en el hospital.

Manoseo el exterior de los bolsillos de la gabardina y me doy cuenta de que he salido de casa sin el teléfono móvil.

—¡Vamos, yo te llevo! Tengo el coche en el vado —me dice Lucas.

Durante el trayecto hacia el hospital, siento que todo sucede a mi alrededor, y que yo solo soy una mera espectadora. Como si lo que me está pasando le estuviera pasando a otro. Lucas intenta llamar mi atención perdida, hablándome de todo y de nada, frases sueltas que no encuentran respuestas. Apoyo la frente en la ventanilla y cierro los ojos. Bloqueo el único pensamiento que me retiene en el aquí y ahora, en el presente, en la única realidad: Si Nona se muere, me quedaré sola en el mundo.

—Li, ya hemos llegado. Tenemos que bajarnos.

Las puertas automáticas de la entrada al hospital se abren ante nuestra presencia y vamos directos a información. En realidad, yo sigo a Lucas. Es él quien pregunta y a quien le indican que la sala de espera está al fondo del pasillo. Con su brazo rodeándome los hombros, me guía y me dice que esté tranquila.

Nada más verme, tía Elvira, llorando a moco tendido, se levanta de la silla de la sala de espera y se lanza sobre mí como un jugador de rugby sobre el contrario. Lucas me ayuda en la embestida y me sujeta para que no me caiga. Flora también se levanta y espera su turno después de tía Elvira.

—¡Dios mío, Lidia! Nunca creí que llegara este momento. ¡Mi hermana se muere!

—¡Todavía no nos han dicho nada, señora Elvira! ¡No sea agorera! —le replica Flora.

—¿Qué ha pasado, Flora? —le pregunto.

—Mi tesoro, usted ya sabe que desde Nochebuena su abuela no estaba bien. Esta tarde, cuando fui a despertarla de la siesta, no reaccionaba. Pobrecilla, apenas le latía el corazón. Pobre señora. ¡Se nos va! ¡Se nos va!

Como si no recordara lo que acaba de decirle a tía Elvira hace apenas unos segundos, ahora es Flora la agorera, la que no puede contenerse y decir lo que realmente piensa: que Nona se muere.

Lucas se ofrece para traerme algo de beber. Me dice que una tila me vendría bien. Espero sentada a que vuelva, franqueada por Flora y tía Elvira, y, por primera vez, me fijo en las personas que, al igual que nosotros, esperan a que nombren a un familiar o un amigo. La sala no está muy llena. Se nota que es Fin de Año y nadie con un pequeño malestar se va a pasar la noche a urgencias. Y menos a estas horas, en las que todavía están brindando con los suyos por un nuevo año. Así que, me imagino que el motivo por el que están aquí no es algo baladí. Todas las caras muestran desasosiego y cansancio.

Tengo calor y me quito la gabardina sin importarme que debajo solo lleve el pijama, un pijama de corte masculino con pantalón corto. Ni siquiera pienso mucho en ello.

Lucas ha vuelto.

—¡Aquí tienes! Es de máquina —me avisa—, la cafetería del hospital ya está cerrada.

La tila está un poco fría, pero no se lo digo. Se la agradezco y bebo otro sorbo. No sabe a nada.

Una bata blanca cruza la puerta de la sala de espera y todos los que estamos allí nos ponemos en alerta.

—Familiares de Ramona Expósito Salcedo.

Somos nosotros.

8

He podido dormir gracias a la medicación. Las enfermeras me vieron tan nerviosa, que podría decirse que me han obligado. Siempre he sido muy reacia a tomar pastillas. Pienso que si las tienes que tomar es porque no estás bien, como mi madre. Y yo quiero pensar que estoy bien, o por lo menos no tan mal como para tener que medicarme. Las tomaré mientras esté en el hospital, pero después las dejaré.

Estiro la espalda y la oigo crujir. El sillón para acompañantes se vuelve más incómodo según pasan los días. Cuatro días han sido suficientes para saberlo, y eso que ha sido Flora la que se ha quedado a dormir con Nona dos de los cuatro días. No sé qué haría sin ella.

Al ponerme de pie, noto las piernas entumecidas y decido pasear por la habitación. Nona sigue en el mismo estado. Ya no reacciona a ningún estímulo. Duerme en un sueño placentero que se tornaría pesadilla si le quitaran el respirador. Solo queda esperar. La doctora nos comunicó que avisáramos a los demás familiares, sin saber que la familia al completo estaba ante ella: tía Elvira y yo. Me hubiera gustado pertenecer a una de esas familias numerosas en las que se hacen turnos para atender al enfermo. En mi caso, no hay más rotación que la mía con Flora, y gracias.

—¡Buenos días, mi niña! ¿Cómo ha dormido?

Flora entra en la habitación. Tiene tanta vida, que su presencia cambia la energía. Ha traído un manojo de flores, que coloca en un vaso de plástico con agua y deja sobre la mesilla.

—¿Cómo está, mi ángel?

Flora sabe que Nona no le va a contestar, sabe que nunca más le volverá a hablar, pero le pregunta con la esperanza de que aún pueda oírla.

—Lidia, está a punto de llegar su tía.

Tía Elvira viene todos los días a media mañana y se queda hasta la hora de comer. Después regresa a la residencia. No quiere perderse las clases de baile. Flora me anima para que me vaya antes de que llegue. No es fácil de aguantar. Y menos ahora, que se pasa el tiempo lamentándose de que su hermana se muere.

Oímos el ruido de la manilla de la puerta.

Flora y yo nos miramos, temiendo que sea tía Elvira, y con la esperanza de que sea el enfermero.

Ninguno de los dos. La puerta se abre y vemos entrar a Mariló y a Agri.

—¡Hola! ¿Cómo estás?

Es Mariló la primera en abrazarme, un instante, para soltarme y abrazar a Flora.

—¡Hola, Lidia! Lo siento mucho, pequeña.

Agri aparta su melena plateada de la cara de un bandazo y me abraza. Luego me suelta y me toma de las manos. Al hacerlo, siento la misma sensación de consuelo que sentí cuando era niña, frente al cuerpo inerte de mi madre, cuando Agri agarraba mi mano menuda.

—Si necesitas algo, ya sabes dónde estamos.

—Gracias, Agri. Lo sé.

Agri siempre estuvo ahí, incluso después de que se marcharan del barrio tras tocarles la lotería. O eso fue lo que se dijo entre los vecinos, que les había tocado el gordo. Su estatus cambió, se hicieron ricos de la noche a la mañana, pero ellos nunca dijeron nada. Es lo normal, lo que se recomienda: que si te toca la lotería, no lo vayas pregonando. Alguna vez le he preguntado a Mariló si les había tocado, pero ella tampoco lo sabe. O eso me dijo.

—Mi tesoro, si no le importa, bajaré a desayunar antes de que se vaya.

A Flora no le cae bien Agri. Agri la trata con desdén, como si Flora fuera una persona de segunda clase, alguien inferior. Los desdenes no son de palabra: sigue estando mal visto. Aunque, debido a ciertas corrientes ideológicas en auge, cada día sea más aceptado. Agri es racista, homófoba, machista..., y muy ignorante.

—Claro, Flora. ¡Vete tranquila!

Flora sale de la habitación y Agri se sienta en el sillón.

Parece un cartel publicitario, con logos de marcas famosas en la ropa, los zapatos y la bisutería. Es una forma de decirle a los demás que su cuenta corriente es solvente. El dinero no te da la clase. Alguien con clase nunca haría ostentación del dinero que tiene. Pero Agri, en lo que a tener clase se refiere, es una quiero y no puedo.

Mariló está apoyada en la ventana, sumida en el teléfono móvil. Es una adicta aunque no lo acepte. Alguna vez se lo he insinuado, pero me ha dado a entender que puede dejarlo cuando quiera. Apagar el teléfono y no volver a tocarlo, lo que diría cualquier adicto.

Agri habla del viaje de avión desde Mallorca. Se queja porque durante el vuelo ha tenido a un niño dándole patadas en el asiento y a un hombre en el asiento de al lado que olía mal. No lo dice así, directa y breve. Le da muchos rodeos para ser políticamente correcta.

—¡Que los niños son niños, al fin y al cabo! ¡Y hay personas que tienen un olor corporal fuerte y no tienen la culpa, pobres! El problema fue que no había asientos de primera clase.

—Sí, claro.

Apoyada en la cama, peino el cabello de Nona con mis dedos y le digo que sí a todo. Y no solo porque tenga el cuerpo molido del sillón y pocas ganas de hablar, también porque sería inútil intentar que Agri me prestara atención. Solo le gusta hablar de ella misma, al igual que a su hija. A pesar de todo, de cómo es Agri, de que le falte clase y de que sea una prepotente e ignorante, la quiero. Se ha portado conmigo y con Julián como una tía, como una segunda madre.

Mientras Agri habla, yo pienso en si decirles lo de Julián: que cabe la posibilidad de que su muerte no fuera un suicidio, sino un asesinato. No había pensado en ello desde que ingresaron a mi abuela, pero, al ver a Mariló, ha regresado a mi mente al instante.

No he vuelto a hablar con Lucas del tema de Julián. Regresó al hospital para ver cómo estaba Nona, al día siguiente de ser ingresada, el día de Año Nuevo, y me dijo que estaría fuera de la ciudad y que hasta el Día de Reyes no regresaría, es decir, mañana. Seguro que se ha ido con alguna mujer, que tiene novia. Me dio la impresión de que evitó decirme a dónde se iba y con quién. Obviamente, no le pregunté. Actué como si no me importara.

Agri sigue hablando. Ahora me cuenta que está organizando una fiesta benéfica por el medio ambiente. Mariló sigue enganchada al móvil.

He decidido que no voy a contarles lo de Julián. No voy a decirles nada. ¡A saber cómo reaccionarían! ¡Quizá tomándome por loca!

«Lidia, ¿no te parece raro que, casi veinte años después de la muerte de Julián, un hombre joven, que no conoces de nada, así, de repente, llame a tu puerta y te diga que a Julián lo mataron? ¿No te parece raro?».

Eso es lo primero que me dirían, o lo que pensarían aunque no llegaran a decírmelo. Y lo entiendo, pero vi lo que vi y escuché lo que escuché, aunque cada día que pasa dude un poco más.

—¿A qué hora le traen el desayuno?

—¿Cómo?

Hace un buen rato que, ensimismada en mis pensamientos y en el movimiento repetitivo de mis dedos peinando el cabello de Nona, he dejado de escuchar a Agri.

—¿Que a qué hora le traen el desayuno a Nona? Es un poco tarde, ¿no?

—Nona ya no ingiere alimentos. Le han puesto suero —le digo.

A Agri se le queda la crítica, el ataque a la sanidad pública, en la punta de la lengua. No solo por mi respuesta, sino porque Flora entra en la habitación.

Agri se levanta del sillón como si le quemara.

—Tenemos que irnos, Lidia. Paco nos está esperando en la puerta. Cualquier cosa que necesites, nos dices. ¿De acuerdo?

Paco es el chófer de Agri desde que, supuestamente, les tocó la lotería. Trabajaba como paleta con el padre de Mariló, cuando Ricardo todavía era un simple albañil y no un empresario de prestigio. Lo ascendieron a chófer y «chico para todo». Es el perro fiel de Agri. «De la señora», como él la llama.

—Ya lo sé, Agri. Gracias.

Mariló se acerca y me abraza con fuerza. Una despedida sincera y calurosa, como las de siempre. Luego abraza a Flora, lo que provoca en Agri una mueca de desaprobación.

Las vemos salir de la habitación y cerrar la puerta.

Miro el reloj. Se me ha hecho tarde.

—Yo también me voy, Flora. Estaré aquí sobre las siete.

Le doy un beso en la frente a Nona y le acaricio la mejilla a modo de despedida.

Flora me da su achuchón.

—¡Váyase tranquila, mi niña! ¡Coma y descanse un poco!

Llevo un rato en casa. Con el móvil en la mano, me levanto de la butaca y me acerco a la ventana. Desde que Nona ingresó en el hospital, no he vuelto al bufete. Sonsoles está llevando mis casos, o eso me ha dicho Gené con voz de resignación. Durante la llamada telefónica no ha habido reproches. Gené está siendo comprensiva con mi situación. Conoce a Nona desde que estudiábamos en la facultad y le tiene cariño. ¡O eso creo! El control que tiene de sus emociones no me lo deja claro.

Tengo ganas de llamar a Lucas, de oír su voz, pero me engaño diciéndome que el motivo por el que quiero llamarlo es para saber cómo va la investigación de Julián, que ver a Agri y Mariló esta mañana en el hospital me lo ha recordado y por eso quiero llamarlo. Observo el teléfono móvil, niego con la cabeza y lo guardo en el bolsillo de la bata. No debo llamarlo. Mejor lo hago mañana, que vuelve de su viaje a no sé dónde ni con quién.

Me alejo de la ventana y me dirijo a la habitación con la mano sujetando el móvil dentro del bolsillo de la bata, prisionero. Me he puesto el pijama cuando he llegado a casa, con la intención de meterme en la cama y descansar antes de otra noche dando vueltas en el incómodo sillón del hospital, pero he invertido el tiempo en prepararme algo de comer y en hacer algunas llamadas, como la de Gené.

No me meto en la cama. Me acuesto sobre el edredón y me tapo con una manta. Ya son las cuatro de la tarde. Me quedan tres horas para volver al hospital. No tardaré en quedarme dormida.

Al principio, el zumbido es débil, lejano, pero cada vez lo escucho más alto, mezclándose con mi sueño, distorsionándolo. El zumbido viene de cerca, en concreto de la mesilla de noche. Estiro el brazo al límite y apago el despertador. Debo ser de esas pocas personas que siguen utilizando un despertador al uso y no la alarma del móvil.

Es hora de ir al hospital. Me visto, me calzo, me lavo la cara, me peino y salgo de casa.

Debido a la cabalgata de los Reyes Magos de mañana, han cortado varias calles. El taxista ha dado un buen rodeo y llego tarde. Flora estará deseando que entre por la puerta para irse a descansar. Subo por la escalera porque en los ascensores hay cola. Pacientes, familiares, médicas, enfermeros..., todos esperando turno para montarse en el elevador.

Entro en la habitación con la respiración agitada.

—¡No le voy a decir que llega tarde..., porque usted ya lo sabe!

Es lo primero que Flora me dice nada más entrar en la habitación, aunque sé que no está enfadada. Si lo estuviera, no me diría nada. Agarraría sus cosas y se iría sin decir ni mu, ni una palabra. Cuando está enfadada, me ignora, y al día siguiente está normal, como si no hubiera pasado nada.

—Perdona, Flora. Han cortado varias calles para la cabalgata de mañana y el taxista tuvo que dar un rodeo. ¿Cómo está Nona?

—Igual, mi niña. ¡Tal como la ve, así ha estado todo el día!

—¿Ha venido tía Elvira?

—¡Claro que ha venido! Llegó minutos después de que usted se fuera. ¡Se libró por poco! ¡Y vaya mañanita me dio! No hace falta que le cuente, que usted ya la conoce.

Me imagino a tía Elvira dándole órdenes a todo el mundo: a Flora, a los enfermeros, celadoras..., como se diría coloquialmente, siendo una mosca cojonera.

—Gracias, Flora. ¡Vete ya, que estarás cansada!

—Me voy, pero mañana por la mañana, bien tempranito, estoy aquí de vuelta. Y baje a cenar algo a la cafetería. No vaya a comer cualquier cosa sacada de la máquina, que la conozco. ¿Me oyó?

—¡Que sí, Flora!

Me da el achuchón y se va.

Tendría que hacerle caso a Flora y bajar a la cafetería para cenar algo caliente, pero es demasiado pronto y, por otro lado, no tengo hambre. Prácticamente me acabo de despertar y no soy de desayunar sólidos: con un café me basta. Saco del bolso el libro que estoy leyendo y me siento en el sillón que va a torturar mi cuerpo toda la noche.

Un enfermero entra en la habitación. Permanezco sumergida en la lectura. Me ha dicho buenas noches y he contestado, pero me mantengo sin levantar la vista del libro hasta que termine la página.

¡Listo!

El enfermero le está cambiando la bolsa de suero a Nona.

—¿Sabes si mañana pasará la doctora?

A pesar de que debe de estar aburrido de escuchar la misma pregunta, el enfermero me contesta amablemente y sin perder la sonrisa. Es más joven que yo. Recién salido de la Facultad de Enfermería.

—Se pasará a media mañana.

—Gracias. ¿Y sabes a qué hora cierra la cafetería?

Saca y mete el teléfono móvil de uno de los bolsillos del uniforme.

—Van a ser las diez y a las once cierran. Si quieres algo de la cafetería, deberías bajar ya.

Me levanto del sillón y agarro el bolso.

Salgo de la habitación al mismo tiempo que el enfermero.

—La cafetería está en esa dirección —me indica cuando nuestros caminos se separan.

Por hacerle caso a Flora, por seguir su consejo, ahora me encuentro perdida en un pasillo frío, de paredes alicatadas con azulejos blancos, con plafones averiados que parecen transmitir un mensaje indescifrable en código Morse y sin ningún cartel que me indique dónde estoy. Camino apresurada hacia la puerta semiabierta que veo al final del largo pasillo. Quiero salir de aquí, ¡ya! El miedo me invade del todo y echo a correr. Intento escuchar a la sensatez, a la lógica, que me dicen que nadie ni nada me sigue, pero el miedo las envuelve y las domina.

El encontronazo, el choque, se produce a medio pasillo. Ni yo lo vi salir ni él me vio a mí, y ahora, los dos frotamos con una mano nuestras frentes doloridas. Debe ser verdad eso de que adelantamos la cabeza al resto del cuerpo cuando caminamos, señal de que son nuestros pensamientos los que nos dirigen.

—¿Estás bien?

—Sí, sí... —titubeo, fijándome en la placa que prende del bolsillo superior de su bata y en el letrero de la puerta, laboratorio, por la que acaba de salir.

—¿Qué haces tú aquí? Es zona restringida.

—Lo siento... Yo... Buscaba la cafetería y me he perdido.

—Sígueme, yo voy hacia allí. Soy el doctor Kisho Kimura.

Ahora ya sé cómo se pronuncia.

—Lidia Olano.

El doctor Kimura camina delante de mí. Debe de tener unos cincuenta años, aunque tiene la piel tersa. He supuesto que es de mediana edad por la textura de su voz: profunda y precisa. El acento y los ojos rasgados hacen que su nombre no me sorprenda. En los pies lleva puestas unas *crocs*, que dejan ver por los agujeros unos calcetines coloridos de rayas, lo que puede indicar que se trata de un tío divertido. Salimos del largo pasillo por la puerta semiabierta del fondo, a la que intentaba llegar como alma que lleva el diablo hasta que choqué con él. Ambos seguimos, de vez en cuando, frotando con disimulo nuestras frentes doloridas.

—Es normal que te hayas perdido. La cafetería está mal situada, demasiado lejos de las plantas que ocupan los enfermos habituales.

Me sorprende esa expresión y pregunto:

—¿Habituales?

—Este es el área de psiquiatría, el lado oeste del hospital. Los enfermos cuyo diagnóstico, digamos, es más común, están en el lado este.

Estamos llegando. Empieza a oírse un murmullo de voces distintas, que a cada paso que damos se vuelven más claras.

Nos ponemos en línea con las bandejas. Veo la lasaña de espinacas y no miro nada más. La decisión está tomada. Lo mismo le pasa al doctor Kimura, que coloca en su bandeja un plato de albóndigas en salsa con patatas. En el postre y en la bebida, ambos optamos por arroz con leche y agua. Cubiertos reciclables, un trozo de pan y pagamos la cuenta. Cada uno lo suyo. Aunque he cavilado si invitarlo tras haberlo embestido como lo hice. A mí me sigue doliendo la frente, y me imagino que a él también.

—Podríamos comer juntos, ¿si te parece bien?

Me alegro de que sea él quien lo proponga, porque pienso que yo, tras darle mil vueltas a la misma idea desde que hemos entrado en la cafetería, al final no me hubiera atrevido.

El doctor Kimura va directo a la mesa situada al final de una hilera de mesas vacías, la más aislada, a pesar de que no hay apenas nadie de quien aislarse. La cafetería está a punto de cerrar, como me avisó el enfermero. Están dando el último servicio. Solo hay cuatro sanitarios en una mesa, y en otra, dos hombres, supongo, familiares de un enfermo.

Nos sentamos uno frente al otro.

Antes de meterme el primer bocado de lasaña en la boca, para entrar en conversación, le cuento por qué estoy en el hospital: que mi abuela está ingresada y el estado en el que se encuentra, que está llegando el final.

Me da el pésame anticipado e intenta consolarme diciéndome que Nona ha tenido una vida larga. Pero ¿qué importa la duración si lo que vives es una tragedia tras otra? Eso es lo que me gustaría decirle, pero me muerdo la lengua. Quejarse, decir que la vida no es maravillosa, es del todo políticamente incorrecto, en la artificiosa sociedad de felicidad que hemos creado.

El doctor Kimura se remanga los puños de la bata y de la camiseta que lleva debajo. Veo un tatuaje en su mano izquierda, en el revés de la muñeca. Parece una letra japonesa. No me imagino a un japonés con un tatuaje de una letra china o de cualquier otro idioma asiático. Podría decir que me resultaría antinatural. ¡Qué tontería!

—Es un *kanji*.

—¿Cómo?

Me ha cachado mirando el tatuaje. Me arde la cara, tengo que estar coloradísima.

Estira el brazo y me lo muestra. Es una especie de uve estrecha puesta al revés.

—El tatuaje es un *kanji*. Significa ser humano, persona. Lo hice cuando tenía catorce años. Me recuerda que, a pesar de mis particularidades, soy un ser humano, una persona.

—¿Particularidades?

Se queda en silencio y me pongo nerviosa.

—Perdona, creo que me estoy pasando de curiosa. Es un defecto que tengo... Curiosa, que no cotilla. No es que me importe tu vida... Bueno, ya me entiendes, sí que me importa, pero no tanto...

¡Por Dios, que alguien me calle!

Agacho la cabeza y el flequillo me tapa los ojos. Seguimos comiendo en un silencio que resulta una tortura para mí. Cuanto más silencio, más pienso en el ridículo que acabo de hacer.

—¿A qué te dedicas?

Siento alivio cuando oigo su voz, cuando el silencio entre los dos desaparece.

—Abogada. Socia de un bufete con una compañera de la facultad.

—¡Abogada! ¡Una defensora de la justicia!

—Al principio crees que sí, que vas a cambiar el mundo, pero la realidad te abofetea una y otra vez hasta que te despierta del sueño —me lamento.

—Si sirve de consuelo, pasa en todas las profesiones. Como tú dices, uno cree que va a cambiar el mundo y... ¡algo lo cambia!, pero desde luego que no tanto como pensaba que lo haría. Porque no le dejan.

Asiento con la cabeza, encantada de encontrarme con alguien que piensa como yo.

Doy mi opinión:

—Los seres humanos somos los que creamos el mundo en que vivimos. El presente que vivimos lo creamos entre todos, al igual que el futuro que vendrá. ¡Y la gente va a lo suyo! El individualismo es lo que impera en la sociedad, sin que entendamos que somos una especie que nos necesitamos unos a los otros. Que cada cosa que aportamos, buena o mala, influye.

Nos sonreímos como si fuéramos cómplices de un secreto, de una verdad que la mayoría no ve.

—¿Cuándo supiste que querías ser doctor?

Debe ser importante lo que me va a decir, porque, lentamente, deja los cubiertos a un lado del plato y se apoya en el respaldo de la silla, recto.

—Mi interés por la psiquiatría podría decir que fue obligado. —Respira, como si necesitara todo el aire de los pulmones para seguir hablando—. Acababa de cumplir quince años cuando empezaron a pasarme, digamos, cosas raras. Y, al final, esas cosas raras que me pasaban se acabaron convirtiendo en un diagnóstico. Tenía esquizofrenia. Ahí empezó mi interés por la psiquiatría.

Tengo miedo de que crea que mi silencio se debe a que me siento incómoda después de decirme que es esquizofrénico, cuando en realidad es producto del impacto que ha provocado en mí haberme encontrado, en este momento de mi vida, con alguien como el doctor Kimura.

—¿Y llevas una vida normal?

—Igual de normal que un diabético o un enfermo cardíaco, o alguien que tiene colesterol. Si tomo la medicación y voy a terapia, puedo llevar una vida normal.

—¿Eres feliz?

Se dibuja una sonrisa en su boca, quizá por la pregunta. Demasiado íntima a una persona que se acaba de conocer.

—Disculpa, yo...

—No... No te preocupes. No me ha molestado —se apura en decirme—. Y sí, puedo decir que soy feliz. Lo feliz que puede ser cualquier otra persona que no tenga esquizofrenia.

Saboreo el arroz con leche y no se parece en nada al de Flora. Mi cara debería mostrar desagrado, pero después de escuchar al doctor Kimura, no puedo dejar de sonreír. La esperanza me lo impide. Ahora sé que es posible que, aunque tenga la enfermedad, pueda llevar una vida normal, que pueda ser feliz.

—¡Li!

Creo imaginar la voz de Lucas, hasta que siento una mano en el hombro y me giro.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, sorprendida.

—Vengo directo del aeropuerto. Quería saber cómo estaba Nona. He ido a la habitación, pero, al no verte allí, he pensado que estarías aquí en la cafetería.

—He bajado a cenar y... —Le presento al doctor—. Él es el doctor Kisho Kimura. ¿Lo he dicho bien?

—Sí, sí —me confirma el doctor.

Veó cómo se estrechan la mano por encima de la mesa. El puño del abrigo de Lucas a punto está de mancharse con los restos de lasaña. Cuando separan las manos, el doctor Kimura se pone de pie, se baja las mangas, tapando el tatuaje sin ninguna pretensión, y se coloca el cuello de la bata.

—Tengo que volver al trabajo, Lidia. Ha sido un placer conocerte. Lo mismo digo, Lucas.

Yo le contesto que también ha sido un placer. Lucas sonríe, una simple mueca.

Escucho los pasos del doctor alejándose, mientras pienso que sé dónde trabaja, que me será fácil encontrarlo si eso es lo que quiero.

Lucas se sienta en la silla que ocupaba el doctor Kimura. Tiene la marca de las gafas de sol, como si llevara un antifaz, y la cara colorada. Es evidente que ha estado esquiando.

—¿Cómo está Nona? ¿Qué dicen los médicos?

—Igual. Solo toca esperar —le digo.

Me observa como si estuviera viendo algo distinto en mí.

—Te veo bien, Li.

—Pues tengo el cuerpo destrozado del maldito sillón. Gracias que Flora se ha quedado algunas noches, si no, no podría soportarlo.

—No se nota. Se te ve bien. ¿Ha pasado algo que yo no sepa?

¿Es porque me conoce, porque es policía y no se le escapa una, o porque es tan evidente mi felicidad que cualquiera se daría cuenta? Posiblemente sea la primera opción.

Cuando todo terminó, la noche que nos separamos, Lucas solo necesitaba confirmar sus dudas, sus sospechas no infundadas de que había alguien más, de que yo estaba siendo infiel. Hacía ya tiempo que lo intuía. Esa noche, mientras cenábamos, discutí con él por el último trozo de pan, fuera de mí, fuera de toda lógica. La culpa que sentía por estar engañándolo me tenía irascible. Sin decir nada, con una tranquilidad inquietante, Lucas arrastró la silla y se sentó a mi lado.

—Li, ¿quién es él? —me espetó sin que le hiciera falta precisar. Ambos sabíamos a qué se refería.

Ya no podía seguir fingiendo y tampoco quería.

Bajé la cabeza avergonzada, un gesto que confirmaba lo que en el fondo él ya sabía.

No hubo dramas, ni gritos, ni llantos... Lucas se levantó de la silla, hizo una maleta y se fue. Un par de días después, cuando yo estaba en el bufete, se llevó el resto de sus cosas y dejó sus llaves en el cuenco del recibidor.

Nunca supo la verdad. Nunca le dije que había sido infiel sabiendo que lo acabaría descubriendo y que eso lo forzaría a dejarme. Que lo amaba tanto, que no tuve valor para ser yo quien pusiera el punto final. Él quería tener hijos y yo no. Eso no tenía solución. Y ahora, aquí estoy, frente a él, pensando en cómo decirle que voy a ser madre.

CUARTA PARTE

iMamá!

9

Han pasado dos meses desde la muerte de Nona, y todavía no me he hecho a la idea de que ya no está. Es algo que sé, pero que no siento. Murió plácidamente el seis de enero en la cama del hospital, al amanecer, cuando muchos niños abrían emocionados los regalos que los Reyes Magos les habían dejado.

Parece una broma del destino, de la vida misma, que las personas más importantes de mi vida murieran en días tan señalados. Mi madre, el día de Navidad; Nona, el día de Reyes; y Julián, el 7 de julio, el día del chupinazo de los sanfermines. Es normal que lleguemos a creer que todo lo que nos pasa ya está escrito. Este tipo de coincidencias inusuales lo fomenta. Antes, yo también lo creía. Ahora, creo que solo son eso, inusuales coincidencias. Si el destino ya está escrito, ¿para qué luchar por la vida que me gustaría tener? Sería inútil. Es decir, creer que el destino está escrito te hace débil.

No es una conclusión a la que haya llegado yo sola. Desde que Nona murió, he vuelto a terapia. Mery, mi terapeuta, me acogió de nuevo en la consulta con los brazos abiertos. Hacía varios años que no nos veíamos. Nos conocimos cuando me abandoné a una vida tóxica tras la muerte de mi hermano, gracias a una sentencia judicial que resultó ser mi salvación. Fueron mis años oscuros, por los que temí que doña Sara me preguntara, al decirle que Gené y yo llevábamos solo doce años con el bufete.

No me avergüenzo. No pude hacerlo mejor. La tristeza me lo impedía. No me culpo. Son oscuros, porque el dolor no me dejaba ver con claridad. Quería escapar del dolor, por eso viajé sin rumbo

fijo, sin quedarme mucho tiempo en un mismo sitio. Bebiendo, drogándome, arriesgando mi vida sin importarme, como una kamikaze. No me importaba morir. Cuando todo tú solo eres dolor, lo único que buscas es dejar de sufrir.

De vez en cuando, regresaba a España. En esos fugaces momentos de lucidez, que me decían que lo mejor era volver al lado de Nona. En esos periodos en los que el dolor remitía por un breve espacio de tiempo: una semana, dos..., máximo un mes. Fue en uno de esos regresos cuando, una noche de dolor, descontrolada por el alcohol y las drogas, tuve el accidente.

Tuve suerte o puede que fuera ese destino escrito en el que no creo, pero fui la única herida. El resultado del accidente podría haber tenido varias víctimas mortales, porque conduje en dirección contraria por la autopista durante varios kilómetros. No sé si fueron las luces de un camión, que me deslumbraron, pero di un volantazo y salí de la carretera. No sentirme culpable de la posibilidad de haber sido la causante de la muerte de otro ser humano, del dolor que produciría en sus familiares, fue lo que más me costó superar. Durante el tiempo que pasé ingresada en el hospital, no podía dejar de llorar pensando en ello. Me dieron el alta un mes después, con una pierna y un brazo roto y varios moratones. Hubo un juicio por conducción temeraria, y el juez me puso en una disyuntiva: seis meses de cárcel o acudir a terapia. Así conocí a Mery. Podría decir que esa sentencia me salvó la vida.

Flora sale de la cocina con un trozo de bizcocho en un plato. Yo estoy sentada en la butaca de Nona. Siempre me siento en su butaca desde que ella no está.

—¡Tiene que probar este bizcocho, mi niña! ¡Fíjese qué esponjoso!

Flora sigue viviendo aquí mientras no encuentra otro trabajo como cuidadora. Me gusta que esté. Le dije que no había prisa en que se fuera y me ha hecho caso. Dudo que, a estas alturas, Flora no hubiera encontrado trabajo si ella hubiera querido. Me da miedo que se vaya. Me quedaré aún más huérfana.

—Niña, ¿hoy iremos a dar el paseo? Tenemos que ir al mercado. Necesito papas, para hacer con habichuelas y huevo, como a usted le gustan.

Desde que Nona murió, me paso las mañanas con Flora. Vengo a desayunar y después vamos a dar un paseo. No he vuelto al bufete. Gené me llama todas las semanas, una o dos veces, para preguntarme cómo me encuentro y, sutilmente, indagar cuándo pienso volver al trabajo. Pero... no quiero volver, por lo menos de momento.

—Hoy no puedo dar el paseo, Flora. He quedado con Lucas para dar una vuelta en el coche.

Flora se levanta del sofá y va hacia la cocina. Sigue hablando, elevando la voz para que la escuche bien.

—¡Ya ha ido muchas veces a dar vueltitas! ¿Cuándo se va a atrever a conducir por una carretera normal?

—¡No lo sé, Flora! Es un trauma que no he conseguido superar después de tantos años. Mery dice que lo haga a mi ritmo, sin prisas. Que confíe en mí. Que cuando esté lista, lo sabré. De momento, seguiré pagando taxis.

Flora regresa de la cocina con algo envuelto en papel de aluminio.

—La Mery tiene razón, mi niña. Usted tómese su tiempo. Los traumas no son fáciles de superar. ¡Tome! ¡Démele esto a Lucas!

Antes de levantarme de la butaca, meto en la boca el último pedazo de bizcocho. Un trozo grande que se me hace bola.

—Me voy, Flora. Nos vemos después.

—¡Cállese y trague! ¡Mire cómo está poniendo la alfombra!

—Lo siento, Flora.

—¡Que se calle, le he dicho!

Me empuja hacia la puerta entre bromas, y en el rellano me da su achuchón.

—¡Cuídeseme! ¿Me oyó?

—¡Que sí, Flora!

—¡Y salude a Lucas de mi parte!

—¡Que sí, Flora!

Bajo la escalera sin prisas. Todavía faltan cinco minutos para que sean las once. He quedado con Lucas en la esquina de la calle principal y sé, como es normal en él, que llegará puntual.

Entre nosotros nada ha cambiado en estos dos meses. Todo sigue igual, incluidas mis dudas sobre qué es lo que siento por él. Cuando le dije que iba a ser madre, que estaba acudiendo a una clínica de fertilidad para realizar una inseminación artificial, creí que se levantaría de la silla de la cafetería del hospital y que nunca más lo volvería a ver, pero no fue así, solo me pidió que no habláramos de ello hasta que pudiera asimilar la noticia. Por ahora, sigue asimilándola. No hemos vuelto a hablar de ello. Lucas actúa como si nunca se lo hubiera dicho.

Lucas fue la primera persona en saber mi intención de ser madre. El decírselo a él, a alguien, hizo que se volviera más real. Fue cuando empecé, verdaderamente, a hacerme a la idea de que voy a ser mamá. Que, gracias al tratamiento de fertilidad en la clínica, me quedaré embarazada y tendré un hijo.

Veo venir a Lucas. Acerca el coche al bordillo de la acera para que me suba.

—¡Buenos días! ¿Lista para pilotar? La pista de pruebas está a nuestra disposición durante media hora —me dice, sonriente. Me pregunto cómo consigue estar siempre de tan buen humor teniendo en cuenta su profesión, que deprime solo de pensar en el tipo de cosas que debe vivir cada día.

Me pongo el cinturón.

—¡Buenos días! ¡Estoy lista! —exclamo, mientras me subo el cuello de la chaqueta. Hoy hace frío. El mes de marzo ha comenzado con temperaturas bajas—. ¿Te importa si subo un poco la calefacción? —le pregunto.

Me dice que no, aunque no soporta tener calor. Nuestra discusión más habitual como pareja era sobre cuántas mantas íbamos a poner en la cama. Discusiones banales, que siempre acababan en risas. Fuimos felices.

Lo miro con disimulo.

Sus manos se mantienen en el volante como recomiendan, en la posición del reloj marcando las diez y diez. Tiene las manos bonitas. Flora dice que las manos de un hombre dicen mucho de él, que si tiene las manos cuidadas, eso significa que también te cuidará a ti. No le encuentro sentido.

—¡Se me olvidaba, tengo algo para ti!

Metó la mano en el bolso y Lucas mira de reojo mientras conduce.

Desenvuelvo el papel de aluminio.

—Lo ha hecho Flora. Me ha dado este trozo para ti.

—¡Siempre estará enamorada de mí!

—¡Qué creído te lo tienes!

—Guárdamelo en la guantera para después —me pide.

Hemos llegado a la pista de pruebas. Está ubicada dentro del recinto de la comisaría. Algunos de sus compañeros sonríen al vernos porque piensan que volvemos a estar juntos, o que en cualquier momento lo volveremos a estar.

Nos bajamos del coche y nos cambiamos de asiento.

—¿Lista?

—¡Lista!

Sé que no es lo mismo conducir en una pista de pruebas que por una carretera convencional por la que circulan otros vehículos, pero todavía no me siento preparada. Me ayuda a familiarizarme de nuevo, poco a poco, con la conducción. El accidente en la autopista en mis años oscuros me provocó una fobia tremenda a ponerme al volante de una máquina en la que, si pierdes el control, puedes acabar con la vida de un ser humano.

Cada día me siento más segura. Y no solo en lo que se refiere a la conducción, sino en mi vida en general. Volver a terapia ha sido lo mejor que he podido hacer, y no solo para superar la muerte de Nona. Antes de que Nona muriera, llevaba varios meses que no estaba bien: desde el momento que decidí que iba a ser madre. El miedo a que mi futuro hijo heredara la enfermedad familiar, que fuera esquizofrénico, me tenía deprimida, angustiada y sin encontrar sentido a nada. Conocer a Kisho me ha servido de mucho, pero es Mery la que me está ayudando a confiar en que todo va a salir bien, en reconstruirme de nuevo, en que pueda volver a mantenerme en pie. Si fue capaz de hacerlo una vez, si pudo salvarme tras la muerte de Julián, tras mis años oscuros, sé que, si pongo de mi parte, logrará ayudarme una vez más.

Lucas abre la guantera para disfrutar de su trozo de bizcocho. No puede resistirse más y lo entiendo. El olor a bizcocho recién hecho inunda el interior del coche.

—¿Ya sabes qué vas a hacer con el piso de Nona y la panadería?
—me pregunta, mientras agarra con los dedos un trozo del bizcocho para llevárselo a la boca.

—Aún no lo sé. ¡Y no deberías hablarme mientras conduzco!

—Todo lo contrario. Si puedes conducir y hablar al mismo tiempo, es que estás conduciendo de forma relajada.

Le sonrío por la picardía y humor con el que le ha dado la vuelta y lo ha llevado a su favor. Siempre he pensado que sería un buen abogado.

—Pues..., no sé lo que voy a hacer —le confieso—. Es posible que ponga el piso en alquiler y venda la panadería. Aunque... me cuesta desprenderme de ella. ¿Sabes?, aún puedo recordar el sabor de lo que salía de su horno.

Lucas recoge, una a una, las migas que han caído sobre el asiento. Las aplasta con el dedo índice y después se lleva el dedo a la boca. Una guarrada, pero no le digo nada.

—¡Seguro que lo que salía de ese horno no estaba más bueno que el bizcocho de Flora!

—¿Tú qué harías, Lucas?

Se pone serio. Sincero.

—¡No sé, Li! Creo que te arrepentirías si vendes la panadería. Alquila el local, pero no vendas.

—¿Y a quién se lo alquilo? —exclamo con un aspaviento, separando las manos del volante unos segundos.

Lucas contesta a mi pregunta, mientras estruja el papel de aluminio y lo deja en la esquina del salpicadero.

—Seguro que hay gente que busca un local por el barrio... —Echa un vistazo al reloj de su muñeca y me mira con cara de fastidio—. Ya es la hora. Se acabó el conducir por hoy. ¿Te importa volver a casa en taxi? Tengo mucho papeleo pendiente, y aprovecharía para adelantarlos antes de empezar el turno.

—Sí, claro. Ningún problema —contesto.

Omito decirle la verdad, que prefiero que no me lleve. No voy a casa, he quedado para comer. Podría decir que tengo una cita, y no quiero decirle con quién. Sé que no hago bien ocultárselo. Es darle importancia a algo que de momento no la tiene.

Al salir del coche, Lucas se queda quieto al lado de la puerta. Mira hacia el suelo y no dice nada. Lo noto raro, parece que quiere decirme algo y no se atreve.

—¿Qué, Lucas?

Lucas apoya las manos en el capó que nos separa.

Se mantiene en silencio y mi impaciencia aflora.

—¡Dime! ¿Qué pasa, Lucas?

—Se trata del caso de Julián —me contesta, retirando las manos del capó para meterlas en los bolsillos del pantalón.

Mientras yo me consumía en el dolor por la muerte de Nona y acudía a las sesiones de Mery en busca de ayuda, Lucas seguía con la investigación del posible asesinato de Julián de forma extraoficial. Hace unas semanas, me dijo que habían encontrado en el Nokia las llamadas de los días previos a la muerte de mi hermano. La mayoría

eran de Mariló, de Nona, de Agri, mías..., todas ellas recibidas, y una sola llamada realizada.

—¿Qué pasa, Lucas?

Le está costando hablar, decirme qué es lo que pasa.

—¡Lucas! ¡Vamos! ¿Qué pasa?

—Ya hemos averiguado a quién pertenecía el número de teléfono al que llamó tu hermano el día que murió.

—¿A quién?

—Puede que tengas razón con el profesor. Fue a él a quien llamó. Mi reacción es impulsiva.

—¡Vamos a hablar con él! ¡Ahora!

—Li, hay algo más.

Lucas baja la mirada un par de veces antes de continuar hablando. Creo que lo que me va a decir no es nada bueno.

—El profesor fue denunciado por los padres de un alumno en el primer colegio en el que impartió clases. La denuncia fue por abuso sexual. Fue desestimada.

Siento un pinchazo breve en el corazón. Me llevo la mano al pecho.

—Li, ¿estás bien?

Lucas viene hacia mí. Sus brazos musculosos me rodean en un cálido abrazo.

—No significa nada, Li. Aún no sabemos nada —me anima.

Permanecemos abrazados hasta que las miradas de sus compañeros nos cohiben.

—Mañana por la mañana le haremos una visita. Mientras tanto, no pienses en ello. ¿De acuerdo?

Asiento con la cabeza, compungida.

—¿Estás bien?

Fuerzo una sonrisa.

—Sí, estoy bien. Gracias, Lucas.

—¡Hasta mañana, entonces!

—¡Hasta mañana!

Tomo un taxi a la salida del recinto y me voy a mi cita.

Desconozco cómo, me imagino que preguntando a alguno de sus compañeros del hospital, pero el doctor Kimura supo que Nona había fallecido y vino al funeral. Desde entonces, nos hemos visto unas cuatro veces. Quizá fueron más. Para mí ya no es el doctor Kimura, sino Kisho.

Kisho ha pagado la cuenta y ahora disfrutamos de un licor de *limoncillo* para digerir la comida. Es la segunda vez que comemos en este italiano y ha elegido la misma mesa aislada del resto. No le gustan mucho las personas. En eso nos parecemos. Me lo confesó en nuestra tercera cita. No sé si debería llamarlo cita. Mejor llamarlo quedada, porque todavía no sé si su interés por mí es amoroso o solo soy una de esas pocas personas que le parecen soportables.

Viste un polo azul de manga larga —que ha arremangado para comer, y puedo ver el tatuaje en el reverso de la muñeca—, un pantalón de pinzas beige y, aunque está sentado y no puedo verle los pies bajo la mesa, estoy segura de que lleva puestos unos calcetines de colores. Además de saber que siempre viste calcetines de colores, sé que está divorciado y tiene dos hijos, que sus padres viven en Tokio, que se vino a España de turista y se quedó por amor... Entre otras cosas.

Intento estar atenta a la conversación, escuchar a Kisho, escuchar lo que me está contando: algo de uno de sus vecinos, pianista, que lo despierta los domingos a horas demasiado tempranas. Pero no dejo de darle vueltas a lo que ha descubierto Lucas sobre la llamada del Nokia de Julián. ¿Y si el profesor de arte abusó de Julián? ¿Y si Julián quiso denunciarlo y por eso lo mató? No he hablado del posible asesinato de mi hermano con Kisho, porque no lo conozco lo suficiente como para vaticinar su reacción. En este momento me gustaría que lo supiera todo, para poner en

palabras lo que pienso, para que me diera su opinión, para que me diera consuelo.

Con Mery, en terapia, sí que he hablado de lo de Julián. A ella sí se lo he contado todo. Es decir, lo del hombre joven. Lo de sus llamadas raras, lo de seguirme y lo de presentarse después en mi puerta y, por supuesto, lo que me dijo: la posibilidad de que a Julián lo hubieran asesinado. También le conté que había llegado a cuestionarme si era real lo que estaba viviendo, y me insistió que no dudara de mí. Era verdad. No estaba loca, no estaba enferma como mi madre y quizá mi hermano. Solo había pasado por unos meses de mucho estrés, después de tomar una decisión que cambiaría por completo mi vida: la de ser madre. Gracias a Mery, sé que el círculo verde de los dibujos representaba a mi hijo, a la ilusión de ser madre, a mi esperanza, y lo demás era mi miedo convertido en tristeza, en ansiedad, en un principio de depresión, en unas rayas finas y gruesas sin una dirección establecida. Ese miedo a que mis genes destrozaran la vida de mi futuro hijo, a que tuviera el mismo destino que mi madre o mi hermano.

—Lidia, ¿me estás escuchando?

Aparto el flequillo de los ojos, para que vea que lo estoy mirando.

—¡Sí, claro!

Vuelvo a prestarle atención a Kisho, que sigue hablando de su molesto vecino el pianista, al que ha llamado la atención sin ningún éxito. Más bien la cosa ha empeorado. El vecino ha pasado de tocar la melódica *Para Elisa* de Beethoven a la atronadora *Asturias (Leyenda)* de Isaac Albéniz.

Nos reímos a carcajadas. Uno de los camareros nos mira, indicándonos que bajemos la voz.

—¡No te va a quedar más remedio que ponerte tapones en los oídos! —exclamo, mientras me tapo la boca con una mano para rebajar el sonido de mi risa.

Kisho levanta la copa para que brindemos por su mala suerte.

Me divierte estar con Kisho. Es un hombre serio, con un humor inteligente y fino, con el que me siento muy cómoda.

—Lidia, me gustaría proponerte una cosa.

No espero nada, y lo espero todo. Desde que me proponga una tontería, a que me proponga que nos fuguemos. No una fuga, literalmente, pero, al menos, una señal de que mi interés por él es recíproco. Es un interés incipiente, pero, al fin y al cabo, es un interés que hacía tiempo que no sentía. Excepto con Lucas y el señor Lombao. Son tres intereses distintos. Lucas es mi gran amor y un posible compañero de vida. Kisho es aire fresco, mi rareza interesante. Y el señor Lombao es la pasión, un fuego dentro de mí que me cuesta sofocar. Me acuerdo de él más de lo que me gustaría y más de lo que, si alguien me preguntara, reconocería.

—En Semana Santa tengo unos días libres, y voy a disfrutarlos acudiendo a una convención sobre salud mental. Como desde que nos conocimos te vi muy interesada en el tema, por lo de tu madre y tu hermano, pensé que te gustaría acompañarme.

Como siempre, me deja templada. Ni frío ni calor, ni una cosa ni la otra. Dudando. ¿Es una invitación amorosa disimulada con una convención médica, o una invitación a una convención médica sin ninguna intención amorosa?

Igualmente le digo que sí. Quiero darle respuesta a mi pregunta.

—Sí, me gustaría acompañarte —le digo sin aparentar mucho entusiasmo, lo justo.

—Es una convención interesante. Se hablará de la salud mental durante los primeros años de la democracia en España.

—Parece muy interesante, sí.

Seguro que lo es, pero mi interés en la salud mental está más enfocado al futuro. Le he contado lo de mi madre y Julián, sus esquizofrenias, pero nada sobre que estoy acudiendo a la clínica de fertilidad y que voy a ser madre. Tampoco que, gracias a él, mi idea de un esquizofrénico ha cambiado y el miedo ha disminuido. Porque he visto en él que se puede tener una enfermedad mental y llevar una vida normal. Y, lo más importante, que se puede ser feliz. Pienso que no se lo he dicho, por la misma razón por la que tampoco le he hablado sobre la posibilidad de que, en realidad, a Julián lo asesinaran: porque aún no lo conozco bien y no sé cómo reaccionaría.

Lo llaman por teléfono y aprovecho para ir al aseo. Camino en línea recta entre mesas vestidas con manteles de cuadros rojos y blancos, decoradas con tarros de cristal con distintos tipos de pasta seca en el interior y ocupadas por comensales satisfechos. El aseo está cerca de la barra, en la que al llegar me apoyo y espero. Delante de mí hay tres mujeres que están aquí por la misma razón que yo.

Desde donde estoy, puedo ver a Kisho sentado a la mesa, hablando por el móvil. No suele gesticular al hablar —yo lo achaco a que es japonés, aunque es posible que sea su forma de ser—, pero ahora su cara y su cuerpo no dejan de moverse.

Veo cómo Kisho levanta una mano y la deja caer con fuerza sobre la mesa, asustando a los comensales más cercanos. Tiene la cara constreñida, lo que hace que se le marquen las líneas de expresión. Su cara ha cambiado.

Es la primera vez que lo veo reaccionar de esta manera. Siempre está tranquilo, incluso diría que demasiado tranquilo. Debido, según mi opinión, a su cultura asiática. Nunca lo había visto exaltado. Ignoro con quién habla ni lo que le estará diciendo, pero está claro que lo ha alterado.

—Ya puedes pasar.

Una voz de mujer dirigiéndose a mí me distrae.

—Gracias —respondo.

Antes de entrar en el aseo, echo un último vistazo hacia la mesa. Kisho ya no habla por el móvil. Tiene los codos apoyados y las manos le tapan la cara.

No tardo en salir, lo que tardo en hacer un pis y un lavado de manos rápido. Cuando regreso a la mesa, su cara es la de siempre. No le digo que lo he visto. No le pregunto con quién hablaba ni qué le ha dicho que lo ha alterado tanto. No sé si cuatro citas o quedadas son suficientes para osarme a entrar en un tema tan personal.

—¿Nos vamos? Tengo turno en el hospital —me dice.

—Sí, por supuesto.

Me pongo la chaqueta, agarro el bolso y lo sigo hacia la salida del restaurante. Ya en la calle, nos despedimos como lo harían dos amigos, sin ninguna señal por su parte de que exista entre nosotros algo más que una amistad.

—Te llamo y te doy los datos de la convención. Sería el fin de semana del veinticuatro. Nos iríamos el viernes por la mañana, para llegar allí a la hora de comer. ¿Te parece bien?

—Sí, sí. Me parece estupendo.

—Adiós entonces.

—Adiós.

Dos besos en la mejilla, y lo veo irse mientras yo espero un taxi.

Tras una quedada con Kisho, suelo recrearme en lo que ha pasado. Analizo lo que hemos hablado, los gestos, las miradas... intentando averiguar cuál es su interés por mí. Y, tras lo ocurrido, estaría dándole vueltas a la llamada telefónica, preguntándome con quién hablaba y por qué se alteró tanto. Pero hoy mis pensamientos están en lo que descubrió Lucas sobre el profesor de Julián. No puedo evitar pensar que, si realmente Julián se suicidó por un brote de esquizofrenia, ¿por qué su última llamada sería al profesor? ¿Formaba parte de su paranoia? Y si no se suicidó, ¿por qué lo llamó? ¿Para decirle que iba a denunciarlo por abusar de él y por eso lo mató? ¿O el profesor no tiene nada que ver con su muerte, solo eran amigos, y Julián lo llamó para pedirle ayuda?

Dejo de pensar en ello al subir el último escalón y llegar al principal. Ya estoy en casa de Nona. Me gusta venir. Después me iré a dormir a casa.

—¡Hola, Flora!

Los brazos de Flora se abren para achucharme.

—¡Hola, mi niña! ¿Cómo le fue? ¿Cuándo se va a comprar un coche y llevarme de paseo? ¿Le dio a Lucas el bizcochito? ¿Quiere que le prepare un cafecito?

Acabo de entrar por la puerta, y Flora me acribilla a preguntas, sin que me dé tiempo a contestar entre una y otra.

—Dame un segundo, Flora. Y sí, te agradezco si me haces un café.

Me siento en la butaca de Nona. Estoy cansada aunque he dormido toda la noche de un tirón. Desde que acudo a terapia, duermo mucho mejor. Mery me dio unas pautas. Ya en la cama, estirada boca arriba, respiro varias veces de forma profunda, intentando concentrar mi atención en la respiración, para que la mente se vacíe de esos pensamientos que no me dejarían dormir. Me sirve de mucho.

Flora se va a la cocina a prepararme el café. Sigue hablando, más bien gritando.

—¡Tiene que probar las solteritas que acabo de hacer! ¡Me han salido como nunca!

Me resulta curioso el nombre y pregunto:

—¿Solteritas?

—¡Sí! ¡Y no se crea que las he hecho con indirecta! ¡Es usted la que tiene que decidir qué es lo que pasa con Lucas! ¡Es un buen muchacho, eso lo sabe todo el mundo! ¡Un muchacho que merece mucho la pena y siempre la ha tratado a las mil maravillas! ¡Y un maravilloso padre para su bebé!

Cuando le conté a Flora que estaba acudiendo a una clínica de fertilidad, que iba a ser mamá, el achuchón que me dio fue de récord. Sin poder evitarlo, se puso a llorar pensando en que Nona no podría conocer a su biznieto. Yo lloré con ella pensando lo mismo.

—¡No me vendas más a Lucas, Flora, que no hace falta! —le grito desde el salón.

Flora sale de la cocina con las solteritas en un plato.

—¡No, si yo no digo nada! Yo solo digo que es un buen muchacho, que merece la pena y que sería un padre maravilloso y un marido excelente. Pero yo no digo nada, nada de nada. ¡Pruebe! —Me pone las galletas delante de los ojos. Si estornudo, me doy con la frente en el plato—. ¡Vamos, pruebe una!

Estoy llena, acabo de comer en un restaurante italiano, pero el olor me atrapa. Y también la cara de Flora, esperando impaciente a que pruebe una de sus galletas.

En el primer mordisco, por mi cara, Flora nota que me está gustando.

—Son galletas crujientes y dulces de naranja. Las dejo en la mesita. Coma las que quiera.

Flora deja el plato de solteritas sobre la mesita y se sienta en el sofá con su taza de café en la mano. Yo me inclino para coger la segunda galleta.

—¡Están buenísimas, Flora!

—¡Gracias, mi niña! Están hechas con mucho amor. Eso es lo que les da ese sabor tan rico. Ese es el secreto de la repostería y de cualquier cosa que usted haga en la vida.

La idea aparece en mi cabeza como un resplandor. No es una mala idea. Lo que no sé es cómo no se me había ocurrido antes.

—Flora, ¿crees que podrías hacer cualquier cosa en repostería?

—¡No hay nada que se me resista, mi tesoro!

Sigo pensando en la idea, y no es una mala idea. Seguro que Lucas opinaría lo mismo.

Flora me ve pensativa. Deja la taza de café sobre la mesita.

—¿No estará pensando en presentarme a un concurso de repostería de la televisión? Porque yo a esa vaina no voy. ¡Si todo es un show! Como dirían ustedes los españoles: ¡Está todo *amañao*!

—Que no es eso, Flora.

—Entonces, ¿qué es? ¿Qué pasa, mi niña? ¿Ha pasado algo?

—¡No, no! Tranquila, Flora. Lo que yo quería decirte, o, mejor dicho, preguntarte, es... ¿te gustaría tener tu propia pastelería?

Se levanta del sofá de sopetón.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que quiero decir, Flora, es que tú buscas un trabajo y yo tengo una panadería cerrada que se podría convertir en una pastelería.

Los ojos de Flora brillan. La alegría es contenida. Creo que tiene miedo a despertarse y que todo haya sido un sueño.

—¡Pero no podría reformarlo, niña! ¡Ni comprar los ingredientes ni todo lo que necesito! ¡Ni pagarle un alquiler! Por lo menos al principio, ya sabe que no tengo nada ahorrado, que se lo envió todo a mis hijos.

—¿Y qué te parecería si fuéramos socias a partes iguales? Es decir, yo pongo el dinero que se necesita para ponerla en funcionamiento y, cuando tengamos ganancias, me devuelves, poco a poco, la mitad de lo que se ha invertido.

Flora sigue contenida, en shock. Me levanto de la butaca y, esta vez, soy yo quien la achucha. Flora está inmensamente feliz.

—Y quizás el año que viene, o al siguiente, pueda traer a mis hijos a España.

No me lo dice a mí, se lo dice a sí misma. Y rompe a llorar.

10

Me tomo el café del desayuno apoyada en la encimera de la cocina, recordando la cara de Flora cuando le propuse ser socias de una pastelería. Quería que me quedara a dormir. Estaba tan excitada, que sabía que no iba a poder conciliar el sueño, y me propuso pasarnos la noche haciendo pasteles. Tuve que decirle que no. No solo porque lo de hacer pasteles la relaja a ella, pero no a mí —lo mío es dibujar—, sino también porque había quedado hoy con Lucas para hacerle una visita al profesor.

No puedo decir que no estoy nerviosa, que no he recreado en mi mente, una y mil veces, las distintas situaciones que se podrían dar al tener frente a mí al posible asesino de Julián. Siendo sincera, hasta he barajado la posibilidad de matarlo. Solo es una idea surgida del dolor, que no tengo intención de llevar a cabo. O eso creo.

Dejo la taza en el fregadero y salgo de casa. Al cerrar la puerta del portal y ver a Lucas esperándome, disimulo e intento aparentar tranquilidad. Él me sonríe mientras cruzo la calle.

El vado era para nosotros lo que para Romeo y Julieta su balcón: Lucas me esperaba dentro del coche para fundirnos en un largo beso. Y ahora, solo somos amigos. Quizá si Shakespeare no los hubiera envenenado y dejado vivir, tras diez años de convivencia, Romeo y Julieta también se hubieran separado. Porque puede que el amor no fuera suficiente, o puede que fuera el mismo amor lo que los hubiera separado. En nuestro caso, fue así. Yo sabía que Lucas quería tener hijos y yo, en ese momento, estaba convencida de que no los tendría por el miedo a que heredaran la esquizofrenia. Fue por amor, para que Lucas cumpliera su sueño de ser padre, el motivo por el que lo engañé con otro, para que lo descubriera y me dejara. Si fuera hoy, habría sido sincera con él. Puede que las cosas hubieran acabado de otra manera.

Antes de que yo abra la puerta, Lucas recoge unos papeles esparcidos en mi asiento. Mientras entro y me siento, apoyándolos en el volante, los coloca y los deja sobre el salpicadero.

—¡Buenos días, Li! ¿Quieres llevar tú el coche? —bromea. Sé que lo hace porque me conoce bien e intenta relajarme. Sabe que estoy nerviosa, por mucho que me haya esmerado en disimularlo.

—¡Buenos días! ¡Muy gracioso! Ya te dije que no me presiones o dejo las prácticas.

—No, no, no... ¡Por supuesto que no! ¡Nada de presión! ¡Ninguna presión! ¡De eso nada!

—¡Cállate y arranca, anda! —le digo, mientras me pongo el cinturón sin poder evitar una sonrisa.

Es una mañana fría de marzo. Por lo menos para mí, friolera por naturaleza. A través de la ventanilla, veo a los viandantes poco abrigados, con chaqueta fina o manga larga. Al montarme en el coche, Lucas ha puesto la calefacción. Lo ha hecho por mí.

—Por cierto, esa es toda la información del caso de Julián. Nada nuevo —me dice, señalándome el salpicadero.

Mientras Lucas se incorpora a la autovía, ojeo la primera carpeta.

En los informes no pone nada que yo no sepa. Que encontraron a mi hermano unos días después de su muerte. Que su cuerpo fue encontrado en la orilla del río tras haberse precipitado desde un acantilado, parecía ser, voluntariamente, a causa de un brote de esquizofrenia no diagnosticado. Que estaba tan deteriorado que no se hizo reconocimiento por parte de los familiares, que una prueba de ADN confirmó su identidad. Al leer esto, recuerdo la mano de Agri, sujetando la mía, mientras me frotaban un bastoncillo en la cara interior de las mejillas. Cierro la carpeta y la vuelvo a dejar en el salpicadero.

Nos dirigimos a una urbanización de las afueras. Esta mañana, nada más levantarme, llamé al instituto para saber cuál era el mejor momento para hablar con el profesor. Doña Sara me dijo que estaba de baja y, sin preguntarle, en su afán de cuidar a la niña huérfana, me dio su dirección.

Cada día nos parecemos más a los americanos. La urbanización en la que vive el profesor es igual que las de las películas de Hollywood: casitas bajas con un pequeño porche y un garaje adosado, y, delante, un pequeño jardín de hierba perfectamente cortada, con un camino de cemento que comienza en un buzón y termina en la puerta principal.

Me pongo más nerviosa cuando veo el nombre en el buzón, al confirmar que no nos hemos equivocado de casa y que voy a encontrarme cara a cara con el posible asesino de mi hermano. Respiro profundamente, como Mery me ha dicho que haga en el momento en el que note que me estoy poniendo demasiado nerviosa, que la ansiedad asoma y puede dominarme.

Ya en la puerta estoy más tranquila. Si tiemblo, es de frío.

Lucas toca el timbre. Me agarra de la mano preguntándome si estoy preparada y me recuerda que no sabemos si el profesor es culpable de algo.

Insisto en que lo he entendido, cuando una mujer abre la puerta.

—¡Buenos días!

Su aspecto no es español y su acento tampoco: del norte de Europa, diría yo.

—¡Buenos días! Ella es Lidia Olano Cid y yo Lucas Bretón, inspector de policía, aunque no estoy de servicio. Nos gustaría hablar con Bruno Vélez si es posible.

—Sí... sí... Por supuesto... Un momento, por favor.

La mujer se ha sorprendido al escuchar que Lucas es inspector de policía, ha abierto los ojos azul celeste al máximo y ha titubeado al contestar.

Mientras esperamos, Lucas me mira para saber si estoy bien. Estoy temblando, pero sigue siendo de frío.

—¡Díganme! Soy Bruno Vélez.

Es él, un hombre alto, con el pelo canoso y una melena que sobrepasa los hombros, piel pálida, ojos castaños y complexión fuerte, muy fuerte. Lleva puesta una bata de casa de color granate sobre un pijama azul de algodón. El cinturón de la bata, que le cuelga de la cintura, toca el suelo cuando el profesor curva la espalda y apoya su brazo musculoso en el marco de la puerta.

—Buenos días, señor Vélez. Yo soy el inspector de policía Lucas Bretón y ella es Lidia Olano Cid...

—¿Cómo? ¿La hermana de Julián?

Parece contento de conocerme.

—Sí, soy Lidia, la hermana de Julián —respondo, con un tono neutro en la voz.

—¡Pasad, pasad, por favor! —nos dice, abriéndonos paso.

Al cruzar la puerta, entro en calor. La chimenea del salón está encendida y la mujer que nos abrió la puerta está sentada en un sofá beige viendo la televisión. Ella también debe ser friolera a pesar de que parece nacida en los países fríos del norte. Apaga el televisor y se pone de pie. Se gira hacia nosotros sin moverse del sitio.

—Ella es mi mujer, Kate.

Parece una mujer agradable, sonríe con la boca y los ojos. Cuando alguien te sonríe con los ojos, parece que es de verdad.

—¿Hablamos sentados en la mesa de la cocina mientras tomamos un café? —nos propone el profesor.

Kate se sienta de nuevo en el sofá y enciende el televisor. No estará presente en la conversación.

Seguimos al profesor, que camina arrastrando los pies, y las suelas de sus zapatillas chirrían en las baldosas moteadas. Los azulejos y las paredes de la cocina son blancos, los muebles son negros y los electrodomésticos de acero inoxidable. Parece que está recién reformada. La ventana da al jardín trasero, y se pueden ver juguetes tirados por el césped y un columpio.

—¿Tienen hijos?

—Si lo dice por los juguetes esparcidos por el jardín, son de mis nietos. ¡Los años pasan y uno se hace abuelo!

Puede que Lucas esté intentando conectar con él, para que se sienta en confianza y hable. Está haciendo de «poli bueno» o, probablemente, esté preocupado porque un posible pederasta tenga hijos y nietos.

El profesor prepara tres cafés de máquina. Nos los va dando, según se van haciendo. La máquina es de uso individual. Nos dice que Kate no toma café.

Lucas y yo nos sentamos a la mesa, esperando que la última gota caiga en la taza del profesor y se siente con nosotros.

Me impaciento y respiro hondo para calmarme. Le prometí a Lucas que me mantendría callada y que él hablaría.

El profesor se sienta sin dejar de mirarme.

—¡No me lo puedo creer! ¡La hermana de Julián Olano Cid! ¡Increíble que estés aquí! Tu hermano era un alumno brillante, tenía un gran potencial. Nunca me esperé lo que le ocurrió, nunca noté nada raro en él. Era un chico con una infancia dura, pero nunca pensé... ¿Esquizofrenia? ¿Suicidarse? Todo muy extraño.

—Sí, es un poco extraño que nadie de su entorno se lo esperara, por eso estamos aquí. Si es usted tan amable, nos gustaría hacerle unas preguntas.

Aun tras mostrar extrañeza por el suicidio de mi hermano, el profesor se sorprende al escuchar a Lucas decir que quiere hacerle unas preguntas. Se ha quedado más pálido de lo que es.

—Sí, sí, claro...

Titubea, está más sudoroso. ¿Es porque continúa sorprendido, o porque oculta algo y se ha puesto nervioso?

—¿Puede decirnos algo sobre la muerte de Julián, de los días previos a su muerte? Y, ¿qué relación existía entre ustedes? Según tengo entendido, es un profesor muy querido por sus alumnos.

Sonríe orgulloso.

—Mi dedicación a la enseñanza es vocacional. Nuestra función es ver cómo son en realidad, y no lo que esperamos que sean. ¡Y ayudarles! Ayudarles a que en el futuro sean las personas que quieren ser, sacando todo su potencial. Y, por supuesto, enseñarles a escribir, leer, sumar, restar, historia... Pero, sin lo primero, lo segundo no servirá de nada. O, por lo menos, no servirá para que sean felices, que de eso se trata.

—Y a Julián, ¿lo veía cómo era?

Bebe un sorbo de café y nosotros hacemos lo mismo, quizás para matar el tiempo esperando que conteste.

—Julián era uno de mis alumnos en el primer año que fui docente en el instituto. Era un joven rebelde con mucha necesidad de atención. Me di cuenta de que mi asignatura, Historia del Arte, le gustaba más que las demás, así que fue por ahí por donde le entré. A esos jóvenes hay que buscar por dónde entrarles.

Me retuerzo en la silla al escucharlo decir cómo ponía el ojo en niños necesitados de atención y buscaba «por dónde entrarles», al imaginar lo intimidado que se sentiría Julián ante un adulto grande y fuerte como su profesor.

Por debajo de la mesa, Lucas pone su mano en mi muslo para que me tranquilice, y continúa con las preguntas:

—¿Sabe por qué Julián lo llamó el día que murió?

El profesor esconde el cuello entre los hombros, haciéndose pequeño.

—Creo que me llamó para pedirme ayuda..., y yo no respondí a su auxilio. —Su voz se ha vuelto casi un susurro—. Ese día estaba en Tenerife de vacaciones con Kate. Fue el verano en que la conocí. Siempre me he sentido culpable por no haber contestado esa llamada. Esa noche la pasé en una cala, bailando al son de la música, mientras que Julián...

—¡Moría!

No he podido evitarlo, como un estornudo o un bostezo. El profesor no se ha sentido agredido, ni siquiera por el tono con el que se lo he dicho: seco, frío, belicoso. Sigue encogido. En verdad, ¿se siente culpable por no haber atendido la llamada de Julián o es por haberlo matado? Puede que ni siquiera se sienta culpable y esté fingiendo.

Lucas gira la cabeza hacia la puerta abierta de la cocina, para cerciorarse de que Kate no puede oírnos desde el salón. Va a preguntárselo. Es ahora cuando tengo que poner mi atención en cada gesto o movimiento extraño: un parpadeo, un temblor en el labio... Cualquier cosa que lo pueda delatar.

El profesor no nos mira. La melena canosa le cae hacia delante y tiene la mirada perdida sobre la taza de café que agarra con ambas manos.

—Quería preguntarle por un hecho que ocurrió en el primer instituto en el que impartió clases. ¿Sabe a qué hecho me refiero?

Levanta con lentitud la cabeza, o eso es lo que siento. Una inquietud por ver su cara, sus ojos... Lo observo expectante, como si su cabeza fuera una bola de bolos rodando por la pista, con la que espero hacer pleno, con la que deseo descubrir si es culpable.

Estoy desconcertada. Sus ojos vuelven a estar libres de culpa y sonríe.

—Es sobre la denuncia, ¿no?

—¡Así es! —afirma Lucas—. Una denuncia por abusos sexuales a un menor.

Lucas se ha puesto serio. Puede que ahora vaya de «poli malo». Y, si él es el «poli malo», ¿yo qué soy? ¿El «poli bueno»? No sé cómo puedo estar pensando en tonterías como esta. Tiene que ser una especie de mecanismo de defensa.

Aparto el flequillo de delante de los ojos, como si fuera eso lo que me hace pensar en necedades, y me concentro.

El profesor comienza a hablar:

—Os voy a poner en situación. Año 1980. Todavía estaba prohibido el aborto, el divorcio... y seguía vigente una ley llamada Ley de escándalo público, para encarcelar a homosexuales, travestis y transexuales. Llevábamos solo cinco años de democracia, tras casi cuarenta años de dictadura, y... ¡Bueno...! Yo era joven, idealista, comunista, íbamos, que quería cambiar las cosas!, y lo que pasó fue que me topé con el conservadurismo más rancio. La denuncia la pusieron los padres de un chico homosexual, acusándome de haberlo adoctrinado en el vicio, la enfermedad, cuando lo único que hice fue ayudarlo a aceptarse a sí mismo. Ya saben, idocente vocacional! Por supuesto, no tenían ninguna prueba y el chico acabó declarando a mi favor. Se desestimó.

Nos hemos quedado callados, tras lo que, en mi opinión, ha podido ser un teatrillo. La verdad es que lo ha dicho todo de corrido. No sé si eso le da credibilidad o se la quita. Es decir, ¿dice la verdad o lo tiene totalmente estudiado?

—Entiendo. ¿Conoce a alguien llamado Beluno? —le pregunta Lucas.

El profesor lo piensa unos segundos, en los que yo idealizo que va a decir que Beluno es él, que así lo llamaba Julián. Pero al final niega con la cabeza, haciendo que la melena le baile.

—Está bien —continúa Lucas—. ¿Podría decirnos algo que recuerde y que crea que puede ser relevante en la muerte de Julián? ¿Un sospechoso, un hecho extraño...?

—Creo que no. Lo siento. No recuerdo nada que os pueda ayudar.

—Pues creo que ya hemos terminado. No los molestamos más. Muchas gracias por su ayuda —dice Lucas, mientras se levanta de la silla y se lleva la mano al bolsillo interior de la cazadora, del que saca una tarjeta y la pone sobre la mesa—. Le dejo una tarjeta con mi número. Cualquier cosa que recuerde, me llama.

—Por supuesto, contad con ello.

¿Ya está? ¿No hay más preguntas?, pienso, indignada por el breve interrogatorio.

Me pongo de pie. El profesor se levanta y se dirige hacia mí con los brazos abiertos y la intención de abrazarme. Lo obstaculizo ofreciéndole la mano.

—¡Lidia, ha sido un placer conocerte! —me dice.

—Un placer —contesto, con amabilidad fingida y liberando la mano.

Nos despedimos de Kate y el profesor nos acompaña hasta la puerta.

Al llegar al final del camino de cemento, empiezo a sentirme cada vez más indignada. Ha sido una pérdida de tiempo interrogar al profesor, o, mejor dicho, Lucas ha sido demasiado blando con él y por eso no ha confesado.

De regreso a casa, la discusión en el coche es acalorada, sobre todo por mi parte. Lucas intenta explicarse de forma pausada, argumentada, pero no se lo estoy poniendo nada fácil. No atiendo a razones, porque quien tiene la razón soy yo.

No me puedo creer que lo haya creído, que se haya tragado el teatrillo de buen samaritano, del docente vocacional que ayuda a un alumno estigmatizado. Como le he dicho a Lucas, también cabe la posibilidad de que el alumno se hubiera enamorado del profesor, y que por eso declarara a su favor. O que le tuviera miedo, o que le pagara para que lo hiciera... ¡Vete tú a saber! Pero mi versión es para Lucas demasiado enrevesada, demasiado rocambolesca para que sea cierta. Alega que solo hubo una denuncia y que la historia que nos relató es de lo más creíble. Tanto lo de la falsa acusación de unos padres fachas como lo de que Julián podría haberlo llamado para pedirle ayuda.

—Li, en aquella época, en los años 80, era así. Es muy creíble lo que nos ha...

—¡Mentira! ¡El profesor oculta algo!

No pienso hablarle hasta que rectifique.

El silencio es realmente incómodo. Golpeo la alfombrilla con la puntera de los zapatos, intentando que el cabreo que tengo se vaya disipando. Soy de esas personas a las que les cuesta desenfadarse. Es uno de los muchos defectos que tengo. Aunque estoy acostumbrada a ocultar mi enfado. A sonreír por fuera y gritar por dentro. A callarme, en vez de hablar. Pero, poco a poco, gracias a las sesiones con Mery y mi esfuerzo, me estoy desacostumbrando. Así que empiezo a golpear la alfombrilla con más fuerza, a no dejarlo dentro, pero Lucas me ignora.

Estamos llegando a nuestro vado y no va a rectificar. Si cree que el profesor no es sospechoso, no va a decir lo contrario solo para contentarme. Es un hombre de principios. No me va a quedar más remedio que ceder. ¡Qué rabia me da!, pero sé que, si no le hablo yo, él tampoco lo hará. No solo es un hombre de principios, también es un hombre firme en sus decisiones, tozudo como una mula.

—Ya sé qué voy a hacer con la panadería. Ya tengo a quién alquilársela.

Cambio de tema de forma radical, para que no nos enrosquemos de nuevo en una discusión inútil sobre si el profesor es sospechoso, si esconde o no esconde algo. Es lo mejor. Además, ya he soltado la rabia punteando la alfombrilla.

—¡Ah, sí! ¡Tan pronto! —exclama Lucas.

Le cuento mi plan con Flora, que vamos a hacernos socias y abrir una pastelería.

—Me parece una idea estupenda, Li. Es la mejor de las ideas.

Se le ve entusiasmado. Yo también creo que es la mejor de las ideas, como él dice.

—¿Y qué vas a hacer con tu otra socia? ¿Podrás con el bufete y con la pastelería?

—He pensado en ello, y he decidido que lo mejor es que me tome una excedencia en el bufete por un año o dos: un año por el embarazo y otro por la maternidad. O quizá tres...

Cada vez que nombro mi futura maternidad, a Lucas le cambia la cara. No debe de ser fácil para él asimilar que nuestra historia se acabó porque yo no quería ser madre, en realidad, porque tenía miedo de que mi hijo heredara la esquizofrenia, y ahora, que ya no estamos juntos, vaya a ser madre sola. No debe de ser fácil, pero intenta disimular.

—La pastelería tardará en dar beneficios y los gastos de ponerla en activo corren de tu cuenta, ¿crees que es buena idea? —me pregunta.

—Sí, he pensado en ello. Para la pastelería usaré el dinero de la herencia y, si dejo el bufete unos años y necesito dinero, siempre puedo vender mi piso e irme a casa de Nona. Por supuesto, Flora podría seguir viviendo allí.

—Es una buena idea, sí.

No quiero hacerlo disimular más.

—Mejor subo ya. Empiezo a tener hambre. Te llamaré para que nos ayudes a hacer limpieza en la panadería. ¿Mañana por la tarde te va bien?

Como nombrar mi futura maternidad ha turbado el ambiente, omito comentarle que mañana por la mañana tengo visita en la clínica.

—Claro, Li. Llámame cuando quieras.

Me quito el cinturón y me acerco para darle un abrazo.

11

Han pasado tantas cosas desde mi última visita a la clínica, que cruzo la puerta giratoria siendo otra persona. Mery tiene mucho que ver en ello, en que pueda disfrutar de este proceso que me hará ser madre. ¡Voy a ser mamá! Si lo pienso mucho, me emociono con la posibilidad de ponerme a llorar. Estoy muy sensible. No sé si es debido al tratamiento hormonal o porque me siento feliz. Es porque me siento feliz, aunque puede que el tratamiento también me esté afectando. Tengo que reconocer que la discusión de ayer en el coche con Lucas fue un poco excesiva por mi parte.

—¡Buenos días, Li!

—¡Buenos días, Laura! ¿Cómo estás? ¿Ya tienes fecha de boda con tu novio el médico?

Le he hecho una broma y Laura me mira un poco desconcertada. No me extraña. Ni yo misma me reconozco. Es la felicidad. No puedo contenerme.

—¡Uf! No sé si Salva es mucho de casarse y yo, la verdad, que tampoco. Así estamos bien.

Vuelvo a pensar que el nombre del novio de Laura, Salvador, siendo médico, le viene al pelo.

La sigo por el pasillo hasta llegar a la consulta del doctor. Laura llama a la puerta de esa manera tan peculiar, golpeando con los nudillos rítmicamente como una contraseña. El doctor nos espera. Está de pie al lado de la camilla.

—¡Buenos días, Lidia! ¿Cómo te encuentras?

—¡Buenos días, doctor! La verdad es que muy bien.

—¿Te han hecho efecto las pastillas que te receté para el insomnio?

Digo que sí, aunque en realidad no las he tomado. No he querido arriesgarme a sufrir los dolores estomacales que me producían o a cualquier otro efecto secundario. Han sido las sesiones con Mery, la tranquilidad, lo que ha hecho que duerma mejor.

—Hoy pondremos la última inyección y en la siguiente visita procederemos a la inseminación.

Me tumbo sobre la camilla para que Laura me ponga la inyección, mientras sonrío pensando que, en pocos días, podría estar embarazada. Me imagino dentro de unos meses, gorda y hermosa. Estoy tan feliz que ni siquiera me enfada que, con lo que estoy pagando en esta clínica privada, el doctor quiera despacharme rápidamente. O esa es mi impresión. Debe tener un día muy atareado.

Siento el leve pinchazo.

—Ya puedes levantarte, Lidia. Laura te acompañará a la recepción para que te den día y hora para la siguiente visita.

Me coloco la camisa por dentro del pantalón del traje, mientras el doctor se sienta en su mesa y Laura me espera al lado de la puerta.

De camino a la salida de la clínica, después de que me dieran fecha para la siguiente visita, Laura me pide disculpas por la actitud del doctor. Me dice que está pasando por un momento personal difícil: su padre acaba de fallecer. Pienso en el mío, en si mi padre habrá fallecido. Pero reacciono, cambio de pensamiento a uno más

positivo, como Mery me ha aconsejado que haga, y pienso que en la siguiente visita podría quedarme embarazada. Salgo de la clínica pensando en ello y en que hoy se lo contaré todo a Mariló.

Desde que Nona murió, Mariló me ha llamado varias veces para saber cómo estaba, al igual que Agri, y las dos estuvieron en el funeral apoyándome. No sé ni por dónde voy a empezar, si por contarle que voy a ser madre, o por la posibilidad de que mi hermano no se hubiera suicidado y en realidad lo hubieran asesinado.

La puerta semiabierta chirría al abrirla del todo.

—¡Lidia, estoy aquí, en la terraza de la cocina! —me grita Mariló.

Me doy cuenta de que Mariló ha cambiado los cuadros que decoraban el pasillo por otros menos abstractos. Cuando llego a la terraza, la encuentro camuflada en la pequeña selva de plantas.

—¿Qué haces ahí?

—Intentando encontrar una buena luz para hacerme la foto, pero no hay manera. Hoy has venido antes, ¿has terminado pronto con tu cliente?

—Algo así. ¡Qué guapa estás!

No es habitual verla en casa sin su moño nido en la cabeza y ver su preciosa melena rizada que le llega hasta el final de la espalda.

—¡Gracias! —responde, mientras sigue en busca de la luz adecuada.

Esperaré a que se siente para contarle que en realidad vengo de una clínica de fertilidad. Se va a quedar a cuadros, como la chaqueta que lleva. No es para nada su estilo, demasiado seria, pero no le queda mal.

—¿Un café?

Respondo que sí.

Mariló entra en la cocina y yo me siento donde siempre.

La noto rara. Seria, como su chaqueta. Siempre me pone la misma taza de desayuno, una con mensaje: «*Eres mi persona*

favorita del mundo», que sospecho se regaló a ella misma, pero hoy no ha puesto tazas de desayuno, sino dos pocillos que pertenecen a la vajilla buena. Está siendo delicada al colocar los pocillos en la bandeja, cuando normalmente trae las dos tazas, la suya y la mía, cada una en una mano; el azucarero apretado debajo del sobaco y las cucharillas metidas en la boca por el mango. Y casi siempre se le olvida algo y tiene que volver.

La veo venir con la bandeja. Hoy no falta nada. Mariló saca su teléfono tan rápido como una pistolera, para disparar la foto antes de que yo agarre mi pocillo.

—¿Y estos pocillos? ¿Qué celebramos? —pregunto, extrañada. Se me pasa por la cabeza que sabe lo de mi futuro embarazo. Pero ¿cómo? ¿Quién se lo ha dicho? ¿Flora? No es posible, le dije que no dijera nada.

Se oye el timbre del portero automático. Mariló me habla mientras se dirige hacia la puerta, subiendo la voz según se va alejando.

—Es mi madre. Me llamó hace un rato para decirme que estaba por el barrio.

Y ahora lo entiendo todo: la melena, la chaqueta seria, los pocillos... No contaba con Agri, pero mejor así. Se lo contaré a las dos juntas. Lo de mi futuro embarazo y, lo más difícil de contar, el posible asesinato de Julián.

A Agri no le sorprende verme aquí. Deja el bolso de Hermès en una esquina de la mesa y el abrigo de Adolfo Domínguez sobre el respaldo de mimbre de la silla. Parece que viene de la peluquería: su media melena plateada está perfectamente colocada.

—Ya me dijo Mariló que estarías aquí. He traído unas pastitas de la Mounselor, la mejor pastelería de la ciudad. Soy una de sus mejores clientas, por no decir la mejor. En casa siempre les encargo a ellos las tartas y pasteles de cumpleaños. ¿Verdad, Mariló?

Mariló responde al grito de su madre con otro grito desde la cocina, donde le prepara un café.

—¡Sí, mamá! ¡No hace falta que chilles!

—Y siempre es a ellos a quienes les encargo los postres de las cenas benéficas. ¿Verdad, Mariló? —vuelve a gritar Agri.

Mariló sale de la cocina y coloca el pocillo de café sobre la mesa, delante de su madre, y se sienta con nosotras.

—¡Sí, mamá! ¡Qué pesada eres!

Agri desoye lo que le ha dicho su hija y continúa:

—En la última cena benéfica que celebramos en el viejo casino, trajeron una tarta de...

Tras un buen rato en el que la conversación se centra en Agri o Mariló, como de costumbre, decido tomar valor y empezar a hablar.

—Tengo algo que contaros.

Agri deja a medias la anécdota con la alcaldesa y su amiga Piluca Serrano. Creo que Piluca es la única amiga que tiene, a la que alaba y despotrica a partes iguales.

Me miran expectantes. He cortado abruptamente el monólogo de Agri y tienen que pensar que se debe a un buen motivo.

No doy ningún rodeo.

—Lo que os tengo que decir es que... ¡voy a ser madre!

Yo estoy exultante, radiante de felicidad, mientras ellas me miran confusas.

—¿Con Lucas? ¡Lo sabía! ¡Por mucho que me dijeras que no!

Mariló sabe que he vuelto a tener contacto con Lucas, pero en su momento, cuando se lo conté, ante su desconfianza, insistí varias veces que solo éramos amigos. Parece ser que no le quedó claro y sigue en sus trece.

—¡No! ¡Yo sola! ¡Estoy acudiendo a una clínica de fertilidad! —le respondo, un poco airada. ¿Me ha molestado que no vacilara la posibilidad de que lo fuera a tener yo sola, que no me vea capaz, o que pensara que Lucas era el padre? Ha sido raro.

Me dan la enhorabuena. Las caras de confusión han pasado a ser de alegría. No quiero estropear el momento y dejo para después lo que me queda por contarles. Tengo un poco de miedo de la reacción de Mariló, cómo se va a tomar el que a Julián lo pudieran haber asesinado. Le costó superar la muerte de mi hermano, tanto o más que a mí. Tampoco estuvo bien. También tuvo sus años oscuros.

Hablamos de mi futuro embarazo. Más bien, Agri recuerda el suyo y me da algún consejo.

—No te asustes si te da por comer pepinillos, es por la acidez...

Y me habla de cómo a Ricardo le caía la baba con Mariló, cómo tomaba a su hija recién nacida en brazos sin querer soltarla ni un segundo. Creo cada palabra que me dice Agri, porque Ricardo siempre ha tenido locura con Mariló. Hace tiempo que no lo veo. Desde la muerte de mi hermano no le gusta verme. Le recuerdo a Julián y le duele. O eso me dijo Mariló. No pienso que sea una excusa. Ricardo quería mucho a Julián, como al hijo varón que nunca tuvo y siempre quiso.

Agri recuerda que Ricardo quería un varón.

—Pero cuando le pusieron a Mariló en los brazos fue amor a primera vista, un flechazo que duraría toda la vida. ¡O eso es lo que dice! ¡Es un poco moñas!

Agri deja la narración a medias y mira el reloj. Se inquieta.

—¡No llego a la fisio! ¡Paco me está esperando abajo!

Hace el intento de levantarse, pero la agarro por las muñecas y la obligo a sentarse. Puede que le haya hecho un poco de daño, aunque no se ha quejado.

—Tengo algo más que contaros.

No he llevado una línea cronológica de lo ocurrido y eso las ha llevado a momentos de confusión, pero se los he aclarado todos, y creo que no les ha quedado ninguna duda de cómo fueron los hechos y cuál es la situación. Agri se muestra incrédula con la posibilidad de que a Julián lo asesinaran. En cambio, Mariló está convencida de ello.

—¡Es que no se pudo suicidar! ¡Julián no haría una cosa así! ¡Él no estaba enfermo! ¡Él nunca se suicidaría! ¡Él me quería!

Tampoco cree que haya sido el profesor. Mariló conocía la relación entre Julián y su maestro, y no desconfía de él. En cambio, Agri cree que, si es verdad que a mi hermano lo mataron, fue el profesor. Madre e hija están en total desacuerdo.

—Mariló, ¿seguro que no sabes quién es Beluno? —pregunto.

Mariló estruja los ojos y los sesos, y se golpea suavemente en la cabeza con las dos manos.

—Me quiere sonar, pero... no estoy segura. Aunque tengo la sensación de haber oído antes ese nombre, pero no recuerdo dónde ni a quién...

—Yo creo que el pobre Julián se suicidó, hija, al igual que su madre. Y, si es cierto que lo mataron, no creo que ese Beluno tenga algo que ver. ¡Sería ese profesor! ¡Un psicópata que ya tiene una denuncia! Está claro que fue él, si es que a Julián lo asesinó alguien.

Lo que sí está claro es que Agri cree que a mi hermano no lo mató nadie, que se suicidó.

—¡La denuncia fue desestimada, mamá!

—Si el río suena, agua lleva. Ya sabes que...

Sigo aquí, pero ni Agri ni Mariló me tienen en cuenta, enzarzadas en una discusión en la que Mariló se está poniendo cada vez más alterada. No para de vociferar, y llora desconsolada. Agri me mira con cara de súplica.

—Porque no lo dejáis estar, Lidia. Julián está muerto y no va a volver. Nada de lo que hagáis va a cambiar eso.

—¿Y dejar libre a su posible asesino?

—Déjalo estar por un tiempo, hasta que tu bebé nazca. No solo por Mariló, también por ti. Hace muy poco que perdiste a tu abuela, vas a ser madre... ¡Es demasiado!

—No puedo dejarlo.

De repente, la mirada de Agri ya no es de súplica. Se ha vuelto afilada.

—¿Por qué no puedes dejarlo? ¡No ves que a Mariló le afecta el volver a revivir todo esto! —me grita exaltada y su melena se descoloca.

Entiendo a Agri. Mariló no estuvo bien tras la muerte de Julián, y tanto Agri como Ricardo sufrieron mucho al verla así, pero...

Me pongo en pie. Quiero que quede claro lo que les voy a decir.

—Faltan tres meses para que se cumplan veinte años de la muerte de Julián y, si en ese tiempo no encontramos a su posible asesino, su asesinato prescribiré. Así que... ¡no! ¡No voy a parar hasta descubrirlo!

—¡Si eso es lo que quieres!

Agri se levanta y se va sin despedirse. Poco después oímos el portazo.

—Yo también debería irme, Mariló. ¿Estás bien?

—Sí, pero... Lidia, por favor, sigue investigando. No le hagas caso a mi madre. Necesito saber la verdad.

—No te preocupes. Claro que seguiré investigando.

Nos abrazamos intensamente y me voy.

En el trayecto en el taxi, pienso en lo que me acaba de pasar con Agri y Mariló. Más bien con Agri. Se fue molesta, dejándome claro que no quiere que siga investigando lo que le pudo pasar a Julián, que lo deje estar por Mariló. Sé que Mariló es más fuerte de lo que parece. Podrá con ello. Además, Mariló también quiere saber la verdad.

Piso el felpudo de mi puerta, y por fin respiro tranquila. Voy directa a la cocina antes de que se me olvide: hoy he acudido a la clínica, así que lo primero que hago es anotar en el calendario la siguiente visita. Es el lunes, dentro de dos semanas, justo después de regresar de la escapada con Kisho.

Antes de subir a casa, he ido a la tienda de comida preparada que hay al final de la calle: no me apetecía cocinar. Las albóndigas, recién hechas, todavía están calientes. Saco un tenedor del cajón, la botella de agua de la nevera y me siento a comer. Sin plato, en el mismo envase en el que vienen.

No quiero pensar en que termine siendo una escapada romántica con Kisho, hacerme ilusiones, ya que corro el riesgo de que sea decepcionante y que termine siendo un fin de semana soporífero, sentada en una de las butacas de la sala de conferencias. Bebo a morro de la botella, rápido, para bajar el último bocado que se me ha quedado atascado, pensando en mi culo sentado en una butaca durante dos días.

Metó el tenedor sucio dentro del lavavajillas y tiro los envases en la basura antes de irme. Tomaré el postre en casa de Nona. Hemos quedado en que esta tarde empezaremos a hacer limpieza en la panadería, a tirar lo que no nos sirve y ver cómo está la electricidad y, lo más importante, ver si funcionan las pocas máquinas que quedan. Con que funcione la amasadora me doy por satisfecha; ya me he informado y no sería barato comprar una nueva. Le he enviado un mensaje a Lucas y vendrá a echarnos una mano. Creo que ha llegado el momento de hablarle de mi relación indeterminada con Kisho. Eso fue lo que me aconsejó Mery.

Cuando le expliqué mi situación amorosa a Mery, me pidió que le pusiera un título a la situación y le di dos títulos: *Tres hombres y un destino*, y *El bueno, el feo y el malo*. El bueno sería Lucas, el feo sería Kisho —por descarte, porque los tres son guapos—, y el malo, sin ninguna duda, sería Sebastián, el magnético señor Lombao (no puedo pensar en él sin comenzar a sudar, es inevitable). Mery no pudo aguantarse la risa al escuchar los títulos. A pesar de que yo estaba en un momento de la sesión en el que estaba hundida, expresándole lo perdida que me siento respecto al amor, la confusión que tengo. Me dejó sorprendida lo que me dijo después de las risas, ya serias. Puede que tenga razón, puede que me sienta como en el salvaje oeste, en un ambiente hostil en el que solo puede quedar uno. Y, puede que, por eso, aunque no lo entienda, Mery me haya pedido que me haga una pregunta. Que no corre prisa una respuesta, que no me obsesione, sino que piense en ella de vez en cuando, como lo estoy haciendo ahora. La pregunta que tengo que hacerme es simple y es por eso por lo que no entiendo por qué me cuesta tanto responder. La pregunta es: ¿Qué es lo que verdaderamente estoy buscando? Quizás el norte, por lo desorientada que estoy.

Sigo haciéndome la pregunta de camino a la casa de Nona, sin hallar respuesta.

Al entrar en casa de Nona, me encuentro un montón de cajas de cartón apiladas en el salón.

—¡Flora!

—¡Estoy en la cocina, mi tesoro!

La casa huele a almendras tostadas y en la radio de la cocina suena una bachata, a la que Flora le baja el volumen al oírme llegar. Flora ha dedicado toda la mañana a reproducir todo tipo de repostería para nuestra futura pastelería. No sale de la cocina desde que se lo propuse.

Al achucharme, me mancha el traje de harina.

—¡Ay, mi niña, que parece que la haya rebozado! Límpiense con este trapo.

Me sacudo la harina. Flora no deja de mirarme o, más bien, revisarme de arriba abajo.

—¿Por qué no se hace una pregunta, mi tesoro?

Hoy la cosa va de hacerme preguntas.

—¿Por qué me viste esos trajes que tienen tan poca gracia?

Le contestaría que para pasar inadvertida, para no destacar. Pero eso era antes. Me vendría bien hacer un cambio de armario, atreverme a ser. ¿Y quién soy? Pues en eso estoy, descubriéndolo: controlando mis miedos y cicatrizando heridas abiertas, con mi voluntad y con la ayuda imprescindible de Mery. Ahora camino hacia la salida de un túnel y la luz está cada vez más cerca, a cada paso que doy. No está siendo fácil. Mentiría si dijera que lo está siendo. El túnel es largo y angosto, pero es el único camino para salir a la luz.

Me quedo de pie. Las tres sillas están ocupadas por bandejas de cruasanes, palmeras de chocolate, buñuelos, solteritas...

—¡Pruebe! ¡A ver qué le parecen!

Saboreo un buñuelo de crema espolvoreado con azúcar glas.

Suena el timbre. Lucas ya está aquí.

—¡Límpiese el bigote! ¡Yo abro!

Me miro en el reflejo de la puerta de cristal de la pequeña vitrina donde se guardan los vasos y las copas. Tengo un mostacho de azúcar glas. Me paso el trapo por la boca, varias veces, hasta que hago desaparecer el bigote, justo cuando Lucas entra en la cocina. Nos abrazamos ante la mirada pícara de Flora.

—¡Qué buena pinta tiene todo! ¡Puedo probar!

—¡Pues claro, mi niño! ¡Coma lo que quiera! ¡Mire! Pruebe estas galletitas, se llaman solteritas, son ideales para ustedes dos. —La estoy viendo venir—. ¡No crea que les estoy con indirectas! ¡Ustedes pueden hacer lo que quieran! —Y no me engaño—. ¡Yo no digo nada! Solo que siempre han sido una pareja preciosa, ¡y me da tanta pena no verlos juntos!

Lucas sonrío sin saber qué decir, y yo agacho la cabeza y me muevo el flequillo con la mano para esconder los ojos.

Tengo que frenarla.

—Es mejor ir bajando, Flora. ¡Cuanto más rápido empecemos, más rápido terminaremos! —le digo.

—¡Qué prisa le ha entrado! Vayan bajando, que aún les quedan diez minutos a las magdalenas que tengo en el horno. Y agarren la escoba, el cubo, el mocho y las cajas de cartón que están en el salón. Lo que no puedan cargar, déjenmelo a mí, que yo lo bajo. ¡Y no se ponga nerviosa, mi niña! Porque yo no digo nada, solo que hacen muy buena pareja.

Al bajar por la escalera, el silencio entre nosotros es incómodo. Flora me ha dejado un panorama, como para ahora contarle a Lucas lo de Kisho. A pesar del consejo de Mery de poner las cartas sobre la mesa, voy a aplazarlo una vez más.

Antes de entrar en la panadería, dejo en la acera lo que estoy cargando, y observo la fachada de entramado de madera pintada de verde, al igual que el cartel, tan lleno de polvo que apenas puede leerse. Guardo en la memoria esta imagen, con mis matices. El olor a pan recién hecho, el calor del horno, una música animada como el día a día de la panadería: un trasiego de clientes y hornadas que no dejaban un minuto de paz.

Lucas está a mi lado, cargando con varias cajas y el mocho, observando lo mismo que yo.

—Me gustaría que la pastelería llevara el nombre de Nona, no sé qué le parecería a Flora —le digo.

—Seguro que bien. Ella también quería mucho a Nona, ya lo sabes. ¡Entramos!

Digo que sí, emocionada, con la lagrimilla a punto de salir de la cuenca ocular para derramarse sin control por la mejilla. Subimos los dos escalones. La puerta se me resiste, la madera se ha hinchado y no abre. Lucas le da un fuerte empujón y consigue que ceda. Pisamos varios panfletos de propaganda que han dejado por debajo de la puerta, casi todos de compra de locales. Lucas se agacha para recogerlos, mientras yo me quedo de pie, observándolo todo.

El mostrador alto y revestido de madera sigue prácticamente intacto: una limpieza y una mano de pintura, y estará como nuevo. El mármol blanco es de buena calidad; habrá que pulirlo y también quedará bien. La caja registradora no sirve. Está descatalogada, en pesetas. Las estanterías donde se exponía el pan podrían ser reutilizadas...

—¿En qué piensas?

Lucas interrumpe mis cálculos.

—Lucas..., ¿crees que estoy cometiendo un error?

—Si te refieres a la pastelería, creo que no. Flora es muy buena en lo suyo, los pasteles. Y tú en lo tuyo, las leyes y los números. Sé que tendréis éxito.

¡Claro que me refiero a la pastelería!, ¿a qué si no? ¿Es posible que Lucas piense que me refiero a mi decisión de ser madre soltera? ¿Es posible que los comentarios de Flora lo hayan llevado a creer que me estoy arrepintiendo? ¿O puede que sea a mí a quien le han removido los comentarios y comience a soñar con una vida con Lucas, con una familia creada con él? Me hago la pregunta: ¿Qué es lo que estoy buscando? Pero ignoro la respuesta.

—Li, ¿estás bien?

—¡Sí, sí...! ¡Vamos a la parte de atrás!

La mesa larga de madera, que ocupa el centro del obrador, tiene dos dedos de polvo y telarañas en las patas. En el fondo del obrador se encuentra la amasadora y el antiguo armario de fermentación de madera, que probablemente no pueda arreglarse, pero servirá como mueble decorativo. El obrador tiene forma de «T». El fondo se ensancha a ambos lados, creando dos habitáculos laterales. En uno de ellos está el horno de leña incrustado en la pared, y en el otro, el escritorio, el televisor colgado de una esquina del techo y los dos taburetes. Al ver los taburetes en los que Julián y yo nos sentábamos para merendar mientras veíamos la televisión, no consigo contenerme más y rompo a llorar. No he podido retener la emoción, debido, seguramente, al tratamiento hormonal. El doctor ya me avisó de que podía sufrir calambres abdominales, como los de

esta mañana, y cambios de humor como irritabilidad y sensibilidad, mucha sensibilidad. Entre otros efectos secundarios.

Lloro sin poder parar.

—¿Estás bien?

Lucas viene hacia mí. Siento su calor corporal cada vez más cerca. Sus brazos me rodean. Levanto la barbilla y me encuentro con su boca, con sus ojos mirándome como lo hacían antes. Mi cuello se alarga, el de Lucas se encoge, y el contacto entre nuestros labios está a punto de producirse.

—¡Perdonen el retraso, pero creí que su tía Elvira no iba a colgar nunca!

Al oír la voz de Flora, nos separamos como dos imanes del mismo polo.

Flora entra en el obrador imitando la voz de tía Elvira: suave, falsa.

—Ha llamado para decir que este fin de semana, al igual que el anterior, y el anterior, y el anterior..., no va a poder pasar a vernos, porque se va a Benidorm con Jacinto, su nuevo novio. —Cambia a su voz normal—. ¿Qué les pasó? ¡Están raros!

Sonríó intentando que no parezca lo que es, una sonrisa forzada. Lucas hace lo mismo.

—Estamos un poco abrumados por todo lo que hay que limpiar —le digo.

—Pues como usted dijo, mi niña. ¡Cuanto más rápido empecemos, más rápido terminaremos!

Nos ponemos a limpiar. Miro furtivamente a Lucas un par de veces y lo veo sonreír. Yo también sonrío.

Aunque levanto con cuidado la persiana del escritorio, chirría como una tiza sobre una pizarra: estridente, dando dentera. Pongo dos de las cajas de cartón que hemos traído sobre él, y guardo en ellas lo que voy encontrando. Lo que aún funciona, lo que aún sirve, en una; y lo demás, lo inservible e *irrescatable*, en otra. Una grapadora que aún funciona, bolígrafos sin tinta, libros de cuentas con la letra de mi madre...

—¿Qué le parece si limpiamos la máquina? —me pregunta Flora.

Flora y Lucas ya han recogido del suelo los trozos de cartón, los sacos de harina vacíos... En resumen, basura. Y ahora franquean la amasadora, protegida del polvo por una sábana blanca. Parecen dos miembros de los *Cazafantasmas*. Sonrío al verlos.

—Sí, sí... Necesitamos saber si funciona, porque, si no funciona, tendremos que desembolsar mucho dinero para comprar otra. ¡Crucemos los dedos! —les digo y sigo a lo mío.

Tengo uno de los libros de cuentas de mi madre entre las manos. Lo acerco al pecho como si eso pudiera acercarme a ella, y sí, de alguna manera lo hace, a mis recuerdos con ella. No quiero soltarlo, pero debo hacerlo. Tengo que seguir limpiando. Seguir con mi vida. Lo dejo sobre el escritorio, y comienzo a pasar las páginas poniendo atención a la sensación de las yemas de los dedos tocando el papel, a la escritura con las letras *semitumbadas*... Me paro en una de las páginas del mes de marzo de 1991, el año en que mi madre murió. Es la lista de los deudores: 32 pesetas-María Barrera, 53 pesetas-Bar Pepe, 83 pesetas-Sastre (hijo), 148 pesetas-Belluno...

¡Belluno! Me siento aturdida y llevo las manos a la frente. Me mareo.

—¿Estás bien, mi niña?

Estoy tirada sobre el suelo. A mi lado, de rodillas, está Flora.

Lucas me sujeta la cabeza con una mano y con la otra la espalda. Me ayuda a incorporarme poco a poco.

—¡Despacio! —me dice.

—¿Qué le ha pasado, mi tesoro?

Cuando recupero las fuerzas, me agacho y recojo el libro de cuentas que se ha caído conmigo. Vuelvo a abrirlo por la página del mes de marzo de 1991, la de los deudores, y confirmo que he leído bien.

Se lo muestro a Lucas.

—¡No era Beluno, sino Belluno! Lucas..., ¿qué tiene que ver Belluno con mi madre? ¿Qué tiene que ver mi madre con la muerte de Julián?

QUINTA PARTE

El Mengele español

12

Estos cuatro días han sido confusos. Me ha costado asimilar que la muerte de mi hermano pueda estar relacionada con nuestra madre. Entre la muerte de mi madre y la de mi hermano pasaron doce años. No hay nada que explique la relación que puede haber entre ellas. Es lo que le estoy diciendo a Gené, que sigue atónita desde el principio de mi discurso. Sentadas en el sofá de su despacho, no deja de darle vueltas su anillo de casada.

Se lo he contado todo. No solo lo del posible asesinato de Julián, sino también lo de la asociación con Flora en la pastelería, la decisión de ser madre y el principio de depresión tras tomar la decisión. Parece que esto último no le ha pillado por sorpresa.

Lo de Julián, eso sí que ha sido una sorpresa para ella. Está mostrando mucho interés.

—Es decir, que de momento no tenéis ninguna pista, ni del nombre ni del sello.

El sello.

Una vez recuperada del mareo, Lucas, Flora y yo revisamos todas las libretas y papeles que había en la panadería. El nombre de Belluno estaba escrito en varias hojas y, al lado del nombre, la imagen grabada de un sello: un árbol, en apariencia un olivo, con una gran copa y raíces retorcidas.

—Lucas está buscando empresas de aquellos años relacionadas con el mundo de las tahonas. Hemos pensado que puede que no se trate de una persona, sino del nombre de un negocio, de una empresa... Quizás una fábrica de harina con el logo de un árbol. Que el sello sea el logo.

—La verdad, Lidia, es que has venido cargada de noticias. ¡Algunas sorprendentes, no hay duda! Pero... sé que aún te falta algo por decir.

Le he estado dando vueltas durante estos cuatro días, quizá menos de las que debería por tener algo más importante a lo que darle vueltas, pero he tomado una decisión y creo que es la más acertada en estos momentos. El cariz que ha tomado el posible asesinato de Julián, es decir, la inexplicable relación de mi madre con su muerte, ha sido el empujón. He tomado la decisión de tomarme una excedencia en el bufete, y va a ser indefinida. No sé cómo se lo va a tomar Gené. Parece que ya sospecha algo.

—Gené, necesito tomarme una excedencia.

—¿Durante cuánto tiempo? —me pregunta sin espera.

—No lo sé. Sería indefinida.

Me siento empequeñecer al ver a Gené levantarse del sofá y quedarse de pie delante de mí.

—Lidia, quiero ser sincera contigo, al igual que creo que tú lo estás siendo conmigo. Hace tiempo que intuía que esto podía pasar y, desde hace unos meses, estoy hablando con Lorena Pozos para que te sustituya. Así que no tienes de qué preocuparte. Tómate el tiempo que necesites.

Es la mejor opción. Si fuera Gené, hubiera hecho lo mismo. No me siento traicionada. El bufete es para Gené, después de Maximiliano y de las gemelas, lo más importante en su vida. Incluiría a su hermana, pero la importancia de Sonsoles en la vida de Gené va por épocas. A veces parece que la detesta, y otras que la quiere proteger de todo y de todos. Nunca la hará socia del bufete. Ha elegido a Pozos como mi sustituta para llevar los casos importantes. Ahora está claro.

—Es muy buena abogada. Me lo ha puesto difícil en el caso Lombao —le digo.

—Sí, es buena. Tendremos que esperar a que la jueza Calzado firme la sentencia y que no exista conflicto de intereses. El señor Lombao está informado y está de acuerdo. Por cierto, me ha pedido tu número de teléfono personal y, por supuesto, no se lo he dado sin tu permiso. Entonces me pidió que te dijera que esperaba tu llamada, que teníais algo pendiente.

Su sonrisita me deja claro que sabe a qué asunto pendiente se refiere el señor Lombao. Sería estúpida si a estas alturas no me hubiera dado cuenta de que Gené se olía lo de Sebastián desde hacía tiempo. En el fondo, siempre he sospechado que Gené intuía que yo era la presa de turno del señor Lombao.

Haremos formal la excedencia cuando finalice el caso Lombao y Pozos pueda ocupar mi puesto. Es lo que acordamos antes de salir de su despacho.

Me despido de Sarita, pero antes le pido que me llame a un taxi y le pregunto por Sonsoles. Me dice que hoy no se encontraba bien y no ha venido a trabajar.

Salgo del bufete y me paro unos segundos, para retener en la memoria la sensación que me produce estar aquí. Para que, cuando ya no esté, pueda volver desde mis recuerdos, con mis matices.

Al subirme al taxi y alejarme del edificio, empiezo a ser consciente de que será más difícil de lo que creía. Pensé que me sentiría distinta, liberada al decírselo a Gené, al dar el paso a la excedencia, pero más que liberada me siento bastante perdida. Puede que mi nueva vida me dé un poco de vértigo. Espero que todo lo que tengo que hacer me ocupe tanto espacio en la cabeza que no deje sitio a pensamientos miedosos.

Lucas me está esperando en la puerta de la panadería. Aún no hemos hablado del casi beso del otro día, del beso que Flora impidió que sucediera sin ella saberlo. Encontrar el nombre de Belluno y el sello en las libretas de cuentas de mi madre ha colocado a todo lo demás en un segundo plano.

—¿Cómo ha ido? —me pregunta, mientras abro la puerta y le cedo el paso. Ha venido directo del trabajo. Desde que es inspector, ya no lleva uniforme y no puedo disfrutar viendo el culito estupendo que le hacía.

—Creo que bien. Gené ya lo había previsto. No se le escapa ni una. Ya tengo sustituta.

—¿Sonsoles?

—Sonsoles, no. ¡Pozos!

—¡Lorena! ¡Gené sabe bien lo que hace!

—Sí, yo habría hecho lo mismo. Es una abogada muy completa, un buen fichaje para el bufete.

Ahora es Lucas el que abre la puerta y me cede el paso para entrar en el obrador.

—He coincidido un par de veces con Lorena cuando ella trabajaba en penal. Fue la abogada de alguno de mis detenidos y todos quedaron libres. Además, es muy maja.

Si no fuera porque sé que Pozos es lesbiana, ahora mismo estaría celosa, preguntándome si hay o ha habido algo entre Lucas y ella.

Nos impulsamos para sentarnos sobre la mesa del obrador. En ella hay bandejas con distintos tipos de repostería. Es hora de comer. Los dos tenemos hambre y no podemos resistirnos. Flora ha hecho buñuelos, cruasanes, bizcochos, palmeras..., y solteritas. Ni Lucas ni yo las hemos probado. A mí me da corte después de los comentarios de Flora cada vez que hay una solterita a la vista. No sé a él.

Me chupeteo los dedos tras haber comido una palmera de chocolate en tres bocados, y Lucas hace lo mismo después de un buñuelo de crema.

—Y tú, ¿has averiguado algo? —le pregunto.

Lucas me habla mientras se limpia los restos de crema de los dedos con una servilleta.

—De momento nada. Ni sobre Belluno ni sobre el sello. Debería revisar la habitación de Julián y la casa de Nona. Puede que encuentre algo que se te haya pasado. Me has dicho que el ordenador no funciona. Se lo puedo llevar a los del departamento de informática para que le echen un vistazo. Me deben un favor.

Todo lo que está haciendo Lucas es extraoficial. Encontrar el nombre de Belluno en los libros de cuentas, el nombre que me dijo un hombre joven y misterioso que llamó a mi puerta y me reveló que a Julián lo habían asesinado, no es suficiente para abrir una investigación. No son pruebas sólidas.

—Este fin de semana podríamos ir a visitar a los dueños de algunas panaderías de la época. A ver si les suena el nombre de Belluno o el sello —me propone Lucas.

Es el momento adecuado, es ahora, pero me da miedo que afecte a nuestra amistad. Agarro una de las servilletas que están amontonadas sobre la mesa, y me limpio los restos de chocolate de los dedos y las comisuras de la boca.

—Este fin de semana no puedo —le digo.

—No pasa nada. Iré yo y después te cuento.

—Es que no puedo, porque me voy de fin de semana con alguien —añado.

Si le dijera que voy a una convención médica, ayudaría: le quitaría glamour. Debería decirle que voy con Kisho, con el doctor Kimura. Aunque, si lo pienso, no debería molestarle. Yo tampoco sé con quién se fue a esquiar en navidad, si hay alguien en su vida.

—Li, ya te he dicho que no pasa nada, que iré yo solo. Ahora tengo que irme —me dice, bajándose de un salto de la mesa del obrador—. Se me olvidaba preguntarte si vas a seguir con las prácticas de coche. Si es así, debería reservar la pista de prácticas.

—Voy a dejarlo por un tiempo. No es el momento de superar ese trauma.

Me da un abrazo y lo veo salir del obrador.

No he notado ninguna reacción en él, tras decirle que me voy de fin de semana con alguien, y me molesta. ¿Por qué, acaso quería verlo celoso? No consigo aclararme. Cuando Gené me dijo que el señor Lombao esperaba una llamada mía, de nuevo tuve esa sensación que recorre mi cuerpo al escuchar su nombre, al tenerlo cerca o pensar en él. Esa sensación, esas ganas de dejarme llevar sin pensar en las consecuencias.

Y después está Kisho.

Debería subir a casa de Nona para despedirme de Flora, pero también debería irme para preparar la maleta para el fin de semana en la convención médica. Envío un mensaje a Flora y tomo un taxi en la calle principal. Me voy a casa.

13

La tarjeta con mi nombre me cuelga del bolsillo de la camisa, haciéndome sentir importante, aunque temiendo que alguno de los ilustres médicos que hay en el salón entable conversación conmigo y descubra en un momento que soy un fraude.

Kisho está en su ambiente. Saluda a sus colegas intercambiando impresiones sobre psiquiatría que solo ellos entienden. Yo estoy al lado de una de las columnas que decoran el salón principal del hotel, con una copa de vino blanco en una mano y un canapé de salmón en la otra, esperando que alguien me rescate de mi aburrimiento. Es el primer día, el cóctel de bienvenida. Acabamos de llegar. Confío en que no será así durante todo el fin de semana, y que lo único bueno que me lleve de esta experiencia sea el bolígrafo que me han regalado a la entrada de la convención.

Tengo que decir que el hotel es impresionante. El techo del vestíbulo es una cúpula acristalada y hay un sofá redondo de color rojo situado justo debajo de su centro. Creo que lo he visto en la escena de una película, pero no recuerdo en cuál. El salón donde se está celebrando el cóctel de bienvenida simula ser el interior de un edificio griego, con columnas jónicas y estatuas con el torso desnudo en cada una de las esquinas.

Por fin veo a Kisho golpear con suavidad la espalda de sus colegas, mientras les dice que mañana se verán de nuevo, y venir hacia mí.

—¿Nos vamos a comer? —sugiere.

—Sí, por favor.

He intentado contenerme para no parecer una gorrana, pero, aun así, he debido de comer unos doce canapés. No he dicho que sí porque tenga hambre, sino porque quiero estar a solas con él.

Cuando pienso que ya ha llegado ese momento, Kisho añade algo que me cae como un jarro de agua fría.

—Antes de irnos a comer, unos amigos míos nos esperan para tomar una copa en el bar del hotel. No te importa, ¿verdad?

Tengo que decir que no, de otro modo quedaría como una niña caprichosa que lo quiere solo para ella.

—¡Claro que no!

El bar está situado en la primera planta del hotel, subiendo la impresionante escalera doble de estilo Versalles del vestíbulo. Kisho sube delante de mí, y puedo ver sus calcetines con lunares de colores, que combinan con la extensa alfombra roja que cubre los escalones. En el último escalón, miro hacia abajo apoyada en el pasamanos. Es un hotel realmente impresionante, no apto para mi bolsillo. Observo con envidia a los futuros huéspedes de billetteras llenas, que están en la recepción acompañados de sus maletas. Ellos pueden venir cuando quieran y sin ser invitados.

Una pareja sentada en una de las mesas del bar, más o menos de nuestra edad, alza las manos sonrientes al vernos entrar por la puerta. Él parece lo que debe ser, un erudito doctor, con sus gafitas metálicas y el pelo repeinado con raya al lado. Y ella... Ella parece una mujer dulce, con un vestido de vuelo rojo, como el carmín de los labios, y zapatos negros de tacón fino. Lleva el pelo recogido y el flequillo de cortinilla como el de Penélope Cruz o Sofía Loren. Parecen agradables. Puede que tomar una copa con ellos no sea tan horrible.

No es perfecto, pero está siendo ameno.

Victoria, mujer del doctor Boado y artista multidisciplinar, es simpática, y el doctor, aunque más serio, también es majo. Pero Kisho apenas me habla, solo está interesado en lo que el doctor Boado pueda decir sobre la psiquiatría en la Transición española. El doctor Boado es uno de los ponentes más importantes de la convención.

—Ya en los últimos años de la Dictadura, algunos psiquiatras intentaron cambiar la psiquiatría que se había heredado del franquismo...

Victoria lo interrumpe, colocando una mano sobre la boca de su marido.

—¡Perdona, cariño, pero tengo que corregirte! Los artistas también intentaron ayudar. Y lo hicieron. En el 74, Darío Villalba organizó una exposición, *Los encapsulados*, en la Galería Vandrés de Madrid, mostrando cuerpos y rostros de enfermos mentales, vagabundos... Fue una exposición que caló en la sociedad de la época.

—¡Cuando mi mujer tiene razón, tiene razón! ¡Brindemos por ello!

Nos reímos, brindamos y el doctor Boado continúa hablando. Se nota que es un apasionado de la psiquiatría.

—Como estaba diciendo, algunos psiquiatras... y artistas... intentaron cambiar la psiquiatría que se había heredado del franquismo. Pero la democracia, además de progreso, también nos trajo una economía liberal capitalista impulsada por el gobierno, que abrió las puertas a que los laboratorios empezaran a sobornar a los sanitarios con viajes, congresos exóticos, regalos, etc. El gobierno concedió a los laboratorios categoría para formar personal. La psiquiatría, y la medicina en general, se convirtió en lo que ha sido hasta ahora: una psiquiatría basada en la medicación, en el beneficio económico de las grandes farmacéuticas.

Me parece muy interesante todo lo que está diciendo el doctor Boado, pero su mujer Victoria dice algo que hace que mi atención en el doctor se pierda desde ese momento.

—Kisho, ¿te acuerdas cuando Petra estuvo enganchadísima a las pastillas para dormir? ¿Te acuerdas cuando fuimos a París por el cumple de Aurora? Estaba desesperada por encontrar una farmacia abierta.

Petra es la exmujer de Kisho. No es un nombre muy común, así que, ¿cuántas Petras puede conocer una persona? Ahora sé que es Victoria la que es amiga de Kisho y no el doctor, como yo pensaba.

A Kisho se le ve incómodo, sus dedos repiquetean en el cristal de su copa de vermut, pero Victoria continúa:

—Me dijo que habíais tenido una fuerte discusión telefónica hace unos días. ¡Últimamente no la veo bien, Kisho!

Me viene a la mente la imagen de Kisho en el restaurante italiano, golpeando la mesa mientras hablaba por teléfono.

—No es el momento de hablar de esto, Victoria.

—Sí, quizá tengas razón, Kisho. Perdona.

La conversación se acaba ahí. El doctor Boado continúa con lo que empieza a ser un discurso, pero sin mi atención. Yo no puedo dejar de pensar en lo que ha dicho Victoria. Es posible que la relación entre Kisho y su exmujer no esté tan acabada como yo creía.

—Tengo una idea. ¿Por qué no comemos juntos?

La idea de Victoria solo es bien recibida por su marido, o esa es mi impresión. Creo que a Kisho, al igual que a mí, no le agrada. Pero es educado y poco ingenioso para inventarse una excusa, y acepta la propuesta.

Tengo miedo de que se me note la decepción y me excuso con que tengo que ir al aseo. Una vez dentro del urinario privado, ante el espejo, empiezo a maltratarme. Me digo que soy una tonta por creer que Kisho podía estar interesado en mí. De repente, odio mi nariz demasiado afilada en la punta, mi pelo lacio, incluso mis ojos color miel, a veces dorados, que todo el mundo dice que me envidian, como los de mi padre. Y entonces recuerdo las sesiones con Mery, el daño que me hizo el abandono de mi progenitor. El creer que algo en mí no estaba bien y por eso se había ido, no me había querido. Entonces, me vuelvo a mirar en el espejo con más compasión. Si a Kisho no le intereso, es porque él no es la persona que me hará feliz. Pero esa persona está ahí afuera, en alguna parte y, algún día, cuando menos me lo espere, la encontraré. Por un momento pienso en Lucas, en Sebastián (lo que me hace suspirar), pero corto el pensamiento. Ahora estoy con Kisho.

Cuando regreso a la mesa, me sorprendo al ver que Victoria y el doctor Boado no están.

—¿Qué te parece si pasamos de la propuesta de Victoria y comemos tú y yo solos?

Kisho no espera a que le conteste, sabe la respuesta. Es más, cuando cruzamos el vestíbulo y la puerta del restaurante del hotel se abre, un camarero nos indica que una mesa reservada nos está esperando. Lo tenía todo preparado.

Comenzamos a comer.

He pedido vieira y trufa negra sobre puré *parmentier* y polvo de algas, que es una maravilla, y de segundo, mojete manchego con caballa semicurada y polvo de olivas negras, que me deja sin palabras. Pocas veces en mi vida he tenido la oportunidad de comer tan bien. La cena va sobre ruedas: conversación amena, una sonrisita, una picardía en la mirada... Estoy viendo señales. Puede que hoy, por fin, vaya a aclarar mis dudas sobre Kisho. Todo indica que su interés es el mismo que el mío. La atracción es mutua. Decido confiar y creer que lo de su exmujer está terminado, que no está jugando conmigo.

Es el momento del postre. Enlazando el wiski de su tarta helada con el que se tomó el doctor Boado, Kisho acaba haciendo referencia al momento vivido con Victoria. Se disculpa si me he sentido molesta cuando ella nombró a su exmujer.

—Estuvo fuera de lugar. Victoria siempre ha sido así, incorregible. Es amiga de mi mujer desde niñas, la madrina de mi hijo mayor. Te repito que te pido disculpas si te ha molestado.

Vuelvo a decirle que no me ha molestado, para continuar con una cena amena y tranquila, pero ¡claro que me ha molestado! Sobre todo, que acabe de referirse a ella como su mujer, y no como su exmujer.

—No te preocupes. De momento está siendo un fin de semana divertido. ¡Además, me han regalado un boli!

Saco el bolígrafo del bolsillo de la camisa, como si fuera una bandera en son de paz, y lo dejo sobre la mesa para que la paz se mantenga, un indicativo de que deberíamos cambiar de tema. Kisho entiende la indirecta.

—¿Te está gustando el tiramisú?

—El arroz con leche es mi postre favorito, pero he pedido el tiramisú porque me ha recordado a mi hermano. Era el postre favorito de Julián.

Me sonrío compasivo.

Son muchos los momentos que se presentan para contarle a Kisho lo de mi futuro embarazo y lo del posible asesinato de Julián, pero no sé por qué, no acabo de hacerlo. No tiene nada que ver con su posible reacción al contárselo. Ya no me importa tanto lo que los demás opinen de mí, si su opinión puede alejarlos de mí.

—Discúlpame, Lidia. Voy un momento al baño.

—Sí, claro —le digo, y le sonrío mientras se levanta y se dirige hacia el fondo del restaurante.

Mi copa de agua está vacía. He puesto como excusa que estoy tomando antibióticos y no puedo beber alcohol. Levanto la mano y llamo al camarero para que me la rellene. También le pido una hoja de papel, para entretenerme dibujando mientras espero. Por mi experiencia con Kisho, sé que tardará en volver. Es de los que se toman su tiempo. Me imagino que se pasa un buen rato lavándose las manos, por eso de que es médico y sabe lo prolíferas que son las bacterias, pero en realidad no lo sé. Lo único que sé es que voy a tener que esperar.

Tras pasar unos diez minutos, regresa a la mesa.

—Perdón, ¿he tardado mucho?

—No mucho —le digo, para continuar con una comida amena y tranquila, al igual que hice con el comentario de Victoria, pero puede que sea la vez que más tiempo ha tardado.

—¡Veo que la convención está haciendo mella en ti!

Lo miro sin saber a qué se refiere, a qué viene ese comentario.

—Las raíces del árbol son genomas, ¿no?

He dedicado el tiempo de espera a dibujar en la hoja de papel el sello que aparecía en los libros de cuentas de mi madre junto al nombre de Belluno, lo que parecía ser un olivo con una gran copa y raíces enrevesadas. Ahora que Kisho lo ha dicho, lo veo claro. ¡Las raíces son genomas!

—Perdóname, Kisho, pero tengo que volver a la ciudad ahora mismo. Salgo al vestíbulo a hacer una llamada —le digo, poniéndome de pie.

Está sorprendido por lo que le acabo de decir, pero también porque mi actitud ha cambiado repentinamente. Estoy un poco alterada, aunque intento controlarme.

—¡Sí, sí! ¡Cómo no, Lidia! ¿Ha pasado algo?

Lo dejo con la palabra en la boca.

Una camarera consigue esquivarme y que la bandeja que porta no acabe en el suelo. Me dirijo hacia la salida del restaurante como un miura, sin ver nada más que la puerta. Solo quiero salir de aquí y llamar a Lucas.

La cúpula acristalada del vestíbulo deja pasar los rayos del sol y, al salir del restaurante, la luz es distinta. Intento buscar el número de Lucas, pero la luz hace reflejo en la pantalla y no veo nada. Necesito una sombra y miro a mi alrededor en su busca, algo de lo que me arrepiento rápidamente. Intento esquivar su mirada y no lo consigo. Victoria me ha visto y sabe que yo también la he visto a ella. Viene directa hacia mí. Trato de tranquilizarme.

—¿Habéis terminado vuestra romántica comida, o solo has salido a tomar un poco el fresco? Estar con un hombre divorciado a veces puede resultar cansino. Suele hablar solo de su exmujer y madre de sus hijos.

Se ríe como si fuera una broma para tapar la ironía. Me recuerda a Mariló, la habilidad que tiene para soltar una pullita sin que puedas recriminárselo. No hay duda de que no es esa mujer dulce que creí en un primer momento.

—Tienes toda la razón, Victoria. No para de hablar de ella y de decir lo diferente y feliz que se siente estando conmigo.

Puede que esté aprendiendo. Es posible que mi pullita no haya sido tan perfecta como la suya. Se ha notado mi intención de molestarla. No ha habido risitas falsas que la taparan. Pero me da igual. Con la ayuda de Mery, estoy aprendiendo a poner límites sanos, a defenderme.

Es el doctor Boado quien salva la situación.

—Hola de nuevo, Lidia. Lo siento, pero tengo que robarte a Victoria. Tenemos que irnos, nos están esperando.

—¡Sí, por supuesto! —contesto, deseando que se vayan de una vez por todas.

—¡Adiós, querida!

—¡Adiós, Victoria!

Se alejan y, pegada a una columna, a la sombra, llamo a Lucas y salta el contestador.

—¡Lucas! ¡Escúchame! ¡Las raíces del árbol son genomas! ¡Son esenciales para diagnosticar enfermedades y desarrollar tratamientos! ¡Tenemos que ir al hospital psiquiátrico donde ingresaban a mi madre! ¡Ven a buscarme! ¡Te envío la ubicación!

Nunca había estado aquí. Ni cuando fui adulta me atreví a conocer el lugar a donde se la llevaba la carroza blanca. Un campo lleno de flores, una casita de madera, pájaros cantando... Ese fue el lugar que yo creé en mi mente infante.

Escucho la voz de Lucas lejana, aunque está sentado a mi lado, en el asiento del conductor, apagando el motor del coche.

—¿Estás lista? —me pregunta.

Está serio. Está así desde que salimos del hotel. ¿Por qué no le dije que era con Kisho con quien me iba de fin de semana? Al ocultárselo, le he dado más importancia de la que tiene. No hay nada entre Kisho y yo, al menos de momento. El saludo entre ambos fue frío. Sabía que no tenía que habérselo ocultado.

Kisho me insistió que esperara hasta el lunes, que pasara el fin de semana con él como habíamos planeado. Pero no podía esperar. Era tanta mi urgencia, que nada de lo que me dijera hubiera podido convencerme. Al final, obligada por las circunstancias, tuve que contarle lo del posible asesinato de Julián. Ojiplático, me miraba y repetía que debería tomármelo con calma. Y aquí estoy. Es obvio que no le hice caso.

La escalera y la rampa para minusválidos van paralelas hasta la puerta de entrada. Es viernes, está a punto de anochecer, y es probable que ya no atiendan visitas.

Es un lugar agradable, por lo menos el recibidor. Hay maceteros con plantas bien cuidadas y dos grandes ventanales que dejan entrar mucha luz. En estos momentos, es una luz de atardecer.

—¡Disculpen, el hospital ya no está abierto a visitas! ¡Vuelvan el lunes!

El guardia de seguridad ha aparecido ante nosotros, inesperadamente, antes de que llegáramos al mostrador de recepción, donde una enfermera no levanta la cabeza de unos papeles y ni siquiera ha notado nuestra presencia. El guardia coloca los brazos en jarra y separa las piernas ligeramente, obstaculizándonos el paso. Pero Lucas saca la placa y se presenta como inspector de policía, lo que hace que el guardia se cuadre y se ponga a nuestra entera disposición.

Nos lleva por varios pasillos luminosos, con cuadros en las paredes, maceteros con plantas bien cuidadas, paredes limpias... Nada de lo que se espera en un hospital psiquiátrico, o por lo menos yo. Cuando me imagino un psiquiátrico, siempre me vienen a la mente imágenes terroríficas, un lugar inhóspito.

Seguimos al guardia de seguridad hasta llegar a un despacho, en el que la puerta está abierta y un doctor de bata blanca recoge unos papeles de la mesa y los mete en un maletín. Me imagino que estaba a punto de marcharse a casa tras, seguramente, una larga jornada laboral. Sobre la mesa hay una placa que tiene grabado el nombre Doctor Miralles, encima de la palabra director.

—Doctor Miralles, este es el inspector de policía Lucas Bretón —le indica el guardia.

El doctor Miralles, un hombre que estará a punto de jubilarse, nos observa durante unos segundos: un reconocimiento rápido, pero completo. Tiene los bolsillos de la bata llenos, lo que hace que la bata le cuelgue hacia delante.

—Está bien, Ramón. Gracias, puedes irte.

Ramón, el guardia de seguridad, se va, y el doctor Miralles nos invita a sentarnos.

—¿En qué puedo ayudarles?

Le prometí a Lucas que estaría callada y sería él quien hablaría, igual que hice cuando visitamos al profesor. Espero poder mantener mi promesa. Desde que pisé la rampa, los recuerdos intentan acorralarme, para llevarme a un estado profundo de dolor y desesperación, de inseguridad y miedo, pero Lucas lo ha notado y ha mantenido su mano agarrando la mía hasta que hemos entrado en el despacho.

—Queríamos información sobre una paciente con esquizofrenia. Estuvo ingresada varias veces en este centro, entre los años 1986 y 1991. Lidia Cid Expósito.

La cara del doctor nos adelanta que lo que nos va a decir no son buenas noticias.

—No va a poder ser. Todos los informes se quemaron en un incendio provocado en el 92.

—¿Provocado?

El doctor busca en uno de sus bolsillos hasta atrapar un caramelo. Sigue hablando mientras le quita el envoltorio.

—¡Así es! Durante la primera década de la democracia, investigaron los métodos que se usaban en este centro, y me imagino que alguien se deshizo de las pruebas.

El doctor habla sin tapujos. Desconoce mi relación con el caso. Debe pensar que soy policía, compañera de Lucas.

—En aquella época, los hospitales psiquiátricos eran dirigidos, generalmente, por monjas y por unos pocos médicos. A los enfermos se les trataba con el electrochoque y con el choque insulínico, un tratamiento para la esquizofrenia que consistía en la inducción de un coma hipoglucémico por medio de la administración de grandes dosis de insulina. Pero además de eso, parece ser que, en aquellos años, en este centro se realizaban otras prácticas.

—¿A qué se refiere?

—La verdad es que no podría decirle nada con exactitud. Solo son habladurías que oí cuando me trasladaron a este centro, después de que, tras el incendio, lo volvieran a poner en pie. Se hablaba de que se realizaban atroces experimentos con los pacientes, pero no sabría decirles más.

Lucas me agarra de nuevo la mano y el doctor se da cuenta de que no soy policía.

—¿Es usted familiar?

—Era mi madre —susurro.

—Lo siento, yo no sabía...

—No se preocupe. ¿Sabe quién era el doctor que atendía a mi madre?

—No. Lo único que puedo decirles, o de lo que me acuerdo, es de quién era el director. Era el doctor Sorní. Lo conocí hace algunos años en una ponencia sobre genética molecular. No sé si sigue vivo.

El doctor se lleva a la boca el caramelo que ha mantenido sujeto entre dos de sus dedos durante la conversación, y se limpia en la bata con disimulo.

—Muchas gracias por todo, doctor Miralles.

Lucas le agradece la información y me ayuda a levantarme de la silla. Me he quedado traspuesta. No consigo asimilar lo que acabo de escuchar. No puedo pensar, ni por un segundo, que mi madre fuera víctima de esos experimentos.

El doctor Miralles se preocupa por mí.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, sí. Gracias por todo, doctor —consigo decirle, con la voz ahogada.

Lucas sigue agarrándome de la mano mientras buscamos la salida en un laberinto de pasillos. Cuando me parece que nos hemos perdido, veo la luz del atardecer, ya casi noche, que entra en el recibidor. Ramón, el guardia de seguridad, nos espera al lado de la puerta para asegurarse de que salimos del edificio. Es hora de cerrar puertas.

Una vez dentro del coche, Lucas no duda en poner la calefacción, aunque hace calor. Estoy tiritando. Pero es de los nervios que tengo, no del frío. Lucas no lo sabe, porque permanezco callada a pesar de que ya me ha preguntado varias veces si estoy bien. No soy capaz de vocalizar ni de pensar. Mi mente está en un vacío negro, insonoro, sin ser capaz de asimilar lo que ha dicho el doctor. Sin saber cómo, consigo ponerme el cinturón.

—Serrano, necesito un favor... En cuanto lo tengas, me lo envías...
—Lucas habla por teléfono y su voz resuena en el vacío negro—... y envíame el número de Rosaura Mendoza... Sí, esa, la de los sellos...

Me dejo llevar por los vaivenes de la carretera. Respiro con fuerza, intentando que el oxígeno me recorra todo el cuerpo. Ser consciente de mí, para volver al presente, al aquí y ahora. Sin levantar la cabeza, con la mirada puesta en las rodillas, lo único en lo que pienso es que quiero llegar a casa, a mi fuerte.

Es de noche. Un grupo de jóvenes, entre risas, cruza la calle mientras nosotros permanecemos aparcados en nuestro vado.

—Li, ¿estás bien?

Lucas pregunta, preocupado por el silencio que he mantenido durante todo el trayecto.

—¡No deberíamos seguir, Lucas! Es una locura creer que la muerte de Julián no fue un suicidio, o que su muerte tiene alguna relación con mi madre. Lo de Belluno es una simple coincidencia. Quizá Julián, siendo niño, oyó a mi madre hablar de Belluno. Lo tenía ahí, en el subconsciente, y lo introdujo en su paranoia. Eso fue lo que pasó.

—Li, ¿qué estás diciendo? Ahora es cuando todo empieza a tener sentido. Más que nunca, creo que a Julián lo asesinaron.

Me obliga a mirarlo a los ojos agarrándome la cara con las dos manos, colocándome cara a cara con él. Sus manos me dan calor.

—Li, ¿estás bien?

Me pregunta una vez más, y no puedo reprimirme. Exploto.

—¡Tengo miedo, Lucas! ¡Miedo!

—¿Miedo a qué?

—¡A no ser capaz de enfrentarme a todo esto!

—Yo estoy contigo, no voy a dejar que nada te...

Un pitido, el de un mensaje, lo acalla. Su teléfono móvil está sobre el salpicadero y Lucas le echa un vistazo. No importa, nada de lo que diga va a hacer que cambie de opinión. Lo mejor es dejarlo estar y seguir con mi vida, con la pastelería, con Flora y, con lo más importante, con mi futura maternidad.

—Me han enviado la dirección del doctor Sorní.

—¡No le llames doctor! —le grito, enojada. Respiro—. Lo siento, Lucas. Yo...

—¿Quieres que suba contigo y nos tomamos una tila? Los dos, yo también la necesito.

La sonrisa de Lucas siempre me reconforta. Hoy no me vendría mal tener compañía. Me ayudaría a mantenerme en el aquí y ahora, y me evitaría pasarme la noche en vela realizando dibujos abstractos en un cuaderno. Hace meses que no dibujo, que no lo necesito, pero hoy no estoy bien.

—Sí, me vendría bien un poco de compañía.

Se acerca todo lo que puede, apoyando un muslo en el freno de mano, y me abraza. Me siento protegida entre sus brazos, cuerpo a cuerpo. Giro la cara, rozando los labios por su cicatriz, su oreja, su mejilla, hasta llegar a su boca. Lucas duda unos segundos, intenta vencer a la tentación, pero pierde y nuestros labios se unen. Su lengua y la mía se enredan.

14

Sus huellas están marcadas en cada trozo de mi piel. Ha manoseado todo mi cuerpo, haciendo que mi respiración se agitara y mi voz gimiera de placer. Y ahora está tendido sobre la cama, inmóvil, como el cuerpo de una víctima en el escenario del crimen. La víctima de mi indecisión. ¡Pobre Lucas!

Resulta más fácil dejarse llevar. Eso es lo que han hecho los que me han utilizado a mí a lo largo de mi vida. Y su consuelo, lo que hizo que no se sintieran mal, el mismo de siempre. Que la vida es así o que era yo la que tenía que haber puesto límites, como si ellos no tuvieran el poder, como si no pudieran poner freno a hacerle daño a una persona que no se lo merece.

Sentada en el borde de la cama, me arrepiento de haberme dejado llevar sin tener nada claro. ¿Qué es lo que estoy buscando? ¿Es Lucas? No lo sé, y a este paso no sé si algún día lo sabré. Y no por eso debo jugar con Lucas, hacerle creer que sí lo sé y que lo que busco es a él.

Aunque ya ha amanecido, lo dejo dormir. Me visto y voy a la cocina.

El círculo rojo en el calendario me recuerda que mañana tengo cita en la clínica, el primer intento para quedarme embarazada. Tengo que aferrarme a esa esperanza, a esa ilusión, para mantenerme bien. Y aunque ayer dije que no quería saber nada más, que no quería seguir investigando qué le pasó a Julián, lo haré. Necesito saberlo para seguir con mi vida.

—¡Buenos días! ¿Ya estás vestida?

Lucas me sorprende con un beso en el cuello. Me alejo con disimulo, agarrando el trapo del fregadero para limpiar una mesa ya limpia.

—Sí, voy a caminar. Necesito hacer ejercicio. Desayuna si quieres. Hay leche y zumo en la nevera y... ¡Bueno, ya sabes dónde está todo!

Sé que le extraña mi actitud, pero no lo muestra. Tiene que notar que estoy poniendo distancia. Me conoce lo suficiente como para saberlo.

—Li, ¿sigues interesada en saber qué le pasó a Julián?

Asiento con firmeza y, al instante, me acuerdo de que hoy teníamos que ir a ver a una especialista en sellos. Es la mayor experta en el tema. Lucas le ha enviado un dibujo del árbol. Por eso me pregunta si sigo interesada.

—¡No me acordaba, Lucas! ¡La especialista en sellos! ¡En media hora deberíamos estar allí!

—Sí, deberíamos irnos en diez minutos, pero... no te preguntaba por eso. Te preguntaba porque vamos por buen camino. Serrano me ha enviado un archivo con los nombres de todo el personal del hospital psiquiátrico en los años 80 y... Li, la monja que dirigía el centro junto con el director, junto con Sorní, la monja superiora, era Sor Francesca Soracco, nacida en Italia... —Lucas hace una pausa dramática—. En un pueblo llamado Belluno.

El pasillo está repleto de libros apilados en el suelo, dejando un camino de hormigas para llegar al resto de la casa. Rosaura Mendoza arrastra los pies ayudada de un bastón, mientras nos cuenta que la primavera es una estación complicada para ella, sin explicar el motivo. Su nariz chata está roja de tanto sonarse y no parece resfriada, así que supongo que es alérgica al polen. Su apariencia te da la impresión de que no se ha duchado ni peinado en varios días, y que los pantalones de pana y el jersey de ochos de lana los ha recogido del cubo de la basura, pero no huele mal.

Si el pasillo está repleto de libros, el resto de la casa no se queda atrás. Entramos en un despacho que, por el tamaño, sería más adecuado para un salón. Los libros desbordan las estanterías al límite de un naufragio. Puedo ver libros en el suelo de madera, sobre las pantallas de las lámparas de pie, en las dos sillas donde nos invita a sentar...

—Pueden dejarlos en el suelo —nos dice.

Además de libros, varios premios ocupan los alfeizares de las ventanas. Y diplomas y títulos enmarcados, colocados desde la cornisa de yeso ornamentado del techo hasta el zócalo de madera del suelo, uno tras otro, forman tres columnas verticales en la única pared libre de estanterías.

—¡Aquí está!

Rosaura Mendoza ha encontrado lo que buscaba. Se ha pasado unos minutos rebuscando dentro de una carpeta naranja con el color gastado, tan llena de papeles que las gomas que la cierran ya no dan más de sí.

Comienza a hablar mientras mira los papeles encontrados. A darnos datos e información que nos deja sin palabras.

—Los veladores de la pureza. Una de las sectas y organizaciones criminales más peligrosas que hubo en nuestro país. ¿Ustedes saben quién era Antonio Vallejo-Nájera?

Negamos, aunque a mí me suenan mucho esos apellidos. No sé a Lucas.

—¿Y Josef Mengele?

Lucas se me adelanta.

—¡Ese sí lo conozco! —exclama—. Era un oficial alemán nazi de las SS, llamado el *Ángel de la muerte*, médico en el campo de concentración de Auschwitz —explica, como si lo estuviera leyendo en una enciclopedia.

Rosaura Mendoza se deja caer en su sillón.

—A Antonio Vallejo-Nájera le llamaban «el Mengele español». Vallejo-Nájera era un médico y comandante ultraderechista que,

antes del inicio de la guerra civil, conoció las técnicas psiquiátricas y antropológicas de Kraepelin y Krestschmer en Alemania. Vallejo-Nágera era un gran admirador de los nazis y de su segregación racial. Expuso sus ideas en un tratado de eugenesia: del estudio y la aplicación de las leyes biológicas de la herencia, orientados al perfeccionamiento de la especie humana. *Eugenesia de la hispanidad y regeneración de la raza* se publicó en 1937. En él, Antonio Vallejo-Nágera habla de la inferioridad racial y genética de los comunistas. Franco lo nombró jefe de los Servicios Psiquiátricos Militares y financió su proyecto para demostrar que ser «rojo», comunista, era un defecto genético que había que reeducar y, en caso de no poder ser reeducado, extirpar de raíz. En definitiva, hacer una higiene ideológica. Lo llamaron el «gen rojo».

Nos muestra fotografías con comentarios a pie de foto, que me hacen cerrar los ojos por no poder soportar el horror que estoy viendo.

Rosaura Mendoza continúa:

—Esa reeducación se tradujo en experimentos científicos, represiones, humillaciones y trabajos forzados. Miles de niños fueron arrancados de los brazos de sus madres «rojas», y nunca más se supo de ellos.

Me gustaría tener tiempo para asimilar lo que estoy escuchando. Pero Rosaura Mendoza parece que no, que nada de lo que dice la perturba, y sigue hablando sin ningún pudor, como si nos contara el chisme de la semana.

—Ya a finales de los sesenta, con la apertura de España al mundo, con el turismo y la muerte de Vallejo-Nágera, esas prácticas fueron desapareciendo, pero... muchos de sus seguidores, fanáticos de la creencia de la pureza, siguieron manteniéndolas hasta principios de la democracia. Y no solo realizando una higiene ideológica, sino también de la raza, de todo aquello que ensuciara la pureza: discapacitados, enfermos mentales, prostitutas, mendigos... Incluso zurdos, por creerlos hijos del demonio. Ellos son Los veladores de la pureza, y este es su sello.

Se calla, deja una hoja de papel sobre la mesa con el dibujo del sello que Lucas le envió y se pone de pie. Rosaura Mendoza nos está invitando a irnos. No me sorprende su actitud arisca. Claramente es una persona atípica, peculiar donde las haya.

Volvemos sobre nuestros pasos a la puerta de salida. Rosaura Mendoza nos acompaña, creo yo, para que no nos salgamos del camino marcado. ¡Como si fuera posible entre tantas columnas de libros!

—¡Tome!

Como en un trapicheo de drogas, como si alguien nos estuviera vigilando, Rosaura Mendoza mete una nota en el bolsillo del anorak de Lucas.

—¡Vayan a verlo! —nos dice, y cierra la puerta.

Nos hemos quedado mudos.

Lucas llama al ascensor.

En el ascensor suena un hilo musical, una pieza de piano relajante que nos mantiene aún más abstraídos. Seguimos así de camino al coche.

Antes de encender el motor, Lucas saca del bolsillo del anorak el papel que le acaba de dar Rosaura Mendoza y lo lee en voz alta. En realidad, no es una nota, es un folleto publicitario de un local, de un concierto, con un nombre escrito en el reverso: Emilio.

—El concierto es el martes a las ocho —dice Lucas.

Asiento desanimada.

Tras escuchar a Rosaura Mendoza, al igual que me ocurrió tras escuchar al doctor Miralles, no dejo de pensar en si mi madre fue torturada. Lucas intuye lo que pienso, o eso creo, porque me habla con un tono tranquilo, intentando darme paz.

—¿Estás bien, Li?

No respondo. Miro el teléfono móvil, concentrada en buscar en internet más información sobre lo que nos ha contado Rosaura.

Lucas arranca el motor al ver que no va a conseguir mi atención.

Encuentro varios artículos en los que se habla del médico franquista Antonio Vallejo-Nájera, de su libro y de las atrocidades que hizo y que ya nos relató y enseñó Rosaura en las fotografías, pero nada de Los veladores de la pureza. Solo en un artículo sobre el cantaor Enrique Morente, pero en referencia a los conservadores del flamenco puro.

—Hemos llegado, Li, pero... —Oigo a Lucas, que me sigue hablando en un tono tranquilo, y levanto la vista del móvil. Ya estamos en nuestro vado—. Faltan dos días para el concierto. Tendremos que esperar. Pero ahora, si tú quieres, podríamos aprovechar e ir a ver al docto... Perdón, a Sorní.

No voy a mentirle. Esta mañana, mientras él dormía desnudo sobre mi cama, recibí un mensaje de Kisho. Ya he aprendido que lo mejor es que no se lo oculte.

—No puedo, Lucas. Le prometí a Kisho que hablaríamos cuando él regresara de la convención. He quedado con él para comer. Nos vemos el martes, ¿de acuerdo?

—¡Nos vemos el martes! —exclama Lucas, intentando disimular la cara de derrota.

Antes de bajarme del coche, le doy un abrazo tan breve que seguro que siente que no ha existido. Conozco esa sensación.

Rodeada por el aroma del orégano y la albahaca de una pizza que acaban de servir en una mesa cercana a la puerta, veo a Kisho al fondo del restaurante italiano. Como acostumbra, se ha sentado en la mesa más aislada del resto. Hoy es lo mejor. Necesitamos intimidad.

Nos saludamos con dos besos como si fuera la primera vez, sin esa conexión que se había creado ya entre nosotros. Ha sido un saludo cordial.

Es curioso cómo las cosas cambian en apenas horas, en un día. De repente, la verdad se muestra ante ti eliminando todo rastro de ensoñación, de idealizaciones. El hecho de haberme ido como me fui de la convención, sin dudarlo ni por un momento, sin posibilidad de que nada ni nadie me hiciera cambiar de opinión, me mostró el grado de interés real que tenía por Kisho, cuánto había de deseo. El que Kisho sea esquizofrénico fue lo que me hizo sentir atraída por él, pero no la atracción que yo me imaginaba. No era una atracción amorosa. Lo que me atrajo de él fue que tuviera la enfermedad que había marcado mi vida, que él podía entenderme. No he tenido mucho tiempo para pensar, pero he tomado una decisión respecto a Kisho. La que mejor me hace sentir ahora, no sé en el futuro.

—¿Qué has averiguado sobre la muerte de tu hermano?

Es lo primero que me pregunta desde que el camarero vino a tomarnos nota. Antes de eso, hemos hablado de que hace un buen día, que se nota que pronto empieza el verano... La típica conversación de ascensor entre dos extraños.

Intento contener el llanto cuando le cuento lo que el doctor Miralles nos dijo sobre el hospital que ahora dirige, en el que ingresaban a mi madre, y lo que Rosaura Mendoza nos explicó sobre el sello, pero cuando termino, las lágrimas me humedecen la cara.

—¡Eran torturados, Kisho! ¡Experimentaban con ellos!

Kisho se ha mantenido callado, y ha bajado la mirada con mis últimas palabras. Por un momento, pienso que ha hecho oídos sordos a todo lo que le he contado y me cabrea. Pero, como una bombilla, me ilumino, y soy consciente de lo que realmente le está pasando.

No es algo que haya tenido presente durante el tiempo en que nos hemos estado conociendo. Nadie, con la confusa idea que casi todo el mundo tiene de lo que es un esquizofrénico, se creería que Kisho padece esa enfermedad, que un esquizofrénico pueda llevar una vida normal. Por eso, hasta a mí se me ha olvidado.

—Kisho, lo siento. Yo no he caído en que tú...

—No te preocupes, Lidia. Estoy bien. ¿Vas a querer postre?

Siento que lo dice con sinceridad, lo que me hace sentir aliviada, pero también me da a entender que no quiere seguir hablando de ello, que no le cuente más sobre cómo torturaban a las personas como él.

—No sé si tienen arroz con leche —comento.

Paso el dedo por cada postre de la lista de la carta, notando los ojos de Kisho sobre mí. Levanto la vista y nos miramos.

—Lidia, deberíamos hablar.

—Sí, yo también lo creo —contesto, dejando la carta de postres sobre la mesa.

Ha llegado el momento de ser sincera con Kisho, de explicarle la decisión que he tomado, pero él se me adelanta.

—Lidia, no puedo negar que me gustas y que quizás en otras circunstancias podría haber llegado a pasar algo bonito entre nosotros, pero creo que tú tienes algo inacabado con Lucas y yo con mi exmujer. Pienso que lo mejor es dejar de vernos, dejarlo aquí.

Ha sido claro y directo, sin adornar las palabras, y me lo ha puesto fácil. No me ha sorprendido lo que me ha dicho sobre su exmujer. La actitud de Victoria me dejó claro que eso no estaba terminado, aunque en ese momento no quisiera verlo. Y, respecto a lo que dice de Lucas, tiene razón.

—Estoy de acuerdo contigo —le digo, y hago una pausa para contener la emoción por lo que le voy a decir ahora—. No te puedo expresar con palabras lo bueno que ha sido para mí coincidir en la vida contigo, aunque haya sido de una forma fugaz. Kisho..., hay algo que no te he contado—. Me mira extrañado. Me parece que no se esperaba que hubiera más secretos entre nosotros. Siento decepcionarlo—. Siempre he querido ser madre, pero el miedo de que mi hijo fuera esquizofrénico, que heredara la enfermedad, pesaba sobre mí. Cuando te conocí, llevaba varios meses acudiendo a una clínica de fertilidad, pero el miedo seguía ahí. Conocerte lo cambió todo. El miedo desapareció al ver que llevabas una vida normal, feliz. Mañana tengo cita en la clínica y es posible que dentro de unos días me quede embarazada, que en unos meses sea mamá. Y estoy feliz, sin miedos. Y en gran parte es gracias a ti.

Se acerca, inclinándose sobre la mesa, y me roza la mejilla con la mano.

—Me alegro mucho. Conocerte también ha sido importante para mí. Me he sentido aceptado tal y como soy desde el primer momento, tras decirte que era esquizofrénico. No suele ser lo habitual. Gracias, Lidia.

Tomamos el postre en un silencio que resulta cómodo. Concentrados, degustamos con todos los sentidos nuestra última comida juntos. Es Kisho quien paga. Le tocaba a él. Nos despedimos a la salida del restaurante con un abrazo intenso. Quizá, por una casualidad de ese destino en el que no creo, volvamos a encontrarnos algún día.

15

Hoy es un día que puede cambiar el resto de mi vida. Esta mañana, antes de entrar en la clínica, mi último pensamiento fue para Kisho. Si ocurriera, si mi hijo heredase la enfermedad, estoy preparada.

La inseminación ha sido rápida e indolora, como me había asegurado el doctor. Al principio, la sonrisa permanente de Laura consiguió lo contrario de lo que pretendía y me puso más nerviosa, pero Flora me recordó por qué estaba aquí, lo mucho que deseaba ser madre, y me tranquilizó. No he venido sola. Ayer le pedí a Flora que me acompañara y, llorando y dándome un achuchón casi interminable, me dijo que sí. En el caso de Mariló, se ha autoinvitado. Pero no me importa, me alegro de que esté aquí.

El corazón me late con fuerza y me siento como si levitara, como si mis pies pisaran baldosas de aire. Es la felicidad. Queda que me den día y hora para la siguiente visita, por eso estamos en la recepción. Esperamos, acompañados de Laura, a que una de las administrativas mire la agenda del doctor. Creo que es nueva, no la había visto antes. Parece estar perdida con los datos del ordenador.

—Perdona, Lidia.

Laura se disculpa por la tardanza de su compañera en darme una cita, pero estoy tan feliz que no me importa tener que esperar. Nada malo me afecta.

—No te preocupes, Laura. No tengo prisa.

No soy la única que rebosa felicidad. Flora no puede disimular su alegría, y tampoco lo pretende. La única que se está esforzando por parecer feliz es Mariló. Piensa en mi hermano, en el hijo o hijos que podrían haber tenido juntos. Me comporto como si no me diera cuenta, como si me creyera su falso semblante. Sé qué es lo que quiere que haga.

—¿Y usted, Laura Ortiz, tiene marido e hijos?

Flora se ha dirigido a Laura, todo el tiempo, por el nombre y el apellido. Y cada vez que se ha dirigido a ella, para no equivocarse, ha mirado el nombre bordado en la bata.

—No, todavía no. Pero tengo novio. Puede que algún día.

—¿Y es guapo? ¿Tiene una foto?

—¡Flora! Te estás tomando muchas confianzas —la reprendo.

Mariló se ríe, le hace gracia lo atrevida que es Flora, pero a mí me da apuro por Laura.

—No pasa nada, Lidia —me dice Laura.

Laura le muestra una fotografía de Salvador en el móvil. Recuerdo cómo se llama, por lo de que es médico, salva personas, y el nombre le viene al pelo. Mariló se une para ver la fotografía.

—Señora Olano, su siguiente visita es el día doce a las doce. Es fácil de recordar.

La administrativa perdida en los datos del ordenador por fin se ha encontrado. Me sonríe sentada en una silla tras el alto mostrador.

—La verdad es que sí. Es fácil de recordar. Muchas gracias —le digo.

—Si le surge algún inconveniente para ese día, no dude en ponerse en contacto con nosotros.

—Gracias.

Cuando me giro, Flora y Mariló siguen mirando la pantalla del teléfono móvil. Me acerco. No voy a ser la única que no vea a Salvador.

—Es guapo el muchacho, ¿eh?

Ni siquiera llego a contestarle a Flora. Siento las piernas flojear y la vista se me está nublando. En un esfuerzo, pongo una mano en el hombro de Mariló, pero mis dedos no agarran, no tienen fuerza, y me voy deslizándome hasta caer al suelo.

Me despierto sobre una camilla, en una pequeña sala, yo sola. Oigo la voz de Flora tras la puerta que se abre cuando estoy intentando incorporarme. Es Laura.

—Levántate despacio, Lidia. Te hemos mirado la tensión, el azúcar..., no sé qué ha podido pasar. Quizá la emoción te haya superado.

Dejo que Laura me ayude.

—Sí. Es un día muy intenso para mí. Ahora tengo que irme.

—Claro, pero cualquier cosa, llámanos.

Nos unimos a Flora y a Mariló, que esperan en el pasillo.

—¿Está bien, mi niña? —me pregunta Flora con el susto en la cara.

—Sí, sí... Solo ha sido la emoción. No tiene de qué preocuparse —la tranquiliza Laura.

—¡Vamos! —les digo a Flora y a Mariló, encaminándome hacia la salida a un ritmo apurado.

Cruzamos la puerta giratoria y, al salir a la calle, me despido de Mariló. Flora hace lo mismo, arrastrada por mi prisa. Espero no estar siendo maleducada.

—¡Mariló, pásese un día por casa! —le grita Flora, mientras yo apuro el paso para tomar un taxi y ella intenta seguir mi ritmo, desconcertada por la celeridad que me ha entrado—. ¿Qué pasa, mi niña? ¿Por qué tanta prisa?

Ya estamos sentadas en el taxi, y yo todavía no he contestado a Flora. Saco el teléfono móvil y lo llamo. Me salta el contestador.

—Lucas, llámame en cuanto puedas. Es muy, muy, muy urgente. Estoy en un taxi saliendo de la clínica. En unos quince minutos estaré en casa de Nona. Ven a buscarme. Te repito que es muy urgente.

Flora me mira con las cejas arqueadas y con el morro torcido hacia un lado.

—¿Me va a decir lo que pasa... o no me lo va a decir?

He dejado a Flora sin respuesta. En el taxi me he mantenido pensativa, en silencio, y al llegar a casa de Nona me he montado en el coche de Lucas y me he ido.

Cuando la puerta se abre, sus pies se mueven nerviosos unos segundos, como si no supiera si huir o quedarse, pero creo que su mente actúa rápida y se da cuenta de que no tiene escapatoria.

—¿Cómo me has encontrado?

—Hola, Salvador. Porque ese es tu nombre, ¿no?

Lucas interviene.

—¿Podemos pasar?

En el pequeño mueble del recibidor, veo fotografías de Laura. El sofá cama está desplegado y las sábanas revueltas. Salvador se apura a estirarlas, mientras pide disculpas por el desorden y nos explica que tuvo guardia la noche anterior.

—Sentaos, por favor. ¿Queréis tomar algo? ¿Un café, una cerveza...?

Ambos decimos que no y nos sentamos en el borde de la cama. Salvador se sienta frente a nosotros en un taburete. Pelo liso, nariz normal, ojos achinados, corpulento..., y ya no se le ve tan nervioso.

Comienza a hablar sin que le hayamos preguntado nada.

—Estuve con tu hermano tres días antes de su muerte. Lo había visto alguna vez por la Tolmos, la discoteca que había en el polígono. ¿La recordáis?

Tanto Lucas como yo asentimos. Tolmos era una de las discotecas más famosas de la ciudad a finales de los noventa.

—Pero no éramos amigos. Ese fin de semana, mis amigos y yo acabamos en un bar al que no íbamos nunca, y Julián estaba allí. Puede ser que el hecho de conocernos de vista, al estar en ese bar desconocido para ambos, hiciera acercarnos uno al otro. No sé si fui yo el que le habló primero o fue él, pero acabamos la noche borrachos, sentados en la barra. Lo invité a dormir en mi casa. En aquellos momentos compartía un piso con varios colegas de la facultad. Todos íbamos a empezar la universidad ese año y teníamos el piso alquilado desde junio. Dormimos la borrachera, y cuando nos despertamos, tu hermano aún quería más. Su desayuno fue una cerveza de la nevera. Fue un fin de semana sabático, en el que ignoré mis compromisos y obligaciones y me dejé llevar por el frenesí de la fiesta. ¡Todo normal! Nos pasamos la tarde en casa viendo películas, bebiendo y fumando, y, por la noche, nos preparamos para salir. Fuimos de local en local. A las dos horas yo ya llevaba una buena borrachera, pero Julián había dejado de beber y estaba mejor que yo. Me sacó fuera del bar y me ayudó a mantenerme en pie mientras yo echaba hasta la primera papilla. No me encontraba nada bien. Julián me metió en su coche y esperamos a que yo estuviera mejor antes de seguir con la fiesta, pero nos quedamos dormidos. Cuando nos despertamos, estaba amaneciendo y los locales estaban cerrando. La borrachera ya se nos había pasado y nos fuimos a casa. Entonces fue cuando pasó.

Se para en seco y baja la cabeza, un anuncio de que ahora viene la parte más importante de la historia. Las piernas se me tensan y no puedo evitar clavar las uñas en las sábanas. Es inevitable para mí esperar que diga algo que aclare lo que ocurrió, lo que le pasó a mi hermano. Me dan ganas de gritarle que siga hablando, pero lo único que conseguiría sería retrasarlo más, y espero impaciente.

—Nos íbamos a casa, pero decidimos parar antes en una gasolinera y comprar algo de desayuno: los dos estábamos famélicos. Hicimos la curva que hay antes de llegar a la rotonda, la de la entrada norte, y de nuestra derecha salió un coche negro que empezó a seguirnos y a golpear el trasero de nuestro coche. Nos intentaba echar de la carretera y finalmente lo consiguió. No me preguntéis de qué modelo era el coche, porque no lo recuerdo, y tampoco vi la matrícula. El impacto fue tan brutal que nos quedamos colgados del puente del río. Pero no nos pasó nada. Julián llamó a la grúa y nos fuimos a mi casa. Entonces... fue cuando dijo que alguien intentaba matarlo y a nombrar a un tal Beluno. Le pregunté si era Beluno quien lo quería matar, pero no me contestó. Me pidió disculpas, por si me había creado problemas, y se fue. No lo volví a ver. A los pocos días me enteré de que se había suicidado. En ese momento tenía que haber hablado, haber dicho algo, pero era joven y... sé que no es una excusa, pero fue lo que pasó.

Levanta la cabeza y me mira.

—Hace unos meses mi novia Laura me habló de una de sus pacientes. Acostumbramos a comentar cómo nos ha ido el día y suelen salir nombres, pero ese día, cuando Laura dijo tu nombre, Lidia Olano Cid, supe al instante que eras la hermana de Julián y... todos mis remordimientos regresaron. Busqué la dirección en unos informes que tenía Laura, sin que ella lo supiera, y fui a verte. El resto ya lo conoces.

—Era Belluno —le corrijo.

—¿Cómo?

—El nombre que mi hermano decía era con elle, con dos eles... ¿Oíste hablar alguna vez de Los veladores de la pureza?

Me contesta negando con la cabeza, sorprendido por el nombre que le acabo de mencionar.

—¿Conoces a Bruno Vélez, profesor de arte? ¿Mi hermano te habló de él?

Lucas me mira sorprendido al ver que, a pesar de todo lo que sabemos, sigo preguntando por el profesor. No quiero descartar nada.

—No, no me habló de él, no me habló de nadie en particular.

—¿No te habló de su novia Mariló?

—No. Cuando le pregunté si la chica con la que lo había visto alguna vez en la Tolmos era su novia, me dijo que lo había sido, pero que ya no lo era, que sus padres se habían metido por medio o algo así. Lo dijo con mucha rabia. Tras su muerte supe que sí que eran novios. Pienso que me mintió para protegerla. Si alguien quería matarlo, es posible que la utilizaran a ella para llegar a él o... ¡no sé! ¡No sé qué más decirlos!

Quiero seguir preguntando, pero Lucas estira el brazo y lo coloca delante de mí para que no lo haga. Salvador se está agobiando.

Estoy decepcionada, me esperaba más. Si no era saber la verdad de lo que le pasó a Julián, por lo menos una pista, un hilo del que tirar. Pero no, no nos ha dicho nada nuevo, nada relevante.

—¿Estarías dispuesto a ir a comisaría y declarar lo que nos acabas de decir?

—¡No!

No dejo que Salvador le conteste a Lucas. Me ha salido un grito que los ha asustado a ambos. Lucas se ve desconcertado.

—¿Por qué, Li? ¡Podríamos tener caso! ¡Con lo que tenemos es posible abrir una investigación!

—No quiero, Lucas. Es posible que alarmemos al asesino. Han pasado muchos años. No estará alerta. Es una ventaja si la aprovechamos.

Lucas duda unos segundos.

—Es posible. Está bien, Li.

En una sincronía no pactada, Lucas y yo nos levantamos al mismo tiempo del borde de la cama. Salvador nos acompaña hasta la puerta, a escasos metros.

—Lidia, te pido que no le digas nada a Laura... ¡No quiero que ella tenga problemas por mi culpa!

—Tranquilo. Te lo prometo. Gracias por todo, Salvador.

Salimos del apartamento desilusionados. Lucas también lo está. Se nota por su cara apática.

—¿Quieres que mañana vayamos a ver a Sorní? —me pregunta Lucas, mientras pulsa el botón del ascensor que lleva al vestíbulo.

Puse demasiadas ilusiones en que Salvador aclararía el acertijo, y me he llevado un batacazo que se ha convertido en desesperanza.

—Sí, ¿por qué no? —respondo con desánimo.

Cruzamos el vestíbulo y salimos a la calle.

Es imposible aparcar en el centro, a cualquier hora del día, así que Lucas ha tenido que dejar el coche en un parking a cinco calles, demasiado lejos.

—Lucas, si no te importa, cogeré un taxi. Quiero pasar a ver a Flora. La dejé preocupada. Y tengo ganas de llegar a casa. Ha sido un día duro.

—Adiós, entonces. Nos vemos mañana, Li.

Lucas intenta besarme demasiado cerca de la boca, y lo rechazo con sutileza.

—Adiós, Lucas.

16

Incluso después de explicarle el motivo de mi vahído en la clínica, no conseguí convencer a Flora de que estaba bien y que no hacía falta que me quedara a dormir en casa de Nona, bajo su supervisión. Me he despertado con olor a bizcocho recién hecho y, como un ratón del flautista de Amélie, he seguido el aroma hasta la cocina.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días, mi niña! Lucas ha llamado al teléfono fijo para no despertarla. Dijo que vendrá a buscarla a las doce.

Cuando abrí los ojos, el despertador marcaba las once y veinte. Tengo el tiempo justo para desayunar, ducharme y vestirme.

—¿Y ahora, adónde van? ¿No cree que debería descansar?

—El doctor me dijo que hiciera vida normal. ¡Tú estabas allí, Flora!

—Sí, vida normal, mi niña. Pero usted, ¿a qué no le ha dicho que se había convertido en una investigadora criminal? ¿A que no se lo ha dicho?

—¡Qué exagerada eres, Flora!

No se queda conforme, pero no hay nada que pueda hacer. Solo seguir mimándome.

—Coma otro trozo que le irá bien. Y abríguese para salir a la calle. Hoy hace viento.

—Sí, Flora. ¡Me voy a duchar! —le digo, y me voy sin darle tiempo a réplica.

Flora sabe que estamos investigando el posible asesinato de mi hermano, desde que encontré el nombre de Belluno en el libro de cuentas de la panadería, pero no sabe nada sobre la secta y los experimentos que realizaban, ni de las torturas que pudo haber sufrido mi madre. No se lo he contado. Si ella lo supiera, no podría decirle que está siendo una exagerada.

Bajo la ducha me acaricio la tripa. Puede que Flora tenga razón y debería descansar. Pero sé que no podré hacerlo, descansar de verdad, hasta que sepa quién mató a Julián. Intentaré no alterarme, estar preparada para cualquier cosa.

Se oye el timbre de la puerta.

—¡Mi tesoro, Lucas ya está aquí! —grita Flora.

—¡Ya salgo!

Cierro el grifo y me sacudo como un perro, dejando la mampara empañada, llena de gotas que se escurren dejando huella.

Los escucho hablar mientras me visto.

—Le pongo otro trocito, tesoro.

Flora está atiborrando a Lucas de bizcocho.

—¡Estoy lista! —exclamo al entrar en el salón, en el momento en el que Lucas se lleva otro trozo de bizcocho a la boca, animado por Flora.

—Mi niño, ¿quiere que se lo envuelva y se lo lleva? ¿Quiere que ponga también unas solteritas? Mire que a ustedes dos...

La corto rápidamente.

—No, Flora, gracias. Tenemos que irnos.

Cinco minutos más para los achuchones de Flora, y por fin salimos de casa.

Ya en la autopista, confirmo que Flora tenía razón: el viento sopla con fuerza. Le agradezco que fuera tan pesada y me obligara a ponerme una chaqueta.

A Lucas lo noto raro. Toquetea la palanca de cambios sin parar y dudo que el motivo sea que esté molesto por haber tenido que esperar. El motivo es que quiere hacerme una pregunta, y yo sé cuál es. Quiere saber si el habernos acostado hace dos noches significa algo, si va hacia algún lado, quizá hacia una reconciliación. Y también, para asegurarse de que Kisho no es competencia. Lo conozco.

Me pregunta si he dormido bien.

—No muy bien. No dejo de pensar en todo lo que hemos descubierto hasta ahora.

—Sí, me imagino. ¿Flora está bien?

Estamos teniendo una conversación de besugos. Lucas me hace preguntas o comentarios que no desarrolla. Salta de una pregunta a otra, de un comentario a otro, como el que corre una maratón quemando etapas, ansiando llegar a la meta. La meta es la gran pregunta.

—¿Qué es lo que hay entre nosotros, Li?

Me tomo unos segundos antes de contestarle. Los golpecitos de Lucas en la palanca de cambios son cada vez más rápidos.

—No sé, Lucas... En este momento no tengo nada claro... No puedo pedirte que me des tiempo. No sería justo. Al igual que tampoco sería justo decirte lo que quieres escuchar, para no arriesgarme a perderte, hasta que aclare mis dudas y tome una decisión.

Al escucharme a mí misma decir las últimas palabras, tomar una decisión, me hago la repetitiva pregunta. ¿Qué es lo que estoy buscando? Observo a Lucas. Sus dedos toqueteando la palanca se han quedado quietos, y se mantiene en silencio tras mi respuesta.

—Lucas, di algo.

Lucas reacciona.

—¡Me parece bien, Li!... Esperaré tu decisión. Esperaré, porque quiero hacerlo —dice, risueño, intentando ocultar la realidad de cómo se siente. Esforzándose en ser ese Lucas que siempre está de buen humor, haciendo que se rompa el ambiente tenso que se había creado.

Hemos llegado. Ya podemos ver el muro que rodea la finca de Sorní y la verja de su entrada.

Aparcamos y nos bajamos del coche.

La finca, de varias hectáreas, está rodeada por un muro alto de piedra con cámaras de vigilancia colocadas en distintos puntos. Señalo las cámaras de seguridad.

—Deberíamos irnos. Nos pueden estar grabando.

—Es raro, pero no están encendidas —me indica Lucas.

No se ve gran cosa, solo trozos de la parte más alta de la casa: el tejado, un rosetón de vidrios coloridos... Y todo a lo lejos, detrás de un bosque de árboles frondosos.

—¡Vaya con el doctor Sorní! ¡Menudo caserón! —exclama Lucas.

—No le llames doctor.

—Perdona, no sé por...

—¡Déjalo!

No dejo que Lucas se acabe de disculpar. Estoy pensando en mi madre, pero sin ser capaz de imaginar las atrocidades por las que pudo haber pasado. No puedo traspasar esa línea. Visualizar en mi mente, ni por un segundo, algo de lo que pudo vivir. No soy capaz. Solo siento dolor e ira, mucha ira que no puedo contener.

Comienzo a patear los hierros de la verja con un llanto colérico, con toda mi rabia.

—¡Li, Li! ¡Tranquila!

Lucas me sujeta. Me abraza, haciéndome sentir que él está aquí, que todo está bien. Sollozo entre sus brazos, descargando toda la ira que se deshace en forma de lágrimas.

—Li, no será fácil entrar aquí sin que exista una investigación en curso. Deberíamos hacer que Salvador haga una declaración, aportar las pruebas que tenemos y que abran una investigación.

Me separo de él, y me quedo de pie mirando la verja de hierro que he pateado con furia.

—Mira eso, Lucas —le digo, señalando la casa, oculta detrás de los árboles—. Imagínate cómo tiene que ser esa casa. ¿Crees que, si hubiera una investigación, ellos no utilizarían sus influencias? Soy abogada y tú inspector de policía. Ambos sabemos que va a ser así y que, a los pocos días, le darán carpetazo y el caso quedará archivado. Necesitamos pruebas más sólidas.

Sabe que tengo razón.

—Y entonces, ¿qué hacemos? —pregunta.

—Esta noche es el concierto. Esperemos que el contacto de Rosaura Mendoza nos diga algo más. ¿A qué hora pasarás a recogerme? He quedado con Flora para comer y después quería dormir una siesta. La necesito antes de ir al concierto y enfrentarme a...

Lucas deja de escucharme. Se aleja de mí con la mirada dudosa enfocada en una zona del muro, en concreto en una piedra que sobresale de las demás.

—¡Lucas! ¿Qué haces?

Me acerco a él sin entender nada, mientras sus manos limpian el granito de hiedras.

—¡Mira!

Me enseña un dibujo grabado en relieve sobre la piedra, el dibujo de un árbol con una gran copa que parece un olivo, con las raíces enrevesadas como genomas.

—¡Nos estamos acercando! —exclama Lucas.

—Es posible, pero no será fácil llegar a la cúspide. ¿Nos vamos?
—le digo. Estoy agotada y bastante incrédula ante la posibilidad de encontrar al asesino de mi hermano. Lucas sigue absorto, mirando la piedra—. ¡Vamos, Lucas! Necesito descansar antes de ir esta noche al concierto.

Desde que cruzamos la puerta del local, no puedo evitar mirar hacia el escenario. Un saxofonista, con el rostro oculto bajo un sombrero negro, acaricia las llaves del saxofón y expulsa, con gran maestría, la cantidad exacta de aire de los pulmones. Una pieza perfectamente ejecutada. No hace falta saber de música para apreciar la limpieza de las notas, la complejidad de la partitura... Es una sala de jazz. Un local pequeño, con un escenario y con una pista de baile ocupada por mesas redondas que tienes que esquivar para llegar a la barra.

La camarera no encaja con el local. Es demasiado joven, y lleva varios piercings y tatuajes. Tiene más pinta de que le guste el punk.

—¡Hola! ¿Conoces a Emilio? Queríamos hablar con él —le dice Lucas.

Nos sonríe y alza la cabeza hacia el escenario.

—¡Ahí lo tenéis!

Es el saxofonista escondido bajo el sombrero, un hombre larguirucho que viste un traje gris —viejo como él— y zapatos nuevos de piel. El contraste se puede apreciar desde la barra. La piel brilla cuando la luz del único foco baja lo suficiente para iluminarle los pies.

Lucas pide una cerveza y un agua para mí, y esperamos en la barra. No hay ninguna mesa libre y sí mucha gente de pie. El local está bastante lleno. Despierta mi interés una mujer sentada en una de las mesas. Me llama la atención porque está sola. No es una mujer fea y parece sofisticada. Tiene las piernas cruzadas y los brazos apoyados en su regazo con mucha clase. Va elegantemente vestida y no bebe un botellín de cerveza como la mayoría, sino algo parecido a un daiquiri. Parece feliz a pesar de estar sola.

Una última nota y el concierto se termina. El saxofonista hace una pequeña reverencia al público, en la que levanta el sombrero y nos muestra su cara. Es una cara arrugada, de una delgadez casi extrema, que le marca los pómulos y que hace que sus ojos aparenten saltones aunque no lo sean. Se baja del escenario y camina entre las mesas aprovechando el último aplauso.

—¡Quieren hablar contigo!

La camarera nos mira para que nos acerquemos.

—¿Qué es lo que queréis?

Tiene voz de locutor de radio: profunda y clara. Lo ha dicho con tono de molestia. No debe ser un artista ególatra al que le encanta estar rodeado de fans, porque eso es lo que me imagino que cree que somos: fans.

Como viene siendo costumbre, es Lucas el que habla y yo intento permanecer callada, lo que se me hace muy difícil y siempre termino hablando.

—Venimos de parte de Rosaura Mendoza.

En su cara se dibuja un rictus de curiosidad, pero se mantiene callado, esperando que Lucas diga algo más.

—Se trata de Los veladores de la pureza —añade Lucas.

Su interés es evidente. Su rictus, su cuerpo entero, se modifica como si hubiera recibido un chute de energía.

—¡Seguidme!

El local está en uno de los barrios más olvidados por parte de las autoridades. El saxofonista vive en el principal. Me recuerda la casa de Nona. Entramos en el decadente edificio y subimos por una escalera estrecha, en la que mis brazos van rozando las paredes y Lucas sube de medio lado. Al entrar en el piso, vemos que apenas hay muebles y los que hay son antiguos y están viejos. Nos invita a sentarnos en un sofá de escay marrón, remendado en varios sitios con cinta aislante plateada.

Mientras sacudo las telarañas y la cal de las mangas del abrigo, y Lucas, caluroso como es, se baja la cremallera de la cazadora, el saxofonista desaparece y regresa con una carpeta que, al igual que la de Rosaura Mendoza, las gomas que la cierran no dan más de sí.

De una forma solemne, se desabrocha los botones de la chaqueta del traje y se sienta en el suelo con las piernas cruzadas, como si fuera a meditar, dejando la carpeta sobre la mesita de cristal y patas finas de acero dorado que nos separa.

—¿Qué os ha contado Rosaura?

Es Lucas quien le explica, quien le cuenta lo que sabemos. Lo que Rosaura nos ha contado de la secta, y que a mí me sería imposible repetir sin que se me cortara la voz y las lágrimas me resbalaran por la cara.

Cuando Lucas termina, la cara del saxofonista es de decepción.

—Rosaura no os ha contado mucho... —A su pausa le acompaña un movimiento nervioso de la boca: se muerde los labios, retuerce el morro, pasa su lengua por las comisuras y continúa: —Los veladores de la pureza era una secta y organización criminal española que funcionaba jerárquicamente. En la cima de la pirámide se situaban los dirigentes nazis y franquistas: familias nobles, familias ricas, obispos, arzobispos... En el medio de la pirámide: los aristócratas poco adinerados, militares, clérigos, monjas, políticos... Y en la base, gente humilde. Es decir, gente necesitada o ignorante. O ambas cosas. Pobres infelices, captados por dinero, por ideología o por fe. A algunos los convencían dándoles grandes sumas de dinero por conseguir «pacientes», principalmente. A otros, inculcándoles la ideología de la pureza de la raza y de la necesidad de una higiene racial. Y a otros, a otros... —Sus palabras se ahogan hasta que dejan de oírse. Cierra los ojos, su esternón se infla y desinfla un par de veces. Manteniendo los ojos cerrados, recupera su voz—. A mi madre la captaron por su fe, o más bien por la desesperación que hace que uno se crea cualquier cosa y a cualquiera. Era el demonio, que anidaba en mí, la causa de mis ataques de ira, de mi rebeldía...

Eso fue lo que le dijeron. Y también, que ellos me curarían. La realidad era, y es, que sufro trastorno de oposición desafiante.

Mientras permanece en silencio con los ojos cerrados, me fijo en su cuello: en los tendones marcados y en la nuez que se le mueve al tragar saliva. De repente, abre los ojos. Ya no es la misma persona que teníamos ante nosotros hace unos segundos. Algo ha cambiado en él. Su mirada es distinta. Está llena de dolor.

—Nadie debería tener miedo de sí mismo.

Esas son sus palabras, antes de sacudir la cabeza y golpear con suavidad las rodillas con las palmas de las manos, queriendo volver en sí.

Respira y sopla.

—Perdonad, no os he preguntado si queréis tomar algo.

—No, gracias —contestamos. Yo debería haber dicho que sí. Necesito beber tras escuchar sus últimas palabras: «Nadie debería tener miedo de sí mismo».

—Regreso enseguida —nos dice.

Se levanta y sale del salón.

Estoy impaciente, con ganas de que continúe hablando y saberlo todo. Reacciono con impulsividad, con instinto primario.

—¿Qué haces? ¡Deja eso donde estaba!

Lucas, susurrante, me frena antes de que le quite las gomas a la carpeta, que veloz he agarrado.

—¡No puedo esperar más! —susurro suplicante.

—¡Vas a tener que hacerlo, Li! —me dice Lucas, serio.

Dejo la carpeta en su sitio, justo a tiempo, cuando el saxofonista regresa al salón con un vaso de té frío y recupera su postura mística al otro lado de la mesita.

—Voy a enseñaros una fotografía de finales de los años cincuenta.

Oigo el ruido de las gomas y me imagino una fotografía similar a las que nos enseñó Rosaura: torturas, experimentos... Aparto la vista para no contemplar lo que creo que se ve en esa fotografía.

—¿Él no es el antiguo delegado provincial?

Al escuchar la pregunta de Lucas, enderezo la cara como si me dieran una bofetada y observo la fotografía. Es antigua, de color sepia con los bordes festoneados. Un grupo de personas posa feliz en un jardín, frente a una fuente ornamentada. En un día, yo diría de verano, por los ropajes y la luz de un sol radiante reflejada en el agua estancada.

—Es su padre. El parecido entre progenitor y vástago es indiscutible —responde el saxofonista, dejando la fotografía sobre el cristal.

En la fotografía hay cinco personas en primera fila, cuatro hombres y una mujer. Parece ser que uno de ellos es el padre del antiguo delegado provincial, pero... los otros cuatro, ¿quiénes son?

Intento recordar el nombre del saxofonista, pero no me sale.

—Perdona, ¿y ellos quiénes son? ¿Lo sabes?

—Ellos son los fundadores de Los veladores de la pureza: el duque de Sairón, el obispo Carmelo de las Heras, el capitán Müller y la ideóloga fascista María Piñares.

De todos los nombres, uno hace que dé un brinco en el sofá.

—¿El capitán Müller? —pregunto, por si no he escuchado bien.

—Sí. El capitán Iván Müller, un médico de las SS nazis que, finalizada la Segunda Guerra Mundial, se escondió en España con la ayuda de Franco y la élite franquista. Cuando la muerte de Franco y una posible democracia eran inminentes, hizo casar a su segunda hija con el conde de Somosierra para asegurarse su protección.

¡Gené! ¡Está hablando del abuelo y de la madre de Gené!

Lucas me mira perplejo. Ninguno de los dos se esperaba a Gené en esta historia, pero no decimos nada.

El saxofonista busca en la carpeta y nos enseña más fotografías, que pasan ante mis ojos sin que pueda quitarme a Gené del pensamiento. Dudosa, pongo el dedo sobre una de las fotografías que el saxofonista va colocando una encima de la otra sobre el cristal. Un hombre ha llamado mi atención. Tiene un bigote frondoso y patillas largas que le llegan al mentón. Me parece haberlo visto antes.

—¿Quién es él? —pregunto.

—Él es Cipriano Buendía, empresario, y ella, Sofia Merina De Pádua, una aristócrata venida a menos. Eran miembros de la secta en los años setenta y ochenta. Ocupaban lugares intermedios de la pirámide. Murieron en extrañas circunstancias a mediados de los noventa. Aquí están reunidos en la cafetería Mozart. La fotografía no tiene muy buena calidad.

Agarro la fotografía para verla de cerca. He tenido la impresión de que lo conocía, pero, ahora, de cerca, no se parece a nadie que conozca, o no lo recuerdo. Y, como dice el saxofonista, la fotografía no tiene buena calidad: poca nitidez. La vuelvo a dejar en el montón.

Lucas pregunta.

—¿Conoces al doctor Sorní y a una monja...? Creo que la llamaban Belluno.

—Por supuesto que sí, eran miembros de la secta. Ellos dirigían uno de los centros en los que se realizaban... ¡Ya sabéis! ¡Las prácticas de las que les habló Rosaura! —nos dice, con rabia—. Belluno murió hace años. Él sigue vivo y disfrutando de una gran fortuna. Es más, en dos semanas va a celebrar su noventa y tres cumpleaños con una fiesta a la que acudirá la flor y nata de la sociedad de esta ciudad.

No ha podido pronunciar las palabras: torturas, experimentos, vejaciones... Al igual que me pasa a mí, parece no poder pronunciar ni poner imágenes a lo que ocurría entre aquellas paredes.

Suspiro profundamente y Lucas me pasa la mano por la espalda.

—Li, pienso que deberíamos dejarlo aquí.

Lucas tiene razón, deberíamos irnos, debería descansar. Además, no dejo de pensar en Gené, en si ella o su familia tienen algo que ver con la muerte de mi hermano.

El saxofonista nos acompaña hasta la puerta. Lucas le da su tarjeta y le pide amablemente que le envíe una copia de toda la información que tiene en la carpeta.

—Gracias, ...

No consigo recordar su nombre.

—¡Emilio! Y no tenéis que dármelas. Lo único que quiero es que lo que hizo la secta no vuelva a ocurrir. Y que, después de todo lo que habéis descubierto, tras ver lo que es capaz de hacerle un ser humano a otro, os hayáis dado cuenta de lo inevitable que resulta a veces volverse loco cuando la realidad también ha perdido la razón.

Antes de cerrar la puerta, Emilio se convierte en esa otra persona, con la mirada llena de dolor.

Lucas y yo bajamos la escalera en silencio. Los dos de medio lado, en su caso por no caber en otra posición, y en el mío para evitar la cal y las telarañas en las mangas del abrigo. Y los dos, creo, pensando en las últimas palabras de Emilio.

El trayecto en coche también lo realizamos callados.

Al llegar a nuestro vado, al verme tan alicaída, Lucas decide que se queda a dormir. No me niego. Acepto su propuesta sin rechistar. Necesito compañía.

Entramos en casa y nos dirigimos a la cocina. En un tiempo récord, Lucas hace un café para él y una tila para mí, y nos sentamos. Ambos con pocas ganas de hablar, pero con la necesidad de hacerlo. Por lo menos por mi parte. Me tomo la tila en dos veces, me levanto a dejar la taza en el fregadero y vuelvo a sentarme.

Lucas sigue pensativo, disolviendo un azúcar ya disuelto.

—¿Qué es lo que piensas, Lucas? ¿Quién crees que mató a Julián y por qué?

Lucas alza la cabeza, cesando el continuo movimiento circular de la cuchara.

—Pienso... que es posible que tu hermano descubriera lo que le pasó a tu madre, lo de la secta, y que por eso lo mataron.

—¿Y quién lo hizo?

—No lo sé. Incluso es posible que quien lo hiciera esté muerto. ¡Hace casi veinte años, Li!

—¿Qué piensas de Gené?

—No sé qué decirte. ¿Tú qué crees? ¿Crees que ella puede tener algo que ver?

Lo primero que siento es un no, que ni Gené ni su familia tuvieron algo que ver. O quizá no pueda creerlo.

—¿El profesor ya está descartado?

Lucas me mira con las cejas levantadas, sin creer que siga insistiendo en el profesor. Y yo, la verdad, tampoco. La única explicación que le doy es mi negativa a creer que Gené tenga algo que ver.

Bostezo.

—Deberías irte a la cama, Li —me aconseja Lucas.

—Ahora voy. Sigue.

Lucas sigue hablando:

—De momento, esto es lo que tenemos. Sabemos que la monja Belluno murió antes de que asesinaran a tu hermano, sabemos dónde vive el doc..., perdón, Sorní, y sabemos que el abuelo de Gené fue uno de los fundadores de la secta. Y...

Lucas resopla.

—¿Qué pasa, Lucas?

—¡Que puede ser cualquiera! ¡Piensa en lo que nos dijo Emilio, lo de la pirámide! Además de los dirigentes e intermedios, había miembros de base que se unían a la secta por dinero, por ideología o por fe. ¿Recuerdas sus palabras?

Asiento. Me gustaría no tener que recordarlas, no haberlas tenido que escuchar nunca y, sobre todo, que Lucas no tuviera razón. La realidad es que puede ser cualquiera.

Me siento agotada. Bostezo sin parar.

—Deberías irte a la cama —insiste Lucas, levantándose para ayudarme.

La tila me ha destensado y me siento flácida.

—Tienes razón. Mañana iré al bufete para pedirle explicaciones a Gené. Sabremos algo más.

Nos vamos a dormir. Yo a mi cama y Lucas al sofá.

17

Lucas me ha dejado en el bufete y se ha ido a trabajar, como cuando éramos pareja. Quizás algún día lo volvamos a ser. De momento, seguimos siendo solo amigos. Hasta que yo me aclare o él no se harte de esperar. Esta tarde nos veremos en la panadería. Continuamos con la reforma.

No se ha cansado de repetirme que piense, que cuente hasta diez antes de hablar. El dolor que me produce pensar que Gené tenga algo que ver con la muerte de Julián se convierte, a momentos, en una furia que espero que no sea incontrolable.

Tras saludar a Silvino, subo por la escalera y entro en el bufete como si fuera un día cualquiera, o eso es lo que me digo aunque no sea cierto. No solo por lo que vengo a hablar con Gené, sino porque al abrir la puerta, me encuentro a Sarita llorando.

Cuando me ve, Sarita se seca las lágrimas con el dorso de la mano.

—¡No me puedo creer que estuviera liada con su compañera de trabajo! —me suelta, sin darme tiempo a preguntar.

No hace falta que me explique, teniendo en cuenta lo que me acaba de decir y que en el jarrón acristalado no hay ningún ramo de flores. Intento consolarla. El desengaño del primer amor es doloroso. Tu alma se parte en dos, porque piensas que jamás volverás a sentir por otra persona lo que sientes por la que ya no está. Crees que has perdido al amor de tu vida. Nada de lo que le diga la consolará, lo sé, pero aun así lo intento.

—¡Piensa en que pronto será verano, Sarita! ¡Haz un viaje! ¡Disfruta!

Creo que lo mejor es que me calle: cada vez llora más, a moco tendido. El dorso de su mano ya no es suficiente, ni correcto, y saca del primer cajón de su mesa una caja de pañuelos.

Siento alivio al oír la puerta del bufete, hasta que veo que es Gené.

—¡Deja de llorar, que llevas así toda la mañana! —le espeta a Sarita sin ninguna delicadeza. Viene del juzgado, e ir al juzgado es algo que no soporta. Creo que sabe que no está a la altura de la mayoría de los abogados y eso la vuelve inestable. Por eso está así, acelerada, irritada. Aunque controle sus emociones, sé que está de mal humor.

—¡Lidia, no te esperaba! ¡Acompáñame a mi despacho!

Entramos en su despacho y lo primero que hace Gené es abrir la ventana.

—¡Hoy hace más calor que ayer! —comenta, mientras se abanica inútilmente con la punta del pañuelo de seda que lleva al cuello.

Yo no lo creo, pero no digo nada. Es evidente que está sofocada por el mal rato que ha pasado en el juzgado. No es la primera vez que la veo así.

Se tumba en el sofá, con los pies en alto sobre uno de los reposabrazos. Yo sigo de pie.

—Qué bien que hayas venido, Lidia. Iba a llamarte. Pozos se incorpora dentro de dos meses y me gustaría pedirte si puede usar tu despacho, hasta que tú regreses. Después ya veremos.

Ahora mismo, me da igual si Pozos se queda con mi despacho o con el bufete entero. En lo único en lo que puedo pensar en estos momentos es en la posibilidad de que Gené tenga algo que ver con la muerte de mi hermano.

—No he venido a hablar de eso. He venido a hablar de Julián.

Se incorpora pausadamente, perezosa, hasta que se queda sentada en medio del sofá. Se coloca el pelo con toda tranquilidad y me mira.

—Entiendo. Es por el sello.

No puedo disimular. Mi sorpresa es mayúscula.

—¿Qué sabes tú sobre el sello? ¿Sabías lo que significaba? —pregunto, atropelladamente.

—Siéntate, Lidia.

—¡Estoy bien de pie, gracias!

—¡Lidia...!

Abandono mi actitud infantil y me siento en una de las sillas de la mesa del despacho, dejando espacio entre nosotras.

Gené se levanta del sofá. Aparenta serenidad. Comienza a caminar sin rumbo y a hablar con la vista puesta en cada paso que da.

—Cuando me hablaste del sello, ya sabía lo que significaba... —Se queda callada unos segundos sin dejar de caminar—. En mi familia llevamos toda la vida queriendo olvidar el pasado. Mis padres nunca tuvieron nada que ver con la secta y... mi hermana y yo, tampoco. Mi abuelo murió dos años antes de que tu madre se suicidara, así que es imposible que tuviera algo que ver con la muerte de tu hermano. No te dije nada cuando me hablaste del sello porque tenía miedo de tu reacción, de que te fueras del bufete y... —Se queda quieta y me mira—. Que dejaras de hablarme para el resto de tu vida.

¿Me está diciendo la verdad? Soy un mar de dudas.

—Está bien, no tuvisteis nada que ver con la secta. Pero, si mi hermano descubrió lo de la secta... ¿Qué hubiera pasado si hubiera hablado? Hubiera sido una mancha pública para tu familia. Todo el mundo sabría de vuestro pasado familiar y perderíais vuestro prestigio. ¡Sois los respetados De Somosierra Müller!

Termino la frase alzando la voz, esperando una respuesta contundente. Gené se para delante de mí. Su mirada es decidida y parece sincera.

—Lidia, nadie de mi familia tiene nada que ver con la muerte de Julián. ¡Te lo juro!

Sus palabras también parecen sinceras.

—¿Y sabes algo que pueda ayudarme?

Niega con la cabeza, pero necesito oír su voz.

—Gené, quiero oírtelo decir. Quiero que me jures que no sabes nada.

—No sé nada más, Lidia. Y mis padres y mi hermana tampoco, nadie de mi familia. Solo sabemos que existía una secta que se llamaba Los veladores de la pureza y que mi abuelo fue uno de los fundadores, de los experimentos que hacían y de su sello. Nos lo confesó antes de morir. No sé nada más. Ni siquiera sé los nombres de quienes la formaban ni dónde se reunían. ¡No sé nada! ¡Te lo juro!

Nos mantenemos la mirada en silencio. Lo más probable es que lo que voy a decir ahora sea fruto de un deseo, el que Gené no tenga nada que ver con la muerte de mi hermano.

—Está bien. Te creo —le digo, convencida.

—Siento mucho lo de tu hermano. Pero te repito, te juro, que ni yo ni mi familia tenemos nada que ver.

—Eso espero, porque como me estés...

Soy interrumpida por unos gritos que provienen de recepción. La puerta se abre con un fuerte golpe y Sonsoles entra arrollando lo que encuentra a su paso. Me levanto sobresaltada. Está ebria, totalmente ebria. Balbucea. Se balancea sin poder mantenerse en equilibrio y no razona.

—¡Sarita, avisa a Silvino para que suba! ¡Lidia, cuidado! ¡Sonsoles, escúchame, cálmate!

Gené parece manejar la situación. En cambio, yo estoy aturdida, sin saber qué es lo que pasa ni qué hacer.

Con el llanto cortado, Sarita corre hacia el ascensor. Mientras, Sonsoles arrampla con lo que se encuentra en la mesa. Gené y yo, arrinconadas en una esquina del despacho, intentamos esquivar lo que nos lanza con toda su rabia.

—No quiero vivir más... No quiero vivir... —balbucea, fuera de sí.

Cansada, deja de luchar contra nosotras y contra ella misma, y su tronco se va desvaneciendo hasta quedar esparramado con los brazos abiertos sobre la mesa del despacho. Repite, con una voz que se apaga, que no quiere vivir más. Está llena de alcohol y de tristeza.

Gené corre a abrazarla, a sostenerla entre sus brazos hasta que logra sentarla en una de las sillas.

—¡Señora, ya estoy aquí!

Silvino entra por la puerta casi sin aliento, pero con la energía del que está preparado para ayudar en lo que haga falta.

—Ya está tranquila, Silvino. Gracias.

—No tiene que dárme las, señora. Si me necesita, solo tiene que llamarme. Como hoy o como las otras veces.

Parece que esto no es la primera vez que ocurre.

Silvino se va con la respiración todavía agitada. Sarita se queda en la puerta.

—¡Sarita! ¡Vuelve a tu trabajo, chismosa! —le grita Gené, sin poder mantener las formas.

Sarita desaparece y yo sigo sin reaccionar a lo que acaba de pasar ante mí. Apoyada en el reposabrazos del sofá, observo a Gené abrazando a su hermana.

—¡Ayúdame a tumbarla en el sofá! —me pide.

Agarrándola cada una por un brazo, conseguimos llevarla hasta el sofá. Gené la acomoda con cariño y la tapa con una manta demasiado pequeña, que deja los hombros y las zapatillas deportivas de Sonsoles al descubierto.

—Tranquila, hermana. Todo está bien —le repite varias veces Gené, mientras le acaricia la cara.

La dejamos descansar. Gené se sienta en su sillón, apoyando la cabeza en el respaldo, con las manos muertas sobre el regazo y los ojos cerrados. Yo me siento frente a ella, en la silla que hace un momento ocupaba Sonsoles. Nos mantenemos en silencio.

Le he dado tiempo, y también me lo he dado a mí, antes de preguntarle por lo que acaba de pasar. Pero no puedo esperar más.

—¿Qué acaba de pasar, Gené?

—¡Qué acaba de pasar! Pues que has visto a una persona enferma.

No ha abierto los ojos ni se ha movido, solo lo necesario para decirme lo que me acaba de decir. Pasa la lengua por los labios. Los debe sentir secos. Abre los ojos. Los tiene aguados, y su mirada, al igual que el resto de su cuerpo, se ve frágil.

—Mi hermana nunca ha estado en Perú. Estaba en un centro de desintoxicación para curarse y no hace falta que te diga que ha recaído. Como puedes ver, en mi familia, al igual que en la tuya, también padecemos el estigma de tener un familiar con una enfermedad incomprendida por la mayoría de la sociedad. —Se le escapa una lágrima. Rápidamente, se pasa el reverso de la mano por el ojo y evita que llegue a la mejilla—. El alcoholismo es una enfermedad. Y la gente sube videos o los comparte para echarse unas risas, viendo a una persona que no puede mantenerse en pie debido al alcohol. Se ríen de una persona, en muchos casos, enferma. —Alza la voz—. ¿Te imaginas un video de una persona sufriendo un ataque epiléptico, y la gente compartiéndolo en redes o haciendo memes para echarse unas risas?

Nunca me había sentido tan cerca de Gené. Después de tantos años que nos conocemos, por primera vez me está dejando ver quién es en realidad. Una mujer frágil, bajo una capa de corazas, que se han agrietado hasta romperse, al ver así a su hermana.

—¿Hay algo que pueda hacer?

Gené cierra los ojos de nuevo y, moviendo la cabeza ligeramente, me dice que no. Lo mejor es que la deje sola. Me pongo en pie, sin prisa, para darle tiempo a frenarme si lo que quiere es que no me vaya. Pero no dice nada y, manteniendo los ojos cerrados, oye cómo la puerta se cierra tras de mí.

Sarita ya no llora. Sentada, con los codos sobre la mesa y las palmas de las manos unidas, parece rezar.

—¿Sonsoles está bien? —me pregunta, levantándose con ímpetu.

—Sí. Ahora duerme en el sofá. Sarita, ¿había pasado esto antes?

La barbilla de Sarita le toca el pecho. Sus manos se entrelazan nerviosas delante de su pantalón de raya diplomática. No hacen falta palabras. La respuesta es sí.

—La última vez estaba el señor Lombao. Se enfadó muchísimo y exigió que tú volvieras a llevar su caso o el bufete dejaría de representarlo.

Jamás me hubiera imaginado por lo que está pasando Gené. Es lo que ocurre cuando ocultas tus emociones, que nadie sabe que necesitas ayuda. Apuesto a que los únicos que saben de la enfermedad de Sonsoles son la familia más cercana.

—Entonces, ¿el bufete ya no representa a Sebastián? Quiero decir, ¿al señor Lombao?

—Gené consiguió convencerlo con la promesa de incorporar a Pozos al bufete. Ya sabes cómo es la gente con dinero, la flor y nata de la sociedad, que exigen lo más de lo mejor. Y después de ti, Pozos es la mejor.

—Entiendo. Sarita, ahora tengo que irme. Dile a Gené que la llamaré.

Salgo del bufete. Bajo en el ascensor, recordando las palabras de Sarita: «la flor y nata de la sociedad», que a su vez me recuerdan a las del saxofonista hablando de Sorní: «En dos semanas va a celebrar su noventa y tres cumpleaños, con una fiesta a la que acudirá la flor y nata de la sociedad de esta ciudad».

Silvino no está en la portería. Mejor, así evito que me hable de lo que acaba de suceder con Sonsoles. No es que no me importe o no me preocupe, es que no quiero que me distraiga de lo que estoy pensando. He tenido una idea a la que le daré vueltas durante el camino.

Me coloco en el borde de la acera, con las puntas de los pies levitando sobre el asfalto, y paro un taxi.

El taxi me deja delante de la puerta de la pastelería, en la que un cartel anuncia la próxima inauguración. Faltan pocos días y Lucas está a punto de subirse a la escalera para colocar las bombillas del expositor. Está casi todo listo. Quedan los últimos detalles. El cartel de madera —Pastelería Nona y Flora—, de color verde agua, como la fachada, y las letras doradas, ha llegado esta misma mañana junto con la nueva amasadora, que Flora está estrenando ahora mismo en el obrador y no puede oírnos.

Le cuento a Lucas lo sucedido en el bufete: lo que he hablado con Gené respecto al tema de la secta, y también lo de Sonsoles. Tras un breve intercambio de opiniones, la conclusión es que ni Lucas ni yo creemos que Gené o su familia estén relacionados con la muerte de Julián. Temo que ambos nos estemos equivocando y dejando llevar por la empatía. Tener a un familiar con una enfermedad como el alcoholismo no es fácil. Sé bien lo que es lidiar con una enfermedad estigmatizada. Lo mucho que complica la curación del enfermo, y el sufrimiento que produce en él y en sus familiares la deshonra social que ocasiona.

—¡Sujeta bien la escalera! —me pide Lucas.

Lucas sube uno a uno los peldaños que yo voy contando mentalmente. Una cuenta atrás hasta que llega a lo más alto.

—¡Lucas!

—¡Dime! —responde sin mirarme, mientras le da vueltas a una bombilla que, al ser tan pequeña, sujeta con el índice y el pulgar.

No he dejado de pensar en la misma idea desde que salí del bufete, y sigo pensando en ella ahora que tengo a Lucas delante de mí. Es arriesgada, pero podría ayudarnos, y mucho, a descubrir quién mató a Julián.

—¿Recuerdas lo que dijo el saxofonista? ¿Cómo se llama?

De nuevo he olvidado su nombre. No se me queda.

—Emilio.

—¡Eso! ¡Emilio! ¿Recuerdas lo que dijo? ¿Que en dos semanas Sorní iba a celebrar su noventa y seis cumpleaños con una fiesta por todo lo alto?

—Sí, lo recuerdo.

—¿Y que acudiría la flor y nata de la sociedad de esta ciudad?

—Sí.

—¡A su casa!

Cansado de tanto suspense, Lucas deja las pequeñas bombillas a medio colocar y se baja de la escalera.

—¿A dónde quieres llegar, Li?

Ya sabe que lo que le voy a decir no le va a gustar. Me observa con el ceño fruncido, como una madre cuando sabe que le vas a decir algo que la va a hacer enfadar.

Me aparto el flequillo para mostrarle mi mirada decidida, pero resulta inútil. Cuando dejo caer la mano, el flequillo vuelve a caer ante mis ojos.

—Sé cómo puedo entrar en la fiesta. Una vez dentro, buscaría alguna...

Lucas no me deja terminar. Eleva los brazos, entrelaza las manos dejándolas caer sobre la cabeza, haciendo un gesto de negación.

—¡No, no y no! —grita.

Sabe que lo haré, y el grito y la negativa son de frustración.

Flora se asoma por la puerta del obrador, con una mezcla de preocupación y chismorreos.

—¿Qué les pasa, mis niños? ¿Una pelea de enamorados?

18

El coche se detiene antes de que la verja de hierro forjado se abra, y puedo ver a través del cristal de la ventanilla la figura del árbol tallado en relieve en la piedra del muro. Un suspiro inevitable sale de mí: nervios, recuerdos, miedo... Todo eso es este suspiro.

Sebastián coloca la mano sobre la mía. Procurando no ser brusca, retiro mi mano.

—¿Estás bien?

—¡Mejor imposible! —contesto.

El guardaespaldas de Sebastián me observa con disimulo por el retrovisor. Parece desilusionado de verme aquí. Pensará que he caído en la tentación, ignorando que nada más lejos de la realidad, que mi propósito no es ese y que evitaré, con todas mis fuerzas, que algo ocurra entre su jefe y yo.

Durante estos quince días, desde que yo le conté mi plan mientras él colocaba las bombillas del expositor, Lucas ha insistido en que no le parecía una buena idea. Se lo he consultado a Mery en una de las sesiones, y me ha dicho lo mismo. Las dos únicas personas que saben por qué estoy aquí me han dicho que no debería estar.

El coche cruza la arboleda y la fachada de la casa se manifiesta ante nosotros como la mejor presentación. Sin saber nada de arquitectura, diría que se parece a un castillo.

Sebastián baja del coche, me abre la puerta y después me ofrece la mano para ayudarme a salir. Mi vestido rojo de satén, de espalda abierta, permite que sus dedos me acaricien la espalda al subir la escalinata. El portón está abierto de par en par y franqueado por los anfitriones. Una mujer y dos hombres que rozan los setenta años, y que nos sonríen desde que nos hemos bajado del coche. Ninguno es el cumpleaños.

—¡Buenas noches, Sebastián! Nos alegra que hayas venido. Mi padre se alegrará de verte.

La mujer es la primera en hablar. Lleva un vestido impresionante, dorado como su cabello y como el collar de varios quilates que lleva al cuello. Un cuello, que deduzco, tendrá que ser tratado por un fisioterapeuta acabada la fiesta.

—Gracias por la invitación, señora Sorní. Ella es Lidia Olano Cid.

La señora Sorní se dirige a mí, con una sonrisa cálida.

—Espero disfrutes de la velada.

—Gracias, señora Sorní —respondo nerviosa, a punto de hacerle una reverencia, sobrepasada por la situación. Nunca había acudido a una fiesta de tanto postín.

—Llámame Eleonor. Sebastián es un zalamero, por eso me presenta como señora.

Sebastián continúa con las presentaciones.

—Y ellos son Arturo y Borja Sorní, hermanos de Eleonor.

Me saludan educadamente, con un «encantados de conocerte» y sonrisas igual de cálidas que la de su hermana.

Borja Sorní, el que parece ser el más joven o jovial de los tres hermanos, golpea amigablemente la espalda de Sebastián. Puede que aparente ser más joven por cómo va vestido. Lleva un traje de solapas coloridas, con una camisa de un llamativo color amarillo. Seguro que pertenece a una gran firma. El cabello lo lleva teñido, engominado y recogido en una coletita en la nuca. Un poco hortera, para mi gusto.

—¡No vayas a pasarte toda la noche haciendo negocios y disfruta!
—le dice a Sebastián, sin dejar de palmearle la espalda.

—¡No le digas eso, Borja! Que Sebastián haga lo que crea conveniente, como tratar unos asuntos pendientes conmigo.

Su hermano Arturo no está de acuerdo. Parece ser más serio. Lleva un traje clásico, con un pañuelo de color granate en el bolsillo de la chaqueta a juego con la corbata, y un gran sello de oro con una piedra de rubí en uno de sus dedos.

Sebastián no tarda mucho en unirse a la manada.

—¡Borja, escucha a tu hermano Arturo! ¡Siempre es un buen momento si hablamos de un buen negocio! —exclama, dando un golpecito con el puño en el brazo de cada hermano.

Los tres machos sueltan un par de carcajadas que parecen enlatadas.

—La noche es muy larga, podréis disfrutar y hablar de negocios. La fiesta es en el jardín. Disfrutad de la velada.

Eleonor nos despide para dar paso a los siguientes invitados que esperan protocolariamente en el primer escalón de la escalinata.

Somos de los primeros invitados en llegar. El jardín está decorado para la ocasión con luces que cuelgan de un árbol a otro. También con centros de flores en las mesas dispersadas en una parte del jardín, al lado de la pista de baile y de un escenario en el que un cuarteto de jazz está tocando.

—¡Emilio! —exclamo en voz alta, sin querer, fruto de la sorpresa.

—¿Cómo dices? —me pregunta Sebastián.

—¡No, nada! —respondo apurada.

El saxofonista es uno de los miembros del cuarteto. Toca el saxofón con el sombrero tapando su cara. No me ha visto. Es raro que toque para esta gente a la que tanto detesta, o por lo menos eso fue lo que nos transmitió. Sus zapatos están igual de brillantes y, en esta ocasión, el traje parece que es nuevo.

—¡Sebastián, *bello*! ¡Siempre es un placer verte!

Una mujer alta y delgada, morena por el sol, de pelo largo y ondulado, se acerca seguida de un hombre mucho mayor que ella.

—¿Cómo estás, Serena?

—¡Pues ya me ves, cada día más vieja!

—¡No digas tonterías, los años no pasan para ti! A tus cuarenta y... ¡pocos!, sigues estupenda. —Sebastián la adula, le ha dicho lo que quería escuchar. Estoy segura de que los cuarenta y pocos, en realidad son cuarenta y muchos, casi cincuenta. Sebastián se dirige a mí—. Lidia Olano Cid, ella es la duquesa Serena De Montello y su marido, el duque Giovanni De Montello.

Nos saludamos, y Sebastián y la duquesa siguen conversando.

—¿De vacaciones?

—¡*Ecco fatto*, Sebastián! Ya sabes lo mucho que me gusta España... y los españoles.

El tonto de la duquesa De Montello con Sebastián es disimulado, pero no oculto. Al duque no parece importarle. Parece tener más ganas de irse a su casa que de batirse en duelo para salvar su honor. Porque me imagino que era así, batiéndose en duelo, como actuaba en su juventud ante una situación como esta. Lo veo alejarse hacia la zona del jardín donde están colocadas las mesas. La duquesa continúa con su coqueteo con Sebastián, mientras yo observo al duque intentando encontrar su mesa hasta que un camarero lo ayuda. El duque me recuerda a Nona.

—¡Marquesa De Somosierra!

Al escuchar el nombre de la madre de Gené, vuelvo a prestar atención a lo que sucede cerca de mí, dejando la visión del duque De Montello sentado en una silla.

Gené y su madre son como dos gotas de agua.

—¡Lidia! No esperaba encontrarte aquí.

Podría decirle lo mismo, pero me lo callo y simplemente sonrío. Me pregunto qué es lo que hacen aquí los padres de Gené cuando, según Gené, ellos no tenían ni tienen nada que ver con la secta. ¿Acaso me ha mentido?

La buena disposición de las mesas y lo cuidado que está el jardín son los temas de conversación.

Necesito desaparecer unos minutos.

Me dirijo a Sebastián:

—¿Sabe dónde está el aseo, señor Lombao?

Sebastián acerca su boca a mi oreja.

—¡Como me vuelvas a llamar señor Lombao, me enfadaré! —me susurra, tocándome el borde de la oreja con los labios.

—Es la costumbre, perdona —me disculpo. Pero esta vez no ha sido la costumbre, han sido los nervios.

—Sigue recto por el jardín, por ese camino iluminado por antorchas, y encontrarás la casa de invitados. Allí están los aseos —me dice, con una sonrisa que me muestra una vez más su atractivo.

Sin dejar de pensar en que Gené me ha mentido, sigo las indicaciones de Sebastián. Estoy ansiosa y respiro hondo, como Mery me ha dicho que haga en estas ocasiones. También me ha dicho que piense con frialdad, que no me deje llevar por el miedo, la angustia, por todo aquello que me aleje de la tranquilidad.

A mitad de camino, más tranquila, saco el teléfono de mi minúsculo bolso. Es, prácticamente, lo que cabía: junto con las llaves de casa, el DNI y la tarjeta del banco. Ni siquiera he podido meter un paquete de pañuelos de papel, con los que ahora me limpiaría el sudor de las manos.

—¿Estás bien, Li? —me pregunta Lucas, nada más descolgar.

—Sí, sí, estoy bien... Te llamo porque... ¡Lucas, los padres de Gené están aquí! ¡Me mintió!

—¿Qué tiene que ver que estén ahí con haberte mentido?

—¿Cómo qué, qué tiene que ver?

Mantenemos una conversación en la que termino colgando sin estar de acuerdo. Lucas cree que el hecho de que los padres de Gené estén en la fiesta no significa que pertenezcan a la secta. Según Lucas, han sido invitados, al igual que otros aristócratas y convidados, sin ninguna razón más allá que su pedigrí. Yo tengo mis dudas.

—¿Es usted la última?

Tras la llamada, necesitaba un momento antes de entrar en el aseo, y me he quedado en el pasillo, pensativa.

—No, no... Puede usted pasar, señora alcaldesa.

Es posible que su sonrisa no sea solo de amabilidad, sino que le haya hecho gracia que le llamara alcaldesa con esa pleitesía. A pesar de que sigo dudando de que Gené me dijera la verdad sobre sus padres, está claro que Lucas tiene razón. Todos los invitados tienen, de una forma u otra, pedigrí.

A mi regreso, ni la duquesa De Montello ni la marquesa De Somosierra rodean a Sebastián. Están sentadas en sus respectivas mesas, con sus respectivos maridos. Sebastián charla con Arturo Sorní y, por las primeras frases que escucho, hablan de negocios. Miro hacia el escenario y Emilio sigue tocando oculto bajo el sombrero. Lo observo mientras Sebastián y Arturo Sorní me ignoran. Discuten sobre una inversión en la que Sebastián no quiere participar.

Cada vez llegan más invitados, entre ellos Agri y Ricardo, que vienen acompañados de Piluca y de su marido. No esperaba encontrármelos, y me parece que Agri tampoco esperaba encontrarme a mí, sobre todo al lado de dos personas tan importantes de la sociedad. O eso es lo que creo ante su cara de estupor. Ricardo no me ve y, junto al marido de Piluca, se alejan hacia una zona del jardín y dejo de verlos. Agri y Piluca se han quedado sentadas en la entrada, en dos sillones de mimbre con cojines beige. Y pienso, que no me engaño, cuando creo que Agri está haciendo como si no me hubiera visto.

—¿Te gustaría, Lidia?

—Perdón, ¿qué? Estaba despistada.

—Te preguntaba si te gustaría ver el interior de la casa. Te aseguro que merece la pena. Arturo me ha dado su permiso —me propone Sebastián.

—¡Así es! ¡Podréis disfrutar viendo valiosas piezas de arte!

Sus palabras son miel para mis oídos.

—¡Claro que me gustaría! ¡Vamos! —exclamo entusiasmada, aunque mi interés por entrar en la casa no sea para disfrutar de sus piezas de arte.

Podría perderme entre tanto pasillo con puertas que llevan a grandes salones, a habitaciones con maravillosas vistas, a baños lujosos, a la amplia biblioteca... Tras hacerme una visita guiada, en la que Sebastián me ha hablado de los antiguos dueños —condes, vizcondes, marqueses, duques y barones—, de las molduras decorativas de los techos, de las obras de arte, de las alfombras importadas, de las antigüedades mobiliarias..., es en un pequeño salón, de paredes decoradas con papel pintado, donde hemos terminado.

Me siento con cuidado, intentando que el vestido de satén se arrugue lo menos posible, en el sofá de terciopelo verde y patas de madera, situado delante de una chimenea apagada.

—¿Quieres tomar algo? ¿Vino, güisqui...?

—Un poco de agua, gracias.

Lo veo caminar hacia el mueble bar, sobre el que hay varias botellas y copas de distintas formas y tamaños. Encima del mueble, en la pared, cuelga el retrato de una mujer que, casualidades de la vida, se parece a su todavía mujer Marina Monterreal de Cruces. El cuadro es de un tamaño mediano, suficiente para destacar en un salón pequeño.

Sebastián se quita la chaqueta y la cuelga en el perchero de pie que hay al lado de la puerta. Aún lleva puesto el pantalón del traje, los zapatos de cordones y los gemelos en los puños de una camisa estrecha que delinea su torso, pero, por su mirada chulesca y pícara, no me extrañaría que empezara a desnudarse realizando un striptease. Está claro que se gusta y se quiere muchísimo. Se acerca para darme la copa. Cuando lo tengo tan cerca, tengo que reprimir las ganas de arrojarle en sus brazos y besarle, sobarle cada parte de su cuerpo perfecto. Y no solo tengo que reprimir las ganas, sino evitar que él lo note.

Se separa de mí, para quedarse de pie con la copa de vino en la mano y el codo apoyado en la cornisa que bordea la chimenea.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Sebastián?

La situación me tiene tensa y hablo, aunque no sepa muy bien lo que digo, porque lo que menos me apetece es hablar de nosotros. Lo que quiero es salir de lo que parece un castillo y volver a mi casa. Más que querer, viendo a Sebastián delante de mí, es lo que debería hacer si no quiero caer en la tentación.

—Quiero que hablemos, Lidia. Solo eso.

—¿Hablar de qué?

—De lo bien que lo podíamos pasar tú y yo. Nunca he conocido a una mujer como tú. Puede que me esté enamorando de ti.

Lo que veo ante mí es a un niño intentando engañar a un adulto, y creyendo que lo está logrando. Pero mis ojos ya distinguen la verdad en lo que ven, cansados de tantos engaños, de espejismos en medio del desierto. Soy más segura de mí misma y, más que nunca, no le creo. No necesito hacerlo para sentirme bien. Igualmente, le sigo la corriente y sonrío como una boba.

Se aleja de la chimenea, pone una mano sobre la pared de papel rayado y empuja.

Detrás de una puerta oculta en la pared, hay un pequeño comedor con vistas al jardín donde se está celebrando la fiesta. No le falta detalle: velas, cubertería y cristalería buena, un centro de mesa floral, dos botellas de vino y unos entrantes fríos dispuestos en dos bandejas. Y, lo más probable, es que los segundos platos y el postre estén bajo las dos campanas que hay sobre un carro de servicio.

—He pensado que podíamos disfrutar de una cena, los dos solos —me dice, invitándome, caballerosamente, a sentarme en una de las lujosas sillas tapizadas, con respaldo y reposabrazos.

Es obvio, cuando uno tiene la mente clara, que Arturo Sorní y Sebastián son cómplices en sus amoríos. Todo está preparado para hipnotizarme con una noche de ensueño que termine en una cama o, a falta de ella, en el sofá de terciopelo verde y patas de madera.

—Necesito ir al aseo —me excuso, con la falsa sonrisa de boba.

—¡Cómo no! Está al fondo del pasillo.

Durante la visita guiada de Sebastián, me he fijado en uno de los despachos del piso de arriba. Sebastián no me dijo que era el despacho del viejo Sorní cuando entramos a ver un atlas antiguo de la colonización de América expuesto en una vitrina, pero todo lo que allí había indicaba que era su despacho, o lo había sido. Varios libros de genética aplicada, otros de ideología fascista y, sobre la mesa del despacho, bien a la vista, la fotografía de un día de pesca con Francisco Franco Bahamonde, que apoya la mano en el hombro de un Sorní joven, mientras ambos miran a la cámara sonrientes.

Si me encuentro con alguien, le diré que estoy buscando el aseo. No es eso lo que me preocupa. Lo que me preocupa es perderme y no encontrar el despacho. No puedo tardar mucho, o Sebastián saldrá a buscarme. Al salir con Sebastián del despacho del viejo Sorní, me fijé en que en el pasillo había un jarrón de gran tamaño. Creo que me llegará por la cintura. Voy en busca de ese jarrón, perdiéndome entre pasillos que no son.

Como pensaba, el jarrón me llega hasta la cintura. No quiero pensar en lo que debe valer. Seguro que se podría cubrir gran parte de los gastos en sanidad pública. Escucho detrás de la puerta, para confirmar que dentro del despacho no hay nadie. No escucho nada y me atrevo. El pomo chirría. Me quedo quieta, temiendo que el ruido haya alertado a alguien. Ni escucho ni veo nada, y entro.

Tras una rápida mirada panorámica, decido que la mesa del despacho será el primer sitio en el que voy a buscar. Me agacho para que nadie me vea a través de la ventana.

El primer cajón no tenía nada interesante, ni el segundo, ni el tercero... El cuarto está cerrado con llave. ¿Dónde estará la llave?

Reviso de nuevo los cajones abiertos. Tengo las dos manos en el fondo de un cajón cuando oigo el chirrido del pomo viejo de la puerta. El corazón me late a toda velocidad. Va a entrar alguien, y voy a ser descubierta.

«Tranquila, Lidia, tranquila», me digo.

19

Al oír el chirrido del pomo, me he escondido bajo la mesa del despacho. La respiración va a delatarme. Tengo la cabeza metida entre las piernas, que me tiemblan, y no soy capaz de respirar más despacio, en silencio.

Los pasos se acercan a la mesa. Son pisadas suaves, parecen cautelosas. Tres pasos más, y estará delante de mí. Dedico ese tiempo a pensar en alguna excusa que justifique el que yo esté aquí, bajo la mesa del despacho del señor Sorní, pero no se me ocurre nada.

El frente de la ventana está más iluminado que el resto del despacho, por las luces que cuelgan de árbol a árbol en el jardín, y puedo ver brillar sus zapatos. Dudo un momento antes de salir de mi escondite, pero los zapatos brillantes y unas piernas larguiruchas me dan seguridad.

—¡Emilio! —susurro.

Su cara arrugada, de una delgadez casi extrema, que le marca los pómulos haciendo que los ojos aparenten saltones aunque no lo sean, aparece ante mí.

—¿Qué haces ahí? —susurra, mientras me ayuda a salir de debajo de la mesa.

Utilizamos un par de minutos, yo, para explicarle que busco pistas sobre la muerte de mi hermano, y él, para decirme que está buscando indicios de que la secta pueda estar resurgiendo.

—En los tiempos que corren, con la creciente subida de ideologías de extrema derecha, podrían obtener muchos adeptos. Ellos lo saben, y no van a perder esta oportunidad de negocio. Porque, ideologías aparte, los que llevan el asunto, los grandes jefes, lo hacen porque es un buen negocio. Son millonarias las donaciones de algunos de sus adeptos, sin contar con la suma total de los donativos y la red de empresas que se crean alrededor de la secta, además de otras cosas. Lo más importante es el poder que llegan a tener.

Un escalofrío me recorre el cuerpo al pensar que métodos utilizados por los nazis en los campos de concentración, o en España durante la dictadura franquista y principios de la democracia, puedan volver a ser empleados. Que una ley aprobada en el Congreso y en el Senado, por una mayoría ultraderechista, le dé legitimidad al uso de algunos de esos métodos.

—Debo irme. Tengo que reunirme con el resto del cuarteto para hablar sobre unos arreglos antes de que termine el tiempo de descanso. Sal tú primero, y yo lo haré un minuto después —me indica Emilio, y salgo del despacho.

A mi regreso al pequeño comedor, mi actitud ha cambiado.

Durante la cena privada, Sebastián intenta conectar conmigo. Me busca con la mirada, me habla, pero yo rechazo su mirada y mis respuestas son secas. Monosílabos, quizás un par de frases. No se lo estoy poniendo fácil.

—¿Estás bien? ¿Te pasa algo?

Mi cambio ha sido tan evidente que la pregunta se hacía esperar.

—Me gustaría volver a la fiesta.

—¡A la fiesta! ¿Es que no estás bien aquí..., conmigo? —coquetea seductor.

—Sí, por supuesto que sí. Pero no tengo la ocasión de acudir a una fiesta como esta todos los días, y me gustaría disfrutar de ella. Quizá, más tarde, podamos volver a este... ¡Escondite! —respondo, intentando ser igual de seductora. No quiero perder su confianza.

Alejo el plato de postre. Me levanto y Sebastián hace lo mismo. Antes de salir, recoge la chaqueta del perchero y se la pone. Nota cómo no puedo evitar mirarlo con deseo.

—¿Estoy guapo?

Asiento y, en ese momento, veo inevitable ceder a su intención de unir su boca con la mía. Un beso que me humedece los labios y que convierte nuestros suspiros en uno solo. Cierro los ojos, como si no ver eximiera mi culpa.

El cuarteto ha terminado el descanso, y las primeras notas del saxofón de Emilio, junto con las manos de Sebastián subiendo como culebrillas por mi cintura directas a los pechos, me recuerdan el motivo por el que estoy aquí.

Me cuesta separarme. Disfruto de los últimos segundos antes de ponerle una mano en el pecho, a modo de freno.

—¿Qué te parece si lo dejamos para después? Esta noche me gustaría poder disfrutar de las dos cosas, de la fiesta y de ti. No perderme nada.

Intenta volver a besarme, pero me escabullo y abro la puerta.

—¡Vamos! —exclamo sonriente.

Al salir al jardín, la mayoría de los invitados están concurridos en la pista de baile, delante del escenario. La voz de Eleonor Sorní se ha escuchado previamente por los altavoces, avisando que el cumpleaños decrépito estaba a punto de hacer su aparición estelar. Obviamente, no lo ha dicho con esas palabras.

No estoy preparada para ver a ese monstruo, ver sus ojos. Miro al cielo, al tejado, a la azotea, y me recuerdo a mí y a mi madre subidas al murete. Oigo la voz de mi madre: «Los ángeles nos están esperando, pequeña».

—Lidia, ¿te encuentras bien?

Sebastián me habla con su brazo rodeándome la cintura, aprovechando la ocasión para atraerme hacia él.

—Sí, sí... —contesto—. Voy un momento al aseo.

«Los ángeles nos están esperando, pequeña». No puedo dejar de pensar en las palabras de mi madre mientras cruzo el jardín hasta la casa de invitados. Si el camino no estuviera iluminado por antorchas, me hubiera perdido y no hubiera llegado. Creo que debería irme a casa. Está siendo una noche de demasiadas emociones.

En el porche de la casa de invitados, un grupo de personas disfruta de la fiesta. Entre ellos, la duquesa Serena De Montello, rodeada de admiradores entrados en la tercera edad, posibles reemplazos del moribundo duque. También está Agri, acompañada de su única e inseparable amiga Piluca.

Intento pasar desapercibida y voy directa al aseo.

Delante de un espejo rococó ovalado, con las manos sobre el lavabo de mármol veteado, me miro directamente a los ojos y me reto. He venido aquí para descubrir quién mató a Julián, y eso es lo que haré. Recopilaré información y, cuando esté en casa lo analizaré. Analizaré lo que haya visto y oído y, sobre todo, si Gené me ha mentado.

Pero para poder hacer todo eso, antes tengo que conseguir controlar los recuerdos. Atarlos con un nudo marinero en ocho doble, como diría Gené. Si alguien descubre por qué estoy aquí, no sé lo que podría pasar. Quizás, acabar como Julián. Noto cómo mis pulsaciones se aceleran. Esa es otra cosa que he de controlar: los nervios, la ansiedad... que me provocan los recuerdos y el miedo.

—¡Lidia!

Es Agri. Escucharla me da tranquilidad. Me giro con otro semblante, sonriente.

—¡Hola, Agri! ¿Estás muy guapa?

—Tú también, Lidia. ¡No esperaba verte aquí!

Lo sé. Me he dado cuenta. Pero no le digo nada.

—Uno de los clientes del bufete me ha invitado, el señor Lombao.

—¡Sebastián! ¡Qué guapo es el condenado! Parece que su divorcio está siendo interminable. Marina Monterreal de Cruces no va a dar su brazo a torcer, sea lo que sea que exija. La conozco.

—No sabría decirte...

—¿Cómo va el tema de la maternidad?

—Mañana tengo visita en la clínica para saber si estoy embarazada. No debería estar aquí, pero...

—¡No podías perderte este fiestón! ¡Estamos los más ricos y glamurosos de la ciudad!

Estoy a punto de reír, cuando soy consciente de que lo dice de verdad, que no está bromeando.

Agri agacha la mirada.

—Quería pedirte perdón por cómo me puse contigo el otro día. Pero, tienes que entenderme, me preocupa Mariló. Que vuelva a revivirlo todo —me dice.

—Te entiendo perfectamente. No te preocupes. ¡Olvidado!

—¿Sabes algo más? Me ha dicho Mariló que te ha llamado y que tú siempre le dices que no habéis descubierto nada nuevo. ¿Es verdad... o no le has dicho nada por no disgustarla?

Agri no puede estar más acertada. Mariló me ha llamado varias veces, pero no me he atrevido a contarle lo que hemos descubierto, por lo duro que es de digerir. No quería hacerla pasar por eso.

Empiezo a relatarle lo que hemos descubierto, pero Agri me agarra del brazo, me saca del aseo y me mete en una habitación en la que nadie puede escucharnos. Cuando termino de explicarle todo lo que hemos descubierto: lo del sello, la secta, las torturas..., Agri sigue manteniéndose en silencio, sentada al borde de la cama. Yo estoy de pie delante de ella, apoyada en una cómoda, intentando que las lágrimas no me estropeen el maquillaje, dándome suaves toquitos con la yema de los dedos en el lagrimal.

—¡No puede ser! —exclama Agri.

—Lo sé, parece el guion de una película de terror.

—Prométeme que no le dirás nada a Mariló —me pide con los ojos aguados.

—¡Claro que no, Agri! ¡No te preocupes!

Mi teléfono móvil vibra dentro del bolso. Tengo varios mensajes de Lucas. Le contesto para que esté tranquilo: «Todo bien».

—Debería volver a la fiesta. Sebastián me estará esperando.

—Vete tranquila. Yo necesito unos minutos.

Veo a Agri muy afectada. Se ha quedado sentada en el borde de la cama, reflexiva. Era la mejor amiga de mi madre y una madre para Julián.

—¿Te encuentras bien, Agri?

—Sí. Vete tranquila. Estoy bien. Solo necesito unos minutos.

De regreso a la pista de baile, tengo presente el reto que me he marcado frente al espejo rococó. Con más confianza, camino con paso firme y decidido bajo la luz de la luna, entre el fuego de las antorchas, con mi vestido de satén rojo y mi pelo suelto. ¡Empoderada!

Me mezclo entre los invitados hasta llegar a Sebastián.

—¡Creí que no ibas a volver! —bromea.

—Me he encontrado con una conocida.

—No te has perdido nada. El viejo aún no ha hecho acto de presencia para soplar las velas.

Un pastel de tres pisos, sobre una mesa con ruedas, llama la atención en el centro del escenario. El primer piso y el último están cubiertos por un glaseado de fresas silvestres y el del medio por un glaseado de limón, formando los colores de la bandera de España.

Arturo Sorní se acerca a nosotros.

—¿Estás disfrutando de la fiesta, Lidia? ¿Qué tal la visita? ¿Sebastián ha sido un buen guía?

Su mirada es examinante, creo que con la intención de adivinar si la emboscada fabulada con su amigo, para que este lograra llevarme a la cama o, a falta de ella, al sofá de terciopelo verde con patas de madera, ha llegado a buen puerto. Capto una seña disimulada de Sebastián diciéndole que no, que el plan aún no se ha culminado, y la mirada examinante de Arturo Sorní muta a decepcionada.

—¡Arturo, papá va a salir ya!

Borja avisa a su hermano y, tomándolo del brazo, lo lleva en dirección al escenario esquivando a los invitados.

—No le has contestado a Arturo —me dice Sebastián.

—¿Cómo?

Expectante por ver al viejo Sorní, concentrada en controlar las emociones, en estos momentos no recuerdo la pregunta de Arturo Sorní.

—¿Estás disfrutando de la fiesta, Lidia? —dice Sebastián, imitando la voz engolada de su amigo Arturo.

Los aplausos repentinos apenas me dejan escuchar mi nombre. El viejo Sorní, en silla de ruedas, con la cabeza ladeada hacia el corazón y las manos inútiles en el regazo, hace acto de presencia en el escenario. Apenas queda rastro del hombre que fue, del hombre retratado en la fotografía que mostró Rosaura Mendoza. Con gran esfuerzo, sopla la vela ayudado por sus hijos. Debería darme lástima, y lo que siento es odio y una ira que intento contener.

El cumpleaños feliz no se hace esperar. La voz de la duquesa Serena De Montolla, estridente, suena por encima de las demás haciéndose notar. Observo a los invitados, ahora que están reunidos en un único espacio y no esparcidos por el jardín. Vuelvo a ver a los padres de Gené. Es decir, a los marqueses De Somosierra: a Eugenia y a su marido Pelayo, al que antes no he saludado y ahora no me apetece. Por eso llevo la vista rápidamente hacia otros invitados antes de que me vea. Como dijo Emilio, está la flor y nata de la sociedad: miembros del ayuntamiento y la diputación, aristócratas... y grandes empresarios, como Ricardo. Ricardo está al lado de Piluca y de su marido. Se nota que el resto de invitados les hacen el vacío. Creo que es porque los consideran ricos sin clase con los que no les gusta relacionarse. A Agri no la veo.

Eleonor Sorní se acerca al micrófono cuando la canción de cumpleaños termina.

—Hoy es el noventa y tres cumpleaños de una persona excepcional, que ha aportado a nuestro país su sabiduría y su buen hacer. Desde sus comienzos en medicina, siempre ha vivido para y por el enfermo. Mis hermanos y yo lo sabemos bien. Sus enfermos eran lo primero...

Cada vez que Eleonor Sorní dice «enfermos», pienso en la hipocresía de sus palabras. Su padre, esa persona excepcional de la que ella habla, en realidad es un monstruo. Si pudiera, si tuviera el valor y la falta de conciencia necesaria, correría entre los invitados, me subiría al escenario y le rodearía el cuello con mis propias manos, apretando con fuerza hasta que no le quedara ni un hilo de vida. Lo observo en la lejanía, queriendo matarlo.

—Está en las últimas. Desde el ictus que sufrió hace un par de meses ha empeorado mucho —me susurra Sebastián, que debe haberse dado cuenta de mi fijación por el viejo.

—¿Y quién dirige su fortuna?

—Margaret Thatcher.

—¿Cómo?

Sebastián se ríe ante mi reacción.

—Es así como llaman a Eleonor. Es la que lleva, con mano de hierro, los asuntos de la familia. Todos ellos, hasta los asuntos más privados de sus hermanos.

Ha aprovechado cada susurro para rozar suavemente los labios en mi oreja y soltarme su aliento y, al final, lo ha conseguido: me cuesta reprimir un suspiro.

—Deberíamos volver a nuestro escondite, Lidia.

Intento controlar el deseo.

—Le haríamos un feo al conmemorado. Mejor un poco más tarde.

Le sigo el juego, pero tengo que empezar a pensar en cómo evitar volver a ese lugar. Si no, estaré perdida. Caeré en la tentación, sí o sí.

Se oyen aplausos. Eleonor Sorní se está despidiendo en nombre de su padre y dándonos las gracias a todos por nuestra presencia.

Desde nuestro encontronazo como ladrones de guante blanco en el despacho del viejo Sorní, no habíamos cruzado nuestras miradas. Pero ahora, Emilio me mira fijamente desde el escenario, antes de taparse la cara con el sombrero y comenzar a tocar el saxo. ¿Me habrá querido decir algo con esa mirada? ¿Habrá encontrado algo?

—¡Bailas!

Sebastián, con mirada seductora y los brazos abiertos, se ofrece como un trofeo. Como si bailar entre sus brazos fuera el mejor regalo que me pudieran hacer.

La situación me está sobrepasando. He perdido el reto conmigo misma. No soy capaz de soportar ni un minuto más todo lo que me rodea. Quiero irme de aquí.

—¡Llévame a casa! —le suplico—. No me encuentro bien.

—¿Cómo? ¿Ahora? ¡Aún falta lo mejor! ¿No te lo querrás perder?

Sebastián no hace caso a mi súplica.

—No me encuentro bien, de verdad. Por favor, llévame a casa —insisto.

Salimos del jardín hacia la puerta principal. Sin tener en cuenta que le he dicho que no me encuentro bien, los dedos de Sebastián me rozan la cintura y, a momentos, se deslizan hasta la parte más baja del talle. Solo piensa en sí mismo, en sus necesidades.

En la entrada nos encontramos con Agri. Se ve impaciente, nerviosa.

—Agri, ¿qué haces aquí?

—Estoy esperando a Paco. Vendrá enseguida.

Sebastián se aleja de nosotras para llamar a su guardaespaldas, y chofer.

—¿Te encuentras bien, Agri? Estás afectada por lo que te he contado, ¿verdad?

—No es fácil digerir... Solo tengo ganas de llegar a casa.

—Te entiendo, Agri. A mí me pasa lo mismo, solo quiero llegar a casa.

—¿Y Ricardo?

—Volverá a casa con Piluca y su marido.

Sebastián regresa a nuestro lado. Nos despedimos de Agri y subimos al coche.

Sebastián intenta convencerme para que vayamos a su casa, y yo insisto en que no me encuentro bien. Le echo la culpa a la comida. Demasiado marisco, le digo. Dudo que mi excusa lo haya convencido. Creo que se siente ofendido, y que por eso, como un niño caprichoso que no soporta la frustración, ahora me ignora mirando por la ventanilla.

Quiero contestar el último mensaje de Lucas, avisarle de que estoy bien y que estoy llegando a casa. Pero Sebastián se sentiría aún más ofendido si ve que me es indiferente que él me ignore, que estoy más pendiente del teléfono móvil que de él.

Mery también me habrá mandado mensajes. Lucas y Mery han estado pendientes de mí durante toda la noche. Tenían razón, creo que no ha sido buena idea lo de acudir a la fiesta. No he conseguido nada, ni una sola pista sobre quién mató a Julián, solo más dudas sobre Gené y su familia. Además, me siento mal, como hacía tiempo que no me sentía: torpe, insegura, tenue... Reconozco cuando vuelvo a ser la que era, a repetir patrón. Por eso, me doy cuenta de que acabo de volver a hacerlo, a poner los sentimientos de otra persona, que no se lo merece, por delante de los míos. Y, sin dudarlo, saco el móvil del minúsculo bolso y contesto al mensaje de Lucas, sin importarme cómo le puede afectar a Sebastián, que me mira con cara de desprecio disimulado y le pregunta al chofer si falta mucho.

—Según el GPS... Dos kilómetros, señor.

Siento alivio. No veo la hora de dejar esta noche atrás.

En el momento de la despedida, Sebastián se muestra encantador. En dos kilómetros se le ha pasado el berrinche y ha decidido seguir jugando. O puede que su berrinche fuera parte del juego, y lo que pretendía era hacerme sentir culpable para que hiciera, con tal de no verlo así, lo que él quisiera. Me imagino lo que

le va a contar a su compinche Arturo Sorní: que ha perdido la batalla por un imprevisto, mi repentina indigestión, pero no la guerra. Los hombres y las mujeres como Sebastián en verdad son débiles. No saben llevar ni admitir con dignidad las derrotas.

—La luz de tu casa está encendida, ¿te espera alguien? —me increpa. Está celoso o quizá sea su ego dañado. Y, ¿cómo sabe cuál es mi piso?

No puede ser Lucas. Su coche no está en nuestro vado y, además, no tiene llaves para entrar.

—Puede que no me diera cuenta y la dejase encendida — respondo con sinceridad y me bajo del coche.

—¡Te llamo! —me grita antes de que yo cierre la puerta con ganas.

Estoy a salvo. Es lo que siento al meter la llave en la cerradura del portal y escuchar el coche de Sebastián alejarse. Me duelen los pies para subir por la escalera. Pulso el botón del ascensor, y oigo golpes en el vidrio de la puerta del portal. Me giro. Es Lucas.

Tras abrirle, me siento en el primer escalón y me quito los tacones. Mientras le cuento lo que ha pasado, me masajeo los pies.

—...Imagínate... Cuando estoy en el despacho de ese monstruo y oigo el pomo de la puerta, que va a entrar alguien... Y cuando me doy cuenta de que es Emilio...

—Me pondré en contacto con él para saber si ha descubierto algo —me indica Lucas.

—¿Y los padres de Gené? Ya sé que lo que me dijiste, de que estaban allí por su pedigrí, es creíble, pero... ¡No sé!

—Lo que pienso es que deberías descansar. Mañana es un gran día para ti. ¡Vas a ser mamá!

Es la primera vez que Lucas nombra mi futura maternidad. Puede que no sea tan futura, porque mañana sabré si estoy embarazada. Sonrío, olvidando lo que he vivido esta noche. Me voy a dar un descanso.

La esperanza se vuelve a internalizar en mí. Me levanto ágil. Lucas me recoge los zapatos y me sigue por la escalera. Sebastián me ha subido la libido. Tengo que ser consciente de ello y no aprovecharme de Lucas.

En cada zancada, en cada peldaño, el vestido de satén se desliza por mi piel, acariciándome. Mi cuerpo acalorado contrasta con el frío de la planta de mis pies desnudos pisando los escalones. No me doy media vuelta para ver la cara de Lucas, e intuir si siente el mismo calor que estoy sintiendo yo. Debo controlarme.

Hemos llegado al rellano de mi piso y, al ir descalza, mantengo la vista puesta en los pies. Noto que algo no está bien, cuando llegamos a mi puerta. Hay pequeñas astillas de madera esparcidas sobre el felpudo. Levanto la vista. La cerradura ha sido forzada. Alguien ha entrado en casa.

—¡Lucas! —susurro, señalándole la cerradura y un hilo de luz en el marco de la puerta.

—¡Silencio! —me ordena en voz baja, levantando una mano.

Empuja la puerta y todo está revuelto.

—¡Quédate aquí, y llama a la policía!

Los nervios me dificultan sacar el teléfono móvil del minúsculo bolso, apenas me dejan sujetarlo y marcar el 091.

Cuando le estoy balbuceando la dirección a la agente de policía, Lucas sale del piso.

—¡Está limpio! —me confirma con jerga policial, como si fuera una de sus compañeras del cuerpo.

Le paso el teléfono para que hable con la agente de policía y entro en casa.

Mis emociones hechas dibujos están esparcidas por el suelo: junto con los libros, las facturas y todo el papeleo que tenía en la estantería y los cajones. Los cojines del sofá y del sillón están rajados, y la espuma que los rellenaba, posada como copos de nieve por todo el salón. Han tirado la lámpara de pie, y a punto estoy de pisar los trozos de cristal de la bombilla con los pies descalzos. Lo que más me perturba, es una diana roja pintada en la pared.

20

Lucas, Flora, tía Elvira, el nuevo novio de tía Elvira —aún no me he aprendido su nombre—, Mariló y Agri, todos de pie, rodean la silla en la que estoy sentada. Todavía no sé si estoy embarazada y la consulta parece el bautizo. Estamos esperando al doctor. Laura nos ha dicho que venía enseguida. Me ha tratado como siempre. Me imagino que Salvador no le ha contado nada. Como le prometí, yo tampoco lo haré.

La espera me desespera y retuerzo con los dedos la tela del vestido nuevo. Cuando me compré el vestido rojo de satén para la fiesta, renové el fondo de armario. Lo he llenado de vestidos, faldas, vaqueros... y una blusa transparente que no sé si me atreveré a poner algún día.

—Ahora viene el doctor, estese tranquila —me dice Flora, y se une de nuevo a la conversación que mantienen entre todos, sobre la sensación de amplitud que le da a la clínica el blanco de las paredes y del mobiliario.

Siento emociones que son una antítesis. Siento una felicidad nerviosa por la noticia que el doctor me puede dar en cualquier momento, pero también siento otra emoción totalmente opuesta: el miedo que se ha instaurado dentro de mí desde ayer.

Después de que Lucas revisara toda la casa y se asegurara de que no había nadie dentro, hice una maleta con lo más necesario y nos fuimos a su casa. Dormí en su cama y él en el sofá, y hoy por la mañana hemos recogido a Flora para venir a la clínica.

No he puesto ninguna denuncia. Si lo hubiera hecho, hubiera tenido que explicarle a la policía el supuesto asesinato de Julián y lo

que hemos descubierto hasta ahora. Y, teniendo en cuenta quiénes son los posibles implicados, la flor y nata de la sociedad, no sería seguro para mí y, probablemente, también pondría en peligro a Rosaura Mendoza y a Emilio. No se llevaron nada de mi casa, pero dejaron algo. Una diana roja pintada en la pared, una advertencia.

El doctor ha dejado un tufillo de olor a tabaco al entrar en la consulta y sentarse en el sillón. Su cara indica que todavía no ha superado la muerte de su padre. Se sienta con un silencio que crea más tensión. Nos mantenemos expectantes, deseando que comience a hablar.

El doctor se quita las gafas y las deja sobre la mesa.

—Lidia, tengo que decirte que, si todo va bien, en unos nueve meses serás madre.

La respiración se me corta, una lágrima me resbala por la mejilla y los gritos de Flora y tía Elvira me parecen susurros.

—¡Enhorabuena, Li! ¡Vas a ser mamá!

La voz de Lucas provoca que mis emociones se desborden. Sentada en la silla, no puedo dejar de llorar mientras todos me abrazan apiñados sobre mi espalda.

El doctor se coloca las gafas y continúa hablando, esta vez con un papel entre las manos.

—Pero para que todo salga bien, Lidia, durante quince días vas a tener que mantener reposo. No hacer esfuerzos, dormir y comer bien..., para que el óvulo no se suelte de la trompa. Es el riesgo que corremos —me dice, entregándome el papel—. Esas son las pautas que debes seguir, Lidia. Volveremos a vernos en quince días. Laura te acompañará a recepción para que te den cita.

—¡Gracias, doctor! —le digo sonriente, reprimiendo las ganas de rodear la mesa y abrazarlo.

Salimos de la consulta.

Es tanta nuestra euforia, que Laura nos pide que, por favor, bajemos la voz. Tengo que reconocer que Flora y tía Elvira no eran las únicas que hablaban con tono elevado. Agri, Mariló, y yo misma, estábamos alzando la voz.

Ya fuera de la clínica, y con mi próxima cita programada para dentro de quince días, vociferamos sin importarnos.

—¡Es maravilloso, Lidia! ¡Seré una tita estupenda! —dice Mariló.

—¡La única tía que hay aquí, soy yo! —le replica tía Elvira.

Tía Elvira siempre quiere ser la protagonista, pero hoy tiene dos rivales a su altura: Agri y Mariló. Por eso creo que lo ha dicho con una entonación jocosa, bromeando, para evitar una batalla de egos en la que saldría perdiendo, por poco. Su nuevo novio, un octogenario recién llegado a la residencia de ancianos donde conviven, y que parece medicado, ha permanecido ausente durante todo el tiempo, sin que ella le haya hecho caso.

Lucas está contento. Sé que está feliz por mí, pero también preocupado. Teme que me pueda pasar lo que le pasó a mi hermano, y yo también.

—Ahora tiene que descansar, mi niña, estar tranquila —me dice Flora. Me cuidará día y noche, no me va a dejar ni a sol ni a sombra. Lo veo venir.

—¡No puedo estar más de acuerdo con Flora! —dice Agri—. ¿Por qué no te vienes conmigo unos días a la casa de campo? Estarás tranquila. ¿Paso a recogerte en una hora?

Por la expresión de Lucas, creo que ha pensado lo mismo que yo: y más segura. No puedo volver a casa. Y pondría en peligro a Flora si voy a casa de Nona. La casa de Lucas es otra opción, pero no sería buena idea. Si ayer no hubieran forzado la puerta y entrado en mi casa, estoy casi segura de que hubiéramos acabado teniendo sexo. No debo. Ahora más que nunca, tras saber que voy a ser madre, debo pensarlo bien antes de dar un paso así. Lo mejor es que me vaya con Agri, pero lo peor de irme con Agri es lidiar con Flora. Por el gesto que ha puesto, me echará en cara que, como ella, no me va a cuidar nadie. Y tendrá razón, pero no puedo decirle la verdad. Solo la preocuparía.

—Acepto la invitación. En una hora nos vemos en casa de Nona. Gracias, Agri.

—Lo que necesites, ya lo sabes.

—¡Estarás muy bien allí! ¡Aquello es muy tranquilo! —exclama Mariló—. Ahora tengo que irme. Te llamo pronto, ¿vale? —Me abraza—. Y enhorabuena una vez más —me vuelve a felicitar, tan cerca del oído que parece un cuchicheo.

—Yo también tendría que irme. Paco me está esperando —dice Agri, señalando donde Paco la espera con el coche en doble fila—. Te paso a recoger en una hora —me recuerda.

Se despiden de todos y las vemos irse a las dos en la misma dirección. Tía Elvira no puede evitar hacer un comentario.

—¡Míralas! ¡Son soberbias hasta en la forma de caminar!

Nadie le hace caso. Nos despedimos de ella y de su novio, que regresan a la residencia, y Flora y yo nos vamos a casa de Nona. Lucas nos lleva. En una hora Agri vendrá a buscarme.

Desde que llegamos de la clínica he estado sentada en la butaca de Nona. No he podido ni servirme un vaso de agua. Flora se ha encargado. Me ha leído las indicaciones del doctor varias veces ante mis protestas, haciendo hincapié en la parte que dice que debo guardar reposo y no hacer esfuerzos. Creí que no lo lograría, pero Lucas me ha ayudado a convencerla de que irme al campo con Agri es lo mejor para mí. Por supuesto, sin referirse a que estoy en peligro, a la diana pintada en la pared. Le ha hablado del aire limpio, de los árboles, del silencio... Y al final, entre eso y que a Flora le cae la baba con Lucas, lo ha conseguido. Ahora, ambos me dicen adiós desde el balcón.

Paco abre el maletero y mete mi maleta mientras Agri, sentada en los asientos de atrás, me habla por la ventanilla.

—¡La pastelería os va a quedar preciosa!

—¡Gracias, Agri! —respondo, cuando entro en el coche y me acomodo en el asiento.

El coche se pone en marcha.

—Y Lucas y Flora, ¿cómo es que no han bajado a despedirte?

—Flora estaba inconsolable, ya sabes que se preocupa mucho por mí. Mejor así, o todavía estaríamos allí.

—Pues no tiene por qué. ¡Ya verás, Lidia! ¡Estarás como una reina! —me dice Agri agarrándome la mano. Ese gesto, el que Agri agarre mi mano, me da tranquilidad.

Agri tiene razón, estaré como una reina. ¡Y sobre todo, segura! Nadie me encontrará. He avisado a Flora de que no le diga a nadie dónde estoy. Le he puesto como excusa que no quiero que nadie me moleste. En verdad, lo he hecho por si llama Gené. Sigo desconfiando de ella. No dejo de dudar del verdadero motivo de la presencia de sus padres en la fiesta. Cuando pasen estos quince días y el doctor me confirme que todo está bien, hablaré con ella. Le pondré las cartas sobre la mesa y no seré blanda porque Sonsoles sufra una enfermedad como el alcoholismo. Esta vez, no me dejaré llevar por la empatía.

Salimos de la autopista. Unos cinco kilómetros por una pista asfaltada, y entramos en un camino polvoriento que me obliga a subir la ventanilla y a dejar de disfrutar de la brisa tocándome la cara como si fueran las caricias de mi madre. ¡Ojalá mi madre estuviera aquí conmigo, ahora que voy a ser mamá!

La casa de campo está situada al final del camino. Creo que fue de las primeras propiedades que compraron Agri y Ricardo, cuando, supuestamente, les tocó la lotería. La verja de la finca está abierta y el coche no se detiene hasta estar delante del porche de la casa. Una casa de campo de una sola planta, de unos doscientos metros cuadrados en un terreno de unas tres hectáreas, aunque una gran parte es monte.

Al bajarme del coche, dos perros entrenados para defender la casa no dejan de ladrar al verme. Paco, con voz autoritaria, los manda callar y obedecen al instante.

Una chica filipina, con uniforme de empleada del hogar, nos abre la puerta.

Agri camina adelantando el bolso para que la chica filipina se lo recoja, como en una carrera de relevos.

—Carmiña, ella es la señorita Lidia —le indica Agri, al cruzar el umbral de la puerta y dejar el bolso sobre sus manos extendidas—. Va a pasar unos días con nosotros. Lleva su maleta a la habitación de invitados.

Es obvio, diría yo, que el nombre de la chica filipina no es Carmiña. Carmiña era la chica gallega que Agri tenía antes. Pero Carmiña se sacó el título de auxiliar sanitario en una escuela online, dejó a Agri y ahora trabaja en un hospital. Mariló me dijo que, como su madre no conseguía aprender el difícil nombre de la chica filipina, decidió llamarla Carmiña. El día que me lo contó, no podía parar de reír. En este momento, me estoy aguantando la risa.

—¡Vamos al jardín! ¡Hace un día estupendo para tomar el vermut!
—anuncia Agri. No sé si a mí o a Carmiña, puede que a ambas.

Al abrir las puertas correderas de madera envejecida que dan paso al jardín, la piscina con el agua cristalina es lo primero que llama la atención. Nos sentamos bajo una sombrilla, que cubre una mesa redonda y dos sillas de hierro forjado pintadas de blanco.

—Aquí estarás tranquila, Lidia. Después de todo lo que has pasado los últimos meses, te mereces un descanso. Aunque me preguntaba... ¡No quisiera alterarte hablando de cosas desagradables, Lidia!, pero..., ayer, en la fiesta, ¿averiguaste algo más sobre lo de Julián? A Mariló no le he dicho nada de lo que me contaste. Te pido que hagas lo mismo, que no le cuentes nada.

—No, no averigüé nada más. Y no te preocupes, Agri. No voy a contarle nada a Mariló.

Estaba a punto de decirle que durante la fiesta alguien había entrado en mi casa y dejado una pintada amenazante, pero lo único que conseguiría sería preocuparla. Nada puede hacer ella. Ya hace suficiente, aunque no lo sepa, invitándome a estar aquí unos días.

La chica filipina trae en una bandeja un bol lleno de patatas fritas, un vermut blanco para Agri y un zumo de manzana para mí.

—Carminha se nos va una semana de vacaciones a Filipinas para ver a su familia. Mañana vendrá otra chica a sustituirla. La echaremos mucho de menos. Ella sabe que nosotros también somos su familia, que ella es una más. ¿Verdad, Carminha?

Diría que Agri no hace ningún esfuerzo por disimular su falsedad. O quizá sí, y es tan torpe que no sabe hacerlo mejor. Igualmente, la chica filipina sonríe mientras deja el aperitivo en la mesa, y yo me aganto la risa al volver a oír a Agri llamarla Carminha.

La aceituna flota en el vermut, huele a césped fresco y recién cortado, la luz del sol se refleja en el agua de la piscina; el golden terrier blanco, Pichón, está tumbado a la sombra del limonero; y Agri está callada, algo inusual. Se respira tranquilidad.

Aún estoy asimilando cómo me ha cambiado la vida en apenas segundos, tras una simple frase: «Vas a ser mamá». Como el que le da la vuelta a un calcetín, las prioridades ya no son las mismas. Una vida crece dentro de mí. Esa es mi prioridad ahora. Daría la vida por él si fuese necesario. Cierro los ojos y me acaricio el vientre. Nunca he sentido tanto amor, nunca he amado tanto. Me inclino hasta tener la boca lo más cerca posible del vientre, y le susurro que su mamá nunca lo abandonará, que nunca lo dejará.

—¡Deberías descansar, Lidia! Recuerda lo que te dijo el doctor.

Agri me ha oído susurrar y la tranquilidad ha terminado.

—Sí, debo descansar. Entre la fiesta de ayer y todo lo de hoy... Pero me gustaría tomarme un baño. Espero que no te importe.

Siento el cuerpo rígido. Un baño caliente me vendrá bien.

—¡Por supuesto que no me importa, Lidia!

Las dos nos levantamos y entramos en la casa.

—Espera aquí un momento, voy a decirle a Carmiña que te prepare el baño.

Agri se va hacia la cocina y yo me quedo en el salón.

Hacía tiempo que no estaba en esta casa. Todo está igual. El marrón claro de las vigas de madera del techo, de las baldas ancladas a la pared, del borde de la chimenea, de la alfombra... destaca con el blanco roto de las paredes, de los sofás y butacas...; de todo lo demás. Incluido el perro, Pichón, que ahora está tumbado en la alfombra de bambú.

Sobre las baldas están colocados los retratos familiares. Entre ellos, la fotografía de la comunión de Mariló. Me emociono al pensar que la niña escondida detrás de los invitados, lastimada por la vida, va a ser mamá y hoy se siente la mujer más feliz del mundo. Mi hermano estaría exultante de felicidad por ser tío. ¡Qué guapo estaba! En realidad, todos lo estábamos. Como la moda siempre vuelve y los años 90 están de moda, no parece una fotografía antigua. A excepción de uno de los invitados. Tiene un bigote frondoso y patillas largas que le llegan al mentón. Parece salido de los últimos años de la dictadura... ¿No es posible? Dudo un momento, casi nada... ¡Sí! ¡Sí! ¡Es él!

—Lidia, en diez minutos tienes el baño listo.

Oigo a Agri detrás de mí, mientras asimilo lo que estoy viendo. ¡Es él! ¡Es el hombre de la fotografía que Emilio nos enseñó, sobre la que puse el dedo creyendo reconocerlo! ¡Es uno de los miembros de Los veladores de la pureza! Recuerdo su nombre...

—¡Es Cipriano Buendía! ¡Es Cipriano Buendía!... —repito varias veces en voz alta, con la intención de girarme para preguntarle a Agri por qué estaba él en la comunión de Mariló. Pero, antes de darme la media vuelta, siento un fuerte golpe en la cabeza.

21

Olisqueo el aire, el olor a agrio que me ha despertado. El olor lo desprenden las cuatro barricas gigantes de vino que tengo ante mí. Estoy tirada en el suelo de baldosas de barro de la bodega.

Quiero tocarme la cabeza, porque siento un fuerte dolor en la coronilla, y me doy cuenta de que tengo los tobillos y las muñecas atadas con bridas. Me arrastro hasta llegar a la pared y apoyar la espalda. Sobre mi cabeza, la única entrada de luz, un ventanuco demasiado alto para escapar. Delante, a unos seis metros, la escalera que lleva hacia la salida: unos catorce peldaños que conducen a una puerta cerrada a cal y canto. No hace falta que lo compruebe. Ignoro cuánto tiempo he estado inconsciente. Puede que toda la noche, y que ya lleve un día aquí encerrada.

Creo que este es el final. Nadie vendrá a sacarme de aquí. No sé cómo pude creer que sería feliz: que tendría a mi hijo, lo criaría y sería una buena madre. Con las manos atadas me toco el vientre sin ninguna esperanza. Ni siquiera he gritado pidiendo socorro. ¡Para qué! La casa más próxima debe estar a diez kilómetros.

¿Cómo me matará? ¿Le ordenará a Paco que me lleve a un acantilado y me empuje como hizo con mi hermano? Puede que lo matara antes de arrojarlo al precipicio. Sea como sea, mi final será el mismo: la muerte.

Hay una botella de plástico en el suelo, en medio de la bodega. No me había dado cuenta de que estaba ahí. Me arrastro para llegar a ella y de mi garganta sale un gruñido en cada esfuerzo que realizo por avanzar. Cuando la tengo ante mí, abro las manos como si fueran las conchas de una ostra y la agarro. Antes de llevármela a la boca, veo y huelo que es agua. Bebo ansiosa. El agua baja precipitada por la garganta como un río caudaloso y revuelto, rebosando en la boca, mojando mi escote y el de mi vestido.

Me río. Me río de mí. De cómo, en ningún momento, pensé que Agri podría ser la asesina de Julián. Me río porque jamás se me hubiera pasado por la cabeza, ni en mil años. ¡Era la mejor amiga de mi madre! ¡Una madre para mí y para mi hermano! Si no fuera porque soy yo la que está viviendo todo esto, no lo creería. Ahora solo queda una cosa, algo que me gustaría saber antes de morir. ¿Por qué lo hizo?

Oigo ruido al final de la escalera. Regreso a mi sitio bajo el ventanuco lo más rápido posible, llevando conmigo la botella de agua. El vestido se me enreda, y me duelen los codos y las rodillas al arrastrarme.

Ha llegado el momento.

Sentada, con la espalda apoyada en la pared, el instinto hace que ponga las manos sobre la tripa para protegerla. Tres vueltas de llave, y la puerta se abre. La luz de la bombilla se ilumina. Siete crujidos, uno por cada peldaño pisado, y a mitad de escalera ya puedo verle los pies. Sé que es Agri. Está en zapatillas, pijama y bata de casa. Sigue bajando. Desconozco si acaba de levantarse o está a punto de irse a la cama. No sé si está amaneciendo o anocheciendo. Los crujidos cesan. Se ha quedado parada. Dobla las rodillas y se sienta en el penúltimo peldaño.

La miro mientras ella permanece cabizbaja. Su melena, cayendo hacia delante, me recuerda a la del profesor. Lo creí culpable y resulta que la culpable la tenía muy cerca, sujetando mi mano desde que era una niña.

Cabizbaja y sin mirarme, Agri comienza a hablar:

—Nací hace sesenta y seis años, en un pequeño pueblo del interior, en una familia pobre. En mi niñez nunca supe lo que era una onza de chocolate, una muñeca, un beso de buenas noches... En mi juventud nunca supe lo que era un vestido o unos zapatos nuevos, una fiesta... Lo único que conocí fue trabajar para otros que sí habían tenido y tenían todas esas cosas. ¡Pero eso era lo de menos! Lo que esas personas tenían no era solo dinero. Lo realmente importante, lo valioso, era el poder y el respeto que el dinero les daba. —Agri respira profundamente, sus hombros se elevan y vuelven a caer—. Trabajando para ellos, supe cómo la mayoría, si no ellos, sus antepasados, habían conseguido ese poder y respeto de una forma poco legal, y poco moral. —Traga saliva. Sigue sin levantar la cabeza, sin mirarme a los ojos—. Un día, Ricardo me comentó que en la casa en la que estaba realizando unas chapuzas, una casa adinerada, la señora necesitaba, esa misma noche, una

peluquera que acudiera a peinarla a su domicilio. No me lo pensé dos veces, y allí me presenté. Fue así como conocí a la señora Sofia Merina De Pádua.

Recuerdo ese nombre: Sofia Merina De Pádua. Emilio la nombró a ella y a Cipriano Buendía. Los dos salían en la fotografía que nos mostró Emilio.

Se ha quedado callada. Me mira de forma fugaz antes de buscar en los bolsillos de la bata y sacar un paquete de tabaco y un mechero. No sabía que fumaba. ¡Las veces que la habré oído reprender a Mariló por hacerlo!

Ni su postura ni su forma de hablar son las de una mujer estirada. Me recuerda a la Agri que vivía en el barrio, a la Agri pobre. Le tiemblan las manos y le cuesta encender el cigarrillo. En el momento en que lo consigue, aspira una larga calada que disfruta manteniendo los ojos cerrados.

Lleva la cabeza hacia arriba, expulsa el humo, tose un par de veces y continúa hablando con la cabeza erguida y los ojos sellados.

—La señora De Pádua se quedó contenta con mi trabajo y, a partir de ese momento, la peiné para todos sus eventos de sociedad. —Agri abre los ojos, pero no me mira. Es una mirada a la nada—. Y, no recuerdo si fui yo quien se lo dijo en alguna de las conversaciones que manteníamos mientras la peinaba, pero supo lo de tu madre: que yo tenía una amiga que padecía una enfermedad mental.

Agri se pone de pie, baja el último escalón y comienza a pasear hacia un lado y hacia el otro, como si esperara el autobús mientras se fuma el cigarrillo. Sus pasos son torpes y camina encorvada como si tuviera frío. De uno de los bolsillos de la bata saca una botellita de licor, de esas que te encuentras en la nevera de un hotel, y bebe hasta no dejar ni una gota. Es entonces cuando me doy cuenta de que no está bien, de que está ebria.

Con dificultad, se agacha para dejar la botellita vacía de pie en el suelo, pero la botellita cae y rueda hasta quedar bajo el primer escalón. Se pone erguida, buscando el equilibrio, y sigue hablando:

—La señora De Pádua comenzó a hablar de un doctor, el doctor Sorní, y de una monja, la Belluno. Me dijo que eran... ide lo mejorcito en esquizofrenias! Así, poco a poco, me fue camelando hasta que me lo dijo... —La lengua le tropieza en cada palabra—. Me dijo que, si conseguía convencer a tu padre y a tu abuela de que tu madre fuera tratada en su centro, me pagarían un pastizal. ¡Incluso que me pagarían si conseguía que la panadería de tu abuela elaborara las hostias sacramentales! ¿Te lo puedes creer?

Tira la colilla al suelo y se queda observando cómo arden los restos. Yo sigo manteniendo silencio, queriendo entender cómo pudo hacerlo. Siento la boca seca y, con las manos en concha, atrapo la botella de agua que he arrastrado conmigo. El crujido del plástico hace que Agri reaccione. Permanecía ensimismada mirando al suelo, a la colilla ya apagada.

Intentando mantener el equilibrio para no caerse, Agri vuelve a sentarse en el penúltimo peldaño. Aparta el pelo de la cara con el reverso de la mano con la que sujeta la cajetilla de tabaco. Después, abre la cajetilla y enciende otro cigarrillo. Otra calada larga y tose de nuevo un par de veces.

—A estas alturas de la película, no voy a ir de inocente. Sabía que algo raro tenía que haber detrás de aquello, pero... ¡No pregunté! Agarré el dinero sin hacer ni una sola pregunta. ¡Ni una! Mi ambición pudo más que mi amistad. —Se queda callada. Tiene los ojos aguados como si estuviera a punto de llorar. Resopla y sacude la ceniza que acaba de caerle en el regazo—. Tras morir tu madre, la señora De Pádua me propuso conocer al doctor Sorní. Me dijo que el doctor estaba muy agradecido por mi colaboración a la medicina... — Agri realiza un chasquido con la lengua y una mueca sarcástica—. ¡Qué lista la señora De Pádua! ¡Sabía lo que tenía que decirme! Sabía que el agradecimiento de un reputado doctor me haría creer importante. ¡Lo que mi ego necesitaba! —Se ríe a carcajadas y, de repente, como si la hoja de una guillotina cayera sobre su voz, corta tajante la risa—. ¡Al principio no sabía nada de la secta ni hostias! — A la seriedad, con la que ahora habla, le acompaña el enfado—. ¡Al principio solo se trataba de captar a otras personas interesadas en

ganar dinero fácil! ¡A otras personas ambiciosas y sin escrúpulos, como yo! Todo fue bien durante años, incluso tras saber que se trataba de una secta y lo que hacían. Torturas, asesinatos, bla, bla, bla... Cuando la secta dejó de existir, yo ya tenía varios contactos importantes y dinero bien invertido. ¡Y ningún remordimiento! ¿Sabes por qué? ¡Porque este mundo funciona así, y si no entras en el juego, te comen! ¡No puedes aspirar a nada más que a ser su súbdita! ¡En el fondo, si lo piensas bien, lo que hice fue un acto revolucionario!

Me habla con convicción, como una erudita que ha indagado en las entrañas del sistema y sabe cómo funciona. Después de tantos años, todavía no se ha dado cuenta de que siempre ha estado en la base de la pirámide, que siempre ha sido una súbdita.

Respira hondo y suelta un suspiro que acompaña con un lamentoso «¡Ay, ay, ay...!». Clava los ojos en mí, señalándome con los dos dedos con los que sujeta el cigarrillo.

—Pero pasó lo que pasó. Tu hermano estaba en el sitio equivocado, en el momento equivocado, y escuchó lo que nunca tenía que haber escuchado.

Es la primera vez que siento que tengo algo que decir.

—¿Cómo pudiste hacerle eso a mi madre, Agri? ¿Cómo pudiste hacerle eso a Julián? ¿Cómo?

Ni siquiera grito. Mi tono de voz es neutro. No tengo rabia, no tengo miedo, no tengo dolor... No siento nada.

Agri comienza a gritarme.

—¡Ya te lo dije, Lidia! Incluso me he engañado a mí misma muchos años haciéndome creer que no tenía otra opción. ¡Pero sí, sí la tenía! ¡Claro que la tenía! Pero no la escogí, me escogí a mí. ¡A mi ego! ¡Escogí dinero, poder y respeto! —vocea, revolviéndose en el peldaño. Está muy borracha.

Al escucharla decir «respeto», recuerdo a los invitados del cumpleaños del viejo Sorní evitándola.

—¿Qué fue lo que escuchó mi hermano, Agri?

—¡Qué escuchó! Todo fue culpa de Ricardo. Tú conoces al moñas de mi marido, así que no hace falta que te diga que él no habría estado de acuerdo con lo de tu madre. Por eso se lo oculté y, cuando me vi obligada a hacerlo, se lo conté. ¡Ya te puedes imaginar cómo se puso!... ¡Me gritó! ¡Me llamó de todo! ¡Me dijo que quería el divorcio!... ¿Qué iba a hacer sin mí? ¡Si fuera por él, yo seguiría en el barrio peinando a pobres y él seguiría haciendo chapuzas! ¡Nunca tuvo lo que hay que tener! —Se ríe mientras lanza al suelo lo que le queda del cigarrillo, y agarra otro de la cajetilla que deja sin encender entre sus dedos.

—¿Qué fue lo que escuchó mi hermano, Agri? ¿Por qué lo mataste?

—¡Qué prisa te ha entrado! ¡Y eso que no puedes irte a ningún lado! —se burla.

—Quiero acabar con esto. Estoy muy cansada. Si tengo que morir, que sea ya. Pero antes quiero saber por qué mataste a Julián.

Se enciende el cigarrillo.

Se ha puesto triste. Es posible que sienta remordimientos.

—¡Qué fue lo que escuchó tu hermano! Escuchó a Ricardo. Eso fue lo que pasó, que se enteró de todo. ¿Cómo? Pues, ese verano celebramos la noche de San Juan en la casa de Mallorca. Ricardo bebió demasiado y, una vez terminada la fiesta, fuera de sí, empezó a lamentarse por lo que le habíamos hecho a tu madre... ¡A llorar, a hablar del doctor Sorní, de Belluno...! En fin, de lo que había pasado. ¿Sabes qué creo? Que he visto llorar más veces a mi marido que a mi hija siendo un bebé. ¡Qué moñas ha sido siempre! Un ser patético que se preocupa antes de los demás que de sí mismo. —Niega con la cabeza desaprobando esa forma de ser.

Se ha quedado pensativa. Creo que ha perdido el hilo de lo que estaba diciendo. Es el alcohol.

—Me estabas contando qué fue lo que escuchó mi hermano —le indico.

—¡Ah! ¡Eso! Pues... Julián estaba en la piscina —solía darse un baño antes de irse a dormir—, y escuchó a Ricardo lamentándose.

¡Se enteró de todo, vamos! ¡O de casi todo! En ese momento, cuando lo vi salir de la piscina, pensé que quizá no había escuchado nada, pero esa misma noche de madrugada, se marchó sin que nadie lo supiera, ni siquiera Mariló. —Agri vuelve a gritarme—. ¡Entiendes que no podía dejarlo así! ¡Lo que tanto me había costado conseguir, desaparecería de un momento a otro si tu hermano hablaba! ¡Y lo peor...! Bueno, no sé si sería peor, pero sí muy jodido..., es que yo podría acabar en la cárcel. Fue Paco quien viajó a la península, lo encontró y...

—Lo mató, al igual que va a hacer conmigo.

Agri busca desesperada dentro de los bolsillos de la bata. Creo que busca otra botellita de licor que no encuentra. Mira a su derecha, a la estancia de la bodega que está cerrada con verjas de hierro y un candado, donde guardan las botellas de vino.

El ruido en la puerta nos sobresalta a las dos.

—¡Es Paco! ¡Seguro que él tiene! —vocea Agri. Habla consigo misma. Se intenta poner de pie, pero las piernas le fallan y vuelve a sentarse.

Paco baja la escalera hasta el peldaño en el que está sentada Agri. Está embutido en un traje gris. A pesar de que ya tendría que estar retirado, a su edad sigue siendo un hombre intimidante. Grande, tosco y con pocas luces, lo que quiere decir impredecible y poco racional.

—Has traído botellitas, ¿no? —le advierte Agri, alzando las manos para meterlas en los bolsillos del traje de Paco y comprobarlo ella misma.

—Perdóneme, señora. Ahora mismo se las traigo.

Paco está muy lejos de ser un eficaz y sofisticado mayordomo. Parece más eficaz en lo de ser un sicario.

—¡No! ¡No me traigas nada! ¡Eres un inútil! ¡Ya voy yo! ¡Tú tráele la cena!

—Sí, señora.

Paco la ayuda a levantarse y subir la escalera. La bombilla se apaga y cierran la puerta. Me quedo a oscuras. No entra luz por el ventanuco. Ha anochecido.

A lo lejos, un estruendo me indica que la noche será tormentosa. No me he movido desde que se fueron. Paco volverá de un momento a otro con mi cena. Eso fue lo que Agri le ordenó. La última cena de una condenada a morir. Es absurdo, ¿para qué alimentarme, si van a matarme?

Se me pasa por la cabeza la idea de que no vayan a hacerlo, que no me maten. Que lo que quieren es intimidarme para que guarde silencio. Si desaparezco, Lucas lo investigará y acabará averiguando qué fue lo que me pasó, y Agri lo sabe. Existe una posibilidad de tener a mi hijo y de verlo crecer. Me acaricio el vientre con la yema de los dedos, como si tocara una pompa de jabón. Imagino que ya ha nacido y que lo tengo entre los brazos, amamantándolo, mientras que él me agarra un dedo con sus rechonchas manitos y yo no puedo dejar de observarlo.

Tengo que darle una oportunidad a mi hijo. Si al final la verdadera intención de Agri es matarme y no intimidarme, la única forma de salir con vida de aquí es escapándome. Si logro cortar las bridas y salir de la bodega, podría huir al monte. En la oscuridad de la noche y con el diluvio que va a caer, les será más difícil encontrarme. Pero ¿cómo salgo de aquí?

¡Qué insignificantes resultan algunas cosas cuando la muerte puede estar tan cerca! No dejo de pensar en Flora, en Lucas, en la gente que quiero y que me quiere, en que puede que nunca más vuelva a verlos. Sobre todo, en mi hijo, en que no tendrá la posibilidad de nacer. Todo lo demás, no importa. Y es por ellos por lo que tengo que intentar salir de aquí. Respiro hondo, despacio, como Mery siempre me aconseja.

Un trueno retumba en la bodega. La tormenta ya está aquí. Las primeras gotas golpean el cristal del ventanuco. Primero de forma suave y, de pronto, como si miles de perdigones dispararan contra el cristal sin llegar a romperlo. La luz de un relámpago ilumina la bodega unos segundos, y la botellita de licor brilla bajo el último peldaño. La suerte está de mi parte.

Esta vez no me arrastro, ruedo por el suelo hasta llegar a la escalera. Siento el frío de las baldosas de barro en la espalda cuando me tumbo boca arriba y estiro los brazos bajo el peldaño hasta llegar a la botellita. La estoy rozando con la punta de los dedos, pero no logro alcanzarla. El tener las muñecas atadas me impide estirar los brazos del todo. ¡Vamos!, me digo.

Debe ser por el ruido de la lluvia intensa, pero no he oído pasos y la llave de la puerta está girando. Me da tiempo a realizar un último esfuerzo, agarrar la botellita y esconderla en el escote.

—¿Qué haces ahí? —me recrimina Paco.

Paco baja la escalera y yo regreso arrastrándome a mi sitio.

—¡Necesitaría ir al baño! —imploro.

No dice nada, solo apunta con el dedo índice a una esquina de la bodega.

Da unos pasos hacia mí.

—En un rato volveré a por la bandeja.

Deja la bandeja en el suelo, sube la escalera y se va. Antes, se asegura de que la puerta está bien cerrada girando el pomo un par de veces.

La cena se compone de un puré en un bol de plástico. No hay ningún cubierto en la bandeja. No pierdo tiempo. Saco la botellita de licor vacía de entre los pechos y la tiro al suelo. En un principio, había pensado en saltar sobre ella con los pies juntos hasta romperla, pero estoy descalza. Es posible que la bandeja me sirva. El puré se escurre por el suelo y, con las manos atadas, agarro la bandeja como puedo, la llevo hacia el techo y la dejo caer con todas mis fuerzas sobre el botellín. Es, en el tercer intento, cuando escucho romper el cristal en pedacitos.

No sé cuánto tiempo me ha llevado cortar las bridas. Los dedos me sangran y estoy agotada. Manoseo los tobillos y las muñecas. Me duelen. Haciendo un esfuerzo, me pongo de pie. Lanzo la bandeja contra el ventanuco, rompiendo el cristal, y doy unos pasos hasta estar delante de una de las barricas. Colocadas sobre unos soportes de listones gruesos de madera, parecen aún más gigantes. Con cuidado, me subo a los listones y pongo las manos en la escalera de hierro anclada en la barrica. Y comienzo a subir.

Tardo poco en oír la voz de Paco.

—¡Señora, se ha escapado! —grita, tras abrir la puerta de la bodega, bajar cinco peldaños de la escalera haciéndolos crujir y ver los cristales del ventanuco en el suelo.

El olor a fermentado me pincha el cerebro. Estoy dentro de la barrica con el vino al cuello. Intento estar relajada y mantenerme a flote, pero empiezo a sentirme mareada por la inhalación de dióxido de carbono.

—¡Señora, se ha escapado! ¡Señora!...

Ya se ha ido. Lo escucho lejos.

Al salir de la barrica, el vestido está empapado de vino y, además de pesar, gotea. Me lo quito, y lo dejo dentro de la barrica para no ir goteando más de lo necesario y dejar el mínimo rastro en la casa. Bajando la escalera anclada a la barrica, compruebo que, como me esperaba, Paco ha dejado la puerta abierta.

El corazón me palpita tan fuerte que resuena dentro de mí como si fueran golpes de tambor. Estoy aterrada, pero puede que consiga salir de esta.

Fuera de la bodega, escondida tras una pared, oigo a Agri gritándole a Paco en el vestíbulo. Con la borrachera que tiene, no logro entender lo que dice. El miedo amplifica el sonido y escucho ruidos amenazantes por todas partes. Avanzo con prudencia hacia el jardín.

Pichón está tumbado en el porche, resguardado de la lluvia. Paso a su lado sin que se dé cuenta, pero, cuando pienso que ya lo he conseguido, se oye el motor del coche de Agri y Pichón levanta el hocico. Me mira, suelta un bufido afónico y vuelve a colocarse en la misma posición. Paco va en mi búsqueda. Creen que me he escapado hacia la carretera.

Descalza y prácticamente desnuda, en bragas y sujetador, camino por el monte entre árboles cuyas frondosas copas me protegen de una lluvia que cae fuerte. No voy a subir a la cima. No podría escapar cuesta arriba, descalza y con este temporal. Lo mejor es bordear la montaña hasta llegar al otro lado.

Cada vez que un relámpago ilumina el cielo y puedo ver dónde piso, apuro el paso, pero no avanzo mucho. Miro hacia atrás y ya no veo la casa. Debería buscar dónde refugiarme hasta que amanezca.

Llevo un buen rato caminando y sigue lloviendo con la misma intensidad. Estoy empapada. El flequillo se me aplasta en la frente y me tapa los ojos: tengo que estar apartándolo continuamente. Mis pies están doloridos y heridos. Y siento frío, mucho frío, no dejo de temblar. No me quedan fuerzas y no encuentro dónde refugiarme. Me paro, miro a mi alrededor y la luz de un relámpago me permite ver un hueco en una pared rocosa. Me dirijo hacia allí. Al llegar, me acurruco en el hueco. Me enrosco en mí misma y aun así los pies se quedan fuera, al descubierto, mojándose las heridas. No creo que lo consiga. Paco ya estará buscándome en el monte, al comprobar que no me he escapado hacia la carretera. Habrá seguido el camino de

gotas de vino que se escurrieron por mi piel, dejando rastro en la casa y el jardín.

No quiero pensar, quizás por lo inútil que resultaría hacerlo. No importa lo mucho que desee no morir y no dejar a las personas que quiero, que mi hijo nazca, si el que me maten es inevitable. De nada me va a servir pensar en lo que podría hacer o en lo que voy a perder. Al final, yo también tendré una muerte trágica, como la de mi madre o mi hermano.

Cierro los ojos e, inevitablemente, como mi muerte, aunque de nada me sirva, pienso en la vida que hubiera tenido. En una vida con mi hijo y puede que junto a Lucas, disfrutando de Flora y de nuestra pastelería... De la vida...

El sonido de la naturaleza me adormece, y lo que era un pensamiento se está convirtiendo en un sueño que quiere atraparme. Me dejo. Me rindo.

Quiero pensar que continúo soñando, y que el canto de los pájaros y el sol calentándome los pies no es real. Tampoco los ladridos de los perros ni las manos que me zarandean. Me niego a abrir los ojos y confirmar mis sospechas. Paco me ha encontrado.

—¿Te encuentras bien?

No reconozco la voz. Es una voz de mujer.

Con los ojos aún cerrados, pienso rápido. Puede que sea la sustituta de la filipina y que, en cuanto yo levante los párpados, ella empiece a gritar, avisando que me ha encontrado.

Un chorro de agua potable me moja los labios reseco y abro la boca para beber.

—Bebe tranquila. ¿Puedes levantarte? ¿Te ayudo? —me dice la voz desconocida.

Si fuera la chica que sustituye a la filipina, ya hubiera gritado. Por eso, cautelosa, abro los ojos.

La mujer que sujeta la cantimplora es una señora de mediana edad. Está vestida de camuflaje, con una escopeta colgada al hombro y acompañada por dos perros que, impacientes por seguir el rastro, ladran y olisquean cada milímetro del lugar donde estamos.

—Soy Ana. ¿Cómo te llamas?

—Lidia. Soy Lidia Olano Cid —consigo decir, temblando de frío, asustada, agotada.

—¿Estás en peligro?

Asiento.

—No te preocupes. Te sacaré de aquí.

Lloro de felicidad acariciándome el vientre. Estamos salvados.

SEXTA PARTE

Podré con ello

22

Se escuchan pajaritos, el sonido de un riachuelo y las ramas de los árboles moviéndose, suavemente, en un día de verano. Mery vive en el campo, y el ventanal de la consulta tiene vistas al bosque. Tumbada en el diván, respiro profundamente.

—¿Estás mejor?

Digo que sí, respirando profundamente una vez más.

Mery está sentada en su sillón ergonómico con una libreta y un bolígrafo entre las manos. Anotando, de vez en cuando, algo de lo que digo o conclusiones a las que llega tras escucharme. Me pregunto qué acaba de anotar.

Llevamos tres meses hablando del secuestro, de todo lo que pasó. Ahora lo llevo mejor, aunque al llegar al punto del relato en el que hablo de cómo Ana, la cazadora, me rescató del monte y me llevó a una comisaría, el dique se rompe y no puedo evitar el llanto. Cada vez lloro menos. Al principio, me pasaba la sesión llorando.

—¿Cómo llevas lo del juicio?

—¡Buf...! Aún no hay fecha. Está claro que no será este año y, posiblemente, el próximo tampoco. Ya sabes lo lenta que es la justicia.

Falta mucho para que se celebre el juicio, pero Mery me pregunta porque sabe que ya le temo. Que me produce ansiedad pensar en ello, en encontrarme cara a cara con Agri.

—¿Has hablado con Mariló?

Niego con tristeza.

No sé si Mariló podrá perdonarme algún día. He enviado a su madre y a su padre a la cárcel. No sé lo que piensa, lo que siente, no sé nada de Mariló desde mi liberación. He intentado hablar con ella, pero no lo he conseguido. No quiere hablar conmigo.

Tiene que estar hundida. Descubrir que tu madre es una asesina que mató al amor de tu vida no debe ser fácil de digerir. A mí me está costando lo mío. Digerir que Agri, la persona que mi hermano y yo considerábamos una madre, lo hubiera matado y a mí estuviera a punto de hacerlo.

—Le he enviado una invitación para la inauguración de la pastelería, pero no creo que venga. La entiendo. Tiene que estar siendo muy duro para ella —digo—. Tú vendrás, ¿no?

—Lidia, aún estamos en la sesión.

—¡Sí, sí, claro, perdona! Hablamos después de eso.

Prolonga ese breve silencio que suele mantener antes de hacerme una pregunta.

—¿Y Lucas? ¿Cómo va todo entre vosotros?

—¡Lucas...! Pues... Ya he tomado una decisión.

—¿Ya sabes lo que buscas?

—Todavía no, pero sé lo que quiero ahora. Hoy, en la inauguración, hablaré con él.

Mery me sonríe satisfecha. Creo que ve avances en mí, que cada día que pasa soy más segura de mí misma. Que me quiero más, y que no me abandono tan fácilmente ante una adversidad, sino que

le hago frente y, si lo necesito, pido ayuda. En todas las sesiones habla de lo valiente que fui al escapar de mi cautiverio, recordándome que esa fuerza interior siempre está en mí.

—¿Cómo llevas el embarazo?

Hablamos de mi barriguita de tres meses. El bebé crece sano. Si todo va bien, nacerá a finales de marzo. He pensado en el nombre y he decidido que, si es niña, la llamaré Ramona, como mi abuela, y, si es niño, puede que Julián. Me gustaría, pero aún no lo tengo claro. Lo que sí sé es que no le pondré Eloy, como mi padre.

En algunas de las sesiones, Mery ha tocado el tema de mi padre. Me ha preguntado sobre lo que siento por no saber si está vivo o muerto. Y si está vivo, ahora que voy a tener un hijo, si me gustaría que lo conociera. Las sesiones en las que hemos hablado del tema de mi padre no han sido muy fructíferas. Mi contestación siempre ha sido la misma: «No lo sé».

La alarma del móvil de Mery suena estridente. Se ha acabado la sesión. Mery deja la libreta y el bolígrafo sobre el sillón y me acompaña hasta la puerta. Tengo el coche, un monovolumen gris de segunda mano, aparcado delante de la casa. He vuelto a conducir.

—¿Vendrás a la inauguración? —le pregunto.

—Tengo la presentación del último libro de una amiga escritora. Pero intentaré pasarme un rato. Aunque sea al final de la fiesta.

La abrazo intentando transmitirle toda mi gratitud, que es infinita.

—Gracias por todo, Mery. ¡Adiós!

—Gracias a ti, por confiar en mí. ¡Adiós!

Me subo al coche y le digo adiós, una vez más, alzando la mano.

Flora sufre de tembleque y las tres tilas que se acaba de tomar, una tras otra, aún no le han hecho efecto. Lleva días así, incrementando la histeria cada día. Pero la entiendo. Que la pastelería funcione es muy importante para ella. Cree que dentro de cuatro años podrá pagar las deudas y tener el dinero que necesita para que una parte

de su familia pueda venir a España. Se ha comprado una libretita, donde piensa anotar todos sus ahorros. Tengo que hacer cálculos y no se lo he dicho, pero tengo la intención de ayudarla, de aportar una parte del dinero que necesita para que, en un año o dos, y no en cuatro, su familia ya pueda venir a España. Lucas me guarda el secreto. Nadie más lo sabe. Bueno..., Mery, ella lo sabe todo.

Falta solo media hora para la inauguración. Todo está preparado, listos para empezar, pero Flora sigue viendo defectos en todo. Flora, que es tan positiva siempre, hoy se ve más insegura que nunca.

—¡Ay, mi niña! ¿Y si sale mal?

—¿Tú crees que eres buena repostera?

—¿Cómo así? ¡Pues claro, mi tesoro!

—Y, ¿cómo es ese refrán que tú me dices...? Ese que quiere decir que el que está hecho para algún oficio o destino en particular, todo se da para que lo logre... «El que nace tamal, del aire...».

—¡Lo está diciendo mal! «¡El que nace *pa* tamal, del cielo le caen las hojas!».

—¡Pues eso, Flora!

—Li tiene razón, Flora —le dice Lucas.

Lucas ya estaba aquí cuando llegué de la terapia con Mery, preparado para ayudar en lo que hiciera falta. Está colocando las tartas en la vitrina refrigerada de exposición.

—Si su abuela viera todo esto. ¡Ay, mi ángel, cómo la extraño!

—¡Vamos, Flora! ¡Que hoy es un día para estar contentas! —la animo, aunque yo necesite tantos ánimos como ella. No puedo dejar de pensar en Nona, en mi madre y en Julián. Ojalá estuvieran aquí conmigo.

—Lo sé, mi tesoro.

La agarro por los hombros.

—¡Pues venga! ¡Entra en el obrador y vuelve a repasar si todo está bien! ¡Te quedarás más tranquila y no pensarás en Nona! —le aconsejo. Aunque en realidad, lo que quiero es que se vaya para quedarme a solas con Lucas. Y, cómo no, ella se da cuenta.

—¡Usted lo que quiere es que los deje solitos! ¡Me lo puede decir tranquilamente, que yo los dejo y me voy! —exclama, sin moverse del sitio.

—¡Flora!

—¿Ya se está poniendo colorada?

—¡Flora!

—¡Que ya oí! ¡Me voy y los dejo!

Al fin la veo irse hacia el obrador.

Lucas cierra la puerta de la vitrina y se acerca a mí. Puede que demasiado. Tenerlo tan cerca me pone más nerviosa.

Se ha puesto contento.

—¿Es cierto lo que acaba de decir Flora? ¿Querías quedarte a solas conmigo?

Me cuesta hablar. Los nervios no me dejan. No lo miro a los ojos, los esquivo. Miro su cuello, su cicatriz.

—Sí... Quería decirte que he tomado una decisión respecto a nosotros.

Lo miro. El rostro de Lucas cambia al ver el mío.

—No estoy dentro de tus planes de futuro, ¿es así? —me dice.

Cierro los ojos, me duele ver su reacción, y afirmo.

—No quiero hacerte daño, Lucas, pero ahora quiero estar sola. Seguir descubriendo quién soy y pensar en mi hijo. Lo nuestro fue muy bonito y quizá la vida nos vuelva a juntar, pero, hoy por hoy, nosotros, como pareja, somos pasado y allí se debe quedar.

Ha sido una decisión dolorosa para mí, y para Lucas, pero en ella le demuestro el amor y el respeto que le tengo. Que no solo estoy pensando en mí, también en él, en que no quiero utilizarlo. Ahora sé que lo que buscaba en Lucas era sentir de nuevo el amor que

habíamos vivido. Algo que es imposible, ya que ninguno de los dos somos los mismos de entonces. Inconscientemente, puede que también buscara un padre para mi hijo. Pero no necesito un padre, necesito un compañero para mí. Alguien con quien mantener una relación de pareja si es lo que quiero en un futuro. Porque, en este momento, solo deseo estar sola. Recuerdo a la mujer sentada en la mesa del bar: solitaria, escuchando jazz en directo, y aparentemente feliz.

—¡Está bien, Li! Seremos amigos, buenos amigos —dice Lucas, disimulando que no es lo que esperaba. Sé que no estará bien durante un tiempo, pero, en algún momento, conocerá a otra mujer y se le pasará. Yo creo que él también lo sabe, que esto es lo mejor para los dos.

Nos fundimos en un abrazo.

La cabeza de Flora asoma por la puerta del obrador.

—¿Les dejo más rato, mis niños?

Sarita y su nuevo novio Víctor han sido los primeros en llegar. Se regalan carantoñas y no dejan de mirar una de las tartas nupciales del expositor. No llevan ni dos semanas juntos y ya piensan en boda. Muy precipitado, como poco, para mi opinión. Pero no les he dicho nada y les he felicitado por la relación.

Los amigos de Flora, su familia de emigrantes colombianos, han llegado poco después que Sarita y Víctor. ¡Y ahí ha comenzado la fiesta! Ritmos caribeños suenan en la pastelería, y Flora meneea su cintura con una habilidad que me deja patidifusa. Lleva la música en la sangre. Ya la había visto bailar en otras ocasiones, pero hoy, como se suele decir, lo está dando todo.

—¡Menuda fiesta habéis montado!

—¡Gené! ¡Has venido! —exclamo, feliz de verla.

Nos abrazamos.

Nuestra relación ha cambiado tanto que todavía nos ruborizamos ante una demostración de afecto. Las corazas se han roto y ya nos

mostramos, una ante la otra, tal y como somos. No es fácil cuando no estamos habituadas, cuando nuestra forma de tratarnos siempre ha sido otra. Solo es cuestión de tiempo que la rigidez, que por momentos aún existe entre nosotras, se disipe.

Lucas investigó un poco y habló con Emilio. Descartó totalmente que Gené o sus padres fueran miembros de la secta, o tuvieran algo que ver con ella. Y, por supuesto, Sonsoles tampoco.

—¿Cómo está Sonsoles?

—Sigue en el centro de desintoxicación. Espero que sea la definitiva. Que encuentre fuerzas para dejarse tratar y curarse.

—¡Lo conseguirá! —auguro con sinceridad.

Gené lo observa todo desde la distancia, con ese porte en el que parece que un hilo imaginario le tira de la parte más alta de la cabeza.

—Es una pastelería preciosa, decorada con mucho gusto. Ya sabéis que tenéis una clienta. Las gemelas celebran la primera comunión en primavera. Cuento con vosotras para la repostería.

—Por supuesto que sí. ¡Gracias, Gené! Por cierto, ¿qué tal con Pozos?

—No te voy a engañar. Es una buena abogada. No tan buena como tú, pero...

—Lo sé. Es un buen fichaje para el bufete. Atraerá a más clientes.

—Eso espero, después de que hayamos perdido a nuestro mejor cliente. Aún no me puedo creer que el señor Lombao volviera con su mujer.

No digo nada, pero recuerdo lo que me dijo Agri sobre Marina: «Marina Monterreal de Cruces no va a dar su brazo a torcer, sea lo que sea que exija. La conozco».

—¿Tú cómo estás? ¿Cómo lo llevas, Lidia?

—Si te refieres al embarazo, me encuentro bien y feliz, muy feliz. Respecto al asesinato de Julián, a mi secuestro, a Agri, a Mariló... Mejor, pero..., ipoco a poco!, es lo único que te puedo decir.

—¡Eso es! ¡Poco a poco, Lidia!

Si tapáramos las ventanas y nos quedáramos en la absoluta oscuridad, la luz de Flora nos iluminaría. Es un sol que desprende luz y calor, contagiándonos de vida. Está pletórica, orgullosa de sí misma al ver las caras de gozo que ponen todos al probar los buñuelos, los bizcochos, las solteritas... Saca a Lucas a bailar, a la pista improvisada en una esquina de la pastelería. Lucas intenta defender el baile sin éxito. Ve el modo de escaparse al ver a Laura y a Salvador entrar por la puerta, y no lo duda. Se apura en saludarlos aunque apenas los conozca.

Sé que no es el ambiente de Gené, y no me molesta cuando se excusa con que tiene que irse, que el avión rumbo a sus vacaciones en Bali sale a primera hora.

—¡Nos vemos pronto! —me dice, mientras nos damos un abrazo.

Lucas, que sigue hablando con Salvador y Laura, evitando que Flora lo vuelva a sacar a bailar, se despide de Gené en la puerta.

Laura viene hacia mí.

Es la primera vez que la veo sin uniforme. Se ve muy guapa con un vestido azul de lino. Finalmente, Salvador se lo contó todo: que conoció a Julián, que miró mis datos en los informes, que me siguió en la calle... Pero Laura le perdonó. Yo hubiera hecho lo mismo.

—¿Cómo estás, Lidia? Gracias por invitarme.

No me da tiempo a contestar. Flora se acerca a saludarla.

—¿Durmió conmigo anoche o qué, que ya no saluda?

—¡Flora! —la reprendo por las formas.

—¡Hola, Flora! ¡Qué alegría verte!

A Laura no le importan las formas de Flora.

—Se ha traído a su hombre, ¿eh? Es más guapo que en la foto.

—¡Gracias, Flora! Pero ahora me arrepiento de haberlo traído. Tengo miedo de que cuando te vea se enamore de ti. ¡Estás guapísima!

Flora gira sobre sí misma, para que Laura pueda ver, desde todos los ángulos, el vestido de vuelo amarillo que se ha comprado para la ocasión, y que le queda estupendamente con el color de su piel. Laura tiene razón, está guapísima.

—¡Os ha quedado preciosa la pastelería! ¡Me encanta el expositor! ¡Y este mostrador tan alto y antiguo!

—¿Y ha visto el obrador, Laura Ortiz? ¡Tenemos una amasadora nueva que es una maravilla! ¿Por qué no se la enseña, mi tesoro? Yo voy a poner más champán.

—Sí, Lidia. ¡Muéstramela! —me pide Laura, que aguanta estoicamente y con buen humor que Flora se dirija a ella por el nombre y el apellido. No creo que Laura tenga interés en ver una amasadora industrial. Lo que creo es que quiere darle el gusto a Flora.

—¡Pues venga, acompáñame! —exclamo.

Cuando entramos en el obrador, Laura expresa lo mucho que le gusta la decoración. Debe ser una apasionada de todo lo *vintage*.

—¡Mira esta mesa de madera! ¡Es preciosa! —exclama.

Laura camina acariciando la mesa.

—Perdóname, Lidia.

No entiendo por qué me pide perdón.

—¿Por qué?

—Siento que quizá si Salvador no te hubiera buscado, no hubieras pasado por todo lo que pasaste. No tendría que haberle hablado de los pacientes, lo siento. Yo...

—No tienes por qué sentirte así, Laura —le digo, mientras me acerco a ella y le pongo una mano en el hombro—. Gracias a ti he sabido la verdad de lo que le pasó a mi hermano.

—Yo...

—Laura... Gracias.

Laura sonríe.

—¡Me encanta esta mesa! —exclama nerviosa, zanjando el tema.

Lucas y Salvador entran en el obrador.

Lucas le explica a Laura las reformas que hemos hecho, mientras yo le enseño a Salvador los dos taburetes que conservo, en los que Julián y yo nos sentábamos a merendar y a ver la televisión.

No puedo evitar hablar de Julián.

—Lo echo mucho de menos. Ojalá estuviera aquí, disfrutando de esto, y de que pronto será tío. Si siguiera vivo, puede que él ya se hubiera casado con Mariló y tuvieran hijos.

Me quedo pensando en si Mariló aceptaría la invitación y si vendrá a la inauguración, pero Salvador interrumpe mis pensamientos.

—Lo conocí poco, pero estoy convencido de que hubiéramos sido grandes amigos. Es de esas cosas que sientes. Una conexión especial que se da en una sola noche entre dos personas que no se conocen. Siempre he sentido su pérdida, como la pérdida de un amigo.

Lucas y Laura se acercan a nosotros.

—¿De qué habláis? —pregunta Laura.

No quiero ponerme triste y bromeo.

—Hablamos del miedo que pasé con sus llamadas telefónicas, en las que solo se oía su respiración. ¡Podría describirlas como aterradoras! Igual que seguirme en la calle y presentarse delante de mi puerta.

Todos nos reímos, excepto Salvador.

—Yo nunca te llamé, Lidia —confiesa.

—¿Cómo? ¿No me llamaste por teléfono? ¿No eras tú? —pregunto, sorprendida, preocupada.

—Puede que fuera Paco, mandado por Agri. Para intimidarte. No le des vueltas, Li. ¡Disfruta! ¡Todo ha terminado! —me calma Lucas, convencido de ello.

Debe ser por el miedo que tengo a perder la paz que he conseguido, que todavía no soy capaz de creer que todo haya terminado. Pero Lucas tiene razón.

—¡Vénganse! ¡Que he preparado una torta para la ocasión!

Flora ha abierto la puerta del obrador, ha vociferado y se ha ido.

—¡Vamos o se enfadará! —bromea Lucas.

Todos los invitados están delante del mostrador. Flora lo tiene todo preparado, incluso dónde se han de colocar cada uno de ellos. Me alegro de que tía Elvira esté de vacaciones en Torremolinos con su nuevo novio. Seguro que hubiera insistido en organizarlo todo, y no quiero ni imaginar cómo hubiera sido lidiar con las dos.

Con el brazo de Flora rodeándome la espalda, las dos al mismo tiempo, soplamos las velas de la tarta. Flora está emocionada. Estamos realizando una videollamada con su familia de Colombia. Me achucha, llora y esconde la cara en mi cuello.

—¡Gracias, mi niña! ¡Gracias por la oportunidad! ¡Usted me está dando la posibilidad de cambiar mi vida y la de los míos para mejor!

Quisiera decirle que es ella la que hace que mi vida sea mejor todos los días, que no me siento sola teniéndola a ella. Decirle todo lo que significa para mí. Pero no puedo, las lágrimas ahogan mis palabras. Solo puedo achucharla con fuerza y dejar que las emociones rebosen. ¡La quiero tanto, que no encuentro la forma de expresárselo!

Después de un par de horas, la fiesta se acaba. La inauguración ha sido todo un éxito. La mayoría de los invitados se han ido. Solo quedan un par de amigos de Flora que, junto a ella, siguen bailando y riendo, negándose a que la fiesta termine. Mientras Lucas y yo, cansados, sentados en dos taburetes altos con los codos apoyados sobre el mostrador, los observamos.

Mariló no ha venido. Espero que, con el tiempo, que dicen que todo lo cura, volvamos a ser amigas. Aunque no sé si meter a sus padres en la cárcel, lo podrá curar el tiempo.

Mery aún no ha llegado, y tampoco creo que lo haga. Por hoy se ha terminado.

—Lucas, me voy a dormir. Estoy cansada. Ha sido un día largo. Tengo el bolso en el obrador. Voy a por él y me despido de todos.

Camino hacia la puerta del obrador, observando lo bonita que nos ha quedado la pastelería. Tendremos suerte, nos irá bien. ¡O eso espero, si no quiero arruinarme! ¿Qué voy a hacer si no funciona? ¡No! Ya empiezo a dudar, a preocuparme demasiado por el futuro. Tengo que confiar en mí y en Flora. Si lo pienso bien, es imposible que la repostería de Flora no guste. Tengo que confiar en el refrán que le he recordado a ella: «El que nace para tamal, del cielo le caen las hojas». No debo preocuparme demasiado.

El bolso está sobre la mesa del obrador. Lo agarro y oigo sonar el móvil. Seguro que es Mery para decirme que al final no viene. Miro la pantalla y no es Mery. Es un número desconocido. Quizás un teleoperador con una buena oferta. O alguno de nuestros proveedores, del que no he guardado el número. La curiosidad me hace responder a la llamada.

—¿Quién es?

Escucho su respiración. No podría equivocarme, es la misma.

—¿Quién eres?... ¿Dime quién eres? —insisto, intentando parecer agresiva.

—Lidia... Soy yo.

—¿Quién? ¿Papá?

—Sí, hija. Soy yo...

No sé cómo puedo reconocer todavía su voz, pero no tengo dudas. Es mi padre.

—Escúchame, hija. No tengo mucho tiempo. —Su voz es temblorosa—. Ahora no puedo explicártelo, pero Julián sigue vivo.

No reacciono.

—¿Lidia?

—¿Cómo? ¿Cómo que está vivo?

—Sé que todo esto te parecerá irreal, pero no lo es. Julián está vivo, Lidia. Cuando pueda, te lo explicaré y lo entenderás todo. Escúchame bien, hija. ¿Recuerdas aquella vez que mamá se escapó en mitad de la noche, en camisón, sin que nadie se diera cuenta? ¿Te acuerdas dónde estábamos y qué día era? ¿Lidia, sigues ahí?

—Sí, sí... Lo recuerdo.

—Pues ese día, a medianoche, nos veremos en el mismo lugar donde la encontramos. ¿De acuerdo?

—Sí, sí... —respondo, autómata, en shock.

—No puedes decirle nada a nadie. Ni que has hablado conmigo ni que tu hermano sigue vivo. ¡A nadie, Lidia! ¡A nadie! Sigue con tu vida como si nada. Como si no supieras que tu hermano está vivo, como si yo nunca hubiera hablado contigo. ¿Me has oído, hija? Es importante. ¡Como si nada! ¿Me has oído, hija? ¿Me has oído?

—Sí, sí, pero...

—Tengo que colgar. ¡Te quiero, hija! ¡Te quiero!

La llamada se corta y yo sigo con el teléfono pegado a la oreja. Siento sudores fríos. No puedo reaccionar.

Mery entra en el obrador y, con su presencia, sin saberlo, me lanza un salvavidas. El salvavidas es el recuerdo de sus palabras, que al verla vienen a mi mente.

«Escucha, Lidia. La vida es esto. Es lo que es. No es perfecta. Pero tienes que ser consciente del poder que tienes para superar los contratiempos. Muchas veces no será fácil, puede que necesites pedir ayuda, pero siempre será posible. Recuérдалo».

Y con el recuerdo de sus palabras tomo fuerzas para enfrentarme a lo que venga. Puede que necesite ayuda, pero podré con ello.

Este libro ha sido autopublicado. Si te ha gustado, si los has disfrutado, ayuda a la autora dejando una reseña en Amazon y/o compartiendo tu opinión en las redes sociales y con tu entorno.

¡Gracias!